

LAS CRISIS DE EUROPA



CÍRCULO DE ECONOMÍA

2012

Esta inacabable crisis muestra singularidades que la diferencian claramente de episodios similares del pasado. Entre otras, que sus raíces van mucho más allá del ámbito estrictamente económico, y que su marco de resolución excede los espacios nacionales para situarse, como mínimo, en el escenario europeo. Pero Europa, en ocasiones, parece más el problema que la solución pues, bajo la presión de la crisis, manifiesta carencias relevantes en diversos ámbitos, que el largo período de bonanza económica permitía disimular. Por ello, y en consonancia con lo que ha sido la trayectoria europeísta del Círculo de Economía desde sus inicios, la primera edición de nuestro Anuario pretende aproximarse a *Las crisis de Europa*.

La idea del Anuario surgió en las primeras reuniones de la actual Junta Directiva, movidos por la voluntad de disponer de un instrumento que nos permitiera aproximarnos, de manera regular y

profunda, a las grandes cuestiones de cada momento y que, a su vez, facilitara abrir los medios de expresión del Círculo a la opinión personal de expertos. El gran objetivo no es otro que fomentar y enriquecer el debate para entender la compleja realidad de nuestro mundo.

Un propósito que sólo podrá alcanzarse con una aproximación plural, sin apriorismos y desde la independencia intelectual. Así hemos procurado hacerlo en este primer Anuario, desde el convencimiento que tras la gravísima crisis, que llega a poner en duda la misma continuidad de la moneda única, se amagan cuestiones relevantes y complejas. Europa no podrá salir fortalecida de la crisis si no resuelve las eventuales contradicciones —reales o no, pero percibidas como tales— entre mercado y sociedad; conforma una política capaz de enmarcar y acompañar la actividad económica; encaja el sentido de los medios de comunicación en el contexto actual; o profundiza en cuestiones como la educación, la moral, y la cultura, que son las que dotan de personalidad propia al proyecto europeo. Junto a estas reflexiones, incorporamos las principales conferencias del curso y nos

aproximamos a lo que ha representado 2012 en España, en el mundo, y qué nos ha aportado a través de algunos indicadores económicos.

Siendo las circunstancias muy diversas, hoy nos encontramos en un momento tan trascendental como el de la década de los cincuenta en que se fundó el Círculo. Entonces, en una coyuntura también muy compleja, nuestros fundadores supieron favorecer la modernización y aproximación a Europa. Hoy, ya plenamente integrados en la Unión Europea, nuestra misión es contribuir al debate acerca de cómo profundizar en el proyecto europeo. A ello pretendemos contribuir con este Anuario, cuya realización viene facilitada por el patrocinio de Indra. Una compañía, y unas personas, que, desde hace años, vienen manifestando su compromiso con el Círculo.

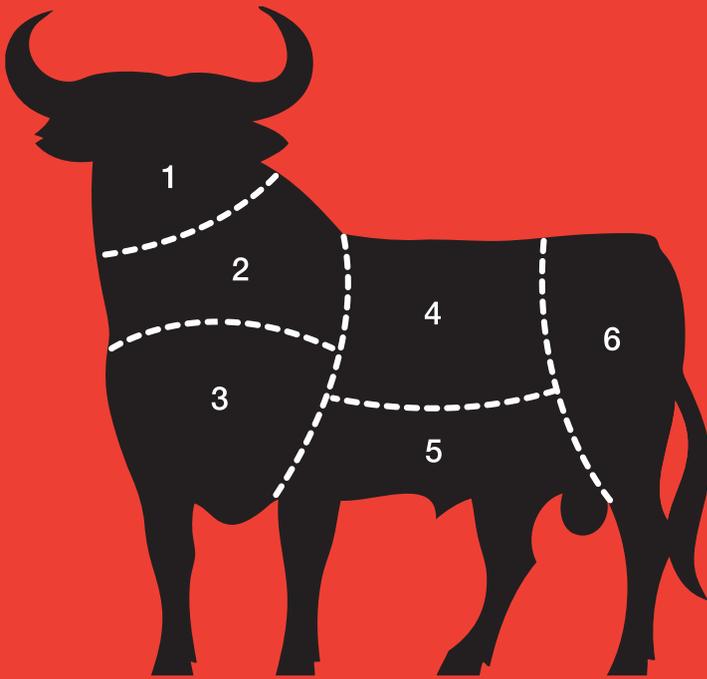
Josep Piqué

Presidente del Círculo de Economía

LAS CRISIS DE EUROPA

Introducción Josep Ramoneda

Crisis económica Antón Costas



- CRISIS
- 1 - Económica
 - 2 - Política
 - 3 - Cultural
 - 4 - Educativa
 - 5 - Mediática
 - 6 - Moral

Josep Ramoneda **Introducción. Las otras crisis de la crisis 1. EL PARADIGMA NEOLIBERAL DE GOBIERNO.** Se habla mucho de crisis económica, y ciertamente lo es. Pero no es sólo eso. Difícilmente se pueda entender esta crisis sin tener en cuenta todos sus componentes, las otras crisis de la crisis: la antropológica, la cultural, la moral, la mediática y la política e institucional. Sin embargo, la tendencia a reducirla a su dimensión económica no tiene nada de inocente. Responde a dos cuestiones: la estructural y la comunicacional. Daniel Cohen

describe así la paradoja central de nuestros tiempos: «La economía es invocada a asumir la dirección del mundo en un momento en que las necesidades sociales migran hacia sectores que tienen dificultades para inscribirse en la lógica mercantil. La sanidad, la educación, la investigación científica y el mundo de internet forman el corazón de la sociedad postindustrial. Ninguna encaja en el molde económico tradicional. Mientras la creatividad humana es más elevada que nunca, el *Homo economicus* se impone como un triste profeta, un aguafiestas de los nuevos tiempos». Es la dimensión estructural del problema. Poco a poco, en toda Europa se fue imponiendo el modelo de gobierno neoliberal acuñado en la Alemania de posguerra. Michel Foucault, en el curso que pronunció en 1978-1979 en el Collège de France, explicó el proceso de legitimación del nuevo Estado alemán a partir de la economía, después de la derrota del nazismo. Sobre las ruinas del Estado totalitario, sin una resistencia que pudiera proporcionar un fundamento democrático, el nuevo régimen sólo se podía legitimar sobre el crecimiento. «La historia había dicho No al Estado alemán. Es ahora la economía la que le permitirá afianzarse». Así lo entendieron Ludwig Erhard y los economistas de la Escuela de Friburgo, y surgió la ideología del «milagro alemán,»— que después otros —el franquismo entre nosotros— intentaron mimetizar. Nació así «un Estado radicalmente económico, tomado *radicalmente* en el sentido estricto del término: eso es, que su raíz es muy exactamente económica». El 28 de mayo de 1948 Erhard pronunció un discurso emblemático en el que afirmaba: «Hay que liberar la economía de las limitaciones del Estado». Había nacido el liberalismo cuarenta años antes de que se empezara a hablar de ello. Rápidamente, toda Alemania iría asumiendo la gran inversión, la legitimación del Estado por la economía, la democracia al revés. El Congreso socialdemócrata de Bad Godesberg (1959) representa la culminación de este proceso, que se extendería a toda Europa a partir de la revolución conservadora de los ochenta. Se imponía así un nuevo paradigma

de gobierno fundado sobre el sujeto neoliberal: «el hombre opta por dejarse gobernar por su propio interés» (Christian Laval), protagonista del proceso de desocialización que nos ha conducido hasta la crisis actual. Y como dice el mismo Daniel Cohen: «el hombre moral sale de la sala cuando entra el *Homo economicus*». El individuo es una gran conquista de la modernidad. Gracias al reconocimiento de la autonomía del sujeto podemos negarnos a arrodillarnos ante cualquier Dios mayor o menor o a alinearnos y alienarnos ante cualquier caudillo en alguna explanada como la de Núremberg. Pero la reducción del individuo a *Homo economicus* —con la pretensión de hacer de su interés privado la única razón de ser y, por tanto, su esclavitud— destruye la autonomía del individuo y lo convierte en ser asocial e indiferente, atrapado por la carga de la deuda y la culpa, cimiento de la religión capitalista. Todo es economía: éste es el soporte ideológico que estructura los tiempos actuales y que ha estallado en esta crisis. Hacer de la crisis un problema estrictamente económico es defender el mantenimiento de este modelo de hegemonía de la economía, imponiendo la idea de que, dado que la crisis es financiera, sólo los expertos tienen las respuestas para salir de ella.

Y aquí yace la dimensión comunicacional de la cuestión. La reducción de la crisis a la economía forma parte de la estrategia de choque que los gobernantes europeos han seguido esta vez. Normalmente los gobiernos tienden a esconder las malas noticias o a restarles importancia. En esta crisis la estrategia ha sido la contraria: asustar a la gente desde el primer momento para desmovilizarla —el miedo y la angustia paralizan— y poder imponer de esta forma el principio ideológico: «no hay alternativa». Lo que equivale a decir que la política renuncia a sus responsabilidades y se entrega a manos de la economía.

2. —El grado cero de la política.— Puesto que esto es un anuario, antes de seguir con la reflexión teórica, me permito un excursus, utilizando la España de 2012 como ejemplo de lo que acabo de introducir. Si algo se ha confirmado en el pasado

año es la crisis de las instituciones españolas: desde la Corona hasta el más pequeño rincón del Estado autonómico, pasando por los tres poderes —ejecutivo, legislativo y judicial. Tres hechos mayores dejan constancia de ello: la impropia aventura africana del rey —icono del desbarajuste existente en la cúpula del Estado—; el caso Bankia —símbolo de los efectos letales de la promiscuidad entre política y dinero—, y la eclosión del independentismo en Cataluña —expresión del callejón sin salida en el que se encuentra el modelo de Estado. En el trasfondo, el enorme distanciamiento de las élites respecto a la ciudadanía. El instrumento que debería soldar la sociedad, revitalizar las instituciones y asegurar que la voz de la mayoría llegue donde se toman las decisiones —la política— está seriamente averiado.

El horizonte obsesivo de los gobernantes en España, como en Europa, es el déficit público, cuadrar las cuentas del Estado. Puede que sea necesario, pero nunca será un proyecto político. El proyecto político está en los objetivos del ajuste y los procedimientos para conseguirlos. En ambos casos se impone el fatalismo: no hay alternativa. Esto determina una actitud política extremadamente defensiva, contraindicada con cualquier idea de autonomía de la política y de liderazgo.

En los dos principales problemas del país, la fractura social y la fractura del Estado, la política debería estar trabajando a fondo. Pero impera la respuesta alemana a la crisis, que Ulrich Beck expresa de este modo: «Socialismo de Estado para los ricos y los bancos, neoliberalismo para las clases medias y los pobres». Los ciudadanos observan perplejos la transferencia permanente de rentas del trabajo a los bancos para salvarlos y el movimiento continuo de personas y de favores entre la política y el dinero. Y constatan cómo la política, lejos de defenderlos, los deja a la intemperie y los somete a las leyes implacables del dinero. Los partidos políticos parecen más interesados en encuadrar y controlar a la ciudadanía que en representarla y defenderla de los

abusos de poder del dinero. En la respuesta al proyecto soberanista catalán no hay una sola iniciativa política que pueda dar pie a un debate político: sólo la apelación a la ley como límite insuperable. Es decir, la sustitución de la política por una actitud rupestre: ¿por qué no os calláis?

La reforma de las instituciones debería ser una prioridad. La única reforma digna de este nombre es la que redistribuye el poder con eficacia. La democracia es un mecanismo pensado para evitar el abuso de poder. La primera regla es impedir que se concentre en unos pocos. Reformar significa hacer las instituciones mucho más transparentes, agilizar los mecanismos de cambio y de toma de decisiones, dismantlar los corporativismos que controlan el Estado desde dentro y desde fuera. La izquierda seducida por los fulgores del capitalismo financiero en los años anteriores a la crisis renunció a cualquier veleidad redistributiva del poder, como demuestran los expedientes de Tony Blair o de Rodríguez Zapatero. La derecha reformista, pero por la vía de la concentración de poder y del dismantelamiento del Estado del Bienestar: la consagración legal de los privilegios de los que tienen más, la protección de la voluntad del sistema financiero y la construcción de islas de excepción legal, como está pasando con el proyecto Eurovegas, en que el gobierno español y la Comunidad de Madrid cortan una legalidad a medida de los caprichos y del dinero del inefable Adelson. El dinero manda, a los ciudadanos se les receta comprensión y resignación. Es el grado cero de la política. Y son los movimientos sociales los que asumen la responsabilidad de devolver a la política su autonomía en un momento en que el equilibrio siempre precario entre democracia y capitalismo está a punto de romperse y el sistema evoluciona, poco a poco, hacia el autoritarismo posdemocrático.

3. —La crisis antropológica.— Hecho el excursus local, reemprendemos el razonamiento inicial. La crisis actual no es sólo una crisis económica. Es una crisis sistémica que plantea cues-

tiones antropológicas, culturales, morales y política. Empezamos por la dimensión antropológica. Los grandes cambios en la historia de la humanidad siempre han ido precedidos de una gran novedad tecnológica. Las tecnologías son las prótesis de que disponemos los humanos para actuar sobre el mundo y hacerlo nuestro. El hombre es un ser cultural y de mediación, que vive en relación con los otros. Las tecnologías, prolongaciones de nosotros mismos hacia fuera, son, por tanto, instrumentos poderosos de dominación y de poder. En la base del proceso de globalización, que ha abierto la brecha entre un poder financiero que es global y un poder político que sigue siendo nacional y local, se encuentran las tecnologías de la información, que han hecho mucho más fácil la circulación de dinero y de ideas de un lado al otro del planeta; y también, aunque con más limitaciones, de mercancías y de personas. La globalización es un proceso de aceleración del tiempo y de contracción del espacio. Las tecnologías de la información han reducido la distancia de un punto a otro del planeta: todos vivimos un poco más amontonados. Lo que pasa lejos de nosotros tiene mucha más repercusión que antes. El mundo se ha hecho más pequeño. A la vez, las tecnologías de la información han producido una vertiginosa aceleración del tiempo: en una hora podemos hacer mucho más de lo que hacíamos antes. Y esta aceleración se traduce en una especie de inquietud social, que Georges Simmel ya intuyó cuando hablaba del carácter nervioso de la ciudad. El tiempo de las cosas es un factor cultural muy determinante. Las sociedades generan sus tiempos. Las cosas importantes en nuestra cultura —pensar, crear, querer— requieren tiempo. Y al acelerarlas se estropean. Cambiar el tiempo de las cosas tiene consecuencias antropológicas: equivale a cambiar la propia condición humana. Es decir, marca una mutación sustancial. No es nada nuevo: las mutaciones forman parte de una especie sometida a una doble dinámica de cambio: la selección natural y la selección cultural.

No sólo asistimos a una mutación en el espacio y el tiempo, que nos acerca a los otros —obliga al aprendizaje de vivir juntos gente distinta— y acelera nuestras vidas —nos lleva a dar un nuevo ritmo a la experiencia, las nuevas tecnologías nos introducen también en el campo de la experiencia virtual. La dualidad presencial/virtual afecta también a cosas sustanciales. Digo presencial porque la expresión «real» es equívoca: lo virtual también es real. La experiencia virtual de los humanos estaba limitada a la potencia de la imaginación: la experiencia mística es en cierto sentido una forma de experiencia virtual. Pero las nuevas tecnologías ofrecen una banalización de lo virtual que modifica y conforma las conductas. Día a día vemos, por ejemplo, cómo la relación virtual es instrumento de impunidad y de eclosión desvergonzada del narcisismo.

La especie humana, pues, está en un momento de mutación. Y lo está de forma desigual. Las nuevas tecnologías están disponibles para menos de la mitad de la población mundial. La humanidad vive a la vez en épocas muy diferentes. El analfabetismo digital es una barrera. Las desigualdades, no sólo en el sentido económico de la palabra, crecen de manera exponencial. De forma que la profecía de Nietzsche sobre la coincidencia en la tierra del último hombre y del superhombre ya no suena a delirio. Y más si tenemos en cuenta la otra revolución tecnológica en curso, la que probablemente protagonizará la próxima crisis global, la de las tecnologías de la vida. La ruptura de la especie es una de las peores fantasías totalitarias.

4. —La crisis cultural.— La crisis antropológica nos lleva a la crisis cultural. También ésta tiene una gran diversidad de componentes; voy a referirme a tres: las mutaciones en la religión, en el trabajo y en la familia. ¿Qué entiendo por cambio social? La pérdida de las referencias que actuaban como pautas sociales. Paradójicamente, lejos de sus intenciones, las revueltas del 68 erosionaron el modelo cultural dominante (tanto en el mundo occiden-

tal como en los sistemas de tipo soviético) y allanaron el camino al modelo de dominación neoliberal. Los caminos de la historia dan sorpresas. El trabajo era un elemento articular de la biografía de las personas. Como explica Richard Sennett en *La corrosión del carácter*, un joven que hubiera entrado en Renault en los años cincuenta podía aspirar perfectamente a trabajar allí toda su vida, promocionándose más o menos dentro de la empresa en función de su capacidad, habilidad y disposición. Un trabajo, una cultura obrera y empresarial, unos amigos, una familia, un barrio: una vida bien enmarcada. Ahora, un joven que entre a trabajar en Microsoft no sabe dónde estará a los tres meses. Cuando éramos pequeños nos preguntaban: ¿Qué vocación tienes?, ¿Qué quieres ser cuando seas mayor? Y la pregunta contenía la idea de una vida articulada en función de la profesión. Ahora a los jóvenes se les marea con el discurso del emprendedor, que equivale a decir: no te hagas ilusiones que no vas a encontrar trabajo, si tienes suerte de inventarte alguna cosa y que te salga bien, eso que tienes ganado. Mitos para no afrontar la realidad de las cosas.

Las religiones siguen teniendo poder y presencia, pero están en manifiesta pérdida de influencia social. En un mundo en que todos estamos más cerca, los monopolios territoriales de las grandes religiones se desvanecen y la lucha por el mercado de las almas es descarnada, cínica y violenta. Las religiones cada vez pesan menos en la configuración de las costumbres: en España, desde la muerte de Franco, la Iglesia católica ha perdido todas las batallas que ha empezado, excepto, hay que decirlo, la del dinero.

Finalmente, la volatilización de la estructura familiar, expresión del principio del fin del poder masculino, introduce otro elemento de incertidumbre. El alargamiento de la esperanza de vida ha convertido en utópico el principio de un matrimonio para toda la vida. Como todo logro de libertad, genera una fase de inadaptación hasta que se crean nuevas estructuras de estabilización.

En resumen: todos los cambios culturales apuntan a un mundo más cargado de potencialidades y, por tanto, de riesgos. Sin embargo, la reducción del ciudadano a sujeto económico, el hombre unidimensional, dificulta el control de la incertidumbre. Y nos trae la dimensión moral de la crisis.

5. —La crisis moral.— La crisis moral tiene un nombre: nihilismo. La creencia de que todo está permitido, especialmente en el ámbito económico. Todo está justificado en función de la cuenta de resultados. El nihilismo es una categoría bifronte. El fin de los valores, es decir, de los límites. La asunción de la pulsión destructiva como única lógica de salvación. Lo importante es la acción, que es lo que redime: los medios se confunden con los fines. Y en este sentido es tan nihilista un crédito basura o una operación especulativa contra una economía como lo es un atentado terrorista suicida. El nihilismo —actuar como si no hubiera límites ni al crecimiento, ni al beneficio, ni a la especulación, ni al consumo— ha sido el clima moral dominante en los años que nos han conducido a la crisis actual. Y ha dejado a los ciudadanos atrapados en una sola dimensión.

«La realidad en sí misma no vale nada. Es la percepción la que promueve la realidad a significante», escribía Joseph Brodsky. Por eso las hegemonías sociales se ganan imponiendo a la sociedad unas significaciones determinadas. La palabra *competitividad* simboliza el horizonte ideológico del momento. Nos dicen que iremos bien si ganamos competitividad. Eufemismos aparte, ¿qué significa ganar competitividad? Sencillamente que los jóvenes que busquen su primer trabajo y, en general, las personas en paro, acepten trabajar por mucho menos dinero y en muy peores condiciones. La competitividad se consigue por una mayor explotación o por una mayor capacidad innovadora y creativa. En un país en el que el mismo gobierno está destruyendo la investigación a golpe de recortes, sólo queda la primera opción. Esto también es nihilismo.

Dice Ulrich Beck que la política y la ciencia política establecidas comparten un punto flaco: la infravaloración crónica del poder de los impotentes, del poder de los movimientos sociales, sobre todo en conflictos de riesgo transnacional. En esta línea Albert Hirschman, un economista de los que ponían la condición humana por delante, glosaba sobre la capacidad de las sociedades pluralistas de encontrar fuerzas para responder a los conflictos que ellas mismas engendran. Al mismo tiempo que nuevas riquezas generan formas inéditas de desigualdades, surgen nuevas reivindicaciones de reformas y de justicia que es necesario saber atender. Desgraciadamente, Europa está dominada por dirigentes sordos que ni atienden ni escuchan. Simplemente quieren que cantemos con ellos que la sociedad no existe, que sólo existen los individuos, cada vez más cargados de obligaciones y más aligerados de derechos, para terminar diciendo todos a coro: no hay alternativa. ¿Hasta dónde aguantará la capacidad de los poderes hegemónicos, políticos y civiles, para controlar la percepción de la realidad y seguir confundiendo a los ciudadanos sobre las causas de su incierto día a día?

El *Homo economicus* es un profeta extraviado, como dice Daniel Cohen. Quiere superar los obstáculos que impiden seguir con el enriquecimiento personal y, en nombre de la eficacia, se impone la censura de las otras dimensiones humanas: el hombre ético, el hombre empático, que aspira a la cooperación y a la reciprocidad. Pero, triunfante sobre estos rivales, encierra a la condición humana en un mundo privado de ideales y, finalmente, ineficaz. Es el hombre de una sola dimensión. La cuestión educativa se convierte en capital.

6. —La crisis política.— La estrella europea de 2012 fue Mario Monti. Alrededor de este personaje, los dirigentes europeos han dado una estremecedora idea de lo que entienden por democracia. Lo impusieron a los italianos sin pasar por las urnas y ahora, convencido, como sus padrinos y aduladores, de que la

única legitimidad es la de los expertos, está dispuesto a seguir siendo primer ministro con la condición de no presentarse a las elecciones. Favoreciendo esta aristocrática pretensión frente a la legítima alternativa democrática de Bersani, los gobernantes europeos se ríen de la ciudadanía, rompen cualquier tipo de respeto por la voluntad popular. Esta anécdota nos lleva a la cuarta crisis: la política e institucional. La degradación de la democracia en Europa empieza por Bruselas, donde los comisarios europeos, con déficit de legitimidad democrática, se consideran poseedores de impunidad tecnocrática. Como escribe Ash Amin: «es hora de dar una oportunidad a la política de la racionalidad, de impedir que la política de la purga nos conduzca al desastre que pretende evitar».

¿En qué se manifiesta la crisis de la política? En su impotencia. Vivimos un momento de gran transformación en que el paso del capitalismo industrial al capitalismo financiero genera serias dudas sobre la posibilidad de mantener el equilibrio, siempre precario, entre democracia y capitalismo. ¿Ante quién responden los gobernantes? El desarrollo de una crisis que se ha saldado con la socialización de las pérdidas de los bancos genera muchas dudas.

El Estado nación ha sido el marco natural de desarrollo de la democracia. El proceso de globalización pone en duda su eficiencia: a menudo demasiado pequeños para unas cosas y demasiado grandes para otras. Pero trascenderlo no es fácil. Europa hace tiempo que se debate entre un futuro posnacional y un futuro supranacional. Y de momento sigue siendo la relación intergubernamental —las relaciones de fuerzas entre Estados— la que tiene la última palabra.

Los partidos políticos tienen dificultades para llevar a cabo correctamente sus dos funciones principales: la representación de la ciudadanía y la selección de cuadros adecuados para gobernar.

Los medios de comunicación —pieza esencial en la configuración de la opinión pública— viven un complicado proceso de transformación cargado de confusión y servidumbres.

Al fin y al cabo, todo se traduce en una pérdida de calidad de la democracia, que evoluciona rápidamente hacia un autoritarismo posdemocrático con un papel cada vez más irrelevante de los parlamentos, con un corporativismo creciente y con un gran alejamiento de una ciudadanía que, si la crisis no la hace reaccionar, está condenada a la indiferencia. La dimensión política de la crisis es una verdadera crisis de la democracia.

7.—La democracia al revés.— Como decía, la relación entre capitalismo y democracia está montada sobre una contradicción que la hace muy precaria: la desigualdad económica y la igualdad política. Siguiendo a Claus Offe, la evolución reciente de esta relación la podemos describir así: el modelo socialdemócrata condicionaba los procesos económicos a las decisiones políticas y daba voz a las clases populares para asegurar redistribución y equilibrio social. El modelo liberal incidió en la incompetencia de la política para actuar sobre los mercados, desacreditó al Estado dándole un papel auxiliar de proveedor de servicios, de infraestructuras y de garantías policiales y judiciales, convirtiendo en sospechosas las demandas de participación y de movilización social y estimulando la pasividad y la indiferencia. La alianza entre los procedimientos de gobierno neoliberal y las ideologías neoconservadoras —encargadas de dotar de alimento espiritual al *Homo economicus*—, de la que la Administración de Bush hijo es el modelo paradigmático, marca la evolución hacia el autoritarismo posdemocrático.

A medida que crece la preponderancia de la acumulación, del provecho, de la competencia y del mercado, la redistribución y el reconocimiento de los ciudadanos se resiente. La fractura entre las élites y la ciudadanía aumenta, las desigualdades amenazan la cohesión social. El ciudadano pierde voz y, si no da la

respuesta adecuada, se le hace repetir las elecciones, como pasó en Grecia. Se produce un desajuste en el sistema: los gobernantes pierden el control sobre el sector financiero y sobre las políticas fiscales, y los ciudadanos pierden el control democrático del gobierno. La soberanía no la ejerce la ciudadanía sino poderes externos al sistema político, como los inefables organismos independientes y contramayoritarios y los poderes corporativos. A la hora de validar sus responsabilidades, los poderes no miran hacia abajo sino hacia arriba: la democracia al revés.

Europa refleja más que nadie esta situación; tres legitimidades se contienden entre ellas: la tecnocrática de la Comisión, la política de los Estados y la democrática de los ciudadanos. Esta última es la que menos pinta. Desde el pensamiento crítico se insiste en tres ideas: más Europa, pero esto significa más democracia; reconstrucción de los espacios comunes y de las instituciones intermedias que llevan a cabo la transmisión desde la opinión pública hacia arriba; recuperación de la idea de cambio social, frente al discurso de la indiferencia y de la negación de alternativa. Tony Judt lo resumía en una fórmula: la sociedad como espacio de responsabilidades compartidas. Pero esta fórmula requiere unas mínimas condiciones de igualdad sin las cuales las responsabilidades son impuestas pero no compartidas.



Antón Costas Crisis económica: capitalismo contra democracia

¿Por qué está costando tanto encontrar una salida a esta crisis que sea percibida por la sociedad como justa y equitativa? ¿Por qué deja tras de sí tanta incertidumbre, desconfianza y miedo al futuro? ¿Cómo explicar el intenso enfrentamiento partidista en Estados Unidos sobre el «precipicio fiscal» y el «techo» de la deuda, o el empecinamiento de los gobiernos europeos en la continuidad de una política de austeridad que ya ha autoinfligido una segunda rece-

sión a la economía de la eurozona, agravando el desempleo, la pobreza y la desigualdad? ¿Por qué algunos hablan de cambiar o refundar el capitalismo? Éste es sólo un pequeño inventario de las muchas cuestiones que emergen de esta crisis.

El capitalismo es maniaco-depresivo, es decir, tiene fases de euforia y de depresión. Las crisis están en su ADN. Pero hay crisis y crisis. Ésta no es una crisis habitual, del tipo de las que hemos vivido en los años setenta, ochenta, noventa, 2000 del siglo pasado. En esas ocasiones no habían surgido las cuestiones que ahora se plantean, ni se cuestionó el capitalismo. Ahora sí.

En este ensayo sostengo que la crisis financiera que explotó en 2008, y provocó la Gran Recesión de 2009, es el resultado de la colisión entre la democracia y el capitalismo financiero-corporativo global que se ha desarrollado en las tres últimas décadas. Sin que hasta ahora hayamos sido muy conscientes, a lo largo de las últimas décadas se ha ido deteriorando el pegamento que desde la Segunda Guerra Mundial unió al capitalismo con la democracia de masas. Ese pegamento permitió conciliar la lógica económica del capitalismo liberal de finales del XIX, que tiende a la desigualdad en la distribución de la renta y la riqueza, con la lógica política de la democracia de masas surgida a principios del siglo XX, que tiende a la igualdad.

Como si de dos trenes se tratara, esas dos lógicas chocaron violentamente en el período de entreguerras. Pero, después de la Gran Depresión de los años treinta y de la Segunda Guerra Mundial, capitalismo y democracia alcanzaron un armisticio. Las fuerzas políticas que le prestaron soporte fueron, en el caso europeo, la socialdemocracia y la cristianodemocracia. El contenido y pegamento de ese armisticio fueron las políticas del *New Deal* en los Estados Unidos y del *Estado del Bienestar* en Europa. Se buscó reducir la desigualdad sin perjudicar la capacidad del mercado para generar riqueza. Surgió así la llamada «economía mixta» o «economía social de mercado».

Ese arreglo entre mercado y democracia en el interior de cada país exigió poner freno y aun hizo retroceder la hiperglobalización financiera que se había desplegado coincidiendo con la etapa de la *Gilded Age*, a finales del siglo XIX. Esa hiperglobalización fue sustituida por nuevos acuerdos de cooperación económica y financiera internacional en el marco de los acuerdos de Bretton Woods. Esos acuerdos significaron una fina capa de cooperación internacional que, sin embargo, no frenó el comercio y el crecimiento. Todo lo contrario.

El armisticio entre mercado y democracia en el interior de las naciones, y la cooperación económica y monetaria internacional en el marco de los acuerdos de Bretton Woods, permitieron a las sociedades occidentales vivir los 25 mejores años de su historia. Todos los indicadores que se utilizan para evaluar la salud económica, social y política mejoraron durante ese cuarto de siglo: el crecimiento fue elevado y estable; no hubo crisis financieras sistémicas; la igualdad en la distribución de la renta y la riqueza mejoró de forma notable; se creó una clase media amplia con una elevada capacidad de compra; se generalizó el acceso de la mayor parte de la población a bienes como la educación, la sanidad o las pensiones; la mortalidad infantil se redujo; la esperanza de vida aumentó; la participación democrática de la sociedad se vio favorecida. Y la vida política fue relativamente estable, en medio de un clima político que favoreció aspectos importantes de cooperación partidista.

Pero algo comenzó a cambiar a finales de los años setenta que hizo que a lo largo de las tres últimas décadas el pegamento que sostuvo el armisticio entre capitalismo y democracia se fuese agrietando. Sin embargo, mientras la economía vivió bajo la era de oro del crédito no fuimos conscientes de ese deterioro. La crisis lo ha dejado ahora al descubierto.

De la misma forma que se dice que cuando baja la marea se puede ver quién se estaba bañando desnudo, la recesión eco-

nómica nos permite ahora descubrir las corrientes de fondo que han hecho que el capitalismo y la democracia hayan vuelto a entrar en conflicto. En los siguientes epígrafes vamos a analizar esas corrientes de fondo.

LO QUE LA CRISIS NOS DEJA VER

Para un buen número de personas la crisis que estamos padeciendo tiene algo de apocalíptico. Esta percepción está justificada por la magnitud de los efectos, en términos de destrucción de riqueza financiera, caída de ingresos de las familias, cierres de empresas, desempleo masivo, aumento del déficit y de la deuda pública. Y también en términos de pérdida de confianza en el futuro y de expectativas de vida menguantes. La percepción generalizada de que, por primera vez en muchas generaciones, los jóvenes tendrán unas condiciones de vida peores que sus padres es otro ejemplo de esa percepción de apocalipsis.

Pero, como ha recordado el filósofo y ensayista Josep Ramoneda, en su acepción griega, la palabra apocalipsis significa también «revelación, descubrimiento de algo desconocido». Desde esta perspectiva, podemos analizar la crisis como una encrucijada, un momento crucial en un proceso que viene de lejos y mira al futuro. La crisis es sinónimo, por tanto, de disyuntiva y decisión «Estamos ante una crisis que conducirá a la esclavitud o a la libertad», dijo Diderot en los prolegómenos de la revolución francesa, subrayando esa dimensión de encrucijada que tienen las crisis.¹

Si aceptamos esta visión, ¿qué es lo que la crisis nos permite ver que nos ayude a comprender sus causas de fondo y también comprender la forma en cómo se está gestionando por los gobiernos? A mi juicio, la crisis permite identificar tres corrientes de fondo que estaban ocultas bajo la pleamar económica provocada

por la época dorada del crédito. Primera, una fuerte tendencia al aumento de la desigualdad en todas las economías. Segunda, un sobredimensionamiento del sector financiero que lo hace disfuncional y lesivo para el resto de sectores económicos. Y tercera, la existencia de desequilibrios globales insostenibles. Esas tres tendencias o corrientes de fondo han hecho que la economía sea más inestable y volátil y que capitalismo y democracia hayan entrado de nuevo en colisión. La crisis no sería sino la consecuencia inevitable de este conflicto. Veamos con un poco más de detalle cada uno de estos tres rasgos.

1. El retorno de la desigualdad: una nueva *Gilded Age*

Sin ser muy conscientes hasta ahora, a lo largo de los pasados treinta años se ha producido una intensa y dramática concentración de la renta y la riqueza. Esta concentración supera incluso a la que se produjo a finales del siglo XIX, durante la llamada *Gilded Age*, una etapa que coincidió con la primera gran globalización.

En Estados Unidos la cuota de la renta nacional del 1% más ricos se ha doblado entre 1980 y 2010, desde el 10% al 20%. Estos porcentajes son similares a los que se alcanzaron hace un siglo. Pero lo más asombroso es que la parte del 0,01% de los norteamericanos más ricos se ha cuatriplicado durante el mismo período, pasando del 1% a casi el 5%. Esto es mucho más que lo que recibían el 0,01% hace cien años. Estamos, por tanto, ante una nueva *Gilded Age*. Pero en esta ocasión el número de privilegiados es aún menor que a finales del siglo XIX.

Esta creciente desigualdad no está confinada a Estados Unidos. Muchos países, incluyendo al Reino Unido, Canadá, China, la India o aun la más igualitaria Suecia, han visto cómo ha aumentado la cuota del 1% de sus ciudadanos más ricos. Y

presentan el mismo fenómeno de crecimiento espectacular de los ultrarricos, tal como se puede comprobar año a año en la lista de los billonarios que publica la revista *Forbes*.

El nivel de desigualdad difiere a lo largo y ancho del mundo. El indicador más útil para apreciar esas disparidades es el índice de Gini. Si el índice toma valor cero indica que estamos ante una sociedad totalmente igualitaria; el valor 1 corresponde a una sociedad absolutamente desigualitaria, en la que la concentración de la renta es máxima. El análisis comparado de la evolución del índice de Gini entre 1980 y 2010 muestra que, con la excepción de algunos países de América Latina, la desigualdad ha aumentado. Ese deterioro ha sido más acusado en países como Estados Unidos, el Reino Unido, China. Pero también se produce el mismo deterioro en países tradicionalmente más igualitarios como Suecia, Finlandia o Alemania.

Esta concentración de la riqueza y aumento de la desigualdad en la distribución de la renta es parte de un proceso más extenso de ampliación de las disparidades sociales en el acceso a bienes y servicios básicos para la salud, la educación, la igualdad de oportunidades y el bienestar. La gestión de la crisis financiera, con su política de austeridad inclemente en el gasto público, subidas de impuestos y reducciones de salarios, está aumentando de una forma dramática esta desigualdad. El caso de España es paradigmático. Los últimos datos conocidos señalan que España, junto con Estonia, es el país de la Unión Europea donde más rápidamente aumenta la desigualdad.

El retorno de la desigualdad cuestiona la relación que se creía existía entre progreso económico e igualdad social. Simon Kuznets, un economista bielorruso de la Universidad de Harvard, describió en 1955 una relación entre progreso económico y desigualdad. De acuerdo con la «curva de Kuznets», la desigualdad se elevaría en las primeras fases de la industrialización y el crecimiento económico, para reducirse a medida que el creci-

miento avanza. La relación tendría así la forma de «U» invertida. La evolución del crecimiento y de la desigualdad durante los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo pasado pareció confirmar la hipótesis de Kuznets. Pero, lo ocurrido a partir de 1980, con el retorno de la desigualdad, ha sacado fundamento empírico a la «U» de Kuznets. La relación entre progreso y desigualdad parece responder a una dinámica en forma de «N».

No parece existir, por tanto, un vínculo automático entre crecimiento económico e igualdad. Ese vínculo está intermediado por la relación de fuerzas que en cada etapa se establece entre capitalismo y democracia. Coincidiendo con un fuerte crecimiento económico, la desigualdad aumentó durante la época de la *Gilded Age*, etapa en la que la influencia de las fuerzas que empujaron la globalización, con su filosofía económica del *laissez faire*, debilitó el campo de la política y de la sociedad. De ese desequilibrio surgió el choque que se produjo entre capitalismo y democracia en el período de entreguerras. Después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, el creciente papel del Estado, junto con la aparición de instituciones sociales capaces de ejercer un cierto control, como la prensa y los sindicatos, permitió alcanzar un armisticio entre capitalismo y democracia. El pegamento fueron las políticas de regulación económica y los programas sociales asociados al *New Deal* en Estados Unidos y al Estado del Bienestar en Europa. Crecimiento e igualdad fueron de la mano durante los años cincuenta, sesenta y primera mitad de los setenta. Probablemente fueron los 25 mejores años de nuestras vidas.

Pero, como hemos visto, a partir de los años ochenta se ha roto ese pegamento y la lógica económica del capitalismo ha vuelto a chocar contra la lógica igualitaria de la democracia. La crisis ha sido el resultado de ese choque de dos trenes.

Este empeoramiento de la desigualdad probablemente es la tendencia más perturbadora de la economía mundial.

Por un lado, la desigualdad hace a la economía más inestable y volátil. La crisis de 2008 es la manifestación más evidente. Una creciente corriente de investigación económica y de publicaciones pone de manifiesto el papel de la desigualdad en el funcionamiento de la economía y el empleo y en la generación de las condiciones que desembocaron en la crisis financiera de 2008.²

Por otro lado, la desigualdad está teniendo consecuencias sociales y políticas perturbadoras. La revista de orientación liberal *The Economist* ha dedicado un monográfico especial a la desigualdad.³ Movimientos sociales como el de los «indignados» en España o el de «*Occupy Wall Street*» en Estados Unidos surgen de ese malestar social con la desigualdad. Desde Tel Aviv a Santiago de Chile, de Londres a Pekín, o de Madrid a Nueva York, el malestar de las clases medias y trabajadoras es palpable. Ese malestar es el resultado del nuevo choque entre el tipo de capitalismo financiero que se ha desarrollado en las últimas décadas y la democracia.

2. Macrocefalia financiera y extracción de rentas

La crisis nos deja ver con claridad una segunda tendencia o corriente de fondo que se ha desarrollado en las tres últimas décadas: el hiperdesarrollo que han experimentado las finanzas en todos los ámbitos de la vida económica, pero especialmente con las familias como protagonistas destacadas. El resultado es una verdadera macrocefalia financiera que pesa de forma improductiva sobre la economía y el crecimiento.

Se ha producido una verdadera revolución financiera, tanto cuantitativa como cualitativa. Por un lado, el volumen de las transacciones financieras, tanto en mercados organizados como no organizados (*Over the counter, OTC*), ha crecido de forma es-

pectacular. Por otro lado, se ha producido también una transformación cualitativa. Los nuevos mercados financieros han sustituido a las viejas instituciones bancarias en la intermediación financiera.

Los nuevos mercados no tienen nada que ver con los mercados financieros de hace treinta años. Aquellas instituciones bancarias que dominaban la intermediación financiera hasta los años ochenta tenían cara y ojos y estaban en un lugar concreto, ya fuese la City londinense, Nueva York o Madrid. Y las decisiones de esos actores estaban basadas en la negociación. Ahora los nuevos mercados financieros no tienen cara ni ojos ni están en un lugar determinado, sino que dependen de una multitud de actores operando a través de la red y en todo tipo de mercados. Sus decisiones han dejado de estar basadas en la negociación a depender de las relaciones impersonales de los mercados. Su comportamiento es gregario, movidos por informaciones difusas o por climas de opinión basados en expectativas. Su impacto en la volatilidad del valor de los activos es enorme, haciendo que el funcionamiento de la economía sea más inestable.

Cualquiera que sea el indicador que escojamos para medir el peso de las finanzas, los resultados son espectaculares. Ya sea el número de recursos humanos empleados en las finanzas sobre el total de la economía, el peso de los costes de intermediación financiera sobre el PIB, los salarios y retribuciones del sector financiero en relación con los salarios de la industria y los demás servicios o en relación con el PIB, la capacidad de las finanzas para extraer rentas del resto de los sectores, el porcentaje que representan los beneficios de las empresas financieras dentro del total de beneficios, los balances de los bancos en términos de PIB, o el crédito bancario en relación al PIB. El lector interesado en tener una visión más precisa de esta evolución de las finanzas puede consultar un trabajo reciente del profesor

Antonio Torrero, de la Universidad de Alcalá, en el que revisa y resume una extensa literatura reciente orientada a medir el peso de las finanzas en la economía y sus efectos en el funcionamiento del resto de la economía.⁴

El análisis de la evolución que han experimentado alguno de estos indicadores financieros permite sostener que lo dicho en relación con la curva de Kuznets entre progreso económico y desigualdad es válido también para la relación entre crecimiento económico y crecimiento de las finanzas. El crecimiento del sector financiero ha sido superior en un 2% al del conjunto de la economía desde 1850. Pero este crecimiento ha sido muy dispar. Desde 1850 hasta la Primera Guerra Mundial el crecimiento de las finanzas fue muy rápido. Pero a partir de los años treinta hasta los setenta del siglo pasado, como consecuencia de las políticas regulatorias asociadas al *New Deal*, el crecimiento de las finanzas fue menor que la tasa de crecimiento de la economía. A partir de 1980, el crecimiento de las finanzas ha sido de nuevo, como en la época del *Gilded Aged*, muy superior al crecimiento de la economía.

Esta misma evolución se observa cuando se analiza la evolución del coste de la intermediación financiera. Entre 1870 y 1930 subió del 2% al 6% del PIB. A partir de la Gran Depresión, en los años treinta bajó significativamente y en 1950 era del 4%. A partir de 1980 volvió a crecer, situándose en 1980 en el 5% hasta llegar al 7% en 2010. Una pauta similar siguen también el resto de variables financieras señaladas anteriormente. La conclusión es que las finanzas han vuelto a desarrollar una enorme capacidad para extraer rentas del resto de sectores económicos.

Esta macrocefalia financiera es un proceso relativamente nuevo, por lo que no existe aún un término de aceptación general. Algunos hablan de «financiarización», mientras otros de

«financiarización» de la economía. Aunque ha afectado a todos los sectores, el protagonista destacado de esta financiarización han sido las familias, cuyo endeudamiento medido en términos de PIB ha alcanzado niveles nunca antes alcanzados.⁵

La crisis financiera de 2008 ha propiciado una creciente reflexión sobre las causas de esta financiarización y, especialmente, sobre sus efectos en la productividad de la economía real. El sentido de las conclusiones es, en general, crítico con esos efectos. Así, Crantham señala que «Es como correr con una grande, pesada y creciente sanguijuela sobre la espalda».⁶

La macrocefalia financiera se ha convertido en un instrumento depredador del resto de la economía, en un mecanismo de extracción de rentas más que de creación de valor para los demás sectores. En la medida en que las finanzas han desarrollado este comportamiento depredador se han transformado en un elemento que introduce inestabilidad y volatilidad en el funcionamiento de la economía. James K. Galbraith sostiene que esta financiarización de la economía es el origen real de la desigualdad, y señala la desigualdad como el factor más determinante que está detrás de la crisis actual.⁷

3. Desequilibrios globales y políticas de empobrecimiento de los vecinos

La tercera corriente de fondo que la crisis nos deja ver es la existencia de desequilibrios económicos globales insostenibles. Si analizamos las balanzas de pagos vemos que en la economía internacional hay países fuertemente excedentarios, con superávits comerciales muy elevados, como es el caso de China en Asia y Alemania en Europa; paralelamente, vemos otros países fuertemente deficitarios, como es el caso de Estados Unidos o de España.

¿Cuándo surgieron estos elevados desequilibrios globales? ¿A qué se deben? Su aparición tiene lugar en los años noventa. De forma intuitiva podríamos pensar que la causa estuvo o bien que en esas fechas se produjo algún cambio de conducta económica en los países deficitarios que les hizo perder competitividad o que en los países excedentarios se produjo algún *shock* de productividad que les hizo más competitivos. Pero la intuición puede no ser una buena guía en este caso. Las cosas parecen haber sucedido de otra forma.

En una conferencia que pronunció a finales de 2005, cuando aún no era presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Ben Bernanke ofreció una explicación diferente y sugestiva de la causa de la intensificación de estos desequilibrios comerciales globales. Bernanke señala que la aparición de los elevados déficits comerciales en países como Estados Unidos, o España a lo largo de los años noventa no fue el resultado de un cambio de conducta económica en esos países, es decir, de pérdidas de productividad, sino de un cambio del comportamiento económico de los países con superávits. En esos años países como China y Alemania pusieron en marcha políticas neomercantilistas de fomento de la exportación que a la postre provocaron desequilibrios globales. Por un lado, la apertura de China a la economía internacional vino de la mano de un modelo de crecimiento volcado en las exportaciones, incentivadas mediante una política de manejo del tipo de cambio y el debilitamiento de la demanda interna. Por otro, los países del este de Asia, después de sufrir las consecuencias de la crisis financiera de 1997-1998, comenzaron a practicar una política de exportación y acumulación de divisas para evitar situaciones similares. Por su parte, en Europa, Alemania, en esas mismas fechas, estimuló su ya fuerte vocación exportadora mediante políticas de devaluación de salarios y debilitación de la demanda interna para financiar los costes de la reunificación y el envejecimiento de su población.

Estas políticas neomercantilistas son similares a las que se practicaron en los años treinta. La economista británica Joan Robinson las llamó políticas *beggar-thy-neighbours*, de empobrecimiento de los vecinos. Políticas a través de las cuales un país intenta remediar sus problemas económicos y aumentar su empleo a través de medios que tienden a empeorar los problemas económicos de otros países. A través de la depresión de la demanda interna, de la reducción de los salarios, de la manipulación de la moneda y otras prácticas proteccionistas algunos países como China y Alemania han buscado favorecer su propio crecimiento y creación de empleo interno mediante un modelo de crecimiento basado en las exportaciones.

Como mostraré en el siguiente epígrafe, este modelo genera un elevado ahorro en los países excedentarios. Este ahorro se empleó en la compra de activos financieros de los países deficitarios y les permitió financiar la época dorada del crédito y la burbuja inmobiliaria. Es decir, los desequilibrios comerciales globales han sido algo así como la «madre» de la crisis financiera de 2008.

Mientras estos desequilibrios persistan, la economía internacional será inestable. En una de las cumbres del G-20, celebrada en Tokio, el presidente estadounidense Barack Obama le dijo a la canciller alemana Angela Merkel que Alemania no podía vivir eternamente de vender productos a los norteamericanos y que ellos tenían que estimular su demanda interna como forma de reequilibrar la economía global. Lo mismo se le pide a China. Si no se produce esa cooperación voluntaria, veremos guerras de divisas y probablemente el retorno del proteccionismo. De hecho esa guerra de divisas se está produciendo ya de forma sorda. Es la única explicación a una situación de otra forma inexplicable: la única región económica del mundo que en este momento está en recesión, la eurozona, ve cómo su moneda, el euro, se revalúa, en vez de debilitarse como sería coherente con la debilidad de su economía.

NARRACIONES SOBRE LAS CAUSAS DE LA BURBUJA CREDITICIA

La fuerte burbuja de activos inmobiliarios que afectó especialmente a los países del Atlántico norte —Estados Unidos, Irlanda, Inglaterra y España— y cuya explosión provocó la crisis que estamos viviendo, fue posible sólo porque coincidió con una etapa de oro del crédito. La cuestión entonces, para entender las causas de la crisis, es comprender qué es lo que financió esa burbuja de crédito.

No existe una explicación única, aceptada a modo de consenso entre todos los estudiosos, de las causas de la burbuja crediticia y de la burbuja de activos inmobiliarios. Pero sí existen tres teorías que gozan de mayor predicamento. Como señalaré a continuación, cada una de esas explicaciones se apoya en alguno de los tres desequilibrios de fondo del capitalismo actual que acabamos de identificar.

1. Innovación financiera fuera de control

Es probablemente la narración más popular de la causa de la crisis. Atribuye la burbuja de crédito que permitió la explosión de activos inmobiliarios a la intensa innovación fuera de control que tuvo lugar a partir de los años noventa. La causa inmediata de esa innovación habrían sido las políticas de desregulación financiera llevadas a cabo en esos años por todos los gobiernos. La filosofía económica que inspiró esas políticas desregulatorias fue lo que se dio en llamar el «consenso de Washington», que proponía la liberalización de la economía, la desregulación de los mercados y la privatización de importantes áreas del sector público.

Esa desregulación financiera derrumbó los muros que desde los años treinta separaran la banca comercial de la banca de inversión. Al caer esos muros, se fue creando una «banca en la sombra» que generaba productos financieros de alto riesgo que

al ser esparcidos hacia la banca comercial y los fondos de pensiones difundieron el riesgo por la economía mundial.

Esta innovación financiera fuera de control se vio favorecida por tres factores coincidentes en el tiempo. Por un lado, por las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones. Por otro, por un clima intelectual dentro de la teoría económica y la economía financiera que defendió con éxito la idea de la eficiencia de los mercados desregulados y la teoría de las expectativas racionales de los agentes económicos. Por último, la «Gran Moderación» que la economía experimentó en los años noventa, con crecimiento sostenido y baja inflación. Se conformó así un clima muy favorable a la confianza en los mercados. Y también una alianza de intereses entre todos los actores de los mercados financieros, especialmente las agencias de calificación de riesgo crediticio. Este clima favoreció la arrogancia de economistas, reguladores, autoridades monetarias y responsables de la política económica, es decir, la creencia acrítica de que ya se sabía cómo regular una economía de mercado para evitar los ciclos económicos. Una explicación de cómo este clima favoreció esa arrogancia puede verse en Arias y Costas.⁸

Sin duda, la desregulación favoreció la innovación financiera en Estados Unidos. Ésta, a su vez, ayudó a crear y difundir la burbuja crediticia y la burbuja de activos. Pero, como Paul Krugman y Robert Wells han objetado, la burbuja crediticia también se produjo en países como España que, sin embargo, no necesitaron utilizar mecanismos sofisticados de innovación para financiar su expansión crediticia.⁹ Por lo tanto, hay que identificar la causa que permitió financiar con tanta facilidad la expansión del crédito abundante y barato en todos aquellos países, que como España, experimentaron la burbuja de activos inmobiliarios. Antes de responder a esta cuestión, me referiré a una segunda explicación de la burbuja de crédito que busca la causa de la crisis en las conductas de riesgo moral que habrían

desarrollado los gobiernos al favorecer la laxitud de la legislación crediticia inmobiliaria.

2. La desigualdad y la laxitud de los gobiernos con el crédito hipotecario

Esta narrativa de la crisis vincula la burbuja crediticia inmobiliaria con la desigual distribución de la renta que, como hemos visto más arriba, caracteriza al actual capitalismo. A esta pérdida de capacidad adquisitiva de los ingresos salariales de las clases trabajadoras y medias se añadió el efecto del aumento del precio de la vivienda. El resultado fue la creciente dificultad de las clases medias y trabajadoras para acceder a la compra de vivienda y otros bienes de consumo duradero.

Conscientes tanto de la desigualdad, como de esta dificultad de acceso a la vivienda, pero remisos ideológicamente o incapaces políticamente de hacerle frente mediante los instrumentos convencionales de la política fiscal y de rentas, los gobiernos habrían favorecido, por un lado, la laxitud de las reglas de endeudamiento hipotecario y, por otro, incentivado la demanda de vivienda mediante fuertes desgravaciones fiscales. Por su parte, los reguladores y supervisores del sistema financiero habrían sido condescendientes y tolerantes con las prácticas de riesgo crediticio de las entidades bancarias a fin de facilitar crédito hipotecario a las familias. El crédito barato y abundante y las facilidades fiscales se habrían convertido así en una especie de segundo salario no monetario para que las clases medias y trabajadoras pudiesen acceder a la compra de vivienda. El resultado fue el protagonismo que adquirieron las familias en la financiarización de la economía y el enorme endeudamiento que cargaron sobre sus espaldas.¹⁰

Al actuar de esta forma, los gobiernos habrían incurrido en conductas de riesgo moral (*moral hazard*), induciendo o posibilitando a los directivos de las instituciones financieras a practi-

car conductas de riesgo crediticia incompatibles con las buenas prácticas pero a sabiendas de que los gobiernos vendrían a su rescate en el caso de que sus instituciones acabasen teniendo problemas como consecuencia de esas conductas de alta riesgo.

En la medida en que permite culpabilizar a los gobiernos de la causa de la crisis y sostener sus propuestas de desregulación de los mercados, ésta es una narración muy querida por los conservadores. Pero economistas de prestigio como Raghuram Rajam le han prestado su apoyo.¹¹ Aunque cuestionada por Paul Krugman,¹² esta narración de las causas de la crisis financiera de 2008 permite poner en relación la tendencia a la desigualdad del capitalismo actual con la inestabilidad y volatilidad de la economía globalizada.

Otros economistas han documentado la relación que existe entre la desigualdad creciente y la inestabilidad de la economía. Así, James K. Galbraith aporta evidencia relevante acerca de cómo la desigualdad constituye una de las mejores explicaciones a la inestabilidad de la economía.¹³ Tal como señalé en el epígrafe anterior, la desigualdad emerge como una de las consecuencias más características y perversas del actual capitalismo financiero globalizado.

3. Los desequilibrios globales y la burbuja de ahorro global

Una tercera narración de la burbuja de activos inmobiliarios y, por lo tanto, de la crisis, pone su punto de mira en identificar la causa de la burbuja de crédito que permitió financiar tan fácilmente la burbuja inmobiliaria. Y la encuentra en una paralela burbuja de ahorro que se generó en esos mismos años. Esa burbuja de ahorro era la otra cara de los desequilibrios comerciales globales que surgieron en esa década como consecuencia de las políticas neomercantilistas de impulso a la exportación por parte de China y países del este de Asia y también, en el caso de

Europa, de Alemania. Los ingresos de la exportación no fueron utilizados para expandir la demanda interna y mejorar la vida de los ciudadanos de esos países, sino que fueron acumulados en forma de ahorro e invertidos en la compra de bonos emitidos por corporaciones privadas y públicas de los países deficitarios, en particular por las instituciones financieras de estos países. En Estados Unidos, Irlanda, Reino Unido y España, países que, como hemos visto, experimentaron las mayores subidas de precios inmobiliarios.

Las instituciones financieras de los países receptores canalizaron el ahorro externo especialmente hacia la financiación de la promoción inmobiliaria y el crédito hipotecario a las familias. Este flujo de ahorro externo, cuantioso y sostenido en el tiempo, permitió a los países receptores mantener tipos de interés a largo plazo muy bajos, que son los relevantes para las decisiones de inversión de las familias y de las empresas. Esos tipos a largo se mantuvieron bajos aun después de que los bancos centrales de los países receptores y con déficit comercial comenzasen a elevar sus tipos de interés a corto intentando frenar la burbuja de activos. El resultado final fue que los bancos se endeudaron emitiendo bonos para captar ese ahorro externo, y que las familias y las empresas acumularon un enorme endeudamiento con esos bancos. Es decir, el sector privado de los países deficitarios acumuló niveles de endeudamiento nunca vistos con anterioridad.

Esta narración fue utilizada por primera vez, como dije más arriba, por Ben Bernanke en una conferencia pronunciada a inicios de 2005, cuando aún no era presidente de la Reserva Federal. En esa ocasión, Bernanke utilizó la expresión *global savings glut* como el nexo que vinculaba sobreendeudamiento en los países deficitarios con el ahorro generado en los países excedentarios.¹⁴ Posteriormente, otros economistas, como Paul Krugman, han utilizado esta narración.¹⁵

Como vemos, la narración de las causas de la crisis financiera de 2008 basada en el argumento del *global savings glut* nos conduce a identificar los desequilibrios comerciales globales como la causa última, la «madre» de la crisis. Mientras no se corrijan esos desequilibrios de fondo es muy probable que la economía mundial, y la economía europea en particular, estén sometidas a episodios de fuerte volatilidad macroeconómica y de crisis recurrentes.

EL RETO DEL SIGLO XXI: RECONCILIAR EL CAPITALISMO CON LA DEMOCRACIA

La crisis de 2008, al dar por terminada de forma abrupta la larga etapa dorada del crédito y de euforia de activos inmobiliarios, ha dejado al descubierto tres rasgos constitutivos del capitalismo financiero globalizado que se ha desarrollado a partir de los ochenta del siglo pasado: la desigualdad creciente; la hiperglobalización financiera y la financiarización de la economía, en particular de las familias, y los desequilibrios comerciales globales. Esas tres tendencias de fondo permiten ver cómo a lo largo de estos años se ha ido produciendo un enfrentamiento creciente entre la lógica económica del capitalismo financiero globalizado y la lógica política de la democracia en el interior de cada país. Esa tensión creciente entre estas dos lógicas aboca a la economía a la inestabilidad y al conflicto social y político.

El capitalismo de finales del siglo XIX desarrolló tendencias conflictivas similares a las que estamos viendo ahora entre capitalismo y democracia. La inestabilidad y volatilidad de la economía y el malestar social con la desigualdad llevaron al choque de trenes en el período de entreguerras. La Gran Recesión que siguió a la crisis financiera de 1929, y la Segunda Guerra Mundial, trajeron un viraje de política económica. El *trade-off* o

conflicto existente entre hiperglobalización financiera, cohesión social interna y democracia se resolvió a favor de estos dos últimos objetivos. Esta opción permitió reconciliar la economía de mercado con la democracia de masas. El pegamento fueron los programas de bienestar. En un libro que merece ser releído, Karl Polanyi habló de *The Great Transformation*.¹⁶ El resultado de ese matrimonio entre economía de mercado y democracia fue lo que Gideon Rose ha llamado la «modernidad».¹⁷ Esa «modernidad» dio lugar, como comenté más arriba, al que probablemente ha sido hasta ahora el período más brillante del capitalismo, el período comprendido entre mediados de los años cuarenta y setenta del siglo pasado.

¿Podemos pensar que la crisis financiera de 2008 y la Gran Recesión que estamos viviendo, especialmente en la Unión Europea, traerá un viraje de política económica similar al de mediados del siglo pasado, un *New Deal*? Sin duda, existe margen para la experimentación y el viraje de políticas. La dinámica de destrucción creativa de tipo shumpeteriano que se asocia a las crisis, es decir, la percepción social de estar viviendo una situación apocalíptica y de estar metidos en una encrucijada de la que hablé al inicio de este ensayo, juega a favor de ese cambio. El modelo de autorregulación de los mercados asociado a las políticas desregulatorias y a la hiperglobalización financiera de las dos últimas décadas es difícilmente sostenible en estas circunstancias. Cabe pensar, por tanto, en la posibilidad de un nuevo *New Deal*.

Pero en la actualidad también existen elementos que juegan abiertamente contra la posibilidad de que esta crisis traiga una nueva «gran transformación». Ahora no están presentes algunos elementos que sí estaban tras la Gran Depresión y, especialmente, tras la Segunda Guerra Mundial. En *La torre de la arrogancia. Políticas y mercados después de la tormenta* hemos identificado cuatro elementos de la actual situación que dificultan esa posibilidad y limitan la amplitud de un viraje.¹⁸

En primer lugar, está la pervivencia de inercias asociadas a las viejas ideas económicas, miedos a los cambios políticos e intereses ligados, especialmente, a las finanzas internacionales. En segundo lugar, existen fuertes resistencias relacionadas con la percepción social del espacio público y también con el grado de confianza en la democracia para llevar a cabo ese viraje. En tercer lugar, hasta ahora la crisis no ha traído un cambio en la caracterización neoliberal dominante del Estado y de su papel. Y, por último, en esta ocasión, al contrario de lo que ocurrió en la posguerra, hemos visto muy pocas novedades en materia de distribución de la renta. Al contrario, las políticas de austeridad, basadas en la reducción del gasto social y en la devaluación interna de salarios está agudizando la tendencia a la desigualdad.

Pero frente al determinismo de la realidad, el economista y politólogo Albert O. Hirschman, fallecido en fechas recientes, siempre defendió el «posibilismo».¹⁹ Ése es un camino que habrá que explorar en esta ocasión para entrever las vías del retorno de la política frente a los mercados sin control. De la misma forma que Max Weber entrevió la vuelta del Estado como elemento indispensable para corregir los desequilibrios asociados al capitalismo liberal del siglo XIX y servir de pegamento entre el capitalismo y la democracia, ahora el historiador Tony Judt ha señalado que con las tensiones derivadas de la globalización financiera y las crisis que le acompañan, el Estado tendrá que actuar cada vez más para resolver conflictos, al ser la única instancia que se encuentra entre los individuos y los actores no estatales, como los bancos y las corporaciones internacionales. Para Judt es probable que el Estado territorial acreciente su importancia política.²⁰

El economista de Harvard Dani Rodrik sostiene una idea similar al señalar que el «trilema político» que plantea la hiper-globalización financiera actual, con su tensión sobre los actores supranacionales, el Estado nacional y la democracia, sólo puede

tener una vía de salida estable frenando la hiperglobalización e introduciendo controles a la financiarización y dejando espacio a las políticas de cohesión de los Estados y a la democracia con el fin de reducir la desigualdad.²¹ Quizás los rasgos de fondo del capitalismo actual que la crisis nos revela, y que hemos analizado en este ensayo, acaben por generar fuerzas sociales y dinámicas políticas que favorezcan un retorno de la política frente a la hegemonía de los mercados financieros globalizados.

El reto en este inicio del siglo XXI, como lo fue hace cien años, es reconciliar capitalismo con democracia. Se necesita un nuevo progresismo capaz de reducir la desigualdad a niveles tolerables, sin perjudicar la capacidad innovadora de los mercados y de la economía abierta para generar riqueza. Ese nuevo progresismo tiene que apoyarse en un nuevo reparto de tareas entre mercados, Estado y sociedad.

1. Josep Ramoneda, «Crisis nihilista», en Antón Costas (Coord.), *La crisis de 2008. De la Economía a la Política y más allá*, Mediterráneo Económico, 18. 2010.

2. James K. Galbraith, *Inequality and instability. A study of the World Economy just before the Great Crisis*, Oxford University Press, 2012. También Joseph Stiglitz, *El precio de la desigualdad*, Taurus, Madrid, 2012.

3. The Economist, *For richer, for poorer*, Special Report World Economy, October 13 de octubre 2012.

4. Antonio Torrero, *Sistema financiero y productividad*, Documento de trabajo, IAES, 2012.

5. Ver A. Torrero, op. cit.

6. Citado por A. Torrero, op. cit., p. 26.

7. James K. Galbraith, op. cit.

8. Xosé Carlos Arias y Antón Costas, *La torre de la arrogancia. Políticas y mercados después de la crisis*, Ariel, Barcelona, 2011, 2ª ed. 2012, pp. 51-131.

9. Paul Krugman y Robert Wells, «The Slump Goes On: Why», *The New York Times Review of Books*, 30 de Septiembre 2010.

10. Antonio Torrero, op. cit., pp. 18 y ss.

11. Raghuram G. Rajan. *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy*, Princeton University Press, 2010.

12. Paul Krugman y Robert Wells, op. cit.

13. James K. Galbraith, op. cit.

14. Ben Bernanke, «The Global Savings Glut and the US Current Account Deficit», 10 de marzo 2005, www.federalreserve.gov.
15. Paul Krugman y Robert Wells: op. cit; «The Way out of the Sump», *The New York Times Review of Books*, 4 de Octubre 2010.
16. Karl Polanyi: *The Great Transformation*, Rinehart, Nueva York, (v.e., *La gran transformación*, FCE, México, 1992).
17. Gideon Rose, «*Making Modernity Work*», *Foreign Affairs*, enero/febrero 2012.
18. Xosé Carlos Arias y Antón Costas: *La torre de la arrogancia...*, pp. 282-297.
19. Albert O. Hirschman, *Journeys Toward Progress: Studies in Economic Policy-Making in Latin America*, Twenty Century Fund, Nueva York, 1963 (v.e., *En ruta hacia el progreso. Ensayos sobre política económica en América Latina*, Aguilar, Madrid); *A Bias for Hope. Essays on Development and Latin America*, Yale University Press, New Haven, 1971.
20. Tony Judt, *Ill Fares the Land*, Penguin, Nueva York, 2010 (v.e., *Algo va mal*, Taurus, Madrid, 2010).
21. Dani Rodrik, *The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy*, Norton, Nueva York, 2011 (v.e., *La paradoja de la globalización*, Taurus, Madrid, 2011).



Emilio Lamo de Espinosa **Europa**

«libre y feliz como Suiza» 1. TIEMPOS

TURBULENTOS Vivimos tiempos turbu-

lentos que parecen confirmar al *con-*

trario la idea del viejo Hegel: los pe-

ríodos felices de la humanidad ca-

recen de historia y en ellos no pasa

nada. Y ciertamente, desde que en el

11-S de 2001 penetramos en el nuevo

siglo «bajo puertas de fuego» (como

señaló Kofi Annan con frase bíbli-

ca),¹ la acumulación de aconteci-

mientos (atentados terroristas, cam-

bio climático, guerras en Irak y Afga-

nistán, brutal e insospechada crisis

económica) han generalizado una sensación de miedo, vulnerabilidad e incertidumbre que, en este nuevo fin-de-siglo, casi se tiñen de milenarismo (y recordemos que el joven Ortega se doctora en 1904 con una tesis sobre *Los temores del año mil*, el pánico que acompañó el anterior cambio de guarismo). Cunde pues la sensación de que el progreso se ha detenido o incluso retrocede, y la humanidad camina hacia atrás, incluso hacia su autodestrucción.

Para unos —en general, la izquierda— ésta vendría de la destrucción de la naturaleza agotada por las demandas de un consumo hipertrofiado, alimentado por la economía de mercado; para otros —en general, la derecha— sería la destrucción de la sociedad por atentados terroristas con armas de destrucción masiva, amenaza cuya peligrosidad se equipara a veces a la del viejo comunismo soviético. Pero ya sea a la derecha o a la izquierda, todos parecen tener a mano un relato apocalíptico, relato que los medios de comunicación, el cine de Hollywood y no pocos intelectuales se encargan de amplificar.² El posmodernismo articula esa nueva narrativa alrededor del recelo hacia el futuro y una desconfianza creciente hacia el progreso, la ciencia y la tecnología, cuando no hacia la misma razón, antaño la solución a todos los problemas y hoy problema ella misma.

Este *Zeitgeist* abarca también a Europa aunque puede que, en este caso, con razón. A partir de los años cuarenta del pasado siglo, una de las grandes figuras de la brillante intelectualidad centroeuropea, el filósofo checo Jan Patocka (1907-1977), perseguido primero por los nazis y más tarde por los comunistas, y abrumado por el drama de la guerra, el gulag y el Holocausto, fue elaborando escritos, varios publicados más tarde en francés con el título de *Europa después de Europa*.³ Para entonces hacía décadas que había fallecido. En 1977 había aceptado firmar

—junto a Vaclav Havel— la Carta 77, lo que le llevaría a la cárcel, a un interrogatorio brutal de más de once horas y, pocos días después, a su muerte.

En aquellos análisis y comentarios Patocka daba testimonio de la aparición de un mundo «posteuropeo» al que llamaba, con visión casi profética, la «era planetaria». Como antes Stefan Zweig, Patocka aseguraba que Europa se había «suicidado» en las dos guerras mundiales, pero sin embargo había generado una «mundialización» de Europa y sus instituciones en una «herencia espiritual» que habría que recuperar. Europa, concluía Patocka, debía repensarse en ese nuevo mundo posteuropeo. Una nueva Europa después de la Era de Europa.

La idea estaba en el aire pues era una más de las evidentes consecuencias de la guerra. Por aquellos mismos años —concretamente el 16 de febrero de 1955— el gran historiador británico Geoffrey Barraclough pronunciaba en la Universidad de Liverpool una trascendental conferencia titulada *El fin de la historia europea* en la que aseguraba que, tras pasar de la Era Mediterránea a la Era Europa y, tras ella, a la Era Atlántica, vemos ahora emerger una Era del Pacífico que nos fuerza a pensar el mundo de otro modo.⁴ Ello no significa —continuaba Barraclough— «que la historia europea haya terminado», por supuesto. Pero sí «que deja de tener significación histórica» y pasa a ser una «historia regional» más, ya no «la historia del mundo», como ha sido durante los últimos siglos.

Efectivamente, comenzando hace cinco siglos Europa conquistó y colonizó el mundo. Pero aquella gigantesca epopeya, la de la europeización y occidentalización del mundo (que es también la historia del imperialismo y del colonialismo), iba a acabar dividiendo y enfrentando a la misma Europa que, tras dos brutales guerras mundiales, «guerras civiles» europeas (la expresión es también de Stefan Zweig), que marcan el «corto si-

glo xx»⁵ de los historiadores (Hobsbawm), acabó perdiendo la hegemonía sobre esas conquistas. Ganó el mundo, pero en el camino se perdió a sí misma. Hoy se enfrenta casi a la situación contraria: mediante el instrumento comunitario Europa se ha conquistado a sí misma, quizás definitivamente. Pero tiene detrás la tarea de no dejarse conquistar por el nuevo mundo, la tarea de acomodarse y acomodar un mundo emergente que es, en buena medida, el producto de su propia acción. Tras europeizar y occidentalizar el mundo Europa corre el riesgo de presenciar el fin de la Era de Occidente, e incluso el riesgo de ser, ella misma, desoccidentalizada.

Este comentario ha sido pensado con este trasfondo: el de un mundo posteuropeo y una Europa después de la Era de Europa. Pero ha sido escrito por un europeísta convencido, profundamente preocupado por la marcha del proyecto que hace décadas llamamos la Unión Europea (UE). En él hay pocas dosis de euroescepticismo y muchas, sin embargo, de preocupación y puede que, en ocasiones, de desaliento, fatiga e incluso irritación. Estoy profundamente convencido de que hace falta más Europa, no menos, y hace falta ya mismo (quizás ayer), no mañana o pasado mañana.

Y recordemos que, con ocasión de la guerra de Irak que dividió a la UE, tanto el entonces presidente francés Chirac como el canciller alemán Schröder y nuestro presidente Rodríguez Zapatero —entonces todavía en la oposición—, seguidos de no pocos intelectuales y buena parte de la opinión pública, esperaban que la UE se transformara en un polo de poder alternativo a la «ilegal e ilegítima» hegemonía «unilateral» de Estados Unidos. Un poder herbívoro y pacífico, *a forceforgood*, frente a otro carnívoro; Venus frente a Marte, se decía, la fuerza del bien y la fuerza del mal. Eran años de exagerado e ingenuo eurooptimismo.

Hoy estamos en las antípodas. Alain Touraine por ejemplo, nos habla del «fracaso en toda regla de Europa», la «desaparición

de su papel mundial», e incluso del «fin del modelo occidental». ⁶ Otros, más moderados, concluyen que Europa está «en caída libre» (R. Young). Sin duda están mucho más cerca de la realidad estos análisis pesimistas que aquéllos. Pero, con todo, conviene tomar distancias.

Pero ese juicio negativo, que numerosos sondeos de opinión corroboran, no es del todo cierto. No es cierto por lo que hace al mundo en general y, sobre todo, no lo es por lo que respecta a Europa, que ha sido el gran experimento político exitoso del siglo XX tras los terribles fracasos del comunismo y del fascismo (los otros dos grandes «experimentos» políticos europeos), un éxito histórico que debe ser destacado y que la propia experiencia española corrobora.

2. EL ÉXITO DE EUROPA

Efectivamente, Europa se ha hecho a sí misma, y desde el Tratado de París de 1951 que creaba la Comunidad Económica del Carbón y el Acero (la CECA) hasta hoy, ha conseguido éxitos, progresos, simplemente espectaculares.

Para comenzar, ha conseguido reforzar y extender órdenes políticos basados en el Estado democrático, el *rule of law*, la separación de poderes, una sociedad civil fuerte y el respeto a los derechos humanos. En 1945 no más de media docena de Estados europeos eran democracias; hoy lo son los 27 miembros de la UE pero en el linde exterior al menos otra media docena de países se preparan para cumplir los criterios de Copenhague y alcanzar la ansiada integración, de modo que el «modelo UE» se extiende como una mancha de aceite hacia el Este traspasando los Balcanes hasta llegar a Ucrania y el Cáucaso, e incluso puede que la Turquía musulmana. Así, según el último informe de Freedom House, ⁷ sólo ocho de los 53 Estados europeos serían dictaduras, siete de ellos en Europa central y del Este, de modo que no es

exagerado afirmar que jamás en la historia tantos ciudadanos europeos han gozado de tanta libertad.

En segundo lugar, la UE ha conseguido reforzar y ampliar la prosperidad a toda Europa. Para los países de la ya vieja UE-15 la pobreza ha quedado atrás y hemos (habíamos) entrado, no en el bienestar, sino en la afluencia y, en ocasiones, incluso en la opulencia y el consumo ostentoso (aunque endeudado). Primero los antiguos (Alemania, Francia), luego los nuevos (España, Irlanda, Grecia), ahora los novísimos de Europa central y del Este, han mejorado sustancialmente sus niveles de vida. Hoy la economía de la UE, con un volumen de más de 17.000 billones de dólares de PIB (más de 12.000 en la zona euro), es la más grande del mundo, bastante mayor que la de Estados Unidos (aunque sea notablemente inferior en renta per cápita). Y de nuevo no es exagerado afirmar que jamás en la historia de Europa tanta gente ha gozado de tanta prosperidad como ahora, prosperidad que se extiende a los vecinos y, eventualmente, también a los vecinos de los vecinos (aunque desgraciadamente no a la frontera sur de Europa, la del Mediterráneo).

Finalmente, Europa ha conseguido gozar de una seguridad jamás vista. Como dijera el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Joschka Fischer, «el centro del concepto de Europa después de 1945 ha sido y sigue siendo un rechazo del principio europeo del equilibrio de poderes y de las ambiciones hegemónicas de Estados individuales que emergieron tras la Paz de Westfalia en 1648». ⁸ No olvidemos que ésa fue la causa y el objetivo del proyecto europeo: acabar con el horror de las guerras, y nunca fue más cierto el comentario de Borges: no nos une el amor sino el espanto. Nos une el miedo a la reiteración de conflictos, el deseo del *never more*, del «nunca jamás». Y efectivamente, tras trescientos cincuenta años de guerras continuas, prácticamente una en cada generación —guerras de dinastías, guerras de pueblos o naciones, guerras de clases, guerras de bloques—, el

riesgo de guerra ha desaparecido casi por completo. Para ello Europa ha sustituido la clásica confrontación de soberanías estatales como mónadas impenetrables, por la puesta en común, la suma, de soberanías (y eso es el método comunitario), dando lugar a un orden internacional e interestatal nuevo, posthobbesiano (en terminología de Schmitter),⁹ kantiano (según Robert Kagan)¹⁰ o posmoderno (según Robert Cooper),¹¹ un orden jurídico en el que el recurso a la violencia ha desaparecido de las relaciones internacionales. De hecho Europa ha dado el salto desde el clásico orden interestatal a otra cosa, un orden cosmopolita interno, en buena medida una sociedad civil europea, ciertamente un objeto político no identificado. Y otra vez más, los Estados vecinos se aprestan a entrar en ese orden postestatal renunciando al uso de la fuerza a cambio de un lugar al sol de la anhelada Europa.

Podemos pues decir con énfasis que jamás Europa ha sido tan próspera, tan segura, ni tan libre. Lo que no es poco pues eso es todo lo que un ciudadano sensato puede pedir de un orden político: seguridad, libertad, prosperidad. Es un éxito de alcance histórico-universal (como hubiera dicho Max Weber), que explica que todos los países vecinos desean ser europeos y, en buena medida, el poderoso atractivo que Europa ejerce en el mundo, su carácter modélico, su *softpower*. No sólo; la excelente imagen de la UE (un modelo de sociedad que se desea imitar y no resulta agresivo ni amenazante) hace que en casi todas partes se desee una mayor presencia internacional. Un sondeo de 2007 de Gallup International para el ECFR, realizado en 52 países, mostraba que la UE era (con un 35%) la potencia cuya presencia internacional más se echaba de menos, seguida de la India, otra potencia no amenazante (con 27%).¹² Y en el 2010 el BBC World Service, en otro estudio realizado en 27 países, confirmaba los datos: el 53% de los consultados consideraban a la UE una fuerza positiva, sólo comparable a Japón, pero por encima de cualquier otra.¹³

Tienen pues razón quienes como Leonard o McCormick argumentan que la UE posee un «poder transformador» basado, en primer lugar, en que es un modelo, un esquema a seguir; en segundo lugar, en su capacidad para ofrecer (o excluir) beneficios a terceros países, y finalmente, en su capacidad normativa, en su obsesión por regular todo mediante contratos, normas y reglas, en la creación de derecho vinculante en un orden jurídico kantiano.¹⁴ El poder militar —se argumenta— permite cambiar regímenes, pero la legislación permite cambiar sociedades. Y así, se alega que la ampliación al Este de la UE ha sido el mayor programa de cambio pacífico y de democratización de la historia, y puede que incluso la verdadera y más efectiva «política exterior» de la UE. Estaríamos ante el ascenso de los «poderes herbívoros» frente a los «carnívoros», representados todavía por los amenazantes actores de la Guerra Fría (Estados Unidos, Rusia o China).

Pero incluso sus defensores no dejan de reconocer que la UE rinde por debajo de sus posibilidades.¹⁵ Y ello por numerosos problemas que recientemente se acumulan sin encontrar solución.

3. EL PROBLEMA: EUROPA COMO SUBPRODUCTO

La semilla del fracaso anida en la estrategia del éxito, en el propio modelo de construcción de Europa. Y el problema central es que la UE sigue siendo un objeto político no identificado, un OPNI, que se ha construido por la puerta de atrás, sin modelo o diseño previo, siguiendo el método funcionalista: arbitremos un mercado común y una unión monetaria y que la economía tire de la política y que la política tire de la cultura. Recordemos la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950:

«Europa no se hará de golpe, ni en una obra de conjunto, se hará por medio de realizaciones concretas, que creen, en pri-

mer lugar, una solidaridad de hecho. ... La puesta en común de la producción del carbón y del acero asegurará inmediatamente el establecimiento de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la Federación Europea...»

Ésa era la estrategia: «realizaciones concretas» para generar «solidaridades de hecho», tal debía ser «la primera etapa de la Federación Europea». Dicen que Jean Monnet dijo al final de su vida que, de tener la oportunidad de construir Europa de nuevo, habría empezado por la cultura. No es cierto, no lo dijo, pero en todo caso menos mal que no se hizo así pues entonces no tendríamos UE. Por el contrario, el llamado «método funcionalista» ha sido un éxito, y la economía ha generado solidaridades de hecho que han tirado de las instituciones y de la política (aunque aún está por ver que ésta haya respondido). Pero el precio pagado por el funcionalismo ha sido construir Europa por la puerta de atrás, sin verdadera participación ciudadana, sin proyecto claro, casi como un «subproducto»: algo que se alcanza tanto mejor cuanto menos se explicita. Construcción que implicaba una gestión de la política europea en términos más de despotismo ilustrado que de democracia: todo para los pueblos pero sin los pueblos.

Y el resultado es un serio déficit democrático: la UE no responde ante los ciudadanos, no es *accountable*, y por ello es, además, incomprensible, opaca y burocrática. La UE profunde y exporta democracia pero ella misma es dudosamente democrática hasta el punto de que se ha podido asegurar con ironía que si la UE pidiera mañana ingresar en la UE, puede que tuviera que ser rechazada por no cumplir los criterios de Copenhague, las reglas que un país debe cumplir para ser elegible como miembro de la UE. Estamos ante un orden político legal y cuasiconstitucional pero sin los fundamentos y las bases constitucionales adecuadas, singularmente sin un *demos*, un pueblo o nación ante el que rendir cuentas. Lo que explica la creciente abstención elec-

toral, el rechazo a la burocracia de Bruselas y el sentimiento de opacidad de la política europea, e incluso un creciente rechazo a la misma UE y, por supuesto, al euro.

¿La consecuencia de todo ello? Desde la base misma del edificio europeo se manifiesta la dificultad para saltar de la unión de mercado y monetaria a la unión política y con ello un déficit creciente de gobernanza política. Déficit que los redactores del *non nato* Tratado Constitucional, conscientes de ello, trataron de taponar con una Convención política, casi un Parlamento Constituyente, supuestamente representativo de la ciudadanía europea, y al que le gustaba compararse con la Convención de Filadelfia que dio lugar a la Constitución de Estados Unidos. Pero el fracaso del proyecto de Tratado Constitucional tras el referéndum holandés y, sobre todo, francés, y el subsiguiente fracaso del Tratado de Lisboa tras el referéndum irlandés, finalmente resuelto, no hacen sino profundizar el déficit institucional, que se manifiesta en la vida cotidiana de Bruselas y en todas sus manifestaciones.

Éste es el problema central de la UE, que se manifiesta y expresa en tres retos internos y otros tres retos externos. Veámoslos.

4. LOS TRES RETOS INTERNOS DE LA UE

El primer reto de la UE actual es el de la profundidad, a saber: sobre qué ejerce su gobierno la UE, cuáles son sus competencias y las de los Estados. Cuestión que remite a otra: ¿estamos ante (al menos el germen de) Estados Unidos de Europa, una confederación de Estados que camina hacia su eventual federación? ¿O estamos ante un nuevo producto para el que no tenemos todavía modelo o teoría? Hasta el momento Europa ha podido mantener la ambigüedad pues no ha necesitado un liderazgo político fuerte, pero a medida que el mercado común primero y la unión económica y monetaria después, avanzan, la evidencia

del déficit político se agudiza. Pues ¿cómo tener unión monetaria sin control presupuestario, sin armonización fiscal y, sobre todo, sin gobernanza económica? Se asegura que la UE es un gigante económico. Cierto, si por tal se entiende un inmenso mercado y una poderosa máquina productiva. Pero en la medida en que esa poderosa economía no puede administrarse pues es la resultante, el subproducto, de nada menos que veintisiete economías distintas, el gigante no controla sus miembros que caminan cada uno a su propio ritmo, como la actual crisis económica ha puesto de manifiesto.

Y sin embargo, los Eurobarómetros señalan que la población europea desea que estos y otros temas sean de decisión conjunta entre los gobiernos y la UE: el 67% apoya la europeización de temas de defensa y asuntos exteriores, el 64% lo apoya en energía, el 60% en inmigración y, por supuesto, casi el 80% en la lucha contra el terrorismo y la protección del medio ambiente.¹⁶ No falta apoyo de la ciudadanía a una UE más fuerte, sino voluntad de las élites y los gobiernos nacionales para alcanzar acuerdos vinculantes. Los ciudadanos confían en sus gobiernos tan poco como confían en la UE, de modo que no temen transferir a Bruselas parcelas relevantes de su soberanía (con algunas excepciones con el Reino Unido).

Por lo demás, ¿en qué consiste actualmente estar o no estar en la UE? Si admitimos cooperaciones reforzadas, *opting out* e integraciones diferenciadas (Schengen sí o no; euro sí o no), que diversifican el estatus de los miembros en una geometría variable; y si admitimos además acuerdos diferenciados de vecindad con no miembros, que los aproximan al estatus de miembro, el resultado son unas fronteras borrosas y una cada vez mayor indefinición de lo que es la misma UE o de lo que significa ser (o no ser) miembro. Podríamos estar caminando, no sólo hacia una UE a la carta, sino hacia una no-UE también a la carta, lo que sería tanto como la banalización de la pertenencia.¹⁷

Y junto al dilema de la profundidad, el de la amplitud de Europa, quizás el más visible. ¿Estamos ante una unión política de la región Oeste del continente euroasiático, una unión territorializada, como lo han sido siempre los Estados, o más bien ante un método nuevo de articulación de relaciones internacionales y resolución de conflictos? Es decir, ¿se trata de sustituir a los viejos Estados o de sustituir al viejo orden internacional westfaliano? Puede parecer paradójico pues se presenta como lo primero pero, en buena medida, la UE es más lo segundo: un método de articulación de la sociedad internacional mediante el *engagement*, la cooperación y los negocios, mediante la suma y no la confrontación de soberanías, que genera solidaridades fácticas en círculos concéntricos. La cooperación europea, decía Jean Monnet, «no es un fin en sí mismo sino sólo una fase en el camino hacia el mundo organizado de mañana». Analizando el grave problema de falta de gobernanza global, un reciente editorial del *Financial Times* lo recordaba enfáticamente:

«La UE representa el experimento más avanzado del mundo en cooperación interestatal y gestión comunitaria de soberanía nacional. Si la UE fracasa, el modelo más ambicioso de cooperación internacional fracasará con ella... No existe una solución nacional para el cambio climático, la proliferación nuclear, la crisis financiera internacional, la inestabilidad monetaria, o la inmigración ilegal. Se trata de asuntos que exigen cooperación internacional, y la UE —con todos sus fallos— tiene cincuenta años de experiencia en la difícil tarea de hacer cooperar a gobiernos nacionales por el bien común.[...] Es fácil burlarse de este tipo de supranacionalismo. Pero la alternativa es, sencillamente, permitir que los problemas globales degeneren hasta el punto de crear conflictos entre naciones. Merece la pena luchar para preservar los valores que representa Europa —y no sólo por el bien de Europa.» (FT, 3 de enero de 2012)

Así pues, ahora la UE, más allá de una federación (o una confederación), sería un original método de articulación inter-estatal que puede extenderse como una mancha de aceite y, tendencialmente al menos, podría llegar a abarcar al mundo entero; una alternativa pues al sistema de Naciones Unidas: éste basado en la soberanía de los Estados, la UE en la soberanía compartida.

La otra opción, por supuesto (que mira hacia dentro y no hacia fuera), es la de una unión política geográfica, un supra-estado, necesariamente limitado a una región del mundo, pero en este caso debe tener fronteras territoriales precisas y claras. ¿Cuáles? Parece claro que los Balcanes caen dentro, pero la admisión de Turquía abre la puerta al Cáucaso y quizás más allá. Puede que, como se repitió hace años, la ampliación fuerce a la profundización (aunque eso está todavía por ver), pero la lógica de la ampliación continua impide la profundización, como hemos podido comprobar estos últimos años.

Finalmente el tercer dilema afecta al modelo socioeconómico, sin duda uno de los rasgos de la identidad europea. ¿Se acepta el modelo bávaro de Estado del Bienestar franco-alemán, un modelo que sirvió muy bien en el pasado? ¿O se opta por un modelo angloamericano, privatizado y desregulado, que acaba de mostrar su peor cara? La opción, por fortuna, no es rotunda y quizás en la vieja *Agenda de Lisboa* y en la nueva *Estrategia UE 2020*, y en una economía del conocimiento y la innovación podríamos encontrar la superación del dilema, si el proyecto avanzara, que no lo hace. En todo caso la UE, que sin duda goza del modelo social más avanzado del planeta, debe preguntarse cómo puede pagar su coste y competir con los nuevos países, y ello exige aumentar la productividad en todos los órdenes¹⁸ y revisar radicalmente su demografía. Como sabemos la población europea decrece y envejece, aumentando las tasas de dependencia; de los treinta países del mundo con porcentaje más alto de población mayor de sesenta años, nada menos que veintinueve

son europeos. ¿Es posible, sin cambios radicales, seguir pagando pensiones, sanidad, educación, desempleo, y sostener la sociedad del bienestar más generosa del mundo? Y al contrario, ¿cómo generar una sociedad activa, dinámica y emprendedora cuando hay ya más abuelos (mayores de sesenta y cinco años) que nietos (menores de quince)?

5. Y TRES DILEMAS EXTERNOS

Pero el principal reto de Europa —asegura Van Rompuy— no es el riesgo de guerra entre naciones europeas; tampoco lo es el de establecer la democracia; «nuestro principal reto es cómo lidiar, en tanto que Europa, con el resto del mundo»... ¿Cómo podemos imaginar a la Unión Europea en el océano geopolítico? —se pregunta—. ¿Estamos todos en el mismo barco bajo la misma bandera?»,¹⁹

El problema es —como afirma Van Rompuy—, que mientras la globalización era esencialmente económica se trataba de un juego de suma positiva; todos podemos ganar. Pero hemos entrado en una segunda fase de la globalización, política tanto como económica, y la política «es acerca de *rappports de force*; el poder es relativo», si uno gana otro pierde. Y así, «mientras la prosperidad se extiende, el poder cambia». Y tiene razón, el poder es siempre relativo y, por lo tanto, un juego de suma cero. Y así, los últimos retos afectan a la UE como actor en el escenario mundial, tema en el que se enfrenta hoy a tres serios problemas: un déficit de política exterior, un déficit mayor en seguridad y, finalmente, a una tormenta en el «océano geopolítico».

Vayamos por orden.

La pregunta es ya insoslayable: ¿es posible y realista «una» política exterior europea común que vaya más allá de lo que ha sido

una práctica meramente «declarativa» sometida siempre a la regla de la unanimidad? Los países de la UE disponen de más del doble de diplomáticos en activo que Estados Unidos, y la ayuda al desarrollo es casi el triple que la de Estados Unidos. No faltan pues recursos sino voluntad y coordinación. Pero creo que a estas alturas sabemos que, considerando la diversidad de intereses económicos y políticos, el peso de la historia colonizadora de los países europeos, y su variada proyección geográfica, no parece tarea fácil. ¿Es razonable esperar que Francia «comunitarice» su política africana o árabe? ¿Puede Europa asumir la agenda latinoamericana de España? ¿O la agenda ruso-asiática alemana, que renace? La experiencia muestra que la UE puede, en ocasiones (pero sólo en ocasiones), articular políticas comunes en escenarios concretos (en Palestina, en los Balcanes, en Georgia, no en Libia). Pero ¿es realista pensar en una fusión de los servicios exteriores de los veintisiete países o en una representación común en los organismos internacionales?

Estamos pues ante un poderoso déficit institucional interno, pero que se dobla de inadecuación institucional externa, pues el sistema de Naciones Unidas es muy anterior a la UE y no la contempla, y así debemos preguntarnos también: ¿renunciarían Francia e Inglaterra a su posición permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a cambio de la presencia de la UE? Pero es todo el sistema de Naciones Unidas el que debería revisarse para dar entrada a la UE en lugar de/además de, los Estados. En resumen, ¿puede la UE hablar con una sola voz, tener un solo teléfono al que llamar, como quería Kissinger? Y no basta con que haya un solo teléfono si éste no responde porque están reunidos discutiendo. Europa tiene demasiada geografía, demasiada historia y demasiada cultura, y en el mundo, en los organismos internacionales, o en las cumbres más variadas como las del G-20, tenemos siempre muchos europeos pero muy poca Europa.

Pero además, ¿cómo respaldar esa política exterior? ¿Con qué fuerza? Europa ha sido un *free-rider*, un «gorrón» de la seguridad americana desde 1945, tema del que se ha desentendido.²⁰ Porque no ha podido, porque no ha querido, o porque no la han dejado (que de todo hay), el resultado neto es que su seguridad ha dependido de un ejército ajeno que responde ante un *taxpayer* ajeno. Y así sigue en buena medida, a pesar de muy importantes avances.

Como señala Robert Kagan,²¹ Europa apostó en los años noventa por la primacía de la geoeconomía sobre la geopolítica, por el poder blando en lugar del militar, por la UE como modelo del mundo. Fue un momento en el que Rusia estaba postrada, la *pax americana* garantizada, Japón emergía, y el mundo parecía gravitar hacia Europa. Fueron los quince minutos de fama de la «trilateral»: un mundo gestionado por Estados Unidos, la UE y Japón. Era la opción de Bush Jr. en su famoso discurso *Hacia un nuevo orden mundial* de 1990: «el nuevo orden tendrá que sustentarse en un sistema de seguridad global que requerirá la cooperación estrecha entre las tres grandes áreas industriales del mundo —Norteamérica, Europa y Japón—, y entre los miembros del Consejo de Seguridad».²² Pero esto ya es historia, de modo que ¿estamos en condiciones de dar un giro, tanto mental como económico, para asumir plenamente nuestra propia seguridad? ¿O, por el contrario, queremos una UE confederal de bajo coste y con leve presencia, tal que de nuestra seguridad siga encargándose el *big brother* americano? De momento, con un PIB muy superior al americano nuestros gastos de defensa no llegan al 40% del de Estados Unidos.

Es más, buena parte del cicatero gasto en defensa alimenta ejércitos clásicos, westfalianos, preparados para defender el territorio nacional de ataques de vecinos, justo el escenario que la UE parece haber cancelado definitivamente. Tenemos mucho perso-

nal militar (más que en Estados Unidos) y muchos carros de combate, pero apenas medio millón podrían ser desplegados, y sólo unos cien mil podrían serlo en operaciones internacionales, por lo que se estima que alrededor del 70% de las fuerzas armadas de la UE son inútiles fuera de su territorio nacional. Y ello sin mencionar la total ausencia de portaaviones de gran tonelaje (de 90.000 toneladas, tipo Nimitz), de los que no existe ninguno. Los seis en funcionamiento actuales (tres británicos más uno francés, otro italiano y otro español), son muy inferiores, al igual que los dos que estaban en construcción en el Reino Unido (que serán de 65.000 toneladas; proyectos cancelados), cuando los expertos consideran que la UE necesitaría no menos de tres (uno para el Atlántico, otro para el Mediterráneo y un tercero de reserva).

El gasto militar europeo —se señala con frecuencia—, es más una realidad aritmética que política. Y sin fuerza que la respalde, la renqueante política exterior de la UE es escasamente creíble, como vemos a diario. Sobre todo si se considera que deberíamos correr mucho para no perder posiciones; según el SIPRI en los últimos diez años China aumentó su gasto militar casi un 200%, Rusia un 173%, África del Norte un 94%, la India un 44%, versus un 5% de la UE. Comparativamente el nada desdeñable *hardpower* de la UE se erosiona a gran velocidad.

Pero además, ¿podemos seguir confiando en el *big brother* americano? Dudoso. Acabada la Guerra Fría, Europa no es ya para Estados Unidos un problema, pero tampoco es una solución para los problemas que tienen en otros escenarios. Es aconsejable leer el discurso de Robert M. Gates del 10 de junio de 2011 en Bruselas, entonces todavía Secretario de Defensa de Estados Unidos, una suerte de *farewell to Europe*, de Adiós a Europa por parte de quien ha sido nuestro principal aliado durante todo el siglo pasado. Discurso en el que, tras señalar que «actualmente, tan sólo cinco de los 28 aliados: Estados Unidos, Reino Unido,

Francia, Grecia y Albania, superan el acuerdo de aportar al menos el 2% del PIB para gastos de defensa», añadía:

«...para la mayoría de los gobiernos estadounidenses de la Guerra Fría se podían justificar las inversiones de defensa y las costosas bases avanzadas, que constituían aproximadamente el 50% de todo el gasto militar de la OTAN. Pero unas dos décadas después de la caída del Muro de Berlín, la cuota de Estados Unidos para gastos de defensa de la OTAN se ha incrementado ahora en más de un 75%; en un momento en el cual se están considerando en nuestro país recortes presupuestarios y de prestaciones políticamente dolorosos.

La cruda realidad es que habrá una disminución del apetito y la paciencia en el Congreso de Estados Unidos —y en el cuerpo político estadounidense salta a la vista— de gastar unos fondos cada vez más preciosos en nombre de unas naciones que, por lo visto, no están dispuestas a dedicar los recursos necesarios o hacer los cambios oportunos para ser unos socios serios y capaces en su propia defensa....

En efecto, si las tendencias actuales de disminución de las capacidades de defensa europea no se paran y se cambian totalmente, los futuros líderes políticos de Estados Unidos —esos para quienes la Guerra Fría no fue la experiencia formativa que ha sido para mí— probablemente no tengan en cuenta que el rendimiento de la inversión de Estados Unidos en la OTAN valga su costo.»

¿Qué hará Europa, qué haremos nosotros los españoles, si el paraguas de seguridad norteamericano, que nos ha protegido en el Este, pero también en Oriente Medio, en Marruecos, e incluso en América Latina, desaparece? ¿Qué si Estados Unidos, que será energéticamente autosuficiente en dos o tres lustros, se desentiende de Oriente Medio y nos deja el asunto a los europeos?

Lo que nos lleva al tercer desafío, sin lugar a dudas, el mayor: la «tormenta desatada en el océano geopolítico» con el ascenso de Asia y las nuevas potencias. Pues el principal problema de Europa no es ella sino el mundo, y mientras la UE camina, aunque sea a paso de tortuga, el mundo galopa desde hace décadas.

La demografía es el destino, aseguraba Augusto Comte con buenos argumentos pues es la causa final de casi todo. Efectivamente, entre 1950 y el año 2000 la población mundial se duplicó, pero casi todo ese crecimiento tuvo lugar en el llamado tercer mundo. Y así, si en aquella fecha (1950), antes de ayer como quien dice, de los diez países más poblados del mundo seis eran europeos, hoy, de los veinte más poblados, hay solo uno, Alemania. Europa era entonces más del 25% de la población del mundo pero hoy es bastante menos del 10% y para mediados de este siglo será poco más del 6%. Las dos Américas, norte y sur, serán entonces otro 6% o 7% aproximadamente cada una, y todo el viejo Occidente sumará poco más del 20%. Mientras, Asia es ya el 60%, y África lleva camino de ser más del 20%. Diez asiáticos y tres africanos por cada europeo. Y hablamos de cantidad de población, no de calidad, pues la consecuencia del escaso crecimiento es el acelerado envejecimiento de la población europea.

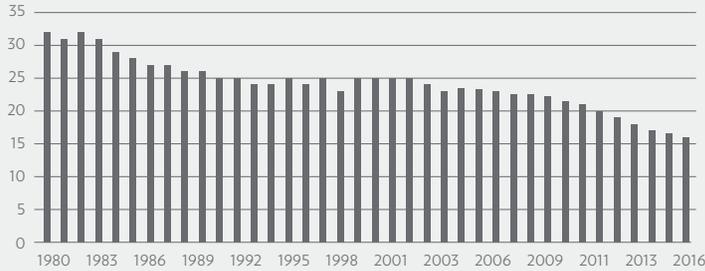
Y el tamaño cuenta, vaya si lo hace. Hablo por supuesto de gigantes como China o la India, países con más de mil millones de habitantes, literalmente «civilizaciones disfrazadas de Estados» (Huntington). Un país «normal» tiene treinta, cuarenta, sesenta millones de habitantes. Cuando tiene trescientos como Estados Unidos es ya otra cosa, que quien conoce Estados Unidos ha podido apreciar. Pero cuando hablamos de 1.000 o 1.300 millones con miles de años de historia propia a sus espaldas, estamos ante Objetos Políticos No Identificados, cuyo comportamiento es impredecible pues los gigantes a veces hacen daño sin quererlo. Pero hablo también de otros países más «pequeños»,

pero enormes si se comparan con los viejos países europeos: Indonesia (228 millones de habitantes), Brasil (casi 200), Pakistán (170), Bangladesh (160), Nigeria (150), Turquía (80). Durante algunas décadas esta asimetría demográfica entre Occidente (*the West*) y el resto (*the rest*) carecía de relevancia, pues sobre ella se superponía otra asimetría, inversa a la anterior, de productividades per cápita. Éramos pocos, sí, pero con altísima productividad comparada. Pero esa ventaja está desapareciendo al ritmo de una acelerada difusión de tecnologías (duras y blandas), que genera una acelerada convergencia de productividades. Recordemos que el PIB de un país es sólo población \times productividad per cápita, de modo que si convergen las productividades las potencias demográficas se doblan en potencias económicas, que se doblan a su vez en potencias militares y estratégicas. Y así, Europa occidental, que llegó a ser el 33% del PIB mundial en la época dorada de la Revolución Industrial, ha descendido a un 20% aproximadamente, y sigue descendiendo. Mientras, China es ya la segunda economía del mundo que puede alcanzar a la de Estados Unidos en un par de décadas, si no antes. En PPA la India es la cuarta, Rusia la sexta, Brasil la octava, México la undécima, Corea del Sur la duodécima, todos por cierto por delante de España, que en pocos meses ha descendido a la posición decimotercera.

Un crecimiento poderoso que ha puesto en marcha fuerzas productivas inmensas que necesitan recursos de todo orden. China, India, Brasil, son gigantescas aspiradoras de recursos, ya sea petróleo o gas, soja o cobre, acero o agua, de modo que estamos entrando a toda velocidad en escenarios neomalthusianos en los que la demanda de naturaleza crece más rápido que la oferta, al menos en el corto plazo y dada la tecnología existente (pues no debemos cometer de nuevo el error de Malthus de menospreciar la tecnociencia).

Y el poder económico se dobla en poder político y militar. China gana ya más votaciones en Naciones Unidas que Europa,

PORCENTAJE DE PIB MUNDIAL QUE CORRESPONDE A LA UE (EN PURCHASING-POWER-PARITY (PPP)*)



* Fuente: http://www.economywatch.com/economic-statistics/European-Union/GDP_Share_of_World_Total_PPP/.

cuando hace un par de décadas era al contrario. Y China o la India, con ejércitos que son ya inmensos (de más de 2,5 millones de hombres el de China), y nuclearizadas, están construyendo aceleradamente Armadas oceánicas para asegurar las rutas de suministro de sus recursos a través del mar del sur, sin olvidar el control del espacio (y la India se propone llegar a la Luna). Pero no son los únicos, pues la militarización de un país acelera la de los vecinos, y así, y si la inversión en armamento china ha crecido casi un 200% en la última década y la de la India lo ha hecho en un 55%, la de Rusia ha crecido un 83%, la de Arabia Saudí un 63%, la de Corea un 45%, la de Brasil un 30%, por citar algunas. Sólo Europa occidental en su conjunto se mantiene estable en algo menos de 300.000 millones de dólares, menos de la mitad del presupuesto americano.

Tras la Gran Divergencia (K. Pomerantz) que generó la Revolución Industrial es la hora de la Gran Convergencia de los países del Sur y del Este hacia el Norte y el Oeste, con lo que el

centro de gravedad del mundo vuelve a Asia, donde ha estado durante varios cientos de años.

Barraclough tenía razón. Durante más de trescientos años la historia del mundo, la historia de América, de Asia o de África, se ha escrito aquí, en El Escorial o Lisboa, en Londres, París, Berlín, más tarde en Washington. Eso ya no es así; Europa se suicidó en dos «guerras civiles» (las dos Guerras Mundiales) y la consiguiente pérdida de sus Imperios coloniales, y de hecho, entre 1945 y 1991, Europa fue territorio colonizado por potencias periféricas, por Estados Unidos o la Unión Soviética, incapaz de controlar su propio destino. Pues bien, la pregunta ahora es si en los próximos siglos Europa será capaz al menos de controlar su propio destino o, como le ocurrió al resto del mundo antes, ese destino se escribirá en Beijing u otro lugar. Lo que los historiadores han llamado la Era de Europa, que comenzó con las grandes navegaciones de altura de los *iberian pioneers* (Toynbee), de españoles y portugueses, ha tocado a su fin, y el puente de mando de la humanidad se mueve de nuevo hacia el oeste.

6. CONCLUSIÓN

El 19 de septiembre de 1946, poco después de que callara el ruido de las armas, en su famoso discurso de Zúrich, decía Churchill:

«Hay un remedio que si se adoptara de una manera general y espontánea, podría cambiar todo el panorama como por ensalmo, y en pocos años podría convertir a Europa, o a la mayor parte de ella, en algo tan libre y feliz como es Suiza hoy en día. ¿Cuál es ese eficaz remedio? Es volver a crear la familia europea.»

Pues bien, la «familia» ya se ha creado y Europa es tan «libre y feliz como Suiza».

Pero aquel deseo contenía una profunda ironía que hoy vemos con claridad: el de transformarnos en una sociedad de alta calidad pero aislada y ensimismada: ser «la Suiza del mundo». Un hermoso y elegante parque temático, bello, culto, sofisticado y decadente, un lugar ideal para vivir, donde los ricos del mundo enviaran a sus hijos a estudiar y mantendrán residencias por si acaso, lleno de museos, óperas y teatros, pero cerrado al mundo, aislado e irrelevante.

Así nos ven en el resto del mundo, y cuando se indaga fuera de Europa sobre la UE como eventual potencia mundial, el resultado es descorazonador. Para los habitantes del planeta Estados Unidos es la gran potencia indiscutible (81%), seguida por China (50%), y ya muy por detrás, y casi empatados, por Rusia es (39%), Japón (35%) y la UE y el Reino Unido (empatados en el 34%). Un ranking que no deja de ser sorprendente: ¡la UE no es percibida como más poderosa que el Reino Unido, Japón o Rusia! Pero más interesante es analizar quien otorga a la UE esa mediocre posición, pues mientras que el 81% de los alemanes o el 76% de los ingleses aseguran que la UE es hoy un «poder mundial», sólo piensan lo mismo el 5% de los indios, el 12% de los brasileños, el 13% de los rusos, el 20% de los japoneses, e incluso el 26% de los americanos.²³ Más en concreto, para los chinos la UE no existe como centro político con visión estratégica,²⁴ mientras para los indios la UE es, simplemente, el pasado. Para unos y otros Estados Unidos es la referencia internacional y la UE ni acaba de estar, ni se la espera. Los europeos estamos convencidos de que somos una potencia mundial pero, desgraciadamente, muchos, al parecer, no se han enterado. Algo hemos debido hacer muy mal para ser así percibidos.

El problema es que Europa no puede no ser un poder mundial efectivo, no puede conformarse con ser «la Suiza del mundo», incluso si ello resultara atractivo, cosa discutible. Como afirma la

Estrategia de Seguridad Europea, «como unión de veinticinco Estados —hoy ya veintisiete— con más de cuatrocientos cincuenta millones de población, produciendo una cuarta parte del PIB mundial, y con una amplia variedad de instrumentos a su disposición, la Unión Europea es inevitablemente un jugador global (*global player*)... que debe estar preparada para compartir responsabilidad en la seguridad global y la construcción de un mundo mejor».

La UE es la primera economía del mundo y la más globalizada con el 44% de las exportaciones y el 43% de las importaciones mundiales, muy por delante del segundo (Asia, con el 27% y 25% respectivamente; datos de 2007), comercio disperso por todo el mundo (el mayor importador y exportador, Estados Unidos, cubre sólo el 14% y el 23% respectivamente), y con un saldo crecientemente negativo. La UE tiene inmensas inversiones directas fuera de área, sobre todo en Estados Unidos (41%) con cuya economía está inextricablemente unida,²⁵ pero también en el resto del mundo. Su dependencia energética es superior al 50%, importando petróleo de Rusia y Oriente Medio, gas de Rusia y Norte de África, carbón de África del Sur y Australia. Y la propia Comisión estima que para el 2030 importaremos el 75% del petróleo y gas. Tiene fronteras físicas con dos áreas especialmente problemáticas: por una parte Rusia y aliados (que se proyecta sobre los Balcanes y el Cáucaso), y de otra el sur del Mediterráneo, una frontera al tiempo religiosa, cultural, política (la del fundamentalismo islámico) y económica, con una de las mayores desigualdades del mundo, una diferencia casi de 1 a 12 en renta per cápita (la de México-Estados Unidos es la mitad).²⁶ Además, y por si fuera poco, la población de Oriente Medio y Norte de África, el «patio sur de Europa», ha crecido desde 78 millones en 1950 a nada menos que 307 millones en el año 2000, pero estimaciones conservadores proyectan un crecimiento de hasta 450 millones en el 2020 y 656 millones en el 2050.²⁷ De modo que, ya sea buscando mercados, recursos, mano de obra

o incluso capital, la UE depende del exterior. Como concluyen Nicole Gnesotto y Giovanni Grevi en su informe *The New Global Puzzle. What World for the EU in 2025?*, «los verdaderos retos para la prosperidad y la estabilidad de Europa están fuera de sus fronteras, desde las tensiones geopolíticas en áreas vecinas al impacto político y económico de nuevos actores emergentes».²⁸ El futuro de Europa está fuera de Europa. «La Unión Europea como protagonista mundial», dice la *Estrategia Europea de Seguridad*.²⁹

Europa debe responder, otra vez, a estos desafíos; no tiene alternativa. Hay quien señala que la alternativa es recordar —de nuevo con Stefan Zweig y su *El mundo de ayer*— las estrofas finales del canto del *Julio Cesar* de Shakespeare certificando el fin de aquel Imperio:

El sol de Roma se ha puesto. Nuestro día murió.
Nubes, rocío y peligros, se acercan;
Hemos cumplido nuestra labor.

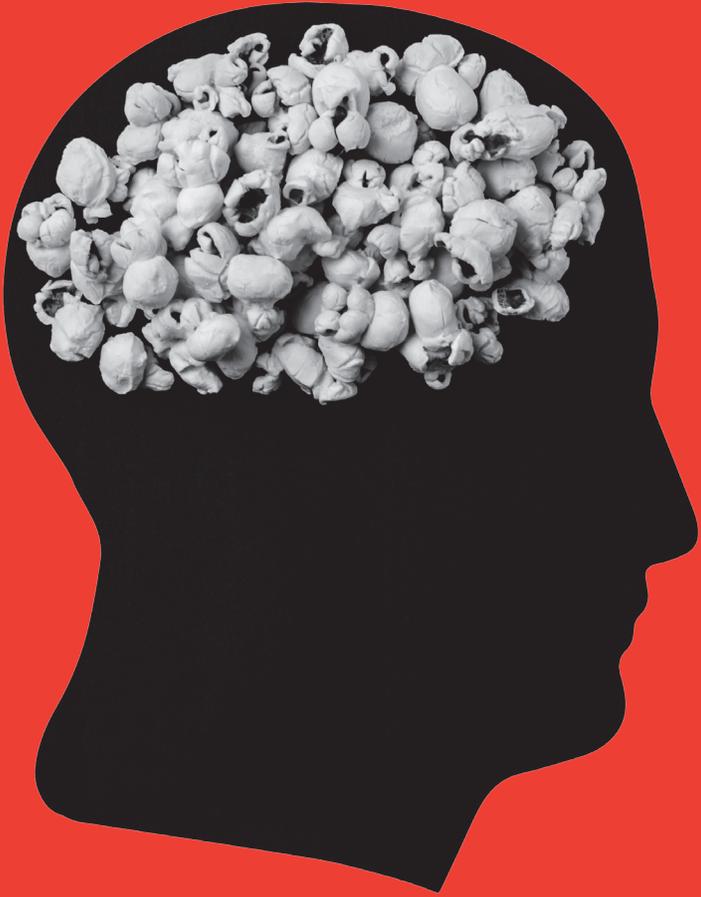
Es un modo acomodaticio y blando de aceptar la debilidad como destino. Con mayor vigor lo dijo Octavio Paz de nosotros hace no mucho:

«Lo único que une a Europa es su pasividad ante el destino. Después de la Segunda Guerra Mundial las naciones del Viejo Mundo se replegaron en sí mismas y han consagrado sus inmensas energías a crear una prosperidad sin grandeza y a cultivar un hedonismo sin pasión y sin riesgos. De ahí la fascinación que ejerce sobre sus multitudes el pacifismo, no como una doctrina revolucionaria, sino como una ideología negativa.»³⁰

Evitar que Paz tenga razón es nuestro reto inmediato. Construir una nueva Europa después de la Era de Europa.

1. Véase E. Lamo de Espinosa, *Bajo puertas de fuego. El nuevo desorden internacional*, Taurus, Madrid, 2004.
2. La película *Avatar*, de evidente éxito, emblematiza esta sensibilidad apocalíptica retomando el mito rousseauniano del buen salvaje en armonía con la naturaleza, enfrentado a la perversa civilización americana.
3. Hay edición francesa, *L'Europe après l'Europe*, Verdier, Paris, 2007.
4. G. Barraclough, *History in a Changing World*, University of Oklahoma Press, Norman, 1956, pp. 206 y 207.
5. «Corto» siglo xx que habría comenzado con la Revolución Rusa y terminado con el fin de la «ilusión» comunista en 1989. Véase Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*, 1994.
6. A. Touraine, «El fracaso de Europa», *El País*, 28 de mayo de 2010.
7. Véase Freedom House, *Freedom in the World 2009*, en freedomhouse.org.
8. Discurso en la Universidad Humboldt en Berlín, 12 mayo de 2000.
9. Philippe C., Schmitter, «The European Union as an Emergent and Novel Form of Political Domination», Working Paper, Juan March Institute, Madrid, 1991/26.
10. Robert Kagan, *Poder y debilidad*, Taurus, Madrid, 2003.
11. Robert Cooper, «The Post-Modern State», en Mark Leonard (ed.), *Re-ordering the world*, The Foreign Policy Centre, Londres, 2002.
12. Ivan Krastev y Mark Leonard, *New World Order: The Balance of Soft Power and the Rise of Herbivorous Powers*, European Council on Foreign Relations, Policy Brief, 2007.
13. *European Strategy and Policy Analysis System (ESPAS)*, Global Trends 2030. Citizens in an Interconnected and Polycentric World, 2010.
14. Por ejemplo, Mark Leonard, *Por qué Europa liderará el siglo XXI*, Taurus, Madrid, 2005. También John McCormick, *The European Superpower* (PalgraveMacMillan, Londres, 2007).
15. Véase, por ejemplo, Mark Leonard y Richard Youngs, «El efecto Europa», *Foreign Policy*, octubre/noviembre 2007, pp. 34 y ss.
16. Eurobarómetro, 70, 2008.
17. Véase Charles Grant, *Europe's Blurred Boundaries*, CER, 2007.
18. Véase, al respecto, Anthony Giddens, *Europa en la era global*, Paidós, Barcelona, 2007.
19. Discurso de Van Rompuy en el Colegio de Brujas, 25 de febrero de 2010, «The Challenges for Europe in a Changing World».
20. Empleo el término *free-rider* o «gorrón» en su sentido técnico, a saber, quien se aprovecha de bienes públicos (como la seguridad, en este caso) sin contribuir a ellos. Como es bien sabido la teoría del *free-rider* fue elaborada por Mancur Olson en *La lógica de la acción colectiva*, libro del que hay numerosas ediciones.
21. R. Kagan, op. cit., pp. 20-21.

22. «Toward a New World Order», discurso pronunciado ante el Congreso el 11 de septiembre de 1990.
23. Véase el sondeo de opinión pública *Who Rules the World*, Berlín, octubre 2007, realizado para la Fundación Bertelsmann.
24. Karine Lisbonne-de Vergeron, «Contemporary Chinese Views of Europe», Royal Institute of International Affairs, 2007.
25. Joseph Quinlan, «Drifting Apart or Growing Together. The Primacy of the Transatlantic Economy», Center for Transatlantic Relations, Washington, 2003. Actualizado posteriormente en varias ocasiones para el German Marshall Fund.
26. Véase Íñigo Moré, *La vida en la frontera*, Marcial Pons, Madrid, 2007.
27. Citado por Anthony H. Cordesman, *The Transatlantic Alliance. Is 2004 the Year of the Greater Middle East?*, CSIS, Washington, enero de 2004.
28. Nicole Gnesotto y Giovanni Grevi, *The New Global Puzzle. What World for the EU in 2025?* París, Institute for Security Studies, 2006, p. 209.
29. *Una Europa segura en un mundo mejor; Estrategia Europea de Seguridad*, aprobada el 12 de diciembre de 2003 en pleno conflicto de Irak, una de las acciones diplomáticas más brillantes de Javier Solana.
30. Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Barcelona, Seix Barral, 1983.



Jordi Gracia **La crisis cultural o el fantasma de la banalidad** No

hay un solo fantasma hoy recorriendo la cultura y la sociedad occidental, sino muchos y muy activos, enfundados en diversas y a veces pintorescas túnicas. Uno de los más alarmistas es el que asigna a la época contemporánea la hegemonía aplastante y funeraria de la banalidad, de la trivialización del saber y la tradición humanística, del declive de la cultura occidental tal como la habíamos entendido hasta hace dos o tres décadas. La modernidad echó por tierra

hace un siglo y medio las versiones monolíticas de la realidad. Pero a veces se olvida que acabó también con la verosimilitud de cualquier contraversión igual de monolítica.

Sin embargo, el retrato habitual del fantasma cumple con los requisitos del género apocalíptico con influencia *gore*. Pinta un presente culturalmente desahuciado, intelectualmente empobrecido, estéticamente asténico, éticamente envilecido. Lo peor de todo sin embargo no es eso, sino la, al parecer, terrible inconsciencia masiva sobre la naturaleza del mal que corroe las maderas nobles de la cultura mientras el mundo consume alocadamente tonterías incombustibles, comercia con chapuzas incalificables, aplaude tosquedades de parvulario o consagra la más ruin mediocridad.

El retrato es conocido y no es nuevo; de hecho, es netamente tradicional porque forma parte del mejor legado del humanismo ilustrado. De esa tradición nace la valentía de lanzar ofensivas contundentes contra el irreparable desvalimiento cívico, educativo y cultural de nuestras sociedades. A esta élite debemos algunas de las mejores páginas que hayamos podido leer —en Voltaire, en Schopenhauer o en Steiner— sobre los riesgos que la democratización del saber y la vulgarización de la alta cultura pueden estar engendrando desde la construcción de la modernidad (si quieren, desde el siglo XVIII). A ese núcleo duro debemos buena parte de la actitud vigilante contra el poder político-cultural y su complicidad con empresas progresivamente convertidas en megaempresas de entretenimiento, que son ya también conglomerados multinacionales que editan, producen y difunden mercancía cultural.

De esa matriz surge el irritado ensayo de Mario Vargas Llosa contra *La civilización del espectáculo*. Es muy poco contemporizador con las formas de la cultura actual, inconformista con las novedades, rebelde ante los usos y los instrumentos de la cultura del presente. El libro es valiente y honrado, y nace de donde nace siempre la obra de un ensayista de convicciones: de la necesidad

de compartir con los demás la angustia por las rutas intelectuales equivocadas, por las decisiones inconscientes pero erradas de los medios culturales, por las inercias masivas y las rutinas lesivas que ha implantado nuestra sociedad. Desde luego, Vargas Llosa no está solo en el diagnóstico del declive de la cultura occidental ni carece de precedentes históricos. Hace años que esa misma percepción cuenta con numerosos analistas y portavoces en España y fuera de España, convencidos y casi aturdidos ante el empobrecimiento cultural implacable de nuestras sociedades.

OTRA TRADICIÓN

Sin embargo, del núcleo duro de esa misma tradición ilustrada nace también la actitud contraria, menos desesperanzada ante la sucesión incansable de cambios sociales, que son también a la fuerza transformaciones culturales. Es la tradición que prefiero porque tiende a leer como crisis de transformación y cambio lo que otros leen como crisis de consunción y decadencia. Este brevísimo ensayo intenta defender la legitimidad de un enfoque positivo de lo que es la cultura actual y sus nuevas condiciones empíricas: su autor cree en las ventajas reales de los cambios y asume la percepción de una continuidad agitada, creativa y fecunda en las élites intelectuales y culturales europeas, aunque es verdad que no en los mismos términos, con el mismo papel y en las mismas condiciones del pasado. Conjeturo, además, que se trata de diagnósticos opuestos pero nacidos ambos de poco más que intuiciones y apariencias, antes que de pruebas o argumentos concluyentes. Dicho de otro modo: el temor al declive cultural es sospecha tan legítima como la sospecha de asistir a un proceso de cambio sin pérdida de valor.

Es probable que vivamos hoy uno de los momentos históricos de transformación pacífica más impetuosos y también más excluyentes. Quizás estemos ante la apertura de una nueva etapa en la medida que los cambios no son ya sólo de grado o de rit-

mo sino que invitan a creer en un nuevo paradigma. Es posible incluso que los procesos tecnológicos que han cambiado nuestra vida ordinaria expliquen la aceleración no sólo de las funciones culturales sino de todas las funciones sociales: el dinero va más rápido, la información va más rápido, los trenes van más rápido, las imágenes van más rápido. Y sin embargo, la capacidad de comprensión del hombre contemporáneo no va más rápido ni ha encontrado modo alguno de acelerar el proceso de captación, aprendizaje, maduración e interiorización del saber, el conocimiento o el oficio de pensar y crear. Las funciones sociales e intelectuales —las noticias, el pensamiento, los blogs, los twitters— corren y se multiplican a una velocidad y en una medida sencillamente indigerible para las aptitudes medias de un ciudadano común (o no común): ni el más dotado de la tribu puede correr a la velocidad de la comunicación ni puede absorber la cantidad de la información comunicada.

La tentación inmediata es creer que el fenómeno es rigurosamente nuevo y que ha nacido con las nuevas tecnologías. Por definición, las tecnologías son siempre nuevas en el momento de su invención y difusión, y tan nueva tecnología fue la escritura como lo fue la imprenta, la radio, el cine, la televisión o internet. La percepción contemporánea de una nueva tecnología es inevitablemente angustiosa en cualquier época porque desordena el orden e introduce un método, y a menudo una función nueva, casi siempre más acelerada y casi siempre desconcertante para sus nuevos usuarios. El sentimiento de una buena parte de la población mejor formada es casi automáticamente la exclusión porque la función nueva puede ser tan invasiva como la radio, la televisión, el cine o internet o puede ser tan discretamente útil como la imprenta. Pero la consecuencia inmediata de pasar de los libros copiados a mano (único modo de difundirlos, además de la memoria) a los libros impresos fue vivida en muchos casos como una auténtica catástrofe. Anunciaba el fin de la exhausti-

vidad, del conocimiento perfecto, de la plenitud misma del saber porque de golpe se volvía inabarcable, y distinto.

Hoy nos parece exactamente lo contrario, claro está, y no vemos el menor asomo de catástrofe sino el principio raso de la modernidad. La imprenta fue la palanca que impulsó la secularización cultural y convirtió el acceso al saber en algo potencialmente masivo, aunque nadie pudiese imaginar lo masivo que iba a ser a la altura de 1550, por decir algo. Sin embargo, en el entorno cultural de las élites del humanismo, la imprenta estaba prometiendo algo menos esperanzador: se desvanecía la utopía de un saber total y se perdía el control fáctico sobre la circulación de ese saber, y sobre el saber mismo. El lector más voraz e incansable, el humanista mejor dotado supo, al día siguiente de la invención de la imprenta, que no iba jamás a leer todos los libros de interés probable. Y supo más: supo que era irrealizable el sueño de una biblioteca que acogiese todos los libros.

Intelectual y culturalmente vivimos hoy con mimbres internos muy semejantes a los de antes y sin embargo todo es sustancialmente distinto de antes. O se nos antoja estar asistiendo a una revolución de tal magnitud que ha dado, esta vez sí, un salto infrecuentísimo en la historia moderna: convertir una transformación tecnológica en una transformación cualitativa, categorial. Según muchos, ya no estamos sólo ante un nuevo conjunto de instrumentos y tecnologías; al parecer, estamos ante una nueva civilización. Viviríamos, por tanto, el arranque de un nuevo modo de comprender y ejercer la actividad cultural, dictada o auspiciada por el mercado sin control de calidad y el libérrimo universo digital.

El hecho singular de nuestro tiempo es sin embargo rigurosamente nuevo (la parodia orteguiana es a todas luces voluntaria). Por primera vez, y desconcertantemente, parece que una revolución tecnológica va a servir a todas luces para empobrecer o arruinar la creación cultural y la noción misma de tradición

humanística. Es el final o el principio del fin. Según la opinión más acreditada en las altas instancias intelectuales, la banalidad es el estadio al que está condenada la educación, la universidad, el periodismo, la cultura o el arte de la literatura. El futuro consistirá en lo que ya es el presente: un mercado cultural saturado de una infinita gama de trivialidades, de saberes superficiales, de mimetismos, epigonismo y nadería. Las sospechas sobre la modificación de la lectoescriptura o la debilidad formativa de los lectores, desentrenados y perezosos por el consumo inmoderado de pantallazos, tienden a profetizar un panorama rigurosamente anorgásmico.

Sin embargo, la hegemonía de la banalidad ha sido la ley secreta de la cultura de Occidente desde que Occidente existe. Sin producción y difusión de cultura trivial no hay Occidente ni consumo de clases medias, ni colecciones populares, ni divulgación alta, baja o media. No hay época que no haya sabido que su tiempo vivía sometido al triunfo del gusto vulgar, de la idiocia, de la petulancia y la vanidad; no hay tiempo que no haya vivido el azote contra la mediocridad invasiva y ofensiva. La reprobación de la pobreza cultural, de la falta de invención, de la tosquedad analítica y la penuria intelectual es parte sustancial del tejido moral que ha construido sociedades paradójicamente cada vez más libres y atentas, mejor educadas, más civilizadas y respetuosas, más tolerantes y menos dogmáticas: más cultas. El precio de la cultura democrática es su capacidad de democratizar el consumo cultural al nivel de las exigencias, los deseos y los sueños de mayorías cada vez más numerosas y también cada vez más exigentes.

Los más críticos piensan que esto es verdad para los últimos dos mil quinientos años pero que ha dejado de serlo para las dos últimas décadas, pobladas de indicios incontestables sobre el agotamiento de Occidente, o quizás sumisas a la naturaleza invasiva de los gustos de las clases populares y medias sin pre-

paración ni gusto educado. El diagnóstico sin embargo coincide con otro fenómeno de mayor calado: los años noventa vivieron el final de las utopías, el descrédito del pensamiento radical o subversivo. Quienes abanderaron en mayor o menor medida aquella movilización ética e ideológica que arrancó de los años sesenta percibieron en el transcurso de sus biografías el declive invencible de un ensueño de justicia, libertad y emancipación social. Y a menudo asalta la sospecha de que esa decepción haya interferido en su capacidad de análisis sobre el devenir cultural de Occidente, como si el fracaso de aquellas utopías condujese irremediablemente a la decepción de lo no logrado y al fracaso de la alta cultura.

Lo que no cabe regatear es el desamparo ideológico del valor social de la cultura, antes protegida por ser el medio más seguro de prosperidad y construcción de sociedades prósperas. Hoy la formación cultural se ha convertido en una suerte de dato fáctico, de hecho empírico en tan obvio que no parece ser necesario armar un discurso propio para defenderla. Vive una desprotección ideológica que en gran medida es fruto de su propio éxito como conquista social de las democracias modernas. La cultura clásica, humanística, recibe su aval de las mismas razones históricas que construyeron la base más fértil de la modernidad: el cruce fecundo entre humanismo e ilustración. Esa misma tradición que aspiraba a socavar y subvertir la movilización radical y revolucionaria de los años sesenta, creyendo que era burguesa, pactista, entreguista y por supuesto mercantilista. La sensación común entre las clases intelectuales fue el final del aliento utópico y una decepción innegable porque, años después, esas mismas élites formaron parte de los equipos que fueron integrándose en los mismos circuitos de la cultura burguesa que ahora, teóricamente, son responsables de la decadencia. ¿Pensamos igual quienes no habíamos nacido entonces? ¿Sentimos ese mismo fracaso, cuando tenemos un acceso inagotable e inimaginable antes a la

mejor producción cultural posible en cualquier parte del mundo, por vía directa, digital o electrónica?

Esa desolada percepción del presente tiene que ver también con otro fenómeno relativamente identificable y doloroso. Se trata de la pérdida progresiva de hegemonía de unas élites intelectuales mal adaptadas a los cambios, ya no tecnológicos o mediáticos sino más vastamente sociales. Una novedad cualitativa fundamental desde la Europa de los años sesenta es la creciente democratización del saber y la cultura (en España algo más lenta), el aumento exponencial de la producción (alta, baja y media), la multiplicación de estratos de creación y consumo cultural y, en fin, la dura, nueva e irritante pugna del intelectual por el control político e ideológico del espacio público y la alta cultura en un sistema capitalista. Es cada vez más extendida, pero no sé si muy cierta, la percepción desde esas élites de una creciente masa acrítica, vulgarizada e intelectualmente inerte, que no acaba de cuadrar con otros índices de tipo sociológico, cultural y educativo que enseñan lo contrario.

La condición de subsistencia de la cultura es el mercado capitalista. El mecenazgo dejó paso a formas más complejas y abiertas de construcción de discurso y producción cultural en la medida que convirtió al público en potencial generador de una oferta que satisficiera sus gustos en cantidad y variedad incomparable a cualquier otra etapa anterior. El efecto inmediato en términos sociales fue la pérdida progresiva de autoridad y ejemplaridad de la alta cultura, que debió luchar por preservar su espacio de poder en medio de una multiplicación ingobernable de focos de opinión, de criterios y de juicios. Internet ha dado el paso decisivo y global para que la sensación de anomia y desorden se haya apoderado de las élites intelectuales menos adiestradas en el manejo del nuevo medio y más afectadas por el cambio de comportamiento sociocultural en Europa. Sin acen-
tuar de ningún modo el alarmismo, un extraordinario libro de

Roger Griffin, *Modernidad y fascismo*, en torno a las raíces de los totalitarismos de entreguerras, arguye una y otra vez ese sentimiento de pérdida de referencias estables como estímulo de un catastrofismo que avaló la respuesta totalitaria. Es una lección implícita en torno a la necesidad de mantener la guardia alta contra la sensación de caos y anomia de la cultura del presente.

CONTRAOFENSIVA CLÁSICA

Uno de los fenómenos más visibles y conocidos de las últimas décadas ha sido el liderazgo que asumieron dos intelectuales de primer nivel, Harold Bloom y George Steiner (uno en el ámbito sobre todo norteamericano y el otro en el ámbito sobre todo europeo). Los dos se opusieron críticamente desde muy temprano, al menos desde los años sesenta y sobre todo desde los setenta, a la ofensiva cultural que representaban nuevos criterios, nuevos métodos y nuevas reglas de juego en la investigación y la crítica cultural. Frente a la batalladora reivindicación de las minorías sexuales, de género y étnicas, postularon la centralidad de la tradición clásica como garantía de la perpetuación de los valores de la alta cultura.

Detrás de ambos el carburante central era una convicción casi religiosa sobre el valor de la cultura clásica. Había sido, y debía seguir siendo, la expresión más alta de la condición humana, jamás superada (ni superable) por parte de cualquier futuro autor imaginable. Incluso más. George Steiner ha sido el defensor mejor dotado y más persuasivo de la imposibilidad de una alta cultura actual a causa de la desaparición de lo que la fundó en el pasado: la fe en una trascendencia capaz de arrastrar al creador más allá de sí mismo, el afán de absoluto que forzase al creador (y al consumidor) a escalar las cimas de Bach. Sus libros de mayor empaque, como *Presencias reales*, o los de menor cuantía, como las conferencias radiofónicas de *Nostalgia de Absoluto*, certificaban el

final de una era cultural en la medida que el presente había perdido la noción más alta de lo humano. Imperceptiblemente, esa carencia dejaba a la creación contemporánea unos peldaños por debajo del pasado, bien por impotencia bien por inadvertencia.

Son diagnósticos difíciles de aceptar tanto como de refutar porque nacen de una hipótesis indemostrable: sin fe trascendente la creación se rebaja necesariamente. Por decirlo así, el argumento se hace tautológico porque condiciona su acierto a un requisito innegociable. De acuerdo: es posible que J. M. Coetzee no sea Shakespeare y que Mario Vargas Llosa no sea tampoco Dante y sin embargo la vigencia respectiva de los modernos no parece cuestionable sensatamente, excepto que el término de comparación sean sociedades premodernas. Las condiciones de posibilidad de una cultura literaria y artística no parecen condenadas necesariamente a la decadencia por esa ausencia de un impulso metafísico o religioso. El terreno es demasiado resbaladizo o inestable como para ofrecer espacio a una discusión racional. Otra cosa es quizás la constatación firme de una evidencia más: la herencia institucional de la tradición humanística e ilustrada sigue sustancialmente siendo la matriz formativa de la Europa contemporánea, aun cuando numerosos analistas señalen con razón averías, deficiencias, desviaciones o incluso graves defectos estructurales (vinculados o no al plan Bolonia, a internet o a la hegemonía de la imagen).

Los últimos cuarenta años no han construido un discurso alternativo a esa tradición humanística ni han elaborado un programa cultural capaz de sustituir los referentes centrales de la tradición moderna. Cualquier perspectiva contraria es una ilusión basada precisamente en la inmensa, extensa y rotunda victoria del programa ilustrado: la formación intelectual y cultural de las clases medias europeas es sustancialmente deudora y heredera directa de aquél, aunque haya vivido procesos de adaptación más o menos fuertes, dictados por la masificación

y aconsejados incluso por la propia evolución de las sociedades actuales. Carece de sentido aspirar a que la formación escolar de los muchachos de hoy obedezca a parámetros del siglo XIX (sin apenas población escolarizada), aunque eso signifique disminuir la cuota de saber clásico, grecolatino, de la inmensa mayoría de la población (que seguirá siendo ampliamente mayoritario con respecto a cualquier otro pasado). La alta cultura no es monolítica ni tiene una única forma de instalarse en las conciencias europeas, ni es deseable que funcione así. Lo que parece cierto es que sigue siendo la base estructural de un programa de educación y formación cultural en cuyo interior caben multitud de opciones reales y masivas que antes eran casi de clase o muy exiguas.

La posmodernidad implicaba un programa cultural e ideológico, en efecto, pero ese programa consistió ejecutivamente en una variación histórica y no muy aguda de ese mismo legado. Ni llegó a subvertirlo ni ha conseguido suplantarlo (ni extinguirlo), aunque la percepción actual sobre la cultura y la educación sea a menudo muy crítica en relación con aquella herencia. Alguien no precisamente propenso al catastrofismo como Tony Judt ha dudado legítimamente de las condiciones de continuidad del modelo educativo socialdemócrata en que él y alguna generación más creció. Ha dudado de la pervivencia de un modelo capaz de garantizar el ascenso social por méritos propios y desde condiciones humildes.

Pero quizás la crudeza de su análisis lo dicta antes la comparación con el pasado que un pronóstico de futuro. En todo caso, un progresista evidente como él entiende que la primera función hoy de intelectuales o filósofos políticos no es tanto «imaginar mundos mejores, sino más bien pensar en cómo evitar que sean peores», como se lee en *Pensar el siglo XX*. El sobreentendido es que las cotas alcanzadas por la socialdemocracia en educación y cultura habían sido inimaginables y hoy corren el peligro de

empobrecerse o vaciarse de sentido. En algunos, sin embargo, la renuncia cauta a grandes cambios ha acabado conllevando un repudio integral del presente o del futuro inminente, en términos culturales.

Cuando asumimos que la influencia social del intelectual en el futuro se verificará de modos distintos a la actualidad, en realidad estamos asumiendo que el último medio siglo ha vivido ya una sustancial variación en el ejercicio de su influencia con respecto a 1920, justo al terminar la Gran Guerra. Sería insospechadamente extraño que la circulación de la opinión competente y solvente no experimentase variación alguna cuando el resto de la sociedad la experimenta. Es verdad que no sabemos demasiado bien cómo funciona ahora esa influencia. Nos regimos por viejos indicadores: las cabeceras serias de periodismo, cultura y análisis van perdiendo lectores galopantemente. Desaparecen suplementos literarios en papel (en Estados Unidos apenas existen ya), las revistas de cultura y política pelean por la pura subsistencia, la invasión de los títulos mediáticos y más comerciales daña el fondo de las librerías de fondo, que a su vez tienen dificultades de supervivencia, y el ensayo de calidad o de alta divulgación vive momentos muy delicados en los medios editoriales clásicos. Y sin embargo no sabemos bien cómo medir la multitud de usuarios que ganan otras formas digitales de ejercicio responsable y serio de la crítica y el análisis (en las nuevas vías y por los nuevos circuitos), habida cuenta de que en la actualidad contamos en torno a 180 millones de blogs...

La multiplicación incontrolada de canales de cultura y crítica improvisada o puramente *amateur* (más o menos como la de siempre, por cierto) pueden llevarnos a la conclusión precipitada de la ausencia de intelectuales y periodistas con capacidad de influencia y opinión formada, al mismo tiempo que reconocemos que los lugares físicos y virtuales donde actúan y desde donde se difunden se han multiplicado también. Estamos ante una va-

riación material de la circulación y fabricación del saber, pero no necesariamente ante la disminución y degradación misma del saber. Incluso más: el relativo declive de las formas clásicas de distribución y consumo de la cultura puede estar en el origen de una nueva faceta inviable antes, que ni condena a la marginalidad ni devalúa tampoco las formas tradicionales de creación de alta y baja cultura, incluida la infinidad de variaciones que caben entre ambas (y que son hoy la mayor de las conquistas de Occidente, al menos para quienes creemos que Occidente ha sido el medio intelectual y cultural capaz de fabricar más personas responsables y lúcidas, incluso a ratos felices, del planeta entero).

RESTITUCIÓN DEL ORDEN

Contra la percepción más común entre los sabios de la tribu, es probable que la normalización de internet como medio de difusión cultural y creativa —además de comercial— esté propiciando un regreso al orden de naturaleza semejante al que vivieron las vanguardias en los años treinta. La hegemonía de una herramienta para el desorden puede estar despertando la urgencia y hasta la ansiedad de dotar de orden otra vez a la esfera cultural, tanto como a la educativa y la informativa. Pero ordenar de nuevo y jerarquizar no significa volver a un orden antiguo: nada será igual que antes y seguramente nadie sabe muy bien cómo será el nuevo orden después. Pero las llamadas a jerarquizar la producción cultural y literaria forman parte del discurso intelectual no apocalíptico ni catastrofista: ¿es inimaginable el funcionamiento de los mecanismos autorreguladores de las sociedades complejas, tanto por razones económicas y profesionales como de utilidad práctica? La horizontalidad acrítica del saber ha propiciado mayúsculas confusiones entre éxitos comerciales o visibilidad mediática y calidad intelectual, solvencia profesional o valor de vanguardia e innovación. Parece inverosímil la renuncia de las

clases intelectuales bien formadas hoy en las universidades europeas, incluidas las españolas, a la hora de establecer sus propias normas y formas, circuitos y reglamentos tácitos de evaluación y jerarquización, excepto que se crea íntimamente en la indignancia de esas nuevas clases intelectuales.

Presumir que el medio de difusión pueda condicionar la calidad de la cultura contemporánea es sobrestimar la influencia del medio y, peor aún, significa menospreciar la aptitud intelectual de las nuevas promociones de estudiosos, intelectuales o escritores. Y nada parece avalar, no al menos para mí, esa devaluación galopante de la novela, el ensayo, la investigación humanística o la edición en nuestros tiempos. Y sin pecar de optimista delirante, una mínima exploración en torno a la creación de tipo humanístico y literario revela justamente lo contrario: una agilidad de movimientos y una calidad de resultados medios tan poco desesperantes o tan euforizantes como lo han sido en el pasado.

Seguramente haber asistido a la impunidad ética y cultural de las sociedades capitalistas y haber comprobado la inagotable capacidad de internet para lo bueno y lo malo ayuda a reaccionar con mejor destreza contra sus defectos y secuelas más negativas. La virtual atomización del saber, la desconexión abrupta de los datos, la ausencia de relato cohesionador o la desigualdad cualitativa de los materiales no forman parte del problema sino de la causa que motiva la reacción radical de algunos medios culturales, literarios, intelectuales o académicos. Como toda transformación profunda, exige una adaptación gradual y lúcida antes que la demonización simplista o sectaria de lo que ofrece el presente. Ha regresado la ansiedad de la jerarquía y ha perdido capacidad de seducción la tentación del desorden y el capricho, el mestizaje ocurrente o la pirueta asociativa que fue (y seguirá siendo) marca de fábrica de gran parte de la producción cultural nueva. Pero sería ridículo y poco perspicaz deducir que la extensión democrática de la cultura o la herramienta

misma de internet engendran por sí mismas devaluación cultural, cuando son capaces de engendrar exactamente lo contrario: documentación instantánea, asociaciones inteligentes, vínculos ágiles, accesibilidad de la información, velocidad de emisión y recepción.

VÍCTIMAS MEDIÁTICAS

Parte del rencor que despierta el desorden cultural puede originarse en otro cambio más en las funciones sociales del escritor. El intelectual ha vivido siempre con la ilusión de un don singular para detectar lo importante y desdeñar lo superficial, seleccionar lo relevante y desestimar la espuma de la actualidad engañosa. Sin embargo, buena parte de la reacción pesimista de parte de sectores intelectuales de élite ante la cultura actual —débil, imitativa, desfondada— puede tener que ver con un gigantesco equívoco y en parte con un espejismo. Da la sensación de que está obrando una deformación óptica o una mala lectura del espacio público: aplican muchos de ellos lentes analíticas clásicas a una realidad cultural que ha variado casi fenomenológicamente, pero no esencial y sustantivamente. Ha variado sus vías de exposición y de distribución, pero no ha rebajado ni la convicción ni la fe ni la fuerza creativa de quienes hoy trabajan en medios humanísticos y culturales en el sentido más amplio de la palabra (desde la universidad hasta la columna de prensa pasando por la gestión cultural institucional o la escritura solitaria de literatura).

Los diagnósticos fatalistas tienden a nutrirse, paradójicamente, de la información que suministran los grandes medios clásicos, que son fundamentalmente dos: los audiovisuales (digitales y no digitales) y la prensa escrita de calidad. Y ambos medios hace muchos años que han desplazado parte de sus actuaciones desde una función social e instructiva, educativa y formativa (propia de la modernidad) hacia otra función más propia

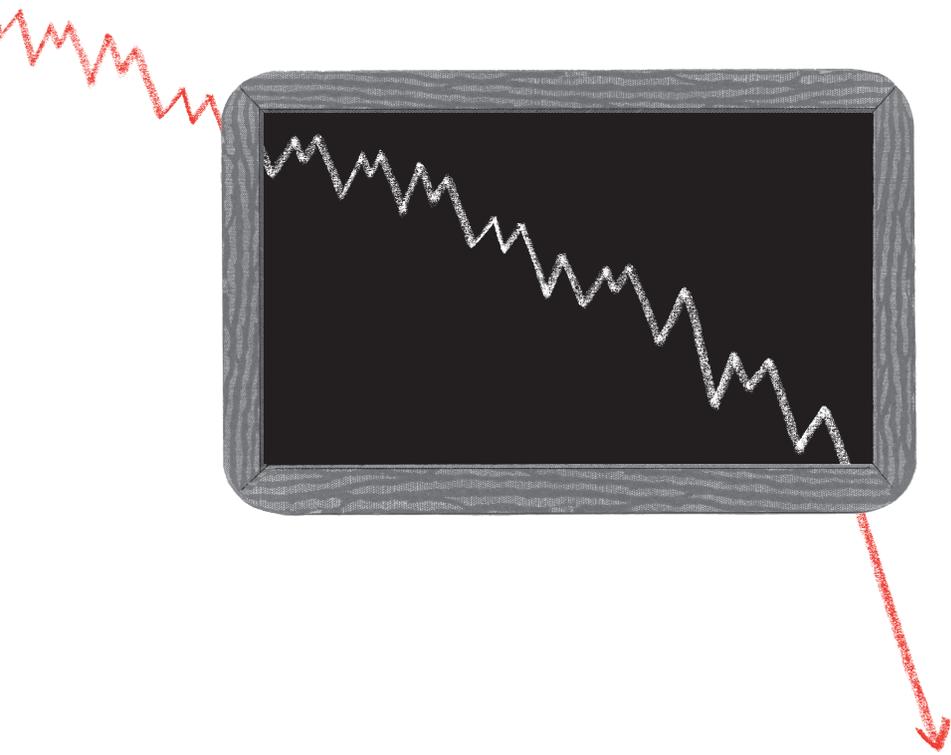
de una sociedad progresivamente culta y educada, más dispuesta a la divulgación acrítica y comercialmente rentable, a veces incluso mercantilmente cautiva de los intereses de las mismas grandes empresas de las que hablaba antes. Pero ese desplazamiento hacia formas masivas de consumo no significa el final de las formas exigentes sino una reubicación de la exigencia cultural porque por razones obvias es menos rentable en términos capitalistas, circula por otros canales, vincula a otros sujetos y es hoy, como ayer, minoritaria.

No señalo una deslealtad de esos medios ni una traición a sus funciones. Señalo un cambio en el lugar que ocupan en la jerarquía del valor que asigna una sociedad a su producción cultural. Dicho muy simplificado: la garantía de calidad y excelencia que antes podía comportar una página entera de un medio de prestigio dedicada a una película, una exposición o un libro ha dejado de cumplirse como ley fatal. Hoy las razones que determinan la asignación de ese espacio mediático a una obra de cultura no son necesariamente las que habían imperado en una sociedad sin el desarrollo intensivamente capitalista de la actual ni conocedora de los múltiples medios de difusión y evaluación de una nueva obra. Eso significa, por de pronto, que los medios clásicos han dejado de ser las herramientas insustituibles para evaluar y ponderar, para conocer y apreciar la producción cultural contemporánea. Pero en absoluto significa que esa producción aplaudida y valorada, destacada y mimada por los medios de prestigio sea la única que exista ni desde luego es la única que se consume: es la que existe con mejores respaldos empresariales y expectativas comerciales más seguras.

La cuestión de fondo es fomentar el reconocimiento de la calidad intelectual y cultural más allá del escaparate de los medios clásicos, en la medida en que la devaluación social de esos medios ha ido favoreciendo el desplazamiento de las minorías más exigentes hacia otros circuitos (algunos incluso alardean de

no leer ya la prensa diaria de calidad, porque tienen otros medios de información más rápidos y fiables, menos obviamente antiguos o desfasados). Esas minorías existen, no se han fundido, trabajan, piensan y escriben, pero no donde siempre ni como siempre, aunque por supuesto mantengan la ansiedad por aparecer en los medios de siempre como altavoces todavía privilegiados para la obra de un autor: entre los jóvenes, desde luego, pero también entre quienes no son exactamente jóvenes pero han entendido que la difusión potencial de sus obras es o puede ser complementaria a los medios clásicos.

A ojos del intelectual clásico, dependiente de los medios clásicos, la banalidad y la ocurrencia son los reyes hoy de la vida cultural europea —las exposiciones banales, la adquisición por museos serios de obras inconsistentes, la apoteosis literaria de lo más vulgar—. Pero tiendo a leer esos datos como los indicios de un espejismo cultural, un simulacro de lo real que obvia y olvida lo real mismo. La cultura del espectáculo vive más boyante que nunca pero el espectáculo no define toda la actividad cultural del presente. Ni la cultura ha renunciado, ni hay indicios fatales de que vaya a renunciar, a su mejor naturaleza: crear y pensar con convicción, imaginación, competencia y necesidad.



Luc Ferry **La modernidad en cuestión, *Cuatro espejismos de la «renovación pedagógica»***¹ Hoy, en el terreno escolar, nos enfrentamos a tres grandes dificultades. Hay otras más, claro está, que afectan, por así decir, al sistema organizativo y a la selección del profesorado, pero las tres a las que me refiero son verdaderamente cruciales y quisiera empezar por referirme a ellas. De entrada, y desde hace unos diez años (y las cifras aumentan anualmente), tenemos entre 85.000 y 90.000 incidentes graves reseñados por los directores de escuela: violencia

verbal, racista o antisemita, pero también física, tráfico de drogas, de armas, agresiones sexuales, chantajes... Se trata de hechos que conducirían a prisión si se tratara de adultos.

Segunda gran dificultad: 160.000 alumnos salen de nuestro sistema educativo cada año sin certificado ni calificación excepto para algunos, poco numerosos, el certificado de graduado en Educación Secundaria (ESO) en los centros que imparten la ESO (Collèges) o de certificados de estudios sin la obtención de titulación. Dicho de otra manera, «fabricamos» cada año 160.000 jóvenes en situación de fracaso escolar, los cuales se encontrarán ante graves dificultades de inserción en la sociedad, tanto en la vida profesional como en la vida social en general. Y todo ello se acumula evidentemente año tras año. Se trata de un problema muy serio. En mi opinión el principal de los que hoy tenemos en nuestro sistema educativo. He dedicado años y años solamente para que se aceptaran las cifras, aceptadas hoy por todo el mundo, que algunos de mis predecesores se esforzaban en disimular para ahorrarse el trabajo de afrontar el enorme problema que plantean.

Tercera gran dificultad: el aumento extremadamente inquietante del «analfabetismo». Llevo mucho tiempo trabajando en profundidad sobre la cuestión, últimamente con mi amigo el Almirante Béreau. Hemos cruzado las cifras del Ministerio de Defensa con las del Ministerio de Educación. Cada año, a los dieciocho años, nuestros jóvenes son convocados a las «JAPD», las jornadas para la defensa y ciudadanía. En ocasión de dichas jornadas, se les somete a una serie de test que conciernen principalmente al dominio de la lengua. Los resultados de los test demuestran que entre el 30% y el 35% de nuestros muchachos de dieciocho años —les llamo muchachos pero son ya jóvenes adultos— tienen grandes dificultades de lectura. Del 7% al 8% de ellos son completamente analfabetos. Alrededor de un 10% son incapaces de descifrar lo que leen y comprender su sentido. Entre un 10% y un 15% más son lectores fiables pero lentos;

dicho de otro modo, jamás leerán una novela ni tan solo un artículo de periódico en su vida. Estamos hablando pues de al menos un 30%: ¡exactamente las mismas cifras que al inicio de sexto! [Equivalente a sexto de primaria en España (*N. del T.*)]. Un antiguo cargo del gobierno de Lionel Jospin, que fue uno de mis predecesores en el Ministerio de Educación, dijo ya las cosas con toda claridad. A pesar de ser un cargo de un ministro de izquierdas, tuvo la valentía de decir públicamente la verdad, de afirmar sobre todo que entre el 30% y el 35% de nuestros niños tenían dificultad de lectura al empezar *6ème*. Ello no quiere decir que no sepan leer, pero sí que les cuesta tanto entender lo que leen que no pueden leer por placer. No son capaces de comprender el sentido mientras descifran el texto.

Cuando se cruzan estos datos con el resto de dificultades que acabo de mencionar, a saber, la violencia por un lado, y la falta de titulación por otro, vemos que los tres males de nuestro sistema educativo, o mejor dicho, de nuestra sociedad (porque no es tanto el sistema lo que va mal, como las familias y los niños que acuden a él) están evidentemente relacionados entre sí. ¿Por qué nos encontramos ante esta situación? Mi abuela era directora de escuela. Fue ella quien me enseñó a leer y a escribir. Si alguien le hubiera dicho que el principal problema escolar en Francia en 2012, en uno de los países más civilizados, que ha tenido junto a Alemania la mayor tradición escolar y cultural que existe, sería el analfabetismo se hubiera caído de la silla. En su opinión era, ya en los años cincuenta, un problema resuelto, o en todo caso en vías de solución. Mi abuela tenía, en los inicios de su carrera como maestra, noventa alumnos por clase. Me dijo siempre que nunca dejó salir de su escuela ningún niño que no supiera leer y escribir, salvo por problemas psicológicos o físicos de extrema gravedad. ¿Qué ha ocurrido? He aquí la gran pregunta. No escurramos el bulto: en gran medida, este incontestable declive no es debido a la escuela: es efecto de la deconstrucción de los valores y de la autoridad tradicionales en el siglo xx —y

nuestro sistema escolar no puede ser ajeno a ello. Queda claro también que cometimos algunos errores en los años setenta que explican en parte el estado de delincuencia actual. Nuestros pedagogos eran gente de buena voluntad y si cometieron errores lo hicieron de buena fe, a veces incluso de forma inteligente; pero, paradójicamente, eran con todo errores y cuatro de ellos, que quisiera exponer a continuación, han contribuido de forma explícita a lastrar la situación. Primero quisiera enumerarlos y después los retomaré y los explicitaré. El primer error consistió en sobrevalorar los métodos activos, que contienen una parte de verdad, claro está, pero que no pueden ni deben sustituir a una secuencialidad coherente del «curso magistral». El segundo espejismo es el abandono de la pedagogía del trabajo a favor de la del juego —lo que yo llamo la *pédagogie de l'hameçon*.² El tercer error consiste en imaginar que la razón última de la educación es conseguir que cada uno se desarrolle y «llegue a ser él mismo», cuando lo es al menos en el mismo grado permitir que nuestros niños crezcan gracias a su esfuerzo y a su trabajo y que «lleguen a ser otro» distinto del que eran al iniciar la escolarización: ello implica una paradoja, más bien inaceptable para los bienpensantes de toda ralea, eso es que «la alienación», entendida en sentido propio, es decir el hecho de convertirse en otro, pueda ser positiva. Finalmente, el cuarto espejismo es el del «culto de los valores juveniles», el cual quita valor en esencia al itinerario que nos conduce a convertirnos en adultos e invalida a priori lo esencial del proceso educativo.

Retomemos ahora los cuatro puntos y analicémoslos en profundidad. Son importantes y no tan obvios por lo que merecen que hagamos el esfuerzo y, más aún porque forman entre sí un sistema consistente, y cada uno completa la lógica fundamental implícita en los demás. Es pues esencial comprenderlos bien si queremos captar la verdadera raíz de nuestras actuales dificultades y no quedarnos en los clichés habituales contra la televisión, el método globalizado o la inmigración.

Primer espejismo: en los años setenta, se quiso acabar de una vez por todas con la idea según la cual educar, enseñar, era antes que nada, en gran parte al menos por parte de los adultos responsables de la infancia, transmitir un patrimonio, una tradición, una herencia sedimentada de saberes y costumbres. Se llegó a pensar que, gracias a los métodos activos, los niños iban a poder descubrirlo todo y reconstruirlo por sí mismos, que sólo dominarían realmente aquello que ellos hubieran «fabricado», por no decir «inventado». Digámoslo claramente, era una idea simpática pero equivocada, un error que aún hoy anima a los defensores de ciertos métodos de éxito como la *main à la pâte*.³ Existía el convencimiento de que, costara lo que costase, la enseñanza debía apoyarse en la autoconstrucción de los saberes: autodictados, textos inventados, trabajo sobre documentos, reglamentos internos redactados por los alumnos, ejercicios de respuestas objetivas que suponen simplemente rellenar huecos, construcción de pequeños objetos lúdicos, etc. En resumen, se elevó la *pédagogie de l'éveil*⁴ a la categoría de principio sagrado. Paralelamente, se desacreditó todo aquello que tuviera relación, por mínima que fuera, con un «curso magistral» y todos los ejercicios tradicionales considerados demasiado «clásicos»: el dictado, las redacciones, el aprendizaje «de memoria»... Los manuales escolares pusieron el acento más en las actividades que en los contenidos, rompiendo el orden lógico o cronológico de éstos e imitando la lógica de los «hipertextos», y más también que en los razonamientos lineales, juzgados demasiado «escolares». El aprendizaje de la lengua francesa, sobre todo, recurrió en masa a los *exercices à trous*, que exigían del alumno que completara puntos suspensivos —lo que simplifica las cosas a los profesores, ocupa de forma sencilla a los alumnos porque es más lúdico pero se revela muy negativo. En lo relativo al aprendizaje de la lengua fue un auténtico desastre. ¿Por qué? Lo diré con una frase, para mí esencial: ¡fue un desastre simplemente porque ninguno de nosotros ha inventado su lengua materna! Y este hecho, aparentemente

trivial, merece una reflexión. Efectivamente, nuestro idioma, en este caso el francés, es al 100% un patrimonio común. Las reglas gramaticales, como también las de la corrección y la educación en el hablar, son el resultado de una herencia, de una tradición. Su asimilación implica una actitud de *respeto y humildad*, no precisamente la del niño rey al que se quiere persuadir de que todo lo inventará y reconstruirá por sí mismo. Respecto a la gramática y a la urbanidad, la «creatividad», la «imaginación» y la «espontaneidad» tan apreciadas por la renovación pedagógica tienen un nombre: se llaman faltas de ortografía y mala educación. En este sentido, no ha sido culpa del azar si nuestro sistema educativo topa con dificultades justamente en estos dos aspectos.

El segundo espejismo plantea un problema de fondo. La renovación pedagógica en su totalidad tiende a abandonar la pedagogía del esfuerzo y a favorecer la del juego. En realidad se trata de un debate fundamental y ya antiguo que se remonta al siglo XVIII. Como ha puesto de relieve Alexis Philonenko, está presente en las *Reflexiones sobre la educación* de Kant quien, en la senda del *Emilio* de Rousseau, compara ya tres métodos pedagógicos: la pedagogía del juego, la pedagogía basada en el adiestramiento y la pedagogía del trabajo. Estos tres métodos pedagógicos han estructurado la reflexión sobre la educación en Europa desde el siglo XVIII. Hace falta conocerlos bien para comprender el debate entre métodos activos y métodos tradicionales. Kant, fiel discípulo de Rousseau en este punto, puso claramente de manifiesto que las tres concepciones de la pedagogía mencionadas son posibles. La primera deja al niño libertad absoluta: es la educación por el juego, que corresponde, según una analogía política que haría falta desarrollar más ampliamente, con la anarquía (se sustituye por ejemplo el aprendizaje de las matemáticas por el ajedrez). La segunda es exactamente lo contrario: el adiestramiento es equivalente al absolutismo, que si bien es idóneo para los animales, no lo es tanto para los seres libres. ¿Cómo conciliar lo que estas dos visiones, ambas extremas y ambas falsas, tienen

de justo, al menos en un principio? O mejor dicho: ¿cómo respetar la libertad del niño a la vez que se le enseña a disciplinarse? Respuesta: a través del trabajo. Es el trabajo quien le ofrece el «concepto sintético», la solución a esta antinomia. Ya que, mientras trabaja, probando de resolver un problema, por ejemplo, el niño ejerce su libertad, pero se enfrenta al mismo tiempo a una serie de obstáculos objetivos que, cuando han sido escogidos convenientemente por el maestro, pueden revelarse formadores desde el momento en que consigue superarlos de forma activa. A la anarquía del juego y al absolutismo del adiestramiento les sustituye de este modo la ciudadanía *republicana* del trabajo. Y en ella encontramos el equivalente pedagógico de la teoría rousseauiana y kantiana de la ley: es ciudadano de una república quien es libre cuando vota la ley y se somete a ella cuando entra en vigor. La conciliación de esos dos momentos, libertad y disciplina, actividad y pasividad, juego y el adiestramiento es análoga a la que opera el trabajo para el alumno.

De ahí que, desde el siglo XVIII, los principios éticos que han regido la vida de la escuela republicana hayan sido indisolubles de la noción de *esfuerzo* individual con el fin de alcanzar o de realizar ciertas normas trascendentales. Nuestras acciones recibirán una dimensión «virtuosa» propiamente en proporción a dicho esfuerzo, según una lógica que podríamos llamar «meritocrática» —que en la escuela se concreta en las buenas notas y las orejas de asno así como en la fórmula canónica de «necesita mejorar». Esta fórmula, de banalidad aparente, designa de manera profunda la finalidad de la lógica aristocrática: el servidor de élite de la república no da valor a la gratuidad de los dones naturales sino al trabajo y al esfuerzo. De manera que nuestros profesores valoraban menos los talentos y las aptitudes heredadas que la calidad del trabajo de sus alumnos, su capacidad, justamente, de *elevarse* para alcanzar la norma, ideal y colectiva a la vez, encarnada en los programas escolares. La ética, como disciplina particular de la filosofía, aparece desde esta perspec-

tiva como una reflexión esencial sobre conceptos como «deber», «imperativo», «buena voluntad», «intención desinteresada», «resistencia a las inclinaciones egoístas», «superación de sí mismo», «altruismo», etc.

Todo indica que asistimos, desde los años sesenta, a una nueva mutación ligada al formidable auge del individualismo democrático. Tanto en Estados Unidos como en Francia, autores de relieve han mostrado el proceso por el cual las ideologías hedonistas y narcisistas se apoderaron de las cuestiones morales tradicionales. Si alguien quisiera dibujar su ficha señalética la palabra clave dejaría de ser deber, y menos aún mérito, esfuerzo o trabajo, para privilegiar a «la autenticidad» individual. Lo esencial, en efecto, ya no es el hecho de confrontarse a normas colectivas exteriores a uno mismo, que propiamente «imponen», sino de lograr la expresión de la propia personalidad, la realización de uno mismo. *Be Yourself* es el único imperativo que subsiste y no es por casualidad que en los países occidentales hayamos visto cómo se multiplican las técnicas supuestamente adecuadas para la consecución de este objetivo tanto en el plano físico como psíquico. Triunfo del *jogging* y de las psicoterapias de todo tipo, para sentirse bien «en tu cuerpo y en tu mente», con dos consecuencias masivas cuyos efectos se perciben una y otra vez: por un lado el rechazo a cualquier forma de autoridad, incluso la del trabajo, en beneficio del hedonismo; del otro el culto a la diferencia propio de un individualismo que rechaza la preocupación por lo colectivo. Si el propósito es ser uno mismo y no conformarse antes normas colectivas externas a uno, cualquier normatividad está llamada a aparecer como una forma más o menos insidiosa de «alienación». Y si cada uno posee el derecho imperecedero de «ser él mismo», entonces se deben cultivar las diferencias, sean las que sean. De ahí que la renovación pedagógica, en la onda de Mayo del 68, haga de la crítica de la alienación su santo y seña principal.

De ahí también *el tercer espejismo* que se articula perfectamente con los dos primeros. La idea que lo vertebra es la necesidad de motivar a los niños antes de ponerlos a trabajar. Se sacan las guitarras en clase, se llenan los cursos de películas, músicas, juegos, demagogias diversas con el fin de atrapar a los alumnos como se atrapan los peces con el anzuelo: se trata de engancharlos persuadidos que ya se les hará trabajar más adelante, cuando estén bien atados, bien motivados. A simple vista, la idea parece buena. Pero al reflexionar con algo más de atención, se comprende rápidamente que es superficial y falsa. ¿Por qué? Porque simplemente el trabajo precede al interés, o por decirlo de forma todavía más sencilla: sólo nos interesamos en aquello que antes hemos trabajado a fondo. Nadie ha conseguido nunca hacer trabajar a sus alumnos sin recurrir mínimamente a la obligación —todo lo contrario de la lógica del anzuelo. Todos hemos conocido, a lo largo de nuestra vida escolar, a un «gran profesor», incluso a dos o tres que nos han marcado para toda la vida. Ahora bien, ¿qué es un «gran profesor» sino alguien que nos transmite apasionadamente el gusto por el esfuerzo y el trabajo porque ha conseguido hacernos entrar en una materia o una obra de la cual a priori lo ignorábamos todo?

Ya he remarcado anteriormente el vínculo esencial y profundo que existía entre el valor del trabajo y la idea republicana. La escuela republicana, desde su creación hasta la ruptura causada por las protestas de los años sesenta, ha funcionado basándose en una visión moral del mundo republicana y meritocrática. Como he sugerido, pero quisiera remarcarlo para subrayar el vínculo existente entre esos espejismos renovadores, se asentaba en la convicción de que existían valores comunes, normas colectivas, encarnadas principalmente en los programas, que estaban más allá de los individuos y que todos y cada uno debían esforzarse para hacerlas realidad tanto en su vida como en la escuela. Por ello al niño se le llamaba «alumno», alguien que era invitado

a elevarse hacia la realización de ideales superiores. En otras palabras, la finalidad de la educación era, sin discusión ninguna, actuar de tal modo que al término del proceso, cada uno de nosotros se hubiera convertido en «otro» distinto del que era al comienzo. Era en esta perspectiva que las diversas distinciones, desde las buenas notas hasta los diplomas de excelencia, estaban concebidos para recompensar el trabajo y el esfuerzo, y que el famoso «debe mejorar» de los servidores de élite de la república no pretendía sancionar los talentos naturales sino, únicamente, el buen o el mal uso que el alumno hacía de ellos desde una perspectiva meritocrática. No se trata por mi parte de idealizar el pasado ni de instalarse en la perspectiva de ningún tipo de «restauración». Con todo, debemos constatar que la década de los sesenta vio nacer y desarrollarse otro concepto de educación que plantea numerosos problemas, todavía hoy sin resolver. Ya no persigue como objetivo que el alumno *se convierta en otro distinto al que es*. Al contrario, tiende a asegurarse, de acuerdo con la fórmula canónica, que *se convierta en quien es*, desarrollando plenamente su personalidad. De ahí que tenga una marcada preferencia por los dispositivos pedagógicos que cultivan otras cualidades más allá de los valores tradicionales del mérito, el esfuerzo y el trabajo: la expresión de uno mismo en vez del interés por el patrimonio recibido, el espíritu crítico en vez del respeto a la autoridad, la espontaneidad en vez de la receptividad, la innovación en vez de la tradición, etc. Dichos valores no son negativos en sí mismos, nada más alejado de la verdad, pero finalmente es la idea misma de la norma superior al individuo la que es denunciada como alienante, de manera que tras la crítica a la escuela republicana se instala un nuevo destello de individualismo.

Queda expresado sobre todo en la famosa fórmula que inspira, al menos en parte, la ley de orientación de 1989⁵ —aun no figurando en la ley misma— según la cual conviene «poner al alumno en el centro del sistema educativo». Una frase que tiene

mucho de cierto, sin duda: es bueno para los alumnos que la escuela exista y no al revés. Sin embargo tiene el inconveniente de prestarse con demasiada facilidad a interpretaciones demagógicas que, bajo la apariencia de querer privilegiar la atención prestada a la realización personal del niño (del que se olvida que ha de ser, para la educación nacional compuesta de profesores y no de padres, antes que nada un *alumno*), ocultan el hecho de que el sistema educativo existe también para permitirle, a través de la adquisición de conocimientos y habilidades y de la formación crítica, de convertirse en un ser distinto al que era al comienzo de su escolarización. Llevada al extremo, la ideología del «derecho a la diferencia» corre el riesgo de provocar, en el plano cultural, la abolición de cualquier jerarquía de valores y, en el plano político, la desaparición de todo proyecto colectivo, sospechosos a priori de ir en contra de la realización del individuo. En lo que concierne a la escuela, los peligros de este posicionamiento se nos muestran hoy con toda crudeza: más allá de la buena voluntad mostrada, dicha ideología podría perpetuar las desigualdades sociales entre los niños, descalificar las nociones de esfuerzo y aprendizaje, encerrar a los alumnos en lo que son en vez de abrirlos a la apropiación de lo que no son. Así pues, es necesario, y posible sin duda ahora que las pasiones se han enfriado, superar este conflicto. Porque lo que conviene poner en el centro del sistema educativo, no es el alumno o los conocimientos, sino la evidencia de la relación entre alumnos y conocimientos, eso es el papel de la transmisión en manos de los maestros, por un lado, y el imperativo del trabajo en manos de los alumnos, por otro. Ésta es, pues, la cuestión que hay que replantear: el lugar que ocupan hoy el trabajo y los métodos activos. Y para ello es rigurosamente necesario recorrer de nuevo la historia de las ideas y superar los viejos clichés.

El cuarto espejismo radica en esa nueva y funesta ideología que es el culto a la juventud según la cual no únicamente envejecer, sino simplemente hacerse mayor en el sentido en el que el

pequeño príncipe habla de «personas mayores», es una catástrofe. ¿Cuál es la imagen que los adultos han dado de la educación a los niños al practicar en altas dosis la absurdidad del culto a la juventud durante la década de los setenta y los ochenta? El culto a la juventud ha inculcado a las generaciones jóvenes la convicción de que pasar de la infancia a la edad adulta era forzosamente un declive. Pues bien, eso es ir en contra de la idea misma de educación. Porque ¿qué es la educación sino pasar de la infancia a la edad adulta bajo la guía de padres y maestros? Bajo la influencia del culto a la juventud, es la educación en su totalidad la que ha sido cuestionada. Bien al contrario, lo conveniente era decir a los niños que el mundo de los adultos, cuando es logrado, es más rico, más profundo y más apasionante que el de la infancia. A los diez años nadie es un gran poeta, ni un gran político, ni un gran empresario, ni tan sólo un gran jugador de fútbol o de tenis... A decir verdad, a los diez años uno no es grande en nada. Por ello es necesario salir del síndrome de Peter Pan, ese muchachito que se niega a crecer y quiere vivir en lo imaginario. En las últimas décadas hemos encerrado a nuestros niños en su niñez cuando es imposible comprender la historia, aprender idiomas o apasionarse por la literatura sin dejar de ser niños y pasar por una cierta disciplina del cuerpo y del espíritu, por un rigor intelectual, un esfuerzo de reflexión y pensamiento sin los cuales el mundo de la cultura es no sólo inaccesible sino también, no hay que ocultarlo, repelente. Justamente cuando esto ocurre, cuando el universo de la alta cultura se vuelve inaccesible y repelente, uno se lanza entonces en brazos de la televisión más vulgar, no al revés. Una vez más, ¡no confundamos causa y efecto! Es a partir de un cierto umbral, tras una suma de esfuerzos y de trabajo considerables, que la alta cultura muestra toda su riqueza e interés y eso es lo que hay que tener la capacidad, es decir, no le tengamos miedo a la palabra, la «autoridad», de hacerlo comprender a nuestros niños y a nuestros alumnos.

Como podemos ver, los principios de la renovación pedagógica, por muy generosos que hayan sido, e incluso a veces inteligentes, no han podido evitar finalmente el choque con el dominio de lo fundamental, especialmente, la lectura y la escritura pero también la cortesía (hoy se le llama «convivencia», pero yo prefiero los viejos términos) como herencia tradicional a la que hay que respetar y no reinventar. En descargo de los «progresistas», hay que decir que el impulso todo de las sociedades liberales iba en el mismo sentido: deconstrucción de las tradiciones, innovación por la innovación, sacralización del individuo. No hay marcha atrás. Habrá pues que saltar por encima de las trampas que acabo de evocar y sólo se conseguirá si las familias colaboran con la escuela, si no traspasan la educación a los maestros cuyo papel no es el de educar sino el de enseñar, es decir transmitir conocimientos. Así pues no soy del todo pesimista: tengo la impresión de que, aunque sólo sea por amor hacia nuestros pequeños, las familias empiezan a comprender que es necesario transmitir la autoridad de la ley si se quiere que los conocimientos lleguen a arraigar en sus mentes y sus corazones. No está hecho, nada más lejos de la realidad, pero podemos esperar que la tarea sea cada vez mejor percibida, mejor en todo caso que el día después de ese lejano mes de mayo.

1. El escrito de Luc Ferry, aunque trata temas de educación generales, debe entenderse bajo las características e historia reciente del sistema educativo francés. Algunas expresiones han sido traducidas libremente para adaptarlas a la terminología habitual en nuestro país.
2. Se refiere a tendencias pedagógicas que defienden que al alumno no se le debe obligar al esfuerzo y que su implicación solamente dependerá del grado de motivación personal que obtenga
3. Métodos didácticos de enseñanza activa basados en la participación del alumno en la construcción de su propio aprendizaje. En Francia el método *main à la pâte*, se ha institucionalizado en las clases de educación secundaria obligatoria y ha estado apoyado por el ministerio para las materias de ciencia y tecnología.
4. Expresión con la que se designa en Francia a los partidarios de la renovación pedagógica, tendencia que alcanzó una gran popularidad en los años setenta.
5. *Loi d'orientation sur l'éducation*, 10 de julio 1989.



Juan-José López Burniol **Crisis mediática** «Estamos viviendo una época de transición mucho más rápida, mucho más difícil de “descifrar” que cualquier otra.» George Steiner, *El silencio de los libros*. «El periodismo se llama a sí mismo el cuarto poder, pero no está para ser árbitro del juego democrático. Es un negocio. Persegue la cuota de mercado más que la verdad. Tiene dueños. Sirve a intereses. Recibe tantos puñetazos como asesta. Agrede a los que han caído y adula a los que suben. Al periodismo le gusta pensar que revela los

secretos de los poderosos, pero también se encarga de proveer obedientemente aquello que los poderosos quieren que reciban los crédulos.» Michael Ignatieff, al recibir el premio *Cuco Cerecedo 2012*.

«(Las) corrupciones son las mismas desde siempre, reavivadas hoy por la loca financiación de una economía que se ha vuelto casino y por el creciente autoritarismo de sus apoderados: el periodismo del gobierno y la prensa industrial. El primero renuncia a su agenda autónoma para adoptar la de los poderosos, plegarse a sus ficciones demagógicas, desmoralizar cualquier alternativa a sus políticas, conectar con los miedos y los odios que alimentan para sobrevivir. La segunda acepta que actores financieros externos a los oficios de la información se infiltren, se impongan incluso, en pleno corazón de las empresas de prensa para lograr que los medios de comunicación no perjudiquen jamás sus propios intereses privados y, por ello, corrompiendo la propia esencia del oficio de periodista, su lealtad para con el público de ciudadanos, que es sustituida entonces por la sumisión a sus empleadores.» Edwy Plenel, *Combate por una prensa libre*, Edhasa, Barcelona, 2012.

El domingo 11 de noviembre de 2012, el diario *El País* publicó en sus páginas de opinión un extenso artículo —titulado «A nuestros lectores»— que constituye un excelente resumen y un mejor indicador de la situación actual de la prensa escrita en España y, por extensión, de los grupos empresariales de comunicación. Este alegato «pro parte» cobra mayor relieve si se tiene en cuenta que *El País*, fundado por José Ortega Spottorno —hijo de José Ortega y Gasset—, apareció por vez primera el 4 de mayo de 1976 —seis meses después de la muerte de Franco y a comienzos de la transición—, siendo el primer periódico con explícita vocación democrática y voluntad de modernidad, en un contexto en el que el resto de periódicos españoles soportaba el lastre acumulado durante la larga noche del franquismo. *El País* ocupó el

vacío existente y se convirtió en el periódico —casi en el emblema— de la España democrática y progresista, en unos tiempos en que el paso del franquismo a la democracia estaba aún en su etapa inicial. Su primer director fue Juan Luis Cebrián, que procedía del diario *Informaciones*, y que —como tantos periodistas españoles de la época— se había iniciado en el *Diario Pueblo*, órgano de los sindicatos verticales franquistas dirigido por Emilio Romero. Cebrián dirigió el periódico hasta 1988, año en que pasó a ser consejero delegado de su empresa editora, aparte de asumir otros cargos en el seno del grupo, hasta que el año 2008 asumió la presidencia de éste. *El País* y Cebrián compendían, en su trayectoria, la deriva de los medios de comunicación españoles y de sus empresas durante el último tercio de siglo.

En su escrito de alegaciones sin firma, *El País* comienza reconociendo que las tensiones que acaban de agitar fuertemente al rotativo se deben a «un conflicto laboral como consecuencia de la decisión de la empresa de presentar un Expediente de Regulación de Empleo que afectaba al 30% de la plantilla». Y, a continuación, da cuenta de que «las razones para tan drástico y doloroso ajuste de plantilla residen no sólo en la profundísima crisis económica por la que atraviesa el mercado sino también y sobre todo en el cambio radical que está experimentando el sector como consecuencia de la implantación de las nuevas tecnologías». Con lo que queda claro, desde el principio, que los dos grandes problemas con que se enfrenta la prensa escrita tradicional son la disminución del negocio y la revolución tecnológica.

Las consecuencias de esta problemática son concluyentes: «En todo el mundo desarrollado las ventas se desploman a velocidad impresionante mientras se hunden los ingresos por publicidad. En España, la difusión global ha descendido un 20% en los últimos cinco años y la publicidad en los diarios más de un 50%». El resultado de todo ello es contundente: este año, «*El País*» ingresará 200 millones de euros menos que en 2007, el año

anterior al estallido de la crisis, por lo que ha anunciado pérdidas. Asimismo, las previsiones del sector para el año próximo son preocupantes. Diarios de referencia como *The New York Times*, *Le Monde* o *The Guardian* experimentan idénticas tendencias y han sufrido recortes salariales y de personal similares a los experimentados por *El País*. En el caso de *Le Monde*, la redacción, que era propietaria del periódico desde la fundación del mismo hace más de medio siglo, perdió la mayoría a partir de sus necesidades de recapitalización. Otras cabeceras centenarias, como el *Christian Science Monitor*, o míticas, como la revista *Newsweek*, han echado el cierre a sus ediciones en papel. Y muchas otras empresas han desaparecido. En España perderán su empleo en este proceso más de 8.000 periodistas. En Estados Unidos ya lo han hecho cerca de 40.000.

Ésta es la realidad económica en la que se ha incubado el conflicto surgido en el seno de *El País*. Un conflicto en el que la redacción, el comité sindical y «una veintena de colaboradores del periódico, entre ellos varios de gran renombre e influencia, se sumaron también a la protesta», con el argumento de que «había una amenaza de censura o de pérdida de independencia de la redacción». Asimismo, la asamblea de redacción aprobó una «reprobación» del presidente del diario —y primer director—, por haber «traicionado a la redacción», exigiendo además la dimisión del director del mismo. A lo que el periódico ha respondido sosteniendo que «las presiones no vienen sólo de los poderes tradicionales. A veces son fruto de la demagogia populista, las tendencias libertarias de muchos de quienes ocupan las redes sociales, la insidia que emana del fracaso de algunos competidores, o la envidia y los celos de determinados profesionales que sobrevaloran su propia capacidad e influencia en el universo de las letras y el periodismo». El resultado de todo ello ha sido que se han mezclado inevitablemente un conflicto laboral y el cuestionamiento de la credibilidad e independencia del periódico, a conse-

cuencia —entre otros factores— de las medidas adoptadas para sanear las cuentas del grupo en el que se incardina *El País*, cuyos resultados negativos se achacan, en buena parte, a continuadas y erróneas decisiones empresariales adoptadas, entre otros, por su presidente, de quien también se censuran acerbamente otros aspectos de su gestión.

En cualquier caso, el resultado final de todo este complejo proceso es que *El País* ya ha incorporado como accionistas a los bancos acreedores de su gigantesca deuda.

El caso de *El País* no es sino uno más de una larga serie de ello, pero tiene —en España— un alto valor simbólico, que facilita afrontar el tema con caracteres de generalidad.

DE LOS MEDIOS

El problema

Es ya un tópico aceptado afirmar —como hace Edwy Plenel— que son tres las crisis —democrática, económica y moral— que perturban la información: su calidad y su utilidad, su honestidad y su libertad.

En efecto, el año 2012 —y en nuestro ámbito— se ha agravado un problema que viene de lejos y que acecha de forma lacerante a todos los medios de comunicación y, de una forma especial, a la prensa escrita. En efecto, por una parte es evidente que las noticias «saltan» en los medios audiovisuales, se «difunden» por la red, y, no siempre, se «trabajan» y «comentan» —contextualizándolas— en los periódicos. Lo que significa que sectores muy amplios de población, preferentemente los más jóvenes, no sienten la necesidad de comprar periódicos para estar suficientemente informados, ya que les basta para ello con la radio, la televisión y, cada vez más, la red. Únase a ello el progresivo debilitamiento de los «partidos-iglesia», que conlleva como conse-

cuencia la irrelevancia de aquellos viejos periódicos que pueden considerarse como hojas parroquiales de aquellas viejas confesiones partidarias, hoy en entredicho y en vías de inexorable desguace. Es significativo, en este sentido, el descenso de ventas —y aun de suscripciones— que experimenta todo periódico al acentuar, de forma demasiado ostensible, su alineamiento con alguna opción política concreta, aunque ésta sea la dominante y se imponga en la vida social como un «canon», dogmático y rígido, de inexcusable acatamiento y obligado cumplimiento, bajo pena de marginación o aislamiento. Todo lo cual significa, en su conjunto, un paulatino y constante descenso de ventas de la prensa escrita.

Por otra parte, la brutal crisis económica que experimentan los países occidentales desde el año 2008 —al concluir el ciclo de quinientos años definido por una explotación colonial de buena parte del mundo, que les confirió una sólida hegemonía económica hoy desvanecida e irrecuperable— ha provocado que, al descender la actividad económica y con ella los beneficios de las empresas, que muchas veces han entrado en pérdidas, se tengan que recortar gastos para reducir costes, con la consecuencia de que una de las primeras partidas a recortar sea la publicidad en todos los medios de comunicación, audiovisuales y escritos.

Y, por último, *last but not least*, la revolución tecnológica ha contribuido poderosamente al descenso de lectores, que han encontrado en la red no sólo la fuente más accesible e inmediata de información, sino el espacio en el que poder interactuar con los difusores de la noticia y sus eventuales comentaristas. Este fenómeno reviste una especial importancia en las generaciones más jóvenes, que han dejado, por regla general, de ser lectoras de periódicos en soporte papel.

Una vez indicados los tres factores de crisis de los medios (descenso de consumo, caída de la publicidad y revolución tecnológica), hay que destacar otro aspecto de gran trascendencia, que es el proceso de concentración de medios de comunicación y

la proliferación de grupos multimedia con tendencia a acaparar el mercado de las telecomunicaciones.

Así las cosas, no es de extrañar que todas las empresas propietarias de medios de comunicación tengan serios problemas económicos, que un buen conocedor del sector describía, hace poco, de esta forma directa y sin concesiones: «Las ventas bajan y la publicidad disminuye; alguien tendrá que pagar el periódico».

En esta frase se halla el meollo de la problemática compleja que hoy acecha a las empresas privadas propietarias de medios de comunicación: sus enormes problemas de financiación. Unos problemas que comparten las empresas públicas de televisión, tan generosa e irracionalmente dotadas durante los años de «vacas gordas», como renuentes ahora a experimentar en sus carnes los mismo recortes que se han impuesto en ámbitos tan merecedores de atención prioritaria como la sanidad y la educación. Vale la pena retener este dato porque pone de relieve un hecho sobre el que toda insistencia es poca: que los poderes públicos, al aplicar los recortes, no han distinguido —como hacía el viejo Derecho Romano— entre gastos necesarios, útiles y suntuarios, comenzando por recortar los suntuarios, siguiendo por los útiles y terminando por los necesarios, sino que, en muchas ocasiones, han dado un trato beneficioso preferente a «sus» medios de comunicación, por delante —por ejemplo— del sistema sanitario. ¿Por qué? Es muy fácil responder a esta pregunta: porque son un instrumento de agitación y propaganda.

Estas y parecidas consideraciones se hacen desde los mismos círculos periodísticos, tanto estrictamente profesionales como académicos, como se constata en la mesa redonda transcrita en el número 676 de *Nuestro Tiempo*. Suele así partirse de la idea de que no estamos viviendo una época de cambio, sino un cambio de época, que está impulsado por internet y por las nuevas tecnologías. Nunca hasta ahora —se destaca— más de dos mil millones de personas habían estado interconectadas de forma instantánea. Y aún quedan cinco mil millones por co-

nectar, lo que da una idea de la magnitud del fenómeno, que hace que pueda hablarse con toda razón de «sociedad de la comunicación», del mismo modo como en su día se habló de «sociedad industrial». Por consiguiente, del mismo modo como internet y las nuevas tecnologías han revolucionado muchos ámbitos, también han modificado el periodismo. Pero no para hacerlo desaparecer —como dicen algunos agoreros superficiales—, entre otras consideraciones porque, si internet necesita algo, son contenidos de calidad.

Esta exigencia de contenidos solventes es la que hace que, al haber tanta demanda de información, el periodismo no sólo no vaya a desaparecer, sino que es más necesario que nunca. Y, cuando se habla de la prensa tradicional hay que seguir incluyendo al «papel», que tampoco está muerto, porque el buen periodismo en todas sus formas es tan necesario como siempre o, quizás, más necesario que nunca, ya que siguen siendo necesarios profesionales capaces de entender lo que es relevante y contarlo de un modo veraz dentro de su contexto. Lo que significa que no es periodismo aquel que sucumbe a las tentaciones de dar más de lo mismo, de repetir contenidos y de ofrecer un tipo de información que carece de valor.

Hay que tener claro, por tanto, que la búsqueda de ventajas competitivas sostenibles no es posible sin calidad. Sólo la calidad permite proyectos empresariales a largo plazo en el ámbito de la comunicación. Y esta calidad es mucho menos imitable que el sensacionalismo, aparte de que el servilismo, la instrumentalización y el sensacionalismo son la base de ciclos de éxito cortos. Lo que no obsta para que, como veremos a continuación, sean hoy fenómenos frecuentes.

La salida fácil

Cuando existe un problema, lo lógico es buscar una solución, que como sucede muchas veces —cuando faltan talento y coraje— es

la solución más fácil pero no la mejor. Y así, en el caso concreto de las empresas privadas propietarias de medios de comunicación, esta búsqueda se ha ceñido fundamentalmente —en las empresas audiovisuales— a una lucha feroz por la audiencia en aras de la conquista de una mayor cuota de publicidad; y —en las empresas periodísticas— a la conquista de todo tipo de subvenciones públicas y donaciones o ayudas privadas, de diversos modos y bajo distintas formas o coberturas, no siempre enteramente transparentes. En el bien entendido de que, tanto en uno como en otro caso, se trata de dos fenómenos que no son inocuos, sino que marcan y condicionan de un modo determinante la actividad estrictamente profesional de estas empresas, por incidir directamente en la conformación de su producto, que es la información, ya que también en este campo rige, de la forma más descarnada, la máxima *do ut des*.

Esta solución es la más fácil, en el sentido de que no requiere de forma inmediata de unas reformas estructurales, que siempre son difíciles de pergeñar —porque hace falta para ellas mucho talento, no siempre disponible— y siempre son dolorosas de ejecutar —porque conllevan necesariamente graves sacrificios personales. Pero ello no quiere decir que esta salida fácil carezca de costes. Bien al contrario, sus costes, de entrada y en apariencia irrelevantes, son a medio y largo plazo altísimos, por afectar al núcleo duro del propio medio de comunicación, es decir, a aquello que constituye su capital más preciado: la credibilidad de su mensaje y la dignidad de su contenido, que siempre van unidas, pues no es posible aquella sin ésta, ni ésta es completa sin aquella.

Hay que insistir sobre este tema. Una de las frases hechas más populares y difundidas de la lengua catalana es la que dice que *qui paga mana*. Es decir, que quien financia una actividad determinada está en posición, si quiere, de decidir el sentido, alcance y forma de la acción. Es evidente que esto será así sólo si el que paga quiere, pero lo normal es que quiera, pues, si se exceptúan las prestaciones altruistas —que son por definición excepcio-

nales— por alguna razón paga el que lo hace, pues nadie da algo a cambio de nada. Y ¿qué es lo que puede dar una empresa de comunicación —un periódico— a cambio de dinero, tanto si es público en forma de subvención directa o indirecta, o privado en forma de publicidad, de donación o de cualquier otra? Lo único que tiene: información a la carta, es decir, debidamente cocinada, potenciando algunos sabores y eliminando algunos ingredientes, sazonzando con algunas especies y presentando el guisote con una guarnición tan atractiva como fácilmente digerible.

¿Tiene esto, a su vez, un precio? Evidentemente: el de la independencia del medio. En caso de estar subvencionado o «ayudado», el periódico no sigue las pautas de la «cocina de mercado» —las noticias frescas en su gusto y textura naturales—, ni los caprichos de la «cocina de chef» —las noticias elaboradas según el particular recetario de la redacción—, sino las exigencias del cliente, que impone, ya no el punto de cocción, sino toda la forma de elaborar el plato, de modo que éste se presente a los comensales —los lectores— al gusto exclusivo de quien ha pagado el condumio.

Por ello se ha observado que la libertad de prensa está en peligro, aunque ahora las amenazas no se impongan coactivamente por la violencia física. Está en riesgo porque son las grandes corporaciones, las instituciones financieras y sus tentáculos en el poder político quienes controlan e influyen en los medios. Este poder que ejercen las grandes corporaciones empresariales y bancarias es quizás la principal amenaza actual para la libertad de prensa. La intoxicación permanente procede más de los gabinetes de comunicación de las multinacionales que de los dirigentes políticos, a su vez condicionados por los intereses de aquéllos. Ya lo denunció —¡en 1963!— Manuel Vázquez Montalbán en su *Informe sobre la Información*.

La posición de la empresa periodística puede describirse, en este caso, con unas palabras del Angelus, oración católica originaria de la Edad Media, que pone en boca de María, la madre de Jesús, estas palabras: *Ecce ancilla Domini. Fiat mihi secundum*

Verbum tuum. Esto es: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

Y ¿qué es, entonces, un periódico sin independencia? Un folleto de propaganda al servicio de quien lo paga —sea un gobierno o una empresa privada— que sólo se mira, distraídamente, si se regala, pero que, en cuanto se advierte su impostura, no se compra, sino que se rechaza. De ahí que pueda concluirse que, desde esta perspectiva, el hecho de sucumbir, víctima de la tentación de la subvención o la ayuda fácil, es pan para hoy y hambre para mañana, pues acarrea la dilución del auténtico y único capital de una empresa periodística: su credibilidad, que es tanto como decir su autoridad. Lo que resulta tan sencillo de entender como difícil de evitar.

Dicho de otro modo: el precio que los medios pagan por todo tipo de subvenciones, donaciones o ayudas es la defensa cerrada de los intereses de las instituciones o empresas que las hacen efectivas, disfrazando habitualmente este proceder bajo la forma de apoyo aquella ideología que defiende el *statu quo* o el cambio —según sea quien paga—, así como la forma de actuar de los dirigentes de aquellas instituciones o empresas. En esta línea, hay que preguntarse qué independencia de criterio ostenta un medio cuya misma subsistencia depende de las subvenciones institucionales, donaciones privadas o créditos bancarios, frente a la institución, entidad o empresa de la que recibe los fondos. Resulta evidente que ninguna. Y de ahí deriva la absoluta previsibilidad de la línea editorial de muchos medios, que responde a este alineamiento obligado con las exigencias de quienes hacen posible su existencia.

Para evitar esta gravísima disfunción se han ensayado a lo largo de los años diversos instrumentos, unos para ejercer un control externo de los medios (asociaciones de usuarios y consumidores, consejos de información, consejos de lo audiovisual...) y otros un control interno (estatutos profesionales de los periodistas, estatutos y comités de redacción, defensor del lector...).

Pero la eficacia de todos estos organismos y normas es sólo relativa frente a la gravedad del desafío.

Cabe concluir, por tanto, que el sectarismo fácilmente detectable en muchos medios de comunicación se debe a su dependencia financiera de instituciones, entidades o empresas que los sostienen económicamente a cambio de su subordinación. Una subordinación que no es primariamente ideológica, sino que se manifiesta en la utilización contingente de la ideología adecuada en cada caso con la exclusiva finalidad de defender los intereses de quien asegura la continuidad del medio.

En esta misma línea de abandono de los objetivos propios de un medio de comunicación, si bien se trata de un problema distinto, se halla el caso de aquellos medios, preferentemente audiovisuales, que necesitan aumentar y mantener un elevado índice de audiencia para alcanzar unos resultados económicos que hagan posible su continuidad. Y, embarcados en esta lucha, sucumben a la tentación de nutrir la «parrilla» de su programación con productos de una vulgaridad rampante, cuando no de una procacidad creciente, que contribuyen a la igualación por debajo de los ciudadanos con la consiguiente vulgarización de la vida colectiva hasta extremos difíciles de imaginar hace no demasiado tiempo.

Sus consecuencias

No procede ahora hacer ninguna consideración respecto a esta salida fácil, cada vez más extendida, desde una perspectiva ética o de valores. Pero sí conviene dejar constancia de que este fenómeno no es inocuo, sino que se paga por él un alto precio a corto plazo, en forma de pérdida de credibilidad.

La situación descrita de dependencia económica y de esclavitud ante la audiencia conduce inexorablemente al descrédito y la trivialización de los medios de comunicación. Respecto al descrédito, resulta inimaginable en los días que corren que alguien

pueda utilizar como argumento de autoridad, en una discusión o debate, el argumento de que «lo dice el periódico», cualquiera que éste sea. La sombra de la duda y la inquietud de la desconfianza lo impiden. Y es también normal, en esta línea, que pueda anticiparse sin margen de error cuál será la forma en que darán una misma noticia los distintos medios, e, incluso —lo que es mucho más grave—, si darán la noticia o prescindirán de ella. Este alineamiento sectario puede llegar a ser obsceno por desvergonzado.

Y, por lo que hace a la creciente trivialización de los contenidos, no cabe duda de que han proliferado determinado tipo de programas que, bajo los más variados pretextos —la información «a fondo» y sin complejos, la pesquisa sociológica o el humor desinhibido—, ponen el acento en los aspectos más sórdidos de la realidad, en comportamientos personales tan desviados como irrelevantes o en francas patologías sociales, sin otro objetivo que convertir en espectáculo algo que carece de toda justificación para ello, como no sea suministrar «casquería» diversa para consumo y goce de paladares estragados.

Desde las propias filas de los periodistas se reconoce sin ambages que al periodismo le afecta hoy una crisis de confianza y que probablemente le sucede esto porque juega al corto plazo, a subsistir a cualquier precio, a la audiencia por la audiencia, y no apuesta por la visión a largo plazo de contenidos de calidad. Y se llega incluso a sostener que, aparte de la crisis económica, estamos viviendo una crisis democrática, porque el periodismo no está actuando como contrapoder. Bien al contrario, existe la impresión de que, ahora mismo, las grandes corporaciones y las grandes instituciones callan muchas bocas, fuerzan las cosas para que los medios no hablen con libertad y publiquen todo lo que deberían. Así, han pasado cosas, situaciones terribles, con las que los medios han mantenido una actitud muy condescendiente. Por ejemplo, ¿cuál ha sido el tratamiento de los medios acerca de las instituciones financieras antes de que algunos de

ellas entraran en graves problemas?, ¿cuál ha sido la vigilancia de los medios?; ¿en qué medida los medios alertaron de que lo que estaban haciendo los bancos era asumir un riesgo desmedido que podía explotar? Ninguna. ¿Por qué? Evidentemente, porque los bancos han sido grandes anunciantes en la prensa.

Otro interrogante surge en torno al hecho de que la actual revolución que se está viviendo en los medios tiene que ver tanto con la tecnología como con el cambio de propiedad de aquéllos. En los viejos tiempos, un periódico no era la fuente de recursos principal para la familia propietaria del mismo, ni tampoco generaba unas grandes perspectivas de rentabilidad, y, por tanto, el servicio público de la prensa era más fácil por este flanco. Por otra parte, las redacciones tenían cierta fuerza, ya que no estaban integradas en su totalidad por asalariados con retribuciones bajas, sino que incluían también a intelectuales o profesionales con independencia económica, que solían ser además los que marcaban la pauta del medio. Hoy, en cambio, un diario es —cada vez menos— la empresa principal o única de una familia, con la exigencia perentoria que ello comporta, o —cada vez más— un elemento dentro del conjunto de los medios de comunicación pertenecientes a un grupo multimedia que cotiza en bolsa y que periódicamente tiene que presentar a los analistas sus resultados financieros. La presión para que el precio de la acción no baje es altísima, y mucho más en una coyuntura publicitaria nefasta, con lo cual, ¿quién va a tomar una decisión que genere un deterioro mayor del valor de la acción?

Se han manifestado, por todo ello, dudas de que el periodismo de calidad —aquel que suministra contenidos de información y entretenimiento de nivel, elaborados y contrastados— sea compatible con que los medios pertenezcan a una compañía que cotice en bolsa y en la que la mayoría de sus recursos procedan del mercado de capitales. Aunque hay que reconocer también que no es seguro, por decirlo suavemente, que las alternativas propuestas mejoren el resultado.

DE LOS PERIODISTAS

Su oficio

El trabajo de los periodistas —su oficio— es hoy absolutamente necesario. Más que nunca. El futuro no pasa por el llamado «periodismo ciudadano». La gran ventaja de un medio tradicional es la «edición». En internet todos son periodistas, pero nadie es editor. Y son sólo los grandes medios los que consiguen elevar la calidad de los contenidos y de las fuentes y poner en valor la información.

Vivimos en un mundo con una sobrecarga de información tremenda y es necesario más que nunca que exista alguien que sepa captar qué es lo auténticamente importante, que sepa relacionarlo con otras informaciones igualmente trascendentes, que sepa contextualizarlo, documentarlo y explicarlo, huyendo de la instrumentalización y del dogmatismo dejando incluso la puerta abierta a la duda cuando ésta es precisamente la única postura racional. Esto es lo que, mejor o peor, han venido haciendo tradicionalmente los medios, ganándose la «confianza» del público, y esto es lo que tienen que seguir haciendo en el futuro, si es que quieren subsistir como tales. Al final, se trata de una cuestión de «confianza». Porque, ¿qué es una marca? Es una generadora de confianza. Por poner un ejemplo, ¿por qué *The Economist* es considerada una revista de calidad? Seguramente porque detrás de ella hay un equipo de calidad que trabaja y elabora la noticia, lo que hace que se lea con atención aunque no se comparta su tratamiento. No suele dar exclusivas; no es lo suyo. Lo que practica es el análisis, y esto es lo que le da valor. Como ha observado Alfredo Pastor, es interesante observar, además, que en *The Economist* los artículos no van firmados, salvo en el caso no muy frecuente de un artículo escrito por invitación. Esta práctica (a) pone de manifiesto que el lector no se fía de la calidad del articulista, a quien desconoce, sino de la del equipo de dirección,

que selecciona, y (b) permite que personas directamente implicadas en un asunto difícil puedan dar cuenta de él, sin desvelar información confidencial, pero hablando con conocimiento de causa.

Por otra parte, tiene que haber moderación en el tratamiento de la noticia. Los medios no pueden asemejarse a internet, cuyo contenido hace que la red sea, por muchos de los comentarios que acceden a ella, como el salvaje Oeste. Los medios tienen que valorar su propio contenido huyendo de estos excesos, para lo que no bastan las reglas públicas de obligado cumplimiento, sino que son imprescindibles, sobre todo, unos límites propios, que impidan el encanallamiento del producto.

Una tentación

La historia es, con altibajos, un proceso continuado de progresiva racionalización de la vida colectiva de acuerdo con el único principio ético de validez universal no metafísico: que el interés general ha de prevalecer sobre el particular. Este proceso se desarrolla en el marco de una triple ampliación: ampliación de escenario (de la caverna a las uniones supraestatales, pasando por la tribu, la ciudad y el Estado), de protagonistas (sacerdotes y caudillos militares, aristocracia, burguesía y todo el pueblo con inclusión final de las mujeres) y de libertades (siempre en dificultad pero constante expansión).

En este proceso siempre existe alguien que asume la función de guía, si se da a esta palabra el sentido de suministrador de las ideas concretas que orientan y vertebran, en cada momento histórico, la vida colectiva, actuando como mediadores entre estas ideas y la gente del común. En el Antiguo Régimen, estas personas eran fundamentalmente los sacerdotes —hombres de iglesia: *clérigos*—, hasta el punto de que el fundador del Estado moderno fue un cardenal francés. Tras la revolución burguesa, estos guías pasaron a ser los intelectuales —*clercs*—, que a través

de distintos medios —entre los que ocuparon un lugar destacado los periódicos— actuaron como mediadores entre las grandes ideas de progreso y libertad y las clases sociales que en aquel momento ostentaban el protagonismo histórico en el seno de la sociedad burguesa.

Tras la revolución democrática, que conlleva inevitablemente una uniformidad que disuelve cualquier diferencia subjetiva y nivela todo relieve individual de la personalidad, se produce una igualación generalizada de los gustos y de las costumbres. La igualación —que borra las diferencias entre la cultura «cultura» y la popular— se convierte en la norma suprema de comportamiento. En este marco, el antiguo rol que desempeñaban los intelectuales pasan a ocuparlo los medios de comunicación de masas y, dentro de ellos, aquellos periodistas que, trascendiendo el núcleo duro de su oficio (que es simplemente informar), asumen una función —más o menos sutil— de orientación colectiva y, en alguna ocasión, el rango —más o menos explícito— de *conducator*.

Estos periodistas suelen tomarse en un sentido literal la afirmación de que la prensa es el cuarto poder, con olvido de que carecen de legitimación y control democrático para serlo. La prensa es cuarto poder sólo en el sentido metafórico de hacer posible, mediante la realización de los derechos a informar y a ser informado, la transparencia precisa para que la democracia sea un sistema de gobierno efectivo, basado en los principios de libertad y justicia, y no una simple apariencia vacía de contenido, lo que constituye, cuando sucede, el máximo escarnio y la máxima tiranía. En el fondo, los periodistas que asumen este rol suelen ser tan descreídos como dogmáticos y no hacen más que servir, en el fondo, a aquel que de verdad ostenta el poder y de quien dependen, que es quien les suministra el «dogma» a defender.

No hace falta una gran perspicacia —escribe Josep Maria Vallès— para detectar el lugar central que hoy ocupan los medios de comunicación y sus profesionales en el escenario político, has-

ta el punto de que, pese a una evidente desconfianza recíproca, la proximidad entre políticos y periodistas ha acabado configurando una «clase político-mediática», cuyos mediadores son los gabinetes de comunicación. Mención específica merecen, en este ámbito, los denominados «líderes de opinión», es decir, aquellos comentaristas que firman artículos periódicos, en los que interpretan con fácil desenvoltura, aplomo contundente y eventuales adornos de bisutería cultural, las estrategias y tácticas de las fuerzas políticas y de sus dirigentes, sentenciando con rigor sobre sus perspectivas de éxito o de fracaso, cuando no se lanzan a señalar la ruta a seguir para alcanzar objetivos que ellos han contribuido previamente y de forma decisiva a configurar. Y, para terminar la descripción de este estado de cosas, debe añadirse que, en ocasiones, algunos de los grandes nombres de la prensa terminan por creer sinceramente en lo que publican: su talento y su habilidad consisten en expresar las querencias, tendencias y prejuicios dominantes en cada momento como si tuvieran sentido, de modo que lo discutible parezca cierto. Y por eso ellos son las primeras víctimas de un espejismo que han contribuido como nadie a crear.

Este fenómeno, que reviste hoy una gran magnitud y trascendencia, se ha denominado «mediatización de la política». Una «mediatización» que convierte a los medios en actores relevantes de la escena política, mucho más allá de su antiguo y tradicional papel de cronistas de hechos y conductas que tienen lugar en aquélla. Y, cuanto más se acerca el observador a la política institucional, advierte cómo se agrava este problema. Se ha dicho con toda razón que la presencia invasiva de los medios no es solamente una experiencia intelectual; es también una vivencia sensible y tangible, que no puede hacer palidecer —pese a ello— su grave importancia, ya que en la corrección de este fenómeno radica un tema central en la recuperación de la credibilidad de las democracias. La bibliografía sobre este fenómeno es muy ex-

tensa. Es la que habla, desde hace décadas, de «gobernar con las noticias» (Cook), de los «medios como instituciones políticas» (Schudson), de la «mediatización de la política como reto a la democracia» (Mazzoleni), de la «videocracia» (Sartori) o de la «colonización de la política por los medios» (Meyer).

BALANCE

¿Está cerca la muerte de la prensa de papel? La posibilidad de que se formule con sentido esta pregunta, ya pone sobre la pista de que el periodismo no genera hoy el mismo valor que antaño. Pero, pese a ello, hay que aclarar inmediatamente que hoy sigue siendo muy importante que alguien marque la agenda de la actualidad, señalando los temas serios, muchas veces ocultos. Y, a tal fin, el periodismo sigue siendo imprescindible e insustituible. Pero el periodismo que se limita a repetir las noticias de ayer, el periodismo que se lanza en pos del entretenimiento más banal, el periodismo que busca el mínimo común denominador... es fácilmente sustituible. Ese periodismo está seriamente comprometido y la transición digital acelerará su declive. Por el contrario, el buen periodismo tiene más oportunidades con la transición digital, ya que puede llegar a más públicos, a audiencias que se mueven. Se ha dicho con toda razón que el móvil es el primer medio que está siempre con nosotros, lo que genera para el periodismo unas oportunidades increíbles.

Llegados a este punto, vale la pena recordar lo que escribía Albert Camus en *Combat*, el 31 de agosto de 1944: «Nuestro deseo, tanto más profundo cuanto a menudo permanecía mudo, era liberar los periódicos del dinero y darles un tono y una verdad que pusieran al público al nivel de lo mejor que hay en él. Pensábamos entonces que un país vale, a menudo, lo que vale su prensa. Y, si es cierto que los periódicos son la voz de una nación, estábamos decididos, en nuestro lugar y por nuestra débil parte,

a elevar este país elevando su lenguaje». De ahí que Edwy Plenel postule «la tradición de la calidad contra la superficialidad, de la referencia contra la despreocupación, de la jerarquía contra el flujo, del público contra la audiencia, de la fidelidad contra el *zapping*, de la historicidad contra el presentismo, de la memoria contra el olvido, de la irreverencia contra la sumisión, de la libertad contra la servidumbre». En otras palabras y desde otra perspectiva, hay que luchar contra un acaparamiento de lo público por una sólida alianza entre la oligarquía estatal y la oligarquía económica.

El periodismo tiene por tanto que reinventarse para seguir siendo la mejor versión de sí mismo. Para ello, tiene que asumir sin reservas las nuevas tecnologías. Vivimos en un entorno radicalmente multimedia, por lo que un medio que subsista sólo en un soporte tendrá un futuro seriamente comprometido. Y, tal vez, en este marco el periodismo en papel vaya a perder importancia. Los periódicos se seguirán editando como ahora, pero la distribución en papel y la venta en quioscos perderán su actual protagonismo para quedar reducidas a un nivel quizás residual.

Asimismo, la viabilidad de los medios de comunicación exige procesos de concentración en grandes grupos que precisan, a su vez, elevadas sumas de capital. Este hecho, unido a la apetencia que sienten los poderes financieros de controlar a los medios para ponerlos al servicio de sus designios y evitar que afloren las críticas, hace que se creen entre ambos fuertes vínculos de dependencia recíproca, similares a los que existen entre el poder político y el poder financiero y entre el poder político y el mediático, lo que hace que se genere, con el añadido del alto funcionariado del Estado, un núcleo de poder político-financiero-funcionarial-mediático que, al consolidarse y encerrarse en sí mismo, constituye el más grave impedimento para el normal funcionamiento de las instituciones democráticas.

Éste y no otro es el más grave riesgo que corren hoy los medios de comunicación: convertirse en un simple instrumen-

to, también en beneficio propio, al servicio de un poder que ha renunciado a ser un instrumento al servicio del interés general, para envilecerse en aras de su medro particular. De ahí el colapso —debido a su enroque en defensa propia— que experimenta la clase dirigente española en la actual circunstancia de fuertes desafíos, tanto por lo que se refiere a la estructura territorial del Estado como por lo que respecta a las drásticas reformas que exige la actual crisis económica.

En esta tesitura, resulta urgente que la prensa recupere su propia voz, dejando de ser correa de transmisión de intereses ajenos a los generales, y sin querer tampoco erigirse en engolada «hacedora» de noticias en lugar de modesta transmisora de ellas. Debe insistirse en que la enorme desorientación reinante es otra fuente de oportunidades para el periodismo de calidad: el que interpreta, completa y pone en contexto las noticias.

La salida de este embrollo pasa por un doble requisito. El primero es que el periodismo cuente con gente formada. El segundo es que los periodistas miren más al público que les lee y dejen de preocuparse tanto por el poder político, por las empresas y por su propio protagonismo. Porque innovar es importante, pero hacer las cosas bien aún lo es más, porque, en el futuro, los grandes medios lo serán por el rigor y la calidad de sus contenidos, es decir, por la confianza que en ellos depositen los lectores, y no porque les vendan a bajo precio, libros, sartenes, mantas o películas.

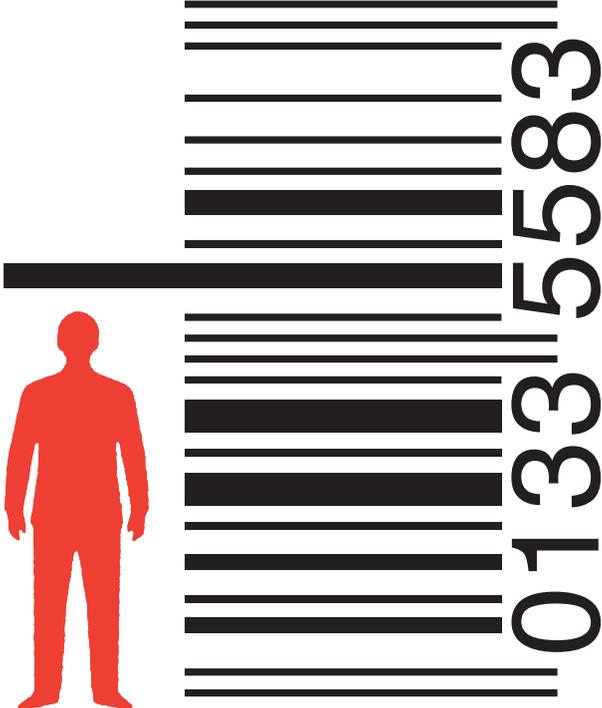
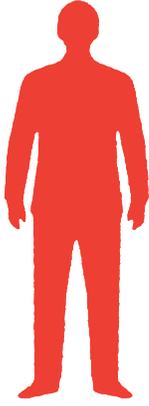
Hay que regresar siempre al principio. Porque no hay duda de que la libertad de expresión y el derecho a recibir y comunicar información tienen una trascendencia capital en una sociedad democrática. La garantía jurídica y material de estos derechos fundamentales es un requisito necesario para la subsistencia de un Estado democrático. Pero, como sucede siempre, el Derecho no basta para conformar la realidad, si no existe una actitud social proclive a consolidar aquel modelo social que la norma jurídica perfila. El problema es, por tanto, de actitudes, es decir, de

conductas, de unas conductas dirigidas a la realización de unos valores. Sin éstos y aquéllas, no hay ley que valga.

En conclusión, a fines de 2012, el periodismo sigue siendo una actividad crucial para el buen funcionamiento de una sociedad democrática; pero no cualquier periodismo, sino el periodismo que contextualiza y explica la noticia, el periodismo de investigación, el periodismo comprometido sobre todo con la verdad, el periodismo que no se casa con nadie, es decir, el periodismo de calidad e independiente. En consecuencia, el periodismo no debe ser inmediato, ni superficial, ni gratuito. Y no debe considerar a la red como una competidora, ya que, antes al contrario, la red aporta al periodismo un valor enorme, al obligarlo a escuchar a los ciudadanos. Porque no es tiempo de sermones para adoctrinar, sino de diálogo para entender. Siempre al servicio de la verdad. Y, para ello, investigación y rigor, noticias de interés público contadas por quienes saben contarlas, sujetas a verificación y rectificación. En el bien entendido de que la difusión de estas noticias de interés público es imprescindible para el buen funcionamiento de un sistema democrático, por lo que puede sostenerse que este periodismo que se reivindica es indisoluble de la exigencia democrática. Porque el correcto funcionamiento de una democracia no puede limitarse a la pura constatación de la legitimidad de origen que proporciona una victoria electoral, sino que debe confirmarse, día a día, por la legitimidad de ejercicio, cuya apreciación es imposible sin una prensa libre que ponga a disposición de los ciudadanos la información suficiente para que puedan valorar y censurar la gestión. De ahí que la libertad de prensa sea un componente estructural de la vida democrática.

Todo lo cual se concreta en una triple exigencia: preservar la independencia, procurar la calidad, y merecer la confianza.

NOTA: Para redactar este texto se han tenido a la vista —y se han usado ampliamente— tres textos: el manifiesto de Edwy Plenel *Combate por una prensa libre*, Barcelona, Edhasa, 2012; la transcripción de una mesa redonda —con Francisco Ruiz Antón, Alfonso Sánchez Tabernero y Francisco Pérez Latre, como invitados— sobre «Periodismo en la era digital ¿oportunidad o amenaza?», aparecida en la revista *Nuestro Tiempo*, número 676, septiembre-octubre de 2012; y el libro de Josep Maria Vallès *Una agenda imperfecta: amb Maragall i el projecte de canvi*, Edicions 62, Barcelona, 2008.



Tzvetan Todorov **¿Una crisis moral en Europa?** Que tengamos la impresión de que la moral se hunde a nuestro alrededor no significa que ocurra realmente. Las personas de una cierta edad a menudo piensan que «los jóvenes no respetan nada»; sin embargo, la juventud sigue siendo esa fase de la vida en la que uno se inflama con más facilidad, llevado por la indignación social o por el entusiasmo humanitario. Se dice también que vivimos en un siglo en el que los intereses materiales prevalecen sin oposición, mientras los

valores espirituales yacen en el olvido. Pero la edad de oro donde la situación reinante fuera la contraria no ha existido jamás. Los seres humanos son y han sido siempre egoístas y altruistas a la vez, la sed de riquezas ha coexistido en todo momento con los impulsos de generosidad.

Se acusa una y otra vez a los políticos (hombres y mujeres) de falta de virtudes morales, de no actuar en nombre de un ideal sino para alcanzar el poder y conservarlo. Los casos de corrupción, o de aprovechamiento ilegal, no faltan y provocan una especie de alegría negativa: nos satisface de algún modo ver que quienes nos gobiernan son tan egoístas e interesados como cualquiera de nosotros. Sin embargo, la corrupción no es sino el nombre difamatorio que recibe una actitud tan vieja como los Estados, la cual pone de relieve las veleidades del poder económico de influir en la acción política. A un político no se le juzga según sus virtudes morales sino por el éxito de sus acciones a favor de la comunidad a la que representa. Si lo consigue, poco nos vamos a preocupar de saber si es desagradable con quienes le rodean o si se guía por ambiciones personales. En lo moral, se le exige no que parezca un santo sino que no transgreda las normas vigentes para no poner en peligro la eficacia de sus acciones. La reforma fiscal que propone tal ministro, incluso si es justa en sí misma, corre el riesgo de ser rechazada si se descubre al mismo tiempo que él o sus allegados sacarán provecho de ella.

En el mundo y el tiempo en que vivimos existen sin embargo mutaciones que tienen un impacto negativo sobre la moral de la población. Concretamente veo dos, de distinta naturaleza y que implican reacciones distintas: una tiene relación con la evolución tecnológica en curso, la otra con el impacto de ciertas tendencias políticas.

La revolución electrónica e informática de la segunda mitad del siglo xx está produciendo una transformación de nuestra forma de vida de una amplitud no menor que la causada por

la revolución industrial en el siglo XIX. La invención de los ordenadores y su conexión en red tiene una influencia brutal en nuestras actividades comunicativas, entre ellas las relaciones entre individuos y, por lo tanto, en nuestra vida moral. Dicha transformación tiene dos caras. Por un lado, asistimos a una aceleración y multiplicación fabulosas de las comunicaciones, gracias al correo electrónico, los teléfonos móviles dotados de miniordenadores, Skype, las videoconferencias y las múltiples redes sociales. Hace un siglo, la información era escasa, los teléfonos difíciles de obtener, las novedades llegaban con lentitud; hoy la información es permanente y plétórica, todos nosotros estamos conectados permanentemente a diversas redes y nos comunicamos con un gran número de personas. Por otro lado, los ciudadanos europeos, los mismos que disfrutaban de esas tecnologías, se quejan de un sentimiento creciente de soledad, de aislamiento, de abandono. Triunfo y fracaso de la comunicación parecen avanzar al unísono.

Nos damos cuenta entonces de que la palabra *comunicación* se aplica a dos funciones bien distintas: la transmisión de *información* y la participación en la formación de una persona. Cuando hablo, puedo comunicar datos sobre el objeto de nuestra conversación, pero al mismo tiempo me sitúo en relación con mi interlocutor, anticipo su reacción, me adapto a él; así pues me transformo a la vez que intento influenciarlo, cambiarlo. Mientras que los nuevos medios tecnológicos favorecen en gran manera la difusión de la información entorpecen esa labor de formación. Privilegian en efecto el contacto indirecto, a distancia, impersonal, dirigido a un grupo más que a un individuo. Sin embargo, nada puede reemplazar a la proximidad de un rostro, las sensaciones olfativas, auditivas, táctiles que sentimos en el transcurso de un encuentro físico. ¡Qué grande es la distancia que separa el sentido tradicional de la palabra «amigo» y el que adquiere en los intercambios electrónicos donde uno se dirige simultáneamente

a 800 (o a 8.000) «amigos»! Esta mutación de la comunicación acaba por afectar al campo de las relaciones humanas y corre el riesgo de atrofiar nuestras facultades morales. Vivimos en un intercambio ilusorio, nuestra inclinación hacia los demás pierde vitalidad y acabamos por olvidar que son ellos quienes nos hacen y quienes poseen las claves de nuestra frágil felicidad.

La otra mutación que afecta nuestra vida moral proviene de una doctrina política que se ha impuesto en Europa en los últimos decenios y que designamos con el término algo vago de «neoliberalismo». Como hemos dicho, no se debe confundir la política con la moral, lo que no es óbice para que esta última dibuje el horizonte de la primera. Más allá de cualquier acción política concreta surgen preguntas como: ¿cuáles son las verdaderas necesidades de los seres humanos? ¿En qué sociedad queremos vivir? Tras la caída del muro de Berlín, que provocó el auge del neoliberalismo, asistimos en Europa a un cambio de perspectiva, como si el hundimiento del imperio soviético debiera implicar la desconsideración de valores como la solidaridad, la igualdad, el bien común, que la URSS y sus satélites reclamaban para sí de forma hipócrita. La doctrina neoliberal, presente en el trasfondo de las decisiones políticas de nuestros gobernantes, postula simultáneamente que los intereses económicos deben primar sobre las necesidades sociales y que el ser humano es autosuficiente. De ese modo, en un mundo donde la satisfacción del individuo es el único valor compartido, no hay lugar para la moral: ésta comienza por tener en cuenta la existencia de los demás.

Tanto el punto de partida de dicha política (una concepción del hombre y de la sociedad) como su punto de llegada (el ideal hacia el que se tiende) permanecen la mayor parte del tiempo sobreentendidos, o bien son presentados como si fueran impuestos por la naturaleza misma de las cosas y los seres. Sin embargo son discutibles tanto en su verdad como en sus valores. La moral entra en crisis en un país que descuida la protección de sus recur-

sos naturales, poniendo en peligro la salud, y al fin y al cabo la supervivencia, de las generaciones futuras; que se niega a invertir en infraestructuras accesibles y provechosas para todos; que practica el desprecio hacia los débiles y los pobres considerados como culpables de pereza o estupidez. Un Estado inmoral mina las bases de la moral de sus habitantes. El rechazo al otro que proclama el populismo xenófobo simplemente porque el color de su piel es más oscuro o porque su religión no es la nuestra, va en la misma dirección.

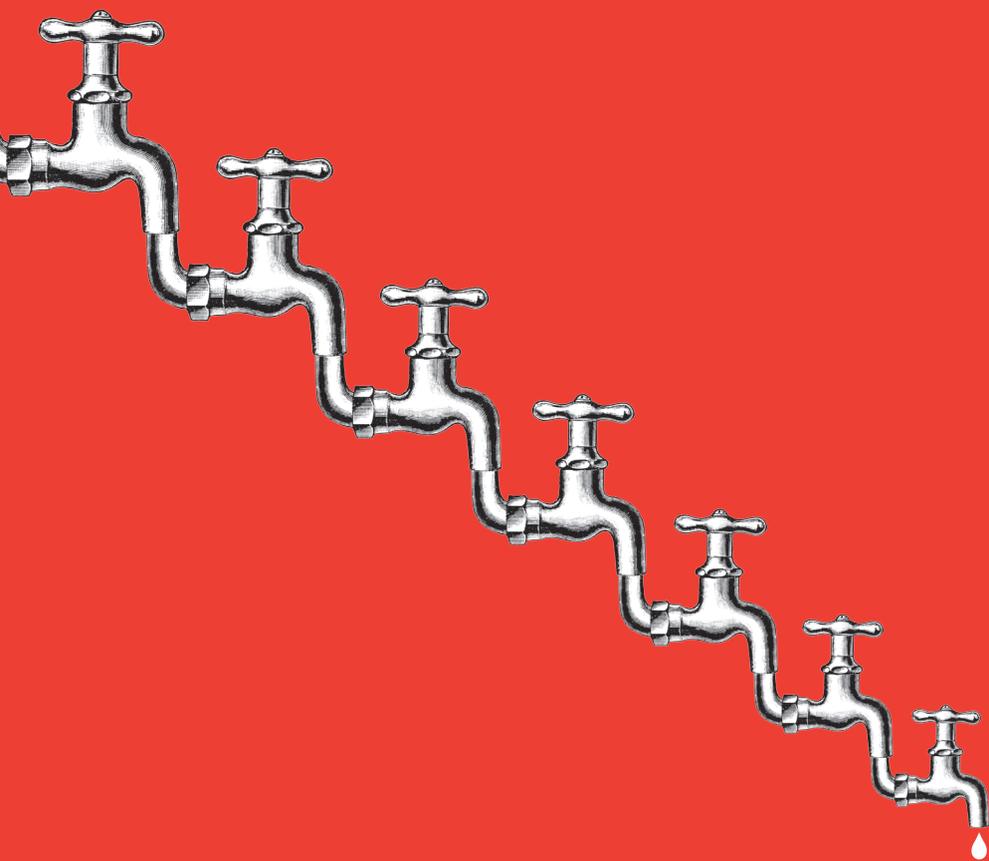
¿Esta crisis moral está llamada a durar, a convertirse en permanente? Con toda certeza no a largo plazo: la necesidad de una moral es inherente a la conciencia humana, si desapareciera estaríamos ante una mutación de la especie. A corto plazo, las dos mutaciones aquí expuestas despiertan reacciones distintas. La que proviene de la evolución tecnológica exige un mayor control de nuestras nuevas capacidades, del mismo modo que aprendemos a conducir un coche sin poner en peligro nuestra vida. La que halla su fuente en una ideología podrá ser superada cuando se imponga otra ideología más cercana a la verdad de nuestras experiencias.

LAS CONFE- RENCIAS DEL CURSO

Las conferencias del curso Carmen M. Reinhart

Las conferencias del curso Mark Leonard

Las conferencias del curso Wolfgang Münchau



Carmen M. Reinhart* **Una década de deuda. Análisis de políticas en economía internacional 95**

RESUMEN Este ensayo presenta pruebas que demuestran que las deudas públicas en economías avanzadas han aumentado repentinamente en los últimos años hasta unos niveles que no se registraban desde el final de la Segunda Guerra Mundial, sobrepasando los puntos máximos alcanzados durante la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión. Al mismo tiempo, los niveles de deuda privada, especialmente los de las

instituciones financieras y los de los hogares, se encuentran en terreno desconocido y son (en diversos grados) un pasivo contingente del sector público en muchos países. Históricamente, los episodios de alto apalancamiento se han asociado con un crecimiento económico más lento y una mayor incidencia de suspensiones de pagos o, de forma más general, con la reestructuración de la deuda pública y privada. Una forma más sutil de reestructuración de la deuda disfrazada de «represión económica» (que tuvo su apogeo durante el sistema de Bretton Woods, fuertemente regulado) también facilitó de manera importante una reducción de la deuda más perfilada y rápida de lo que habría sido en otras circunstancias, desde finales de la década de 1940 hasta los años setenta. Aquí conjeturamos que las urgentes necesidades de los gobiernos de reducir los riesgos de la refinanciación de la deuda y de frenar los crecientes gastos de intereses en vista a un excedente de deuda considerable (combinado con la extendida «aversión oficial» a la reestructuración explícita) conducen a un renacimiento de la represión financiera —incluyendo más préstamos directos al gobierno de audiencias cautivas internas (como fondos de pensiones), límites explícitos o implícitos en los tipos de interés, y regulaciones más estrictas en movimientos de capital transfronterizos.

I. INTRODUCCIÓN

Las deudas públicas en economías avanzadas han aumentado repentinamente en los últimos años hasta unos niveles que no se registraban desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Durante el 2010, la ratio media de deuda pública sobre el PIB de todas las economías avanzadas ha sobrepasado los puntos máximos anteriores a la Segunda Guerra Mundial, que se alcanzaron durante la Primera Guerra Mundial y, posteriormente, durante la Gran Depresión.¹ Asimismo, los niveles de deuda privada, so-

bre todo los de las instituciones financieras y los de los hogares, se encuentran en terreno desconocido y representan (en grados diversos) un pasivo contingente potencial del sector público en muchos países, como en Estados Unidos.

Como queda documentado en Reinhart, Rogoff y Savastano (2003), en los países con mercados emergentes, los grandes excedentes de deuda pública no se pueden revocar de prisa, y raramente de forma fácil. En concreto, las ratios de deuda sobre el PIB casi nunca se reducen por completo mediante un crecimiento económico robusto y consistente. En general, la reducción significativa de los niveles de deuda depende de la austeridad económica, de la reestructuración de la deuda (a veces suspensión de pagos completa), o de una combinación de ambas.

En un análisis complementario de los episodios de desahucio de la deuda privada subsiguientes a las crisis económicas sistémicas, Reinhart y Reinhart (2011) observan que el proceso de reducción de la deuda continúa durante un promedio de siete años. Además, por culpa de la reducción de la producción y de la acumulación de atrasos sobre las deudas existentes, las ratios de deuda privada normalmente siguen aumentando incluso dos o tres años después del punto álgido de la crisis económica —retrasando la reducción efectiva de las ratios de deuda.²

Con la combinación de las deudas públicas altas y las ascendientes (con una proporción creciente en manos de los bancos centrales principales) y el prolongado proceso de desahucio privado, los diez años entre 2008 y 2017 probablemente sea oportuno describirlos como una década de deuda. En efecto, las cuestiones que planteamos en este artículo pesarán mucho en la agenda de políticas públicas de numerosas economías avanzadas y mercados financieros mundiales durante los próximos años. Este estudio resume as-

pectos clave de nuestro trabajo reciente sobre la deuda pública y las crisis económicas. Evidentemente, si los tipos de interés real globales se mantienen muy bajos por un período de tiempo largo, los costes de servicio de la deuda serán proporcionalmente bajos y las ratios de apalancamiento excepcionalmente altas pueden durar más de lo habitual. Sin embargo, como se destaca en Reinhart y Rogoff (2009), los tipos de interés pueden cambiar más rápido que los niveles de deuda y, por tanto, si no hay desapalancamiento, la deuda será una vulnerabilidad crónica. Recuperando y ampliando varios hilos de nuestros estudios previos, podemos documentar lo siguiente.³

Históricamente, los episodios de apalancamiento alto se han asociado a un crecimiento económico más lento. Esta observación es válida tanto para los episodios de deuda alta que aparecen justo después de las guerras como para los de tiempos de paz. También caracteriza episodios en los que los niveles de deuda alta no tenían relación con tipos de interés marcadamente más altos.⁴

Los aumentos repentinos de la deuda pública conducen a suspensiones de pagos privados (que normalmente se manifiestan como crisis bancarias).⁵ Las crisis bancarias están relacionadas con aumentos de la deuda pública, que finalmente llevan a un mayor índice de suspensiones de pagos de entidades soberanas o, de manera más general, a la reestructuración de la deuda pública y privada. Específicamente, **las crisis bancarias y los aumentos repentinos de la deuda pública ayudan a «predecir» las crisis de la deuda soberana.** Sin duda, esta pauta histórica es la dominante antes de la era de los megarescates, que se abrió paso con la crisis bancaria interna de Japón en 1992, seguida (a escala internacional) por la crisis del peso mexicano de 1994-1995, reforzada durante la crisis asiática con el paquete de ayudas para Corea, y que logró unos límites históricos que continúan aumentando en el ámbito nacional e in-

ternacional en el momento de escribir este artículo. El «método rescate» en el episodio actual empezó en verano de 2007 en Estados Unidos como respuesta a la crisis de hipotecas de alto riesgo y se convirtió en la crisis de deuda de economías avanzadas más grave desde los años treinta.

Una forma más sutil de reestructuración de la deuda puede tomar la forma de «represión financiera» (que tuvo su culminación durante el sistema de Bretton Woods, fuertemente regulado). La limitación de las opciones de inversión del sector privado facilitó de manera importante una reducción de la deuda más perfilada y rápida de lo que habría sido en otras circunstancias, desde finales de la década de 1940 hasta los años setenta.⁶ **Aquí conjeturamos que las urgentes necesidades de los gobiernos de reducir los riesgos de la refinanciación de la deuda y de frenar los crecientes gastos de intereses en vista a un excedente de deuda considerable, combinado con una aversión a una reestructuración más explícita, pueden conducir a un renacimiento de la represión financiera. Esto incluye más préstamos directos al gobierno de audiencias cautivas internas (como fondos de pensiones), límites explícitos o implícitos en los tipos de interés, y regulaciones más estrictas en movimientos de capital transfronterizos.**⁷ Una representación no tan generosa de la represión financiera (véase definición en el cuadro 1) incluiría la dilapidación de los fondos de pensiones.

Este estudio continúa de la siguiente manera: la próxima sección presenta una perspectiva histórica del aumento reciente de la deuda pública en economías avanzadas, distinguiendo el tiempo y las magnitudes de previos episodios de deuda alta. La sección III resume nuestras conclusiones sobre los vínculos causales temporales entre las crisis financieras, los aumentos bruscos de deuda pública y las reestructuraciones posteriores o suspensiones de pagos completas. En la sección IV documenta-

mos que la deuda elevada está relacionada con un crecimiento más lento; una relación que es robusta en todos los mercados avanzados y emergentes desde la Segunda Guerra Mundial, así como en épocas anteriores. La última oleada importante de reestructuraciones o suspensiones de pagos soberanas en economías avanzadas durante la década de 1930 (las suspensiones de pagos se limitaban a algunos países en el bando perdedor de la Segunda Guerra Mundial) se aborda en la sección v, donde también se describe la regulación económica de mano dura (llamada a menudo represión financiera) que ayudó a reducir rápidamente el exceso de deuda de la Segunda Guerra Mundial. La sección final sugiere que muchos de los elementos de la represión financiera ya han empezado a resurgir (una tendencia que probablemente ganará impulso en los próximos años), mientras que los gobiernos se enfrentan simultáneamente a las difíciles decisiones asociadas con una reducción importante de la deuda.

Cuadro 1. Definición de la represión financiera

Los pilares de la represión financiera

El término *represión financiera* se introdujo en la bibliografía con las obras de Gurley y Shaw (1960) y Ronald McKinnon (1984). Posteriormente, el uso del término se convirtió en un modo de describir los sistemas financieros de los mercados emergentes antes de la liberalización financiera generalizada que empezó en 1980 (véase Giovannini y Di Melo, 1933, y Easterly, 1989). Sin embargo, como queda documentado en este artículo, la represión financiera también fue la norma para las economías avanzadas durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y, en mayor o menor grado, durante la década de 1980. Presentamos aquí algunas de sus características principales.

i) Límites o topes explícitos o indirectos en los tipos de interés, sobre todo (pero no exclusivamente) en los de la deuda pública. Estos límites al tipo de interés podían aplicarse a través de diversos medios, como: a) regulación gubernamental explícita (por ejemplo, la Regulación Q en Estados Unidos prohibía a los bancos pagar intereses de los depósitos a la vista y limitaba los tipos de interés de los depósitos de ahorro); b) en muchos casos, los topes en los tipos de interés de préstamo de los bancos eran un subsidio directo a los gobiernos en casos en que el gobierno recibía préstamos directamente de los bancos (a través de préstamos en lugar de deuda titulizada); c) el límite del tipo de interés podía ser en el contexto de deuda con tasa de cupón fija no negociable, o d) se podía mantener con los objetivos de tipos de interés de los bancos centrales (a menudo bajo la directiva de la Tesorería o del Ministerio de Hacienda, cuando la independencia del banco central era limitada o inexistente). La monumental historia de la Reserva Federal (Volumen I) en Metzler (2003) documenta la experiencia de Estados Unidos en este sentido; el clásico estudio de Cukierman (1992) sobre la independencia del banco central proporciona un contexto internacional más amplio.

ii) Creación y mantenimiento de una audiencia cautiva interna que facilitaba el crédito directo al gobierno. Esto se logró con varias capas de regulaciones, con algunas medidas muy contundentes y otras más sutiles: a) las restricciones en la cuenta de capital y los controles de cambio orquestaron un «sesgo doméstico forzado» en la cartera de las instituciones financieras y en los particulares sujetos a los acuerdos de Bretton Woods; b) los requisitos de reserva altos (generalmente no remunerados) como impuesto de recaudación sobre los bancos (véase Brock, 1989, para una comparación internacional detallada); c) entre las medidas más sutiles, medidas de regulación «prudenciales», que requerían que las instituciones (casi exclusivamente las nacionales) tuvieran deuda pública en sus carteras (históricamen-

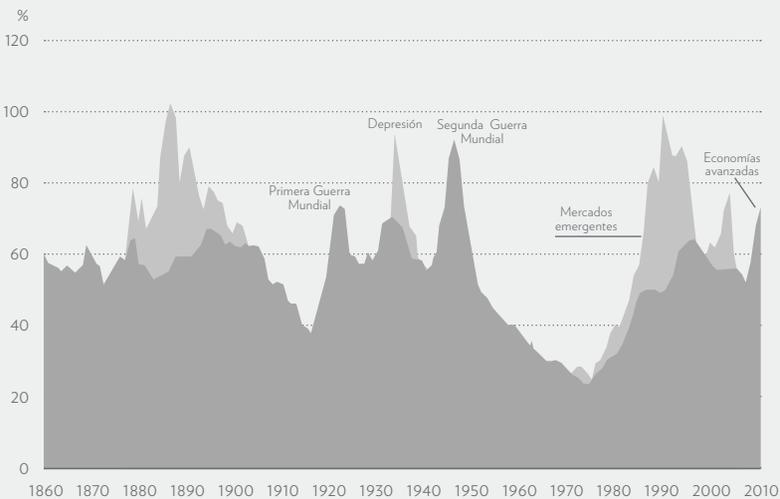
te, los fondos de pensiones han sido un objetivo principal), y d) los impuestos de transacción sobre las acciones (ver Campbell y Froot, 1994), que también servían para dirigir los inversores hacia los instrumentos de deuda de tipo gubernamental (y otros).

Fuente: Reinhart y Sbrancia (2011).

II. INCREMENTOS DE LA DEUDA PÚBLICA

En todas las épocas y en todos los continentes, la guerra ha sido un factor de causa recurrente de los deterioros rápidos de las finanzas del gobierno y de los aumentos repentinos en el endeudamiento público. Esta pauta se ve en los agregados de deuda mundial y en la historia individual de cada país. Por tanto, no es sorprendente que, sobre todo en las economías avanzadas, haya dos picos en los agregados de la deuda, que corresponden a las dos guerras mundiales (gráfico 1). El conjunto más pequeño de

GRÁFICO 1. DEUDA PÚBLICA BRUTA COMO PORCENTAJE DEL PIB: ECONOMÍAS AVANZADAS Y EMERGENTES, 1860-2010



Fuentes: Reinhart y Rogoff (2011) y las fuentes allí citadas.

economías independientes (principalmente europeas) que había a principios del siglo XIX experimentó de forma parecida un fuerte incremento de la deuda durante las guerras napoleónicas.

En tiempos de paz, las crisis económicas graves o sistémicas han sido uno de los factores principales detrás de los aumentos rápidos de deuda pública. Con el crecimiento de la tendencia a aumentar la participación del gobierno en las operaciones de rescate, la relación entre la deuda pública y las crisis económicas se ha vuelto más pronunciada en las dos últimas décadas, aproximadamente. Los problemas fiscales más generales y crónicos (porque los gobiernos gastan sistemáticamente en exceso y no tienen la voluntad política o la capacidad para cobrar impuestos de manera efectiva, o una combinación de ambas) tienden a producir acumulaciones de deuda más graduales.

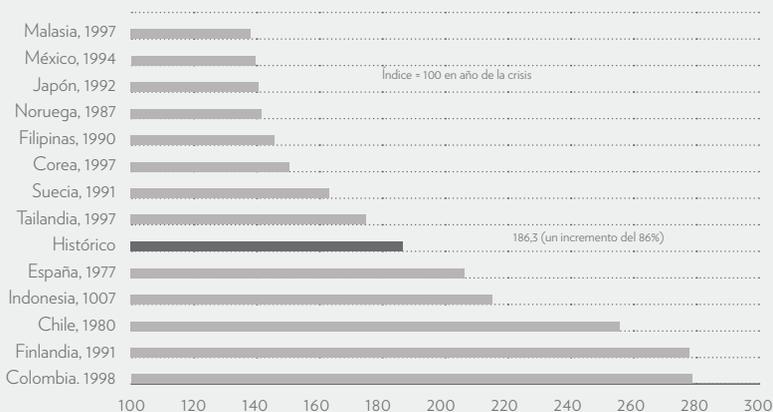
Las deudas públicas en economías avanzadas han aumentado repentinamente en los últimos años hasta unos niveles que no se habían registrado desde el final de la Segunda Guerra Mundial, sobrepasando los puntos máximos alcanzados durante la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión. Al mismo tiempo, los niveles de deuda privada, sobre todo los de los hogares, se encuentran en terreno desconocido y son (en diversos grados) un pasivo contingente del sector público en muchos países, entre ellos Estados Unidos. Como destacan Reinhart y Rogoff (2009 y 2011b), y como veremos más adelante, para la mayoría de gobiernos es difícil evitar apoyar cantidades importantes de crédito privado durante una crisis económica.

1. Crisis económicas y deuda

El gráfico 2 aprovecha unos datos históricos sobre la deuda interna que hace poco que han salido a la luz para mostrar el aumento de la deuda pública real en los tres años posteriores

a las crisis bancarias graves del siglo xx.⁸ La acumulación de la deuda pública ha sido una característica distintiva de las secuelas de las crisis bancarias durante más de un siglo, con el deterioro de las finanzas del gobierno produciendo un aumento medio de la deuda del 86%. Este ejercicio comparativo se centra en el aumento del porcentaje de la deuda, en lugar de la ratio de deuda sobre el PIB, porque las caídas importantes de producción a veces pueden complicar la interpretación de estas ratios. Como señalan Reinhart y Rogoff (2008), las características acumulaciones enormes de deuda pública las impulsan principalmente las caídas importantes de los ingresos fiscales, causadas por la naturaleza grave y prolongada de las recesiones posteriores a la crisis. En algunos casos famosos (sobre todo el de Japón en la década de 1990) este deterioro de las balanzas fiscales también responde a incrementos del gasto público para combatir la recesión. En varios casos, los costes de los rescates bancarios, objeto

GRÁFICO 2. INCREMENTO ACUMULATIVO DE LA DEUDA PÚBLICA EN LOS TRES AÑOS POSTERIORES A LAS CRISIS BANCARIAS SISTÉMICAS: EPISODIOS SELECCIONADOS POSTERIORES A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



Nota: cada episodio de crisis bancaria está identificado por país y año de inicio de la crisis. Sólo se incluyen episodios principales (sistémicos) de crisis bancarias, sujetas a las limitaciones de los datos. La media histórica citada no incluye episodios de crisis actuales, que se omiten del todo, porque estas crisis empiezan en 2007 o más tarde y aquí la comparación se hace con los tres años posteriores a la crisis bancaria.

Fuente: Reinhart y Rogoff (2008 y 2009) y las fuentes allí citadas.

de tanto escándalo, contribuyen sólo de una forma relativamente pequeña a las cargas de deuda posteriores a la crisis.

De manera más general, un examen de las consecuencias de las crisis económicas graves muestra efectos profundos y prolongados en los precios de los activos, en la producción y en la ocupación. Los incrementos en el desempleo y la disminución de los precios de la vivienda se prolongan por cinco y seis años, respectivamente. Incluso las recesiones provocadas por crisis económicas al final terminan, aunque casi siempre lo hacen con un incremento enorme de la deuda pública.

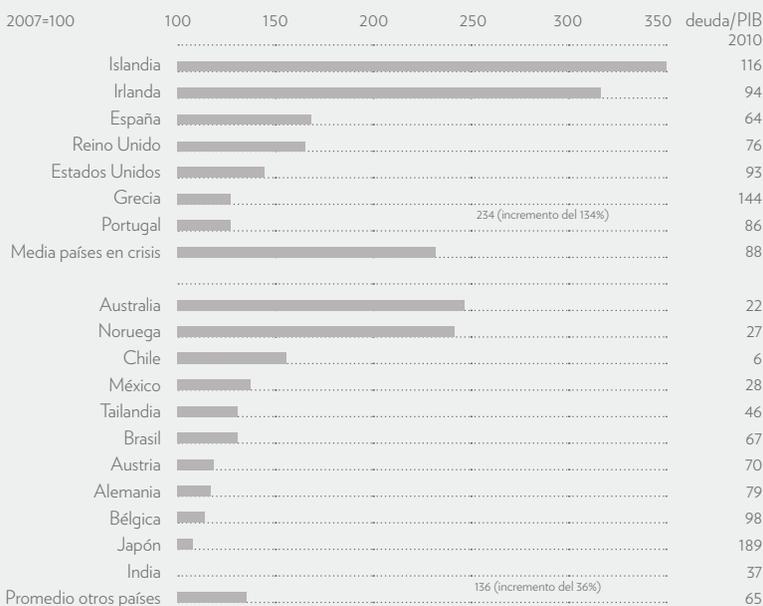
2. La acumulación global de deuda pública de 2007-2010

El gráfico 2b ilustra el incremento de deuda pública (ajustado a la inflación) desde 2007. **Para los países con crisis económicas sistémicas y/o problemas de la deuda soberana (Grecia, Islandia, Irlanda, Portugal, España, Reino Unido y Estados Unidos), los niveles medios de la deuda han aumentado cerca del 134%, superando así, con un margen considerable, el 86% de referencia de los tres años que dan Reinhart y Rogoff (2009) para las anteriores crisis económicas profundas de la posguerra.** Las acumulaciones más grandes de deuda en Islandia y en Irlanda no sólo están estrechamente relacionadas con la mera magnitud de las recesiones/depresiones en estos países, sino también con el nivel de acumulación de deuda bancaria anterior a la crisis, que —hasta donde los autores sabemos— no tiene igual en la larga historia de las crisis económicas. El año 2010 (el tercer año de crisis en Islandia, Irlanda, Reino Unido y Estados Unidos, y el segundo año para los demás) tampoco es el último que registrará un aumento de la deuda. Actualmente, las previsiones para Estados Unidos muestran niveles de deuda ascendentes en un futuro próximo; en otros, a pesar de los programas de austeridad, es probable

que las deudas sigan creciendo, dado que las condiciones económicas siguen siendo inadecuadas y los costes de servicio de la deuda aumentan.

Incluso en los países que no sufrieron una crisis económica importante, la deuda aumentó en un promedio del 36% en términos reales entre 2007 y 2010.⁹ Muchas economías adoptaron medidas de estímulo para enfrentarse a la recesión global de 2008-2009 y se vieron afectadas por las notables disminuciones en los ingresos del gobierno. Además, algunos de los aumentos más importantes en las cargas de deuda de los países no afectados por la crisis (como Noruega, Australia y Chile) están relacio-

GRÁFICO 2B. INCREMENTO ACUMULATIVO DE LA DEUDA PÚBLICA REAL DESDE 2007, PAÍSES SELECCIONADOS



Nota: si no se indica lo contrario, las cifras son de deuda pública deflactada con los precios de consumo.

Fuentes: precios y PIB nominal del Fondo Monetario Internacional, Perspectivas de la economía mundial.

La lista completa de las fuentes para la deuda pública se puede encontrar en Reinhart y Rogoff (2009) y Reinhart (2010).

nados con la corriente cíclica descendente de los precios mundiales de los bienes de consumo que acompañó la recesión global.

III. LA SECUENCIA CRISIS ECONÓMICA-CRISIS DE DEUDA SOBERANA

En esta sección resumimos las conclusiones principales de Reinhart y Rogoff (2010b). El método de ese estudio consistía en ilustrar cada resultado principal tanto con una «visión global», basada en agregados de países, como con un «estudio (o estudios) de caso práctico de un país representativo», desde las historias nacionales. Cada uno de los puntos principales destacados en los gráficos se complementa con las regresiones del indicador de crisis deuda/PIB correspondientes, indicados debajo de cada gráfico. Empezamos hablando de suspensión de pagos soberana de la deuda externa (es decir, cuando un gobierno entra en suspensión de pagos sobre sus deudas externas o las del sector privado que tenían una garantía pública).

1. Aumentos de la deuda pública y suspensiones de pagos o reestructuraciones soberanas

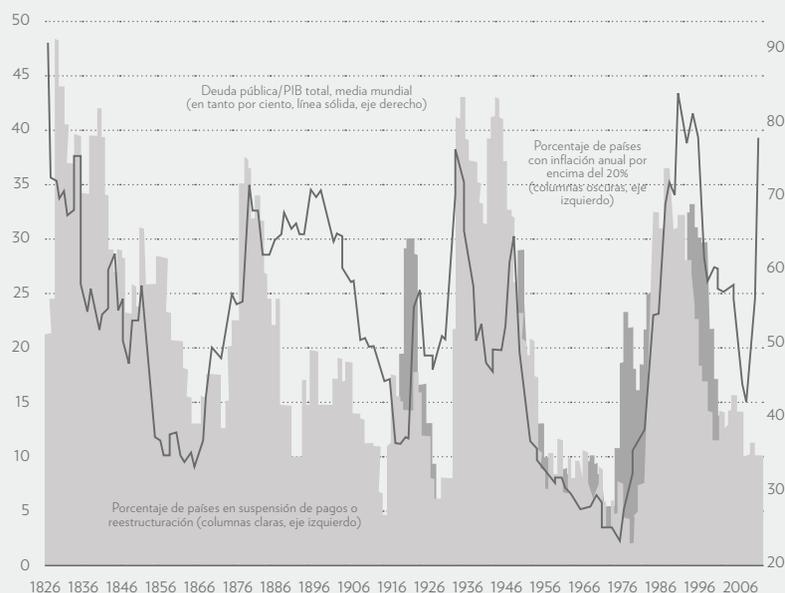
La deuda pública sigue un ciclo de subida-caída largo y repetido; la fase de caída implica una incidencia considerablemente más alta de crisis de deuda soberana. El endeudamiento del sector público aumenta repentinamente a medida que se acerca la crisis. En los agregados, las deudas siguen aumentando tras la suspensión de pagos, mientras los retrasos se acumulan y el PIB se contrae notablemente.¹⁰ El gráfico 3 traza la incidencia de la suspensión de pagos externos (columnas sombreadas) a partir de 1824, cuando las economías latinoamericanas recién independizadas entraron en el mercado de capitales global por primera vez, hasta 2010 contra una me-

dia no ponderada de la ratio de deuda/PIB de todos los países de los que estos datos están disponibles. Los incrementos de la ratio de deuda suelen preceder la subida de las ratios de suspensiones de pagos, como confirman las regresiones (que se muestran en la tabla 1) de los agregados mundiales que se muestran en la parte inferior del gráfico 3. Los períodos de endeudamiento más alto también están asociados a una incidencia más alta de las crisis de inflación (una forma más indirecta de suspensión de pagos, destacada con una columna sombreada más oscura donde la incidencia de la inflación supera la de la suspensión de pagos). La suspensión de pagos a través de la inflación es más frecuente desde la Primera Guerra Mundial, ya que el dinero fiduciario se convirtió en la norma y los vínculos con el oro se rompieron.

La suspensión de pagos en serie es un fenómeno generalizado en los mercados emergentes y en varias economías avanzadas. La prueba más convincente de la suspensión de pagos en serie proviene de las historias individuales de cada país; aquí se muestra la de Grecia en el gráfico 4. Las setenta historias de países que figuran en el Chartbook proporcionan pruebas con una base amplia para demostrar que la suspensión de pagos en serie trasciende las regiones y el tiempo.

El aumento distintivo de la deuda en la víspera de una crisis de deuda, de una crisis bancaria, o de ambas es bastante evidente en las dos últimas suspensiones de pagos de Grecia, en 1894 y 1932 —la última suspensión duró unos 33 años desde el inicio hasta la resolución final, en 1964.

GRÁFICO 3. SUSPENSIÓN DE PAGOS SOBERANA SOBRE LA DEUDA EXTERNA, DEUDA PÚBLICA TOTAL (INTERNA Y EXTERNA), Y CRISIS DE INFLACIÓN: AGREGADOS MUNDIALES, 1826-2006 (DEUDA COMO PORCENTAJE DEL PIB)



Fuentes: Reinhart y Rogoff (2011b) y las fuentes allí citadas.

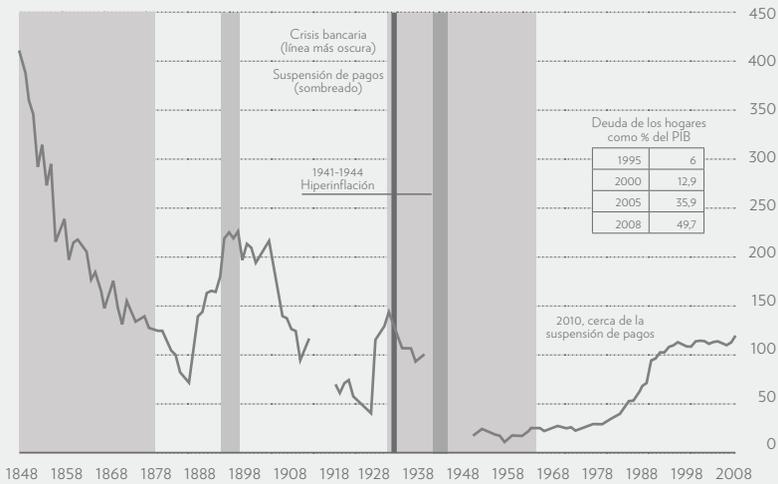
TABLA 1. DEUDA PÚBLICA Y SUSPENSIÓN DE PAGOS Y REESTRUCTURACIÓN SOBERANAS: TODOS LOS PAÍSES, 1824-2009

Variable dependiente	Mundo: proporción de países en suspensión de pagos o reestructuración	
Muestra	1824-2009	
Variables independientes	MCO (errores robustos)	Logit (errores robustos)
Mundo: deuda pública/PIB (τ_1)	0,346	0,008
Valor p	0,000	0,000
Número de observaciones	184	184
R ²	0,224	0,246

Nota: el agregado de la deuda mundial es una media aritmética simple de las ratios de deuda/PIB de cada país. Las series temporales sobre deuda y exportaciones de varios países son mucho más largas que las del PIB y llegan a la primera mitad del siglo XIX. En estos casos (Brasil, Canadá, Egipto, la India, Nicaragua, Tailandia, Turquía y Uruguay), la serie de deuda/PIB se montó (a la escala adecuada) con los datos de deuda/PIB disponibles. La separación entre las economías avanzadas y las emergentes se hace según la clasificación actual del FMI.

Fuentes: Reinhart y Rogoff (2011b), las fuentes allí citadas y cálculos de los autores.

GRÁFICO 4. GRECIA: DEUDA PÚBLICA (INTERNA Y EXTERNA), SUSPENSIÓN DE PAGOS, HIPERINFLACIÓN Y CRISIS BANCARIA, 1848-2008 (DEUDA COMO PORCENTAJE DEL PIB)



Fuentes: Lazaretou (2005), Reinhart (2010) y las fuentes allí citadas.

2. Deudas escondidas: deuda privada que se convierte en pública

El drama en que se han hundido, especialmente, Islandia e Irlanda sólo es nuevo en los niveles de la magnitud de las deudas, pero no en las causas ni en las pautas de la crisis.¹¹ Cuando Díaz-Alejandro (1985) escribía sobre las crisis de Chile de la década de 1980, nos pedía que tuviéramos en cuenta un país que había liberalizado su sector financiero nacional y se había integrado plenamente en los mercados mundiales de capital.

«El déficit del sector público documentado era inexistente, minúsculo o moderado; el declive de la importancia de la deuda pública ostensible en el balance nacional fue celebrado por algunos observadores.»

El sector privado era otro tema. Su gasto era persistentemente superior a los ingresos, dando lugar a grandes déficits de cuenta corriente. El déficit de cuenta corriente fue financiado por flujos de capital grandes y persistentes, que es una manera diferente de decir que la generosidad nacional se sostenía con importantes préstamos del resto del mundo. Esta abundancia de capital extranjero les ponía las cosas fáciles a los bancos nacionales para dar préstamos libremente a las empresas y a los hogares. Durante el auge del crédito, los bienes inmuebles y los precios de las acciones se dispararon, y las deudas también. El crecimiento parecía inevitable.

Sin embargo, como explica Díaz-Alejandro, la pena del boom es que: «No se dedicaron muchos esfuerzos a la investigación de las credenciales de los nuevos participantes en el grupo cada vez mayor de los prestadores y los prestatarios [...] no existía prácticamente ninguna inspección o supervisión de las carteras bancarias [...]. Se puede conjeturar, sin embargo, que la mayoría de los depositantes se sentían plenamente asegurados y que los prestadores extranjeros consideraban que los préstamos al sector privado estaban garantizados por el Estado.»

Las dos partes del gráfico 5, que trazan las ratios de deuda pública sobre el PIB de Islandia y de Irlanda (la primera) y la deuda externa bruta total (pública y privada), reproducen fielmente la pauta descrita por Díaz-Alejandro de finanzas fiscales «aparentemente» fiables en el inicio de la crisis financiera.¹² El signo más problemático de futuras dificultades de deuda soberana se muestra en la segunda parte del gráfico 5, que pone de relieve el nivel de la acumulación de deudas privadas mayoritariamente externas, que llevaban garantías implícitas (o explícitas) del gobierno.

Más de tres años después del inicio de la crisis, los sectores bancarios continúan plagados de deudas elevadas (una parte

considerable de las cuales es improductiva) y niveles bajos de capitalización, mientras que el sector del hogar está muy expuesto a un mercado inmobiliario deprimido. En estas condiciones, es probable que continúe la migración de las deudas privadas al sector público y a los balances de los bancos centrales, especialmente en el entorno habitual de rescates masivos e indiscriminados.

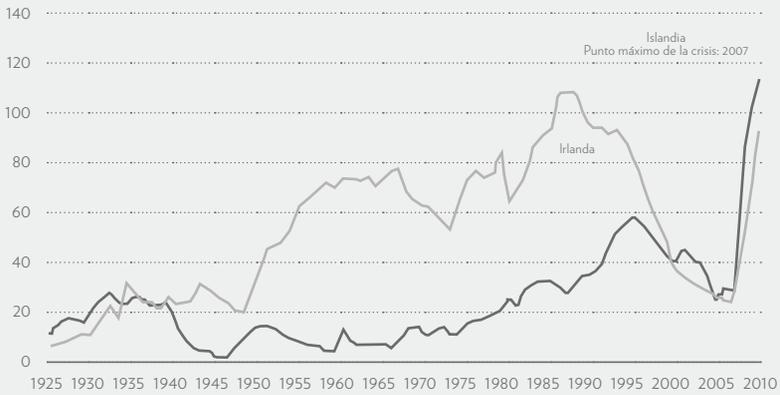
3. Las crisis bancarias como predicción de problemas de la deuda soberana

Normalmente, las crisis bancarias o bien preceden a las crisis de deuda soberana o bien coinciden con éstas. Las razones de esta secuencia temporal podrían ser la historia de contingente pasivo que destaca Díaz-Alejandro (1985) y formaliza Velasco (1986), en la que el gobierno se queda deudas enormes de los bancos privados, y eso pone en peligro su propia solvencia.¹³ Las crisis de divisas, que son una parte integral del fenómeno de la «crisis gemela» documentado por Kaminsky y Reinhart (1999), también serían coherentes con esta pauta temporal. Si, como sugieren los autores, las crisis bancarias preceden a las crisis de divisas, el valor en colapso de la moneda nacional que viene después del comienzo de la crisis bancaria puede poner en peligro la solvencia de los prestatarios, tanto el privado como el soberano, que tienen la desgracia de tener cantidades importantes de deuda de moneda extranjera.

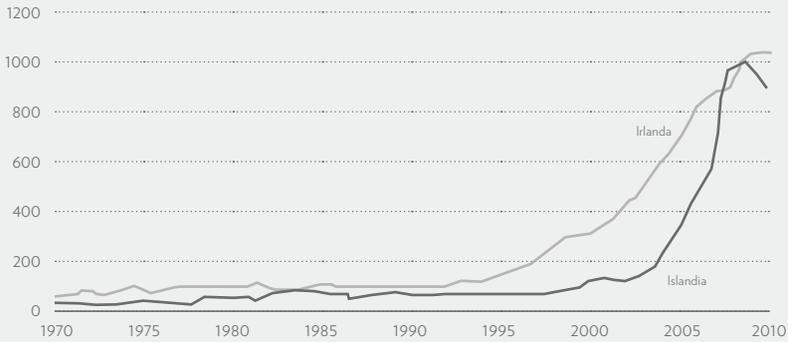
Incluso con la ausencia de grandes rescates (y sin tener en cuenta las nuevas garantías del gobierno posteriores a la crisis), hemos demostrado que la deuda pública se eleva característicamente alrededor del 86% durante los tres años que siguen a una crisis económica sistémica, en gran parte debido a la bajada de los ingresos, preparando el terreno para las rebajas de la calificación y, en el peor de los casos, la suspensión de pagos.

GRÁFICO 5. ISLANDIA E IRLANDA

a. Deuda pública general (interna y externa), 1925-2010 (deuda como porcentaje del PIB)



b. Deuda externa (pública y privada), 1970-2010 (deuda como porcentaje del PIB)



Fuentes: Reinhart (2010).

La existencia de una cadena causal desde la crisis de la deuda soberana hasta la crisis bancaria, quizás oculta en estos gráficos simples, no se puede descartar a la ligera. La represión financiera y los controles internacionales de capital pueden dar

al gobierno la oportunidad de obligar a los bancos que por lo demás estarían en buen estado a comprar deuda pública en cantidades considerables. Una suspensión de pagos del gobierno, en estas circunstancias, afectaría directamente el balance general de los bancos. Las dos crisis pueden ser más o menos simultáneas. Pero, incluso si los bancos no son demasiado vulnerables a los títulos públicos, el «techo soberano», en el que las empresas con préstamos no obtienen valoraciones más altas que sus gobiernos nacionales, puede hacer que el endeudamiento de los bancos en el extranjero sea muy caro o del todo imposible. El resultado sería una parada repentina que podría conllevar insolencias bancarias, inmediatamente o posteriormente.

4. ¿Fundamentos comunes, contagio, o ambas cosas?

En esta sección destacamos la distinción fundamental entre la transmisión internacional que se produce a causa de impactos comunes (por ejemplo, el colapso del boom de la tecnología en 2001 o el colapso de los precios de la vivienda en la crisis de finales de la década de 2000) y la transmisión que se produce principalmente debido a mecanismos que realmente son el resultado de un contagio transfronterizo que emana del epicentro de la crisis. Ofrecemos una base para entender qué factores hacen más probable que una crisis principalmente nacional pueda impulsar un contagio *fast and furious*, o vertiginoso (véase cuadro 2). Usamos estos conceptos para analizar la base de los escenarios de contagio en Europa y en otros lugares. El agrupamiento de las crisis bancarias y de las dificultades de la deuda soberana entre países es especialmente sorprendente en la crisis de finales de la década de 2000, en el que tanto el impacto común como los vínculos entre países son evidentes.

Cuadro 2. Conceptos de contagio

Definimos *contagio* según Kaminsky, Reinhart y Vegh (2003), que hacen una distinción entre dos tipos: el de desbordamiento —de «combustión lenta»—, y el de «combustión rápida», marcado por la transmisión rápida transfronteriza, que los autores denominan *fast and furious* (vertiginoso).

Nos referimos al contagio como un episodio que presenta importantes efectos inmediatos en varios países después de un evento, es decir, cuando las consecuencias son *vertiginosas* y evolucionan en cuestión de horas o días. Esta reacción *fast and furious* marca un contraste con los casos en que la primera reacción internacional ante la noticia se silencia. Estos casos no descartan la aparición de efectos graduales y prolongados que, en conjunto, pueden tener consecuencias económicas importantes. Nos referimos a estos casos graduales como *desbordamientos*. Los impactos externos comunes, como los cambios en los tipos de interés internacionales o en los precios del petróleo, tampoco se incluyen automáticamente bajo nuestra definición de trabajo de contagio. A esta clasificación le añadimos que no todos los impactos comunes tienen que ser externos. Esta advertencia es especialmente importante con respecto al episodio actual. Los países pueden compartir fundamentos macroeconómicos «domésticos» comunes, como el estallido de una burbuja inmobiliaria, la prosperidad de las entradas de capital, el aumento del apalancamiento público y (o) privado, etc.

5. Los tres pilares del contagio *fast and furious*

i) Las crisis sorpresa y las catástrofes previstas. Las crisis *fast and furious* y los casos de contagio tienen asociado un alto grado de sorpresa, mientras que las más tranquilas se prevén de manera más amplia.

ii) El ciclo de flujo de capital y el apalancamiento. Los episodios de contagio *fast and furious* suelen ir precedidos de un aumento repentino en las entradas de capital y de un crecimiento rápido del apalancamiento, que se interrumpen de manera abrupta o se paran de golpe con el principio de una crisis. La afluencia de capital puede provenir de bancos, de otras instituciones financieras o de poseedores de bonos. Los contratos de deuda suelen tener vencimientos a corto plazo (lo que significa que los inversores y las instituciones financieras deberán decidir si refinanciar sus deudas o no). Con el contagio *fast and furious*, los inversores y las instituciones financieras que a menudo están muy apalancados se exponen al país en crisis. Se puede considerar que estos inversores ya tienen un pie fuera, están listos para retirarse con poca antelación.

iii) Los acreedores comunes. La distinción mencionada parece ser crítica cuando «los países potencialmente afectados» tienen un prestamista común. Si al prestador común le coge de sorpresa el impacto en el primer país en crisis, no hay suficiente tiempo antes de la crisis inminente para reequilibrar las carteras y disminuir las operaciones en el país afectado. Por otro lado, si se prevé la crisis, los inversores tienen tiempo de limitar los daños disminuyendo la exposición o asegurando sus posiciones.

Tal y como se describe en Reinhart y Rogoff (2009), la coyuntura de los elementos relacionados con la crisis actual es un ejemplo de los dos canales de contagio: los vínculos cruzados y los impactos comunes. Sin duda, la crisis financiera de 2007 en Estados Unidos se extendió a otros mercados a través de vínculos directos. Por ejemplo, las instituciones financieras alemanas y japonesas (y otras, que llegan hasta Kazajistán) buscaron rentabilidades más atractivas en el mercado de crédito de alto riesgo de Estados Unidos, quizás porque las oportunidades de

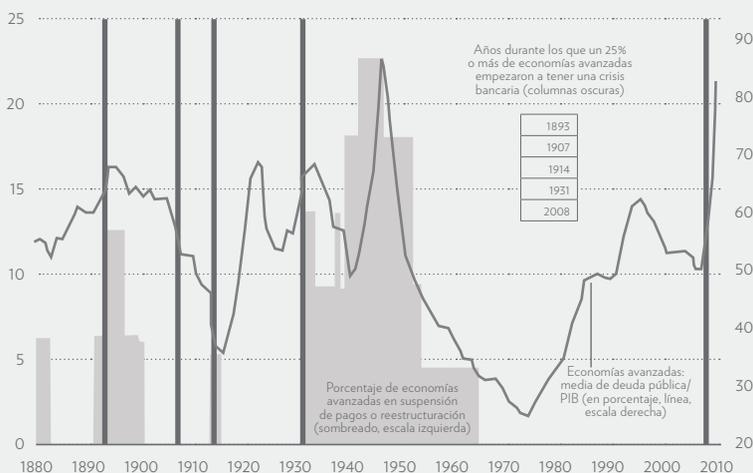
beneficio en el sector inmobiliario nacional eran, como mínimo, limitadas y a menudo lamentables. En efecto, después de la crisis fue evidente que muchas instituciones financieras de fuera de los Estados Unidos tenían una exposición considerable a su mercado de crédito de alto riesgo.¹⁴ Se trata de un canal clásico de transmisión o de contagio, a través del cual una crisis en un país se extiende atravesando fronteras internacionales. En el contexto actual, sin embargo, el contagio o la difusión son tan sólo una parte de la historia.

A pesar de esto, el hecho de que muchos otros países experimentaran dificultades económicas al mismo tiempo que Estados Unidos (y aún lo hacen) también se debe en gran parte a la presencia en muchas economías avanzadas de muchos de los rasgos que caracterizaron el período previo a la crisis de créditos de alto riesgo en Estados Unidos. Destacan dos elementos comunes. Primero, muchos países de Europa y otros lugares tenían sus burbujas inmobiliarias propias.¹⁵ En segundo lugar, Estados Unidos no era el único que gestionaba grandes déficits de cuenta corriente y experimentaba una prosperidad de flujos de capital sostenida. Bulgaria, Islandia, Irlanda, Letonia, Nueva Zelanda, España y el Reino Unido, entre otros, importaban capital extranjero, y esto ayudó a alimentar un boom de crédito y de precios de los activos.¹⁶ Estas tendencias, por ellas mismas, hicieron que estos países fueran vulnerables a las habituales consecuencias desagradables de las crisis de los mercados de activos y los giros de los flujos de capital, independientemente de lo que pudiera estar ocurriendo en Estados Unidos.

¿Se acercan más episodios *fast and furious* o derrames? Aplicando los criterios que normalmente caracterizan el contagio *fast and furious* (véase cuadro 2) en el entorno actual se obtiene un panorama ambivalente, pero que, en general, sugeriría que la amenaza del contagio (y del desbordamiento más gradual) aún es angustiosa. i) Los eventos sorpresa siempre son (por definición) una posibilidad clara. Sin embargo, en el momento

de escribir este estudio la precariedad de los balances generales en gran parte de Europa y Estados Unidos está más presente en la opinión pública que a principios de esta crisis, en verano de 2007. Esto es claramente evidente en la sucesión de rebajas de la calificación de varias entidades soberanas de Europa y de Japón, así como en el aumento general y una mayor heterogeneidad de los diferenciales soberanos. ii) En cuanto al ciclo de las entradas de capital y el apalancamiento, los picos de entradas y aumentos repentinos en los préstamos privados nuevos son cosa del pasado, pero las deudas públicas continúan aumentando (ver gráfico 1), y el desapalancamiento privado, sobre todo en Europa, ha sido (en el mejor de los casos) limitado.¹⁷ Históricamente, el apalancamiento alto de los sectores público y privado ha sido un «amplificador de contagio», como también lo han sido iii) los acreedores comunes. Además de los elevados niveles de apalancamiento en la mayoría de las economías avanzadas, como ya hemos observado, la presencia generalizada de acreedores comunes (más notable en la zona del euro, así como en Reino Uni-

GRÁFICO 6. SUSPENSIÓN DE PAGOS SOBERANA EN DEUDA EXTERNA, DEUDA PÚBLICA TOTAL (INTERNA Y EXTERNA), Y CRISIS BANCARIAS SISTÉMICAS: ECONOMÍAS AVANZADAS, 1880-2010 (DEUDA COMO PORCENTAJE DEL PIB)



do) es un segundo factor convincente que indica que el alcance de un contagio *fast and furious* sigue siendo alto. Este tipo de vulnerabilidad financiera se agrava por la falta de transparencia de la exposición transfronteriza en general, como destaca Milesi-Ferretti et. al. (2010) en su nueva y extensa base de datos.

TABLA 2. DEUDA PÚBLICA Y SUSPENSIÓN DE PAGOS Y REESTRUCTURACIÓN SOBERANAS: ECONOMÍAS AVANZADAS, 1880-2009

Variable dependiente	Economías avanzadas: proporción de países en suspensión de pagos o reestructuración	
Muestra	1880-2009	
Variables independientes	MCO (errores robustos)	Logit (errores robustos)
Economías avanzadas:		
deuda pública/PIB (τ_1)	0,209	0,002
Valor p	0,000	0,000
Número de observaciones	130	130
R ²	0,176	0,167

Variable dependiente	Economías avanzadas: proporción de países en crisis bancarias sistémicas	
Muestra	1880-2009	
Variables independientes	MCO (errores robustos)	Logit (errores robustos)
Economías avanzadas:		
deuda pública/PIB (τ_1)	0,057	0,002
Valor p	0,002	0,006
Número de observaciones	130	130
R ²	0,047	0,050

Nota: el agregado de la deuda de las economías avanzadas y del mundo son medias aritméticas simples (no ponderadas por la proporción del país del PIB mundial) de las ratios de deuda/PIB de cada país. Las series temporales sobre deuda y exportaciones de varios países son mucho más largas que las del PIB nominal y llegan hasta la primera mitad del siglo XIX. En estos casos (Brasil, Canadá, Egipto, la India, Nicaragua, Tailandia, Turquía y Uruguay), la serie de deuda/PIB se montó (a la escala adecuada) con los datos de deuda/PIB disponibles. La separación entre las economías avanzadas y las emergentes se hace según la clasificación actual del FMI, aunque hay unos cuantos países, como Nueva Zelanda, que eran mercados emergentes durante la mayor parte del período anterior a la Primera Guerra Mundial.

Fuentes: Reinhart (2010), Reinhart y Rogoff (2011b), las fuentes citadas allí y cálculos de los autores.

IV. DEUDA Y CRECIMIENTO

La progresión desde el endeudamiento público alto hasta la suspensión de pagos o la reestructuración soberanas suele estar marcada por episodios dramáticos, interrumpidos por períodos de alta volatilidad en los mercados financieros, el aumento de los diferenciales de crédito, y las rebajas de calificación. Sin embargo, los impactos económicos de un endeudamiento público elevado no se limitan a estos episodios de drama extremo, ya que el aumento de las deudas públicas no está universalmente asociado con aumentos de los tipos de interés ni con expectativas de suspensiones de pagos soberanas inminentes (véase Gagnon y Hinterschweiger, 2011, para un examen detallado de este tema). Los problemas graves de exceso de endeudamiento público también pueden ensombrecer el crecimiento económico, incluso cuando no se pone en duda la solvencia de la entidad soberana.

A continuación resumimos las principales conclusiones de Reinhart y Rogoff (2010 y 2010b), damos detalles sobre algunas cuestiones de metodología y comentamos algunos de los estudios más recientes que examinan la relación entre la deuda y el crecimiento.

1. El ejercicio básico y resultados clave

El análisis que hicimos se basaba en unos datos recopilados recientemente sobre cuarenta y cuatro países y que abarcan unos doscientos años. Esto equivale a 3.700 observaciones anuales y cubre una amplia gama de sistemas políticos, instituciones, regímenes de cambio de divisas y circunstancias históricas.

Las conclusiones principales de este estudio son las siguientes:

En primer lugar, la relación entre la deuda pública y el crecimiento real del PIB es débil cuando los ratios de deuda/PIB están por debajo del 90% del PIB.¹⁸ Por encima del umbral del

90%, las tasas de la mediana de crecimiento caen en un 1% y el crecimiento medio disminuye considerablemente más. El umbral para la deuda pública es similar en las economías avanzadas y emergentes y es aplicable tanto para el período posterior a la Segunda Guerra Mundial como para cualquier período anterior del que tenemos datos (a menudo hasta bien entrada la década de 1800).

En segundo lugar, los mercados emergentes se enfrentan a umbrales más bajos para la deuda externa total (pública y privada) —que normalmente se valora en una moneda extranjera. Cuando la deuda externa total alcanza el 60% del PIB, el crecimiento anual disminuye alrededor de un 2%; para niveles más altos, las tasas de crecimiento se reducen más o menos a la mitad.

En tercer lugar, no existe una relación contemporánea evidente entre la inflación y los niveles de deuda pública de los países desarrollados como grupo (algunos países, como Estados Unidos, han experimentado una inflación más alta cuando la deuda/PIB es alta). La historia es completamente diferente para los mercados emergentes, donde la inflación se eleva bruscamente a medida que aumenta la deuda.

El gráfico 7 se puede utilizar para resumir las principales conclusiones. El conjunto superior izquierdo es aplicable a los veinte países avanzados de la muestra de cuarenta y cuatro países (donde se concentra gran parte de la deuda pública).¹⁹ Los otros dos conjuntos del gráfico presentan resultados comparables para la deuda pública de los mercados emergentes (parte superior derecha) y la deuda externa bruta (parte inferior izquierda).

En el gráfico, las observaciones anuales se agrupan en cuatro categorías, de acuerdo con la ratio de deuda sobre el PIB durante el año pertinente: años en que los niveles de la deuda/PIB estaban por debajo del 30%, del 30% al 60%, del 60% al 90%, y por encima del 90%.²⁰ Las columnas muestran la mediana y

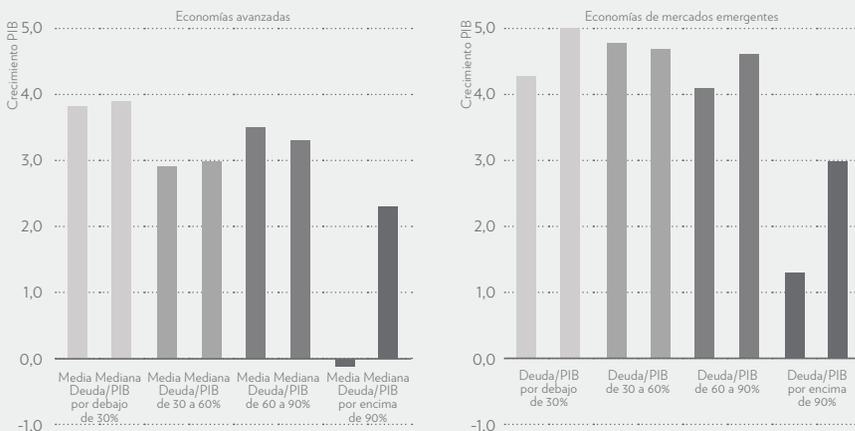
la media del crecimiento del PIB para cada una de las cuatro categorías de la deuda. Cabe destacar que de las 1.186 observaciones anuales, hay un número significativo de cada categoría: en 96 casos superan el 90%. (Las observaciones recientes en esta franja superior proceden de Bélgica, Grecia, Italia y Japón.) Partiendo del gráfico, es evidente que no hay una relación obvia entre la deuda y el crecimiento hasta que la deuda pública supera el umbral del 90%. Las observaciones con la deuda/PIB de más del 90% tienen una mediana de crecimiento que es aproximadamente un 1% más baja que los grupos de menor carga de deuda, y niveles de crecimiento medio de casi un 4% menos. (El uso de la deuda atrasada no hace cambiar de manera drástica la conclusión.) La línea del gráfico 1 traza la mediana de inflación de los diferentes grupos de deuda, lo que deja claro que no hay una pauta aparente de aumento simultáneo de la inflación y la deuda.

2. Episodios de deuda alta en la muestra

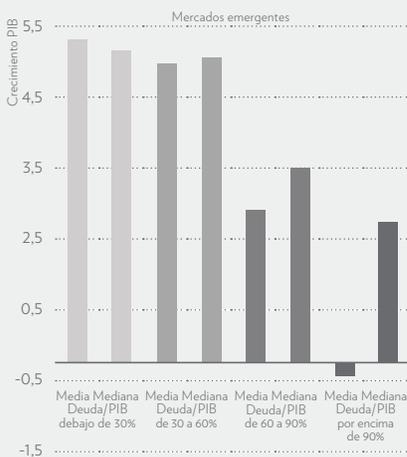
Los episodios que nos interesan son los que tienen niveles de deuda históricamente altos. Aunque sea práctico centrarse exclusivamente en un país determinado o en un solo episodio de un solo país (por ejemplo, en Estados Unidos, hacia la Segunda Guerra Mundial, cuando hay datos fácilmente disponibles, o en un caso interesante en curso, como Japón), la base para la regularidad empírica son las observaciones múltiples. Como nuestros datos abarcan cuarenta y cuatro países, y para muchos llegan a la década de 1800 (o al menos al principio del siglo XIX), el análisis se basa en todos los episodios de deuda alta (por encima del 90%) para el período posterior a la Segunda Guerra Mundial; para la muestra de antes de la guerra, incluye todos los que están cubiertos en los datos disponibles. La tabla 3 se reproduce de Reinhart y Rogoff (2010a) y describe la cobertura y las estadísticas básicas de los diversos niveles de deuda de las economías avanzadas.²¹

GRÁFICO 7. DEUDA Y CRECIMIENTO REAL POR CÁPITA DEL PIB: ECONOMÍAS AVANZADAS Y EMERGENTES SELECCIONADAS, 1946-2009

Deuda pública bruta



Deuda externa bruta (pública y privada)



Fuentes: Reinhart y Rogoff (2010a) y las fuentes citadas allí.

Es del dominio público que Estados Unidos salió de la Segunda Guerra Mundial con un nivel de endeudamiento muy alto. Pero este también era el caso de Australia, Canadá y, sobre todo, del Reino Unido, donde la deuda pública/PIB alcanzó un

máximo de cerca del 240% en 1948. En la muestra de nuestros datos, estos casos de las secuelas de la Segunda Guerra Mundial se unen a una serie de episodios de deuda alta en tiempos de paz: las décadas de 1920 y 1980 hasta el presente en Bélgica; la década de 1920 en Francia; Grecia en las décadas de 1920, 1930 y 1990 hasta la actualidad; Irlanda en la década de 1980; Italia en la década de 1990; España a principios del siglo pasado; el Reino Unido en el período de entreguerras y antes de la década de 1860, y por supuesto, Japón en la última década. Como veremos, los episodios en que la deuda es superior al 90% son escasos y, como se muestra en la tabla 3, hay varios países que nunca han tenido registros de deuda por encima del 90%.

3. Umbrales y no-linealidad de la deuda: el punto de referencia del 90%

Los umbrales y las no-linealidades desempeñan un papel decisivo en la comprensión de la relación entre la deuda y el crecimiento que no debe ser ignorado en reinterpretaciones ocasionales.

i) **Los umbrales.** Cualquiera que haya trabajado con datos sabe perfectamente que acotar un concepto vago, como alto nivel de deuda o tipo de cambio sobrevalorados, en una definición que sea viable para interpretar los hechos existentes y hacer un discurso informado requiere hacer juicios arbitrarios sobre el punto donde se trazan los límites. En el caso de la deuda, trabajamos con cuatro grupos: 0-30, 30-60, 60-90 y más del 90 como porcentajes. El último resultó ser el grupo decisivo para detectar una diferencia en el comportamiento del crecimiento, por eso aquí hablamos concretamente de éste.

El gráfico 8 muestra un histograma de la deuda pública sobre el PIB, así como estadísticas descriptivas recopiladas (en un recuadro) de las economías avanzadas (como complemento de las específicas de cada país de la tabla 3) sobre el período

TABLA 3. CRECIMIENTO REAL DEL PIB A MEDIDA QUE CAMBIA EL NIVEL DE DEUDA PÚBLICA

Economías avanzadas seleccionadas, 1790-2009 (Cambio porcentual anual)

País	Período	Deuda pública (Federal)/PIB			
		por debajo de 30%	de 30 a 60%	de 60 a 90%	90% o superior
Australia	1902-2009	3,1	4,1	2,3	4,6
Austria	1880-2009	4,3	3,0	2,3	n.d.
Bélgica	1835-2009	3,0	2,6	2,1	3,3
Canadá	1925-2009	2,0	4,5	3,0	2,2
Dinamarca	1880-2009	3,1	1,7	2,4	n.d.
Finlandia	1913-2009	3,2	3,0	4,3	1,9
Francia	1880-2009	4,9	2,7	2,8	2,3
Alemania	1880-2009	3,6	0,9	n.d.	n.d.
Grecia	1884-2009	4,0	0,3	4,8	2,5
Irlanda	1949-2009	4,4	4,5	4,0	2,4
Italia	1880-2009	5,4	4,9	1,9	0,7
Japón	1885-2009	4,9	3,7	3,9	0,7
Países Bajos	1880-2009	4,0	2,8	2,4	2,0
Nueva Zelanda	1932-2009	2,5	2,9	3,9	3,6
Noruega	1880-2009	2,9	4,4	n.d.	n.d.
Portugal	1851-2009	4,8	2,5	1,4	n.d.
España	1850-2009	1,6	3,3	1,3	2,2
Suecia	1880-2009	2,9	2,9	2,7	n.d.
Reino Unido	1830-2009	2,5	2,2	2,1	1,8
Estados Unidos	1790-2009	4,0	3,4	3,3	-1,8
Media		3,7	3,0	3,4	1,7
Mediana		3,9	3,1	2,8	1,9
Núm. de observaciones = 2.317		866	654	445	352

Nota: n.d. quiere decir que no hay observaciones registradas del grupo de deuda pertinente. Faltan observaciones, sobre todo durante los años de la Primera y la Segunda Guerra Mundial; se dan más detalles en los apéndices de datos en Reinhart y Rogoff (2009) y se pueden obtener directamente de los autores. Los valores mínimos y máximos de cada grupo de deuda se marcan en *negrita cursiva*.

Fuentes: de entre las numerosas fuentes, las más importantes son: Fondo Monetario Internacional, Perspectivas de la economía mundial; OCDE; Banco Mundial, Global Development Finance. Hay una lista más extensa en Reinhart y Rogoff (2009).

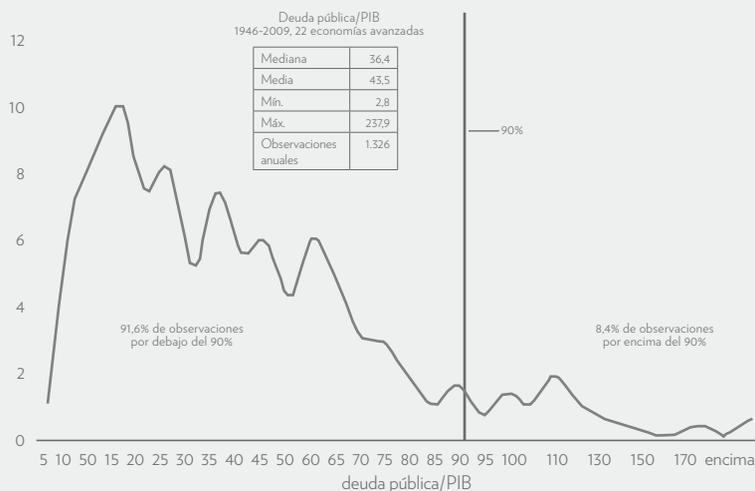
posterior a la Segunda Guerra Mundial.²² La mediana de deuda pública/PIB es de 36,4%; cerca del 92% de las observaciones están *por debajo* del umbral del 90%. De hecho, cerca del 76% de las observaciones estaban por debajo de los criterios de Maastricht del 60%. Dicho de otro modo, nuestra región de «alta vulnerabilidad» de crecimiento más bajo (el área por debajo de la curva, a la derecha de la línea del 90%) se compone de sólo el 8%, aproximadamente, de la población de la muestra. Las consideraciones habituales sobre errores de tipo I y de tipo II son aplicables aquí.²³ Si aumentamos el límite del grupo superior muy por encima del 90%, relegamos el análisis de la deuda alta a los estudios de casos prácticos (el Reino Unido entre 1946 y 1950 y Japón en los últimos años). Sólo un 2%, aproximadamente, de las observaciones tienen niveles de deuda/PIB iguales o superiores al 120% —y esto incluye los casos que ya hemos mencionado.

Si los niveles de deuda superiores al 90% son realmente tan benignos como algunos sugieren, se podría esperar verlos en una mayor incidencia en el curso de la historia. Naturalmente, nuestra lectura de los datos, como destaca el tema central de nuestro libro de 2009, no sugiere precisamente que los políticos sean universalmente demasiado cautelosos en acumular altos niveles de deuda. Más bien al contrario: corren riesgos innecesarios con las acumulaciones de deuda demasiado a menudo, quizás porque confían implícitamente que a menudo estos riesgos tardan mucho tiempo en materializarse. Si los niveles de deuda sobre el PIB superiores al 90% son tan benignos, entonces generaciones enteras de políticos habrán pasado por alto un montón de dinero caído del cielo.

No pretendemos afirmar que el crecimiento será normal al 89% e insuficiente (un 1% más bajo, aproximadamente) al 91% de la deuda/PIB, igual que no afirmaríamos que un accidente de coche es poco probable a 87 km/h y casi seguro a 90 km/h. Sin embargo, definir la noción teórica de «regiones de vulnerabili-

GRÁFICO 8. EL UMBRAL DEL 90% DE DEUDA/PIB: 1946-2009, ECONOMÍAS AVANZADAS

Función de densidad de probabilidad



Nota: la muestra de economías avanzadas es la agrupación completa del FMI (se añadieron Suiza e Islandia). Incluye Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Grecia, Islandia, Irlanda, Italia, Japón, Países Bajos, Nueva Zelanda, Noruega, Portugal, España, Suecia, Suiza, Reino Unido y Estados Unidos.

Fuentes: Reinhart y Rogoff (2009 y 2010b).

dad» a los malos resultados implica por necesidad la definición de umbrales, así como las señales de tráfico en Estados Unidos especifican 88 km/h.²⁴

ii) La relación no lineal. Resumimos los resultados de nuestro estudio diciendo: **«La relación entre la deuda pública y el crecimiento del PIB real es débil en las ratios de deuda/PIB por debajo de un umbral del 90% del PIB. Por encima de 90%, las tasas medianas de crecimiento caen un 1%, y el crecimiento medio disminuye considerablemente más».** (Reinhart y Rogoff, 2010a.)

Volver al gráfico 7 es útil para ilustrar la importancia de las no-linealidades en la relación deuda-crecimiento. Explicado de

manera sencilla, para el 92% de las observaciones de la muestra no hay una relación sistemática entre la deuda y el crecimiento²⁵. Por lo tanto, si hiciéramos un simple diagrama de dispersión de todas las observaciones sobre la deuda/PIB y sobre el crecimiento, podríamos esperar que saliera un «desorden confuso». Podemos singularizar este argumento generalizado con el caso de Estados Unidos. Como se indicaba en la versión de trabajo de Reinhart y Rogoff (2010a), para el período de 1790-2009 hay un total de 216 observaciones, de las cuales 211 (o el 98%) están por debajo del umbral del 90% de deuda sobre el PIB.²⁶ **Debería ser bastante obvio que un gráfico de dispersión de los datos de Estados Unidos no podría revelar una pauta sistemática** (como se demuestra en Iron y Bivens, 2010). De hecho, este ejemplo ilustra uno de los resultados principales: no hay relación sistemática entre la deuda y el crecimiento por debajo del umbral del 90% del PIB.

4. Causalidad de la deuda y el crecimiento

Como ya hemos dicho antes, analizamos las tasas medias y medianas de crecimiento y de inflación simultáneamente con la deuda. Las pruebas temporales de causalidad no son parte del análisis. La aplicación de muchos de los métodos estándar para establecer precedencia temporal se complica por la relación no lineal entre el crecimiento y la deuda (que se explica a continuación) que hemos mencionado.

Pero ¿dónde clasificamos las pruebas de la causalidad? Para los niveles de deuda de bajo a moderado puede ser que haya causalidad, o no; es un problema empírico que merece ser estudiado. Para los niveles altos de deuda, las pruebas apuntan a una causalidad bidireccional.

De crecimiento a deuda: como ya hemos dicho en la sección II, el análisis de las consecuencias de la crisis financiera

en RR (2008) presenta pruebas convincentes, tanto para mercados avanzados como para los emergentes, durante el período de 1800-2008 sobre los impactos fiscales (ingresos, déficits, deudas y clasificaciones del crédito soberano) de las recesiones asociadas con crisis bancarias (gráfico 2).

Es difícil dudar de que las caídas económicas graves, independientemente de que tengan su origen en una crisis económica o no, en la mayoría de los casos llevarán a niveles más altos de deuda/PIB, ya sea simultáneamente o con retraso. Sin duda, hay mucha bibliografía sobre déficits fiscales cíclicamente ajustados que dice precisamente esto.

De deuda a crecimiento: una pauta causal unilateral del crecimiento hacia la deuda, sin embargo, no concuerda con las pruebas. Los aumentos de deuda pública se asocian a una incidencia más alta de crisis de deuda (gráfico 2).²⁷ Esta pauta temporal se analiza en Reinhart y Rogoff (2008) y en los análisis por países allí citados.²⁸ En el contexto actual, incluso una lectura superficial de los disturbios recientes en Grecia y otros países europeos se puede remontar de manera importante a los efectos adversos de los niveles altos de deuda pública (o deuda potencialmente garantizada) en el riesgo país y en los resultados económicos. A un nivel muy básico, una carga elevada de deuda pública implica impuestos más altos (la inflación también es un impuesto) o menor gasto público en el futuro, si el Gobierno espera pagar sus deudas.

No hay mucha evidencia para sugerir que la deuda elevada tiene poco impacto en el crecimiento. Kumar y Woo (2010), en sus conclusiones transnacionales, destacan que los niveles de deuda tienen consecuencias negativas para el crecimiento posterior, incluso después de utilizar controles para otros determinantes estándar en ecuaciones de crecimiento. Para los mercados emergentes, la bibliografía más antigua sobre el exceso de deuda de la década de 1980 aborda este tema con frecuencia.

V. LAS CONSECUENCIAS DE LA DEUDA ALTA: LOS AÑOS TREINTA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Hasta hace muy poco, los mercados financieros y los diseñadores de políticas habían olvidado que la suspensión de pagos y la reestructuración no eran ajenas a las economías avanzadas. Por ejemplo, Reinhart, Rogoff y Savastano (2003) y Reinhart y Rogoff (2009) documentan que varios países que ahora son ricos tienen una larga historia de suspensiones de pagos en serie. Esta sección no pretende repasar esta rica historia de la crisis de la deuda soberana; se centra la atención en los últimos dos aumentos «globales» de la deuda. Estos dos episodios de deuda alta tienen algunas características en común con el aumento de la deuda actual, ya que afectan a numerosas economías avanzadas (que representan una parte importante del PIB mundial).

La primera parte de la sección presenta un breve resumen de la última oleada de suspensiones de pagos soberanas, reestructuraciones y conversiones forzosas, que responden al exceso de deuda en que se sumieron las economías avanzadas durante la década de 1930; la segunda parte de la sección describe la reestructuración de deuda más sutil que se facilitó con la represión financiera generalizada durante las décadas de 1940 hasta la de 1970.

1. Suspensión de pagos, reestructuraciones y conversiones forzosas en la década de 1930

En la tabla 4 se enumeran los «eventos de crédito nacionales» conocidos de la depresión. La suspensión de pagos o la reestructuración de la deuda externa (ver las extensas notas de la tabla) a menudo también acompañaban a la reestructuración o suspensión de pagos de la deuda interna. Todos los gobiernos aliados, con la excepción de Finlandia, hicieron suspensión de pagos de sus deudas con Estados Unidos de la Primera Guerra

Mundial (y la mantuvieron durante el 1939 y nunca llegaron a pagar), ya que las condiciones económicas se deterioraron en todo el mundo durante la década de 1930.²⁹

Así, las deudas elevadas de la Primera Guerra Mundial y las posteriores, asociadas con la Depresión de los años treinta, se resolvieron *principalmente* a través de la suspensión de pagos y de la reestructuración. Ni el crecimiento económico ni la inflación no contribuyeron mucho. En efecto, para todas las 21 economías que ahora son avanzadas, la tasa mediana de inflación anual del período 1930-1939 apenas estaba por encima de cero (0,4%).³⁰ Las tasas de interés reales se mantuvieron altas durante considerables períodos de la década.

2. Represión financiera en las décadas de 1940-1970: la reestructuración «silenciosa»

Aparte de los mercados emergentes, muchos de los cuales han continuado haciendo suspensiones de pagos o reestructuraciones de la deuda abiertamente y de manera periódica (por lo general en momentos de tensión económica grave) hasta ahora, las únicas suspensiones de pagos (o reestructuraciones) *explícitas* en las economías avanzadas desde la Segunda Guerra Mundial estaban limitadas o bien a las de los países que perdieron la guerra (Austria, Alemania, Italia y Japón) o bien a las de los que nunca lograron restablecer su crédito desde que entraron en suspensión de pagos en los años treinta (Grecia, por ejemplo, estuvo en suspensión de pagos desde 1932 hasta 1964). La «represión financiera» fue la sustitución entonces «políticamente correcta» del período posterior a la Segunda Guerra Mundial para las reestructuraciones de la deuda y suspensiones de pagos más abiertas de los años treinta.

En general, los objetivos de la reestructuración de la deuda son: i) la reducción del valor del stock de las deudas existentes (recorte); ii) la reducción de los costes de servicio de la deuda

TABLA 4. EPISODIOS SELECCIONADOS DE SUSPENSIÓN DE PAGOS O REESTRUCTURACIÓN DE LA DEUDA INTERNA, DÉCADAS 1920-1940

País	Fechas	Comentario
Para más posibles suspensiones de pagos domésticas en varios países europeos durante la década de 1930, véanse las notas abajo.		
Australia	1931-1932	El Acuerdo ley de conversión de la deuda de 1931/1932, que parece que hizo algo similar a la posterior conversión inducida de Nueva Zelanda. Véase la entrada de Nueva Zelanda.*
Bolivia	1927	Los atrasos de intereses duraron al menos hasta 1940.
Canadá (Alberta)	Abril 1935	La única provincia que hizo suspensión de pagos, que duró unos diez años.
China	1932	La primera de varias «consolidaciones»; el coste mensual del servicio doméstico se redujo a la mitad. Los tipos de interés se redujeron desde más del 9% al 6%; los períodos de amortización eran aproximadamente el doble de largos.
Grecia	1932	Los intereses de la deuda interna se redujeron en un 75% desde 1932; la deuda interna era de 1/4 de la deuda pública total.
México	Década 1930	El servicio de la deuda externa se suspendió en 1928. Durante los años treinta, los pagos de intereses incluían «los retrasos del gasto y las pensiones civiles y militares».
Nueva Zelanda	1933	En marzo de 1933, se aprobó la Ley de conversión de la deuda de Nueva Zelanda, que estipulaba la conversión voluntaria de 113 millones de libras de deuda interna a una base del 4% para la deuda ordinaria y del 3% para la deuda libre de impuestos. Los titulares tenían la posibilidad de excluirse, pero los intereses de la parte excluida se sometían a un impuesto sobre el interés del 33,3%.*
Perú	1931	Después de suspender el servicio de la deuda externa el 29 de mayo, Perú hizo «pagos parciales de intereses» de la deuda interna.
Rumanía	Febrero 1933	Suspensión de la amortización de la deuda interna y externa (excepto tres préstamos).
España	Octubre 1936– abril 1939	Se suspendieron los pagos de intereses sobre la deuda externa; retrasos en el servicio de la deuda interna.
Estados Unidos	1933	Derogación de la cláusula del oro. En efecto, EE.UU. se negó a pagarle a Panamá la anualidad de oro que le debía de acuerdo con un tratado de 1903. El conflicto se resolvió en 1936 cuando EE.UU. pagó el importe acordado en balboas de oro.
Reino Unido	1932	La mayoría de la deuda pendiente de la Primera Guerra Mundial se consolidó en una anualidad perpetua del 3,5%. Esta conversión de la deuda interna aparentemente fue voluntaria. Sin embargo, algunas de las deudas en Estados Unidos de la Primera Guerra Mundial fueron emitidas bajo la ley interna del Reino Unido (y, por tanto, clasificadas como deuda interna) y se vieron afectados por la suspensión de pagos tras el fin de la moratoria Hoover de 1931.
Uruguay	1 de noviembre, 1932–febrero 1937	Después de suspender la amortización de la deuda externa el 20 de enero, también se suspendió la de la deuda interna.
Austria	Diciembre 1945	Restauración de chelines (límite de 150 por persona). El resto se puso en cuentas bloqueadas. En diciembre de 1947 se invalidaron grandes cantidades de chelines previamente bloqueados, que perdieron completamente el valor. Bloqueo temporal del 50% de los depósitos.
Alemania	20 de junio 1948	Reforma monetaria que imponía un límite de 40 marcos alemanes por persona. Cancelación parcial y bloqueo de todas las cuentas.
Japón	2 de marzo 1946–1952	Después de la inflación, el intercambio de todos los billetes por los de nueva emisión (1 a 1) limitada a 100 yenes por persona. Los saldos restantes se depositaron en cuentas bloqueadas.
Rusia	1947	La reforma monetaria sometió la moneda en manos privadas a una reducción del 90%.
	10 de abril 1957	Repudiación de la deuda interna (que era de cerca de 253.000 millones de rublos).

* Véase Schedvin (1970) y Prichard (1970), para información sobre las conversiones de Australia y Nueva Zelanda, respectivamente, durante la Depresión. Michael Reddell nos avisó amablemente sobre estos episodios y referencias.

Nota: Hemos hecho más progresos significativos en la clasificación de las suspensiones de pagos de las deudas con Estados Unidos de la Primera Guerra Mundial, sobre todo de los países europeos. En todos los casos, estos episodios se clasifican como una suspensión de pagos sobre las deudas externas. Sin embargo, en algunos casos —como el Reino Unido— algunas de las deudas con Estados Unidos de la Primera Guerra Mundial también se emitieron bajo jurisdicción interna y, por tanto, también se podrían considerar suspensiones de pagos internas. Las suspensiones de pagos externas del 15 de junio de 1934 incluyeron: Austria, Bélgica, Checoslovaquia, Estonia, Francia, Grecia, Hungría, Italia, Letonia, Polonia y Reino Unido. Sólo Finlandia pagaba. Véase *The New York Times*, 15 de junio de 1934.

(reduciendo o limitando los tipos de interés); iii) reducir al mínimo el riesgo de refinanciación alargando los vencimientos y/o cambiando a la deuda no negociable. La represión financiera consigue los tres objetivos de la reestructuración de la deuda —aunque el primero (la reducción del valor) se consigue más gradualmente que con las reestructuraciones abiertas. Por tanto, como se argumenta en Reinhart y Rogoff (2009), la represión financiera —un distintivo del período entre 1946 y la década de 1970— no es otra cosa que una forma más sutil de reestructuración de la deuda.

La legislación o la «persuasión moral» que limita el alcance y la cantidad de los activos nacionales de deuda no gubernamental que pueden tener las instituciones financieras; las limitaciones adicionales (o directamente la prohibición) de las participaciones de activos extranjeros, y la exigencia a las instituciones financieras de tener más deuda pública eran parte del «paisaje financieramente reprimido». Toda una serie de límites a los tipos de interés (por ejemplo en depósitos) hizo más aceptable tener bonos del Estado de bajo rendimiento, tanto para los particulares como para las instituciones. Históricamente, los fondos de pensiones han proporcionado la «audiencia cautiva por excelencia» para colocar grandes cantidades de deuda pública con tasas de rentabilidad cuestionables (a menudo *ex post negativo* en términos reales). Vale la pena señalar que el auténtico tipo de interés *ex post* de la deuda pública (debidamente ponderado por el tipo de instrumento de deuda) fue negativo para la deuda de Estados Unidos durante una cuarta parte de los años entre 1945 y 1980, mientras que la proporción equivalente en el Reino Unido fue de casi el 50%, según lo documentan Reinhart y Sbrancia (2011).

Con los ejemplos de Italia, Reino Unido y Estados Unidos, la tabla 5 muestra el importante papel que tuvo la represión financiera (combinada con una leve inflación) en la década crucial de reducción de la deuda después de la Segunda Guerra Mundial.³¹ Los ahorros van desde una media aproximada del 9% en Italia

(que tenía una inflación más alta) hasta aproximadamente un 5% en Estados Unidos y en el Reino Unido. En efecto, los ahorros derivados de la represión financiera son de un límite inferior para el Reino Unido, ya que utilizamos el índice de precios al consumidor «oficial» para los cálculos en este período y se estima que la inflación fue considerablemente más alta que la cifra oficial (véase, por ejemplo, Friedman y Jacobson Schwartz, 1963). Además, otros factores (como la conversión de 1951 en Estados Unidos, que cambió la deuda negociable por no negociable) no se tienen en cuenta en estos cálculos simples de reducción de la deuda. El hecho es que los tipos de interés reales ex post fueron considerablemente más bajos tanto en las economías avanzadas como en las de mercados emergentes durante la era de represión financiera entre la Segunda Guerra Mundial y los altos tipos de interés reales de la década de 1930, y la liberalización posfinanciera y de cuentas de capital que se extendió a través de los mercados financieros desde mediados de los ochenta.

TABLA 5. LIQUIDACIÓN DE LA DEUDA CON LA REPRESIÓN FINANCIERA: ITALIA, REINO UNIDO Y ESTADOS UNIDOS, 1945-1955

País	Deuda pública/PIB			Media anual: 1946-1955	
	1945	1955 (actual)	1955 sin ahorros de la represión (est.) ³	«ingresos represión financiera»/PIB	inflación
Italia ¹	79,2	38,1	129,3	9,1	10,8
Reino Unido ²	215,6	138,2	182,9	4,5	5,9
Estados Unidos	116,0	66,2	118,6	5,2	4,2

1. Italia estaba en suspensión de pagos de su deuda externa entre 1940 y 1946.

2. Los ahorros derivados de la represión financiera son de un límite inferior, ya que utilizamos el índice de precios al consumidor «oficial» en los cálculos para este período y se estima que la inflación fue considerablemente más alta que la cifra oficial (véase, por ejemplo, Friedman y Jacobson Schwartz, 1963).

3. Los ahorros simples anuales acumulados sin capitalización.

Nota: Los incrementos de la deuda/PIB fueron: Italia 129,0 en 1943; Reino Unido 247,5 en 1946; Estados Unidos 121,3 en 1946. Una interpretación alternativa de los ingresos de la represión financiera es que son sólo el ahorro en el servicio de los intereses de la deuda.

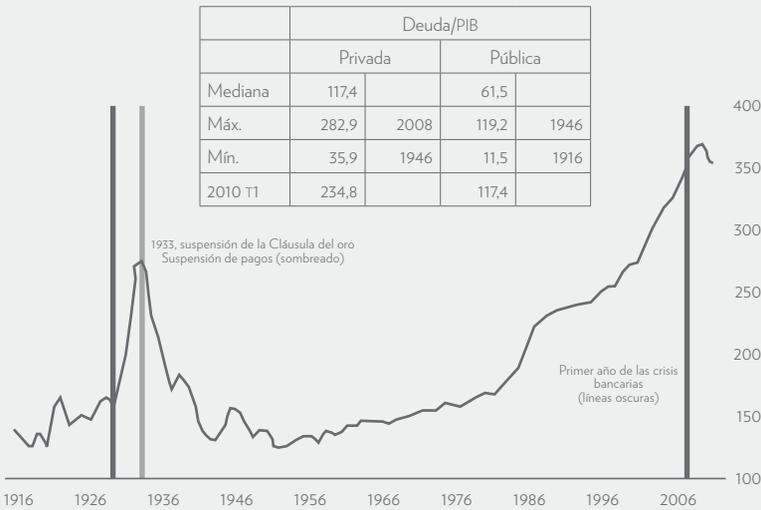
Fuentes: Reinhart y Sbrancia (2011).

VI. CONCLUSIONES

No hace falta mirar más allá de las tasas de paro persistentemente altas en Estados Unidos y en otras economías avanzadas para quedar convencido de la importancia de desarrollar una mejor comprensión de las perspectivas de crecimiento de la próxima década. Hemos presentado pruebas que sugieren que los niveles altos de deuda frenan el crecimiento. Se puede argumentar que Estados Unidos puede tolerar niveles más altos de deuda que otros países sin poner en duda su solvencia. Probablemente sea así.³² En estudios anteriores hemos demostrado que la historia del crédito de un país juega un papel muy importante a la hora de determinar los niveles de deuda que puede aguantar sin terminar en una crisis de deuda soberana. Centrándonos en este artículo, sin embargo, todavía no tenemos indicios equivalentes que sugieran que las consecuencias de los niveles altos de deuda sobre el crecimiento serán diferentes para Estados Unidos que para otras economías avanzadas.

El gráfico 9, que traza la deuda pendiente total (pública y privada) de los mercados de crédito de Estados Unidos entre el 1916 y el primer trimestre de 2010, aclara esta cuestión.³³ A pesar de un desapalancamiento considerable del sector financiero privado, la deuda total se mantiene cerca de su máximo histórico en 2008. La deuda total del sector público durante el primer trimestre de 2010 es de un 117% del PIB; desde 1916 (cuando se inicia esta serie), sólo ha sido más alto durante un período de un año al 119% en 1945. Quizás los niveles desorbitados de deuda de Estados Unidos no se convertirán en una carga para el crecimiento en las próximas décadas. Sin embargo, si podemos fiarnos de la historia, se trata de una propuesta arriesgada, y la excesiva dependencia en la excepcionalidad de Estados Unidos puede llegar a ser sólo un ejemplo más del síndrome de «esta vez es diferente».³⁴

GRÁFICO 9. DEUDA PENDIENTE TOTAL (PÚBLICA Y PRIVADA) DE LOS MERCADOS DE CRÉDITO: ESTADOS UNIDOS, 1916-2010 T1



Nota: empezando en 2010: T1, casi todos los valores de garantía hipotecaria de Fannie Mae y Freddie Mac se consolidan en sus balances generales y, por tanto, se incluyen en la deuda pública.

Fuentes: estadísticas históricas de Estados Unidos, Flujo de Fondos, Junta de gobernadores de la Reserva Federal; Fondo Monetario Internacional, Perspectivas de la economía mundial.

La fuerte escalada de la deuda del sector público será probablemente uno de los legados más duraderos de las crisis financieras de 2007-2009 en Estados Unidos y otros países. Analizamos la experiencia de 44 países con datos sobre la deuda pública, la inflación y el crecimiento que comprenden hasta dos siglos. Nuestra principal conclusión es que, tanto en los países avanzados como en los mercados emergentes, los niveles altos de deuda/PIB (90% o más) se relacionan con resultados de crecimiento considerablemente más bajos. Los niveles mucho más bajos de deuda externa/PIB (60%) se relacionan con resultados adversos del crecimiento de los mercados emergentes. Los países raramente superan las deudas creciendo. La respuesta no lineal del crecimiento a la deuda, mientras la deuda aumenta hacia

los límites históricos, recuerda el fenómeno de la «intolerancia a la deuda» desarrollado en Reinhart, Rogoff y Savastano (2003). Cuando los países alcanzan los techos de intolerancia de la deuda, los tipos de interés del mercado pueden comenzar a aumentar de repente, forzando ajustes molestos.

Para muchos, si no la mayoría, de países avanzados, descartar las preocupaciones por la deuda en este momento equivale a no saber ver el problema más obvio. También lo es fingir que la reestructuración no será necesaria. Quizás no se dirá reestructuración, para no herir la sensibilidad de los gobiernos que quieren simular que encuentran una solución de economía avanzada para una crisis de la deuda soberana del estilo de las de los mercados emergentes. Como en otros episodios de resolución de la crisis de deuda, las recompras de deuda y los intercambios de deuda por financiación son parte del paisaje de la reestructuración. Es probable que la represión financiera no sea un término políticamente correcto, así que la regulación prudencial seguramente proporcionará el marco para un retorno a un sistema más parecido al de la economía mundial antes de las reformas de mercado de la década de 1980.

El proceso en el que las deudas se están «colocando» por debajo de los tipos de interés de mercado en fondos de pensiones y otras instituciones financieras nacionales más cautivas ya ha empezado en varios países de Europa. Los bancos centrales de ambos lados del Atlántico se han convertido en actores aún más importantes en la compra de deuda pública, posiblemente para un tiempo indefinido. En Estados Unidos, el miedo a la apreciación de la moneda continúa impulsando los bancos centrales en muchos mercados emergentes a comprar a gran escala bonos del Estado estadounidenses. Es decir, en los mercados de bonos del Estado hay cada vez más compradores ajenos al mercado, poniendo en duda cuál es el contenido informativo de los precios de los bonos en relación con su perfil de riesgo subyacente, una característica común en los sistemas financieramente reprimidos.

REFERENCIAS

- BORDO, Michael; EICHENGREEN, Barry, «Is Our Current International Economic Environment Unusually Crisis Prone?», preparado para la *Conferencia sobre capital privado* del Reserve Bank of Australia, Sydney, agosto, 1999.
- BORDO, Michael; EICHENGREEN, Barry; KLINGEBIEL, Daniela; MARTÍNEZ-PERÍA, María Soledad, «Is the Crisis Problem Growing More Severe?» *Economic Policy* 16, abril 2001, pp. 51-82.
- BRUNO, Michael; EASTERLY, William, «Inflation Crises and Long-Run Growth», *Journal of Monetary Economics* vol. 41, No. 1, febrero, 1998, pp. 3-26.
- CALVO, Guillermo, «Servicing the Public Debt: The Role of Expectations», *American Economic Review* 78, septiembre, pp. 647-661.
- CAPRIO, Gerard; KLINGEBIEL, Daniela; LAEVEN, Luc; NOGUERA, Guillermo, «Banking Crisis Database», en HONOHAN, Patrick; LAEVEN, Luc (eds.), *Systemic Financial Crises*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- CHECHERITA, Christina; ROTHER, Philipp, «The Impact of High and Growing Debt on Economic Growth and Empirical Investigation for the Euro Area», Working Paper del Banco Central Europeo Serie n.º 1237, agosto, 2010.
- DÍAZ-ALEJANDRO, Carlos, «Goodbye Financial Repression, Hello Financial Crash», *Journal of Development Economics*, 19, 1985.
- EASTERLY, William R., «Fiscal Adjustment and Deficit Financing During the Debt Crisis». A. HUSAIN, I.; DIWAN, I. (eds.), *Dealing with the Debt Crisis*, Washington DC, Banco Mundial, pp. 91-113, 1989.
- EICHENGREEN, Barry, *Golden Fetters The Gold Standard and the Great Depression 1919-1939*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.
- EICHENGREEN, Barry; LINDERT, Peter H. (eds.), *The International Debt Crisis in Historical Perspective*, Cambridge, MIT Press, 1989.
- FLANDREAU, Marc; ZUMER, Frederic, *The Making of Global Finance, 1880-1913*, Paris, OECD, 2004.
- FOSTEL, Ana; GEANOKOPILOS, John, «Leverage Cycles and the Anxious Economy», *American Economic Review*, 98 (4), 2008, pp. 1211-1244.

FRIEDMAN, Milton; JACOBSON SCHWARTZ, Anna, *A Monetary History of the United States 1867–1960*, Princeton, Princeton University Press, 1963.

GAGNON, Joseph; HINTERSCHWEIGER, Marc, «The Global Outlook for Government Debt over the Next 25 Years: Implications for the Economy and Public Policy», *Mimógrafo*, Peterson Institute for International Economics, 2011.

GEANOKOPIOS, John, «The Leverage Cycle», en ACEMOGLU, D.; ROGOFF, K.; WOODFORD, M. (eds.), *NBER Macroeconomic Annual 2009*, vol. 24, pp. 1-65, University of Chicago Press, 2009.

GIOVANNINI, Alberto; DE MELO, Martha, «Government Revenue from Financial Repression», *American Economic Review*, vol. 83 (no. 4), pp. 953–963, 1993.

GOPINATH, Gita; AGUIAR, Mark, «Defaultable Risk, Interest Rates and the Current Account», *Journal of International Economics*, 69 vol 1, junio 2006.

JEANNE, Olivier, «Debt Maturity and the International Financial Architecture», *American Economic Review*, 2010.

KAMINSKY, Graciela L.; REINHART, Carmen M., «The Twin Crises: The Causes of Banking and Balance of Payments Problems», *American Economic Review*, vol. 89 n.º 3, junio 1999, pp. 473–500.

KAMINSKY, Graciela L.; REINHART, Carmen M.; VEGH, Carlos, «The Unholy Trinity of Financial Contagion», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 17 vol. 4, otoño 2003, pp. 51-74.

KINDLEBERGER, Charles P., *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*, Nueva York, Basic Books, 1989.

KUMAR, Mohan; WOO, Jaejoon, «Public Debt and Growth», FMI Working Paper WP/10/174, julio, 2010.

LAZARETOU, Sophia, «Greek Monetary Economics in Retrospect: The Adventures of the Drachma», *Economic Notes by Banca Monte dei Paschi di Siena*, vol. 34, n.º 3, pp. 331-370, 2005.

LINDERT, Peter H.; MORTON, Peter J., «How Sovereign Debt Has Worked», en SACHS, Jeffrey (ed.), *Developing Country Debt and Economic Performance*, vol. 1, University of Chicago Press, pp. 39-106.

MENDOZA, Enrique G.; TERRONES, Marco E., «An Anatomy of Credit Booms: Evidence from macro Aggregates and Micro Data», NBER Working Paper 14049, mayo 2008.

MILESI-FERRETTI, Gian Maria; STROBBE, Francesco; TAMIRISA, Natalia, «Bilateral Financial Linkages and Global Imbalances: a View on The Eve of the Financial Crisis», FMI Working Paper 10/257, 2010.

OBSTFELD, Maurice; ROGOFF, Kenneth, *Foundations of International Economics*, MIT Press, 1995.

REINHART, Carmen M., «This Time is Different Chartbook: Country Histories on Debt, Default, and Financial Crises», NBER Working Paper, febrero 2010.

REINHART, Carmen M.; REINHART, Vincent R., «Is the US Too Big to Fail», VoxEU, 10 mayo de 2010; publicado originalmente el 17 de noviembre de 2008.

REINHART, Carmen M.; REINHART, Vincent R., «Capital Flow Bonanzas: An Encompassing View of the Past and Present», en FRANKEL, Jeffrey; GIAVAZZI, Francesco (eds.), *NBER International Seminar in Macroeconomics 2008*, Chicago, Chicago University Press para NBER, 2009, pp. 1-54.

REINHART, Carmen M.; REINHART, Vincent R., «After the Fall», en el Simposio de políticas económicas del Banco de Reservas Federal de la Ciudad de Kansas, agosto 26-28, 2010, *Macroeconomic Challenges: The Decade Ahead* en Jackson Hole, Wyoming, 2011.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S.; SAVASTANO, Miguel A., «Debt Intolerance», *Brookings Papers on Economic Activity*, vol.1, primavera 2003, pp. 1-74.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., «The Modern History of Exchange Rate Arrangements: A Reinterpretation», *Quarterly Journal of Economics*, vol. CXIX no. 1, febrero 2004, pp. 1-48.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., «This Time is Different: A Panoramic View of Eight Centuries of Financial Crises», NBER Working Paper 13882, marzo 2008.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., *This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly*, Princeton, Princeton University Press, octubre 2009.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., «Growth in a Time of Debt», *American Economic Review*, vol. 100 no. 2, mayo 2010a, pp. 573-578.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., «Debt and Growth Revisited», VoxEU, 11 agosto, 2010b.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., «Domestic Debt: The Forgotten History», *Economic Journal*, mayo 2011a.

REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S., «From Financial Crash to Debt Crisis», *American Economic Review*, 2011b.

REINHART, Carmen M.; SBRANCIA, M. Belen., «The Liquidation of Government Debts», mimeógrafo, Peterson Institute for International Economics, 2011.

RODRIK, Dani; VELASCO, Andres, «Short-Term Capital Flows», en *Conferencia anual del Banco Mundial sobre Economía de desarrollo*, abril 2000.

VELASCO, Andrés, «Financial and Balance-of-Payments Crises», *Journal of Development Economics*, octubre 1987, 27(1/2), pp. 263-283.

WINKLER, Max, *Foreign Bonds: An Autopsy*, Philadelphia, Roland Sway Co., 1933.

WYNNE, William H., *State Insolvency and Foreign Bondholders: Selected Case Histories of Governmental Foreign Bond Defaults and Debt Readjustments*, vol. II, Londres, Oxford University Press, 1951.

* Quiero dar las gracias a Fred Bergsten, Joseph Gagnon, Peter Peterson, Vincent R. Reinhart y los participantes de la reunión del 27 de septiembre en la Peterson Foundation por sus útiles comentarios y sugerencias.

1. Si no se indica lo contrario, la *deuda pública* aquí se refiere a la deuda bruta del gobierno central. Como tal, no incluye otros niveles de endeudamiento del gobierno (por ejemplo, la deuda estatal y local en Estados Unidos), y tampoco engloba la deuda de la empresa pública, o la deuda con garantía pública explícita (ni implícita). Los pasivos contingentes del gobierno asociados con subsidios de la Seguridad Social no están incorporados en los extensos (cien años o más) datos que tenemos de la deuda gubernamental ni en el análisis que hacemos de éstos. La deuda pública interna es deuda gubernamental emitida bajo la jurisdicción legal interna. La deuda pública no incluye obligaciones con garantía pública. La deuda bruta externa total incluye las deudas externas de *todas* las ramas del gobierno, así como la deuda privada emitida por entidades nacionales privadas bajo jurisdicción extranjera.

2. El desapalancamiento privado, tal y como se mide con el *nuevo* endeudamiento (ver Fostel y Geanakoplos, 2008, y Geanakoplos, 2009), en general empieza a frenarse notablemente o a disminuir durante la crisis y, en algunos casos, justo antes del inicio de la crisis.

3. En concreto, el análisis se basa en Reinhart y Rogoff (2008, 2009, 2010a, 2010b y 2011a, 2011b). Aunque gran parte del estudio se dedica a sintetizar estudios anteriores, hay material nuevo importante, como por ejemplo la discusión sobre el hecho de que las deudas de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión se resolvieron en gran parte con suspensiones

- de pagos completas y reestructuración, mientras que las deudas de la Segunda Guerra Mundial a menudo se resolvieron con represión financiera. Aquí argumentamos que la represión financiera probablemente tendrá un papel importante en la estrategia de salida de la acumulación actual. También destacamos los niveles extraordinarios de deuda externa de Irlanda y de Islandia en comparación con todas las normas históricas de nuestra base de datos.
4. Véase Gagnon y Hinterschweiger (2011) para un análisis de la relación entre deuda y tipos de interés.
 5. Véase Kaminsky y Reinhart (1999).
 6. Reinhart y Sbrancia (2001).
 7. Existen obras sobre la represión financiera en economías de mercados emergentes (véase Easterly, 1989, y Giovannini y Di Melo, 1993, por ejemplo). Sin embargo, el sistema de Bretton Woods, adoptado en 1946, estableció un sistema de mercados financieros altamente regulados basado en los tres pilares de: i) crédito dirigido, ii) límites al tipo de interés, y iii) controles de divisas (véase el cuadro 1).
 8. Este análisis se presentó por primera vez en Reinhart y Rogoff (2008).
 9. Me centro en la deuda pública bruta porque las series de tiempo de medidas más generales de la deuda pública de muchos países no están disponibles. Sin duda, el período previo real de la deuda es considerablemente más largo que el que aquí se indica, al menos sobre una base actuarial de valor presente, debido a las amplias garantías gubernamentales que se han dado al sector financiero en los países en crisis y en otros lugares donde, por ejemplo, las garantías de depósitos se elevaron en 2008.
 10. Véase Reinhart y Rogoff (2009 y 2011) para pruebas sobre el comportamiento de la producción antes, durante y después de las crisis de deuda.
 11. Históricamente, las deudas externas brutas diez veces superiores al PIB (como en los casos de Islandia y de Irlanda) no salen en los gráficos, tanto en el caso de economías avanzadas como en el de economías de mercados emergentes. En efecto, Reinhart, Rogoff y Savastano (2003) calculan que más de la mitad de todas las suspensiones de pagos de mercados emergentes o episodios de reestructuración desde la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar con niveles de deuda del 60% o menos (lo que satisfaría los criterios de Maastricht).
 12. Quiero mencionar que Islandia e Irlanda (y también España), que tan a menudo son noticia por sus problemas de deuda actuales, eran casos ejemplares de reducción de la deuda pública con éxito hasta la víspera de la crisis actual.
 13. Véase Arellano y Kocherlakota (2008) para un marco coherente con estas dinámicas.
 14. Con la opacidad de los balances generales en muchas instituciones financieras en estos países, el alcance de esta exposición es, todavía, desconocido.
 15. Véase Reinhart y Rogoff (2009).
 16. Reinhart y Reinhart (2009).
 17. Véase Reinhart y Reinhart (2011).
 18. En este artículo, deuda pública se refiere a la deuda bruta del gobierno central. La *deuda pública interna* es deuda pública emitida bajo la jurisdicción legal interna. La deuda pública no incluye obligaciones con garantía pública. La deuda bruta externa total incluye

las deudas externas de *todas* las ramas del gobierno, así como la deuda privada emitida por entidades nacionales privadas bajo jurisdicción extranjera.

19. Los ejercicios equivalentes a éste para mercados emergentes se presentan en el estudio original.

20. Los cuatro grupos que abarcan los niveles de endeudamiento bajo, medio-bajo, medio-alto y alto se basan en nuestra interpretación de gran parte de los estudios y del debate de políticas sobre lo que se consideran niveles de deuda bajos, elevados, etc. Es paralela a las agrupaciones de países que hace el Banco Mundial según cuatro grupos de ingresos. El análisis de sensibilidad que implica un conjunto diferente de límites de deuda se merece una exploración, así como los umbrales de deuda específicos por países en las líneas generales que se presentan a Reinhart, Rogoff y Savastano (2003).

21. El lector que esté interesado puede dirigirse al estudio original para la tabla equivalente de mercados emergentes.

22. La muestra utilizada incluye 24 países de mercados emergentes.

23. La hipótesis nula es sea lo que sea que se entiende por «normal» en oposición a la alternativa del crecimiento más bajo.

24. Kaminsky y Reinhart (1999) trata estos problemas de metodología.

25. Bruno y Easterly (1998) encuentran no linealidades similares en la relación inflación-crecimiento.

26. El gráfico 3 en la versión de trabajo del NBER no se incluye en la versión publicada del artículo.

27. Para un modelo en el que los déficits del gobierno financiados por el crédito conducen a una crisis de la moneda, véase Krugman (1979).

28. Reinhart y Rogoff (2011b).

29. Finlandia, que entonces estaba bajo una amenaza constante de invasión soviética, mantuvo los pagos de las deudas en los Estados Unidos para conservar una relación tan buena como fuera posible.

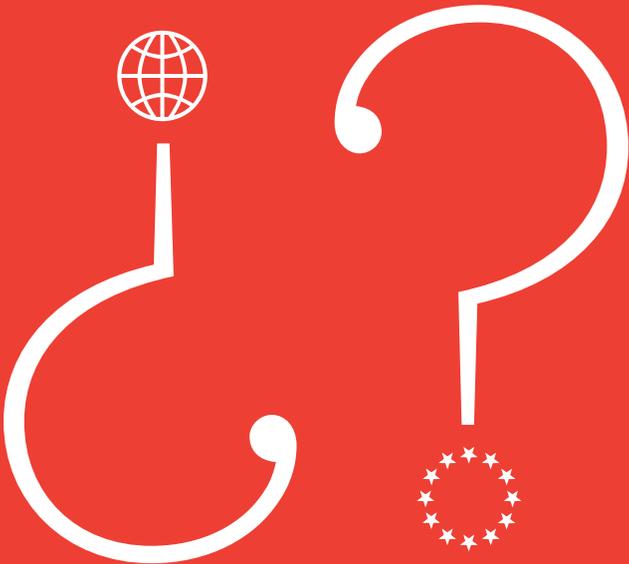
30. Véase Reinhart y Reinhart (2011).

31. Véase Reinhart y Sbrancia (2011) para un análisis completo del papel internacional de la represión financiera en la reducción del exceso de deuda de la Segunda Guerra Mundial.

32. De hecho, éste es el argumento central en Reinhart y Reinhart (2010), que originalmente se publicó el 17 de noviembre de 2008.

33. Flujo de Fondos agregan a los sectores privado y público, cuando el segundo se integra de las empresas federales (red), las estatales y las locales y gubernamentales. Reiteramos que ésta no es la medida de la deuda pública que usamos en el análisis histórico, que es la deuda bruta del gobierno central (que para Estados Unidos actualmente es el 90% del PIB).

34. El síndrome de «esta vez es diferente» está basado en las creencias firmes de que: i) las crisis financieras y sus efectos negativos son algo que ocurre a otras personas en otros países y en otros tiempos (no pasan aquí, no pasan ahora ni nos pasan a nosotros); ii) estamos haciendo las cosas mejor, somos más inteligentes, hemos aprendido de los errores del pasado; iii) a consecuencia de ello, se cree que las viejas reglas de valoración ya no son aplicables.



Mark Leonard Europa como fuer-

za en la escena mundial Ha-

ce unos años escribí un libro en el que decía que Europa lideraría el siglo XXI. Cuando se publicó, algunos temían que Europa quedaría apartada al margen y sería irrelevante. Pero ha pasado lo contrario: Europa no había sido tan prominente en la imaginación global desde abril de 2004. Recuerdo que en esa época viajaba por el mundo y me sorprendía que la gente, desde Pekín a Bosnia o El Cairo, nos viese como una potencia en auge que elaboraba una constitución y

unos planes para una política exterior común, encabezada por un nuevo ministro de Exteriores. Wen Jiabao llegó a declarar el 2003 «el año de Europa», y se hacían grandes esfuerzos para contrastar la focalización en Bruselas con la política de Washington de dividir y gobernar los estados miembros.

Hoy todo el mundo vuelve a estar muy interesado en la Unión Europea, pero esta vez la preocupación es por la implosión de Europa y no por su crecimiento. Se nos percibe como un problema en vez de una solución a los problemas; un objeto en vez de un sujeto. Pero esta nueva atención no es un hecho completamente negativo, porque el mayor problema de la UE es que a menudo se la da por sentado.

Personalmente, me parece que la UE es el experimento más apasionante de la historia; no sólo porque ha puesto fin a las guerras entre países europeos, ha apoyado la transición de sus vecinos o ha protegido valores importantes. Lo más apasionante, para mí, es que se trata de la innovación más importante en el ejercicio del poder político desde la creación del Estado nación hace quinientos años. La UE ha mostrado que los ciudadanos pueden vivir bien en Estados pequeños que tienen proximidad con los ciudadanos y, a la vez, disfrutar de la protección y de la economía de escala que se consiguen al tener un mercado de quinientos millones de consumidores y políticas para enfrentarse a problemas de ámbito continental, desde el crimen organizado hasta el cambio climático.

Todavía más importante es que la UE ha demostrado que existe una forma distinta de pensar acerca de la seguridad. En vez de confiar en el equilibrio de poder y la no interferencia en los asuntos de los demás, el modelo de seguridad de la UE se basa en una profunda interdependencia económica, política y, sobre todo, legal. Los tribunales de justicia han sustituido a los ejércitos como herramienta para solucionar conflictos.

Y este modelo europeo ha sido pionero en la escena mundial y se ha difundido de cuatro formas fundamentales: con la ampliación, a través del impacto que tiene sobre sus vecinos, a través de la creación de instituciones globales que defienden una forma de trabajar europea, y, por último, inspirando a otras regiones del mundo para que se integren.

En esa época pensaba que el resultado final de estas tendencias sería que el mundo no sería ni un espacio unipolar dominado por Estados Unidos ni un gobierno global liderado por las Naciones Unidas, sino que veríamos un mundo de regiones gobernado según los principios que les resultan cómodos a los europeos.

Entonces argumenté —y todavía lo creo— que la forma europea de ejercer y organizar el poder es excepcionalmente adecuada para un mundo interdependiente con problemas de acción colectiva.

Para mí, si la UE es importante es precisamente porque estamos entrando en un mundo en el que Europa no se cree que será el centro del universo.

LA CRISIS ACTUAL DE EUROPA

A menudo es más fácil entender la crisis de un continente con la ventaja de la distancia. En algunos aspectos, los chinos entienden mejor las causas y consecuencias de la crisis de la UE que nosotros mismos.

Los chinos con los que hablo se han dado cuenta de que la crisis de Europa es sobre todo política, más que económica; una crisis de la democracia. Si el defecto en la construcción económica del euro es la creación de una moneda única sin una hacienda única, el defecto en su construcción política es la creación de un sistema común para crear políticas sin tener una política común. En este espacio hemos visto un conflicto creciente en-

tre instituciones políticas tecnócratas que han querido construir Europa y oposiciones populistas que han intentado debilitarla.

Ahora somos testigos de la caída del orden político europeo y de la erosión del consenso permisivo para la integración. En Holanda, en Finlandia, en Grecia, en Irlanda o en Italia, los partidos predominantes son apartados al margen y los partidos alternativos dominan la agenda. ¿Es el momento de un *Tea Party* europeo? El momento en que las orgullosas jerarquías de los partidos se encuentran a la deriva y sin el poder para guiar a sus formaciones, en otros tiempos orgullosas. O a lo mejor hay algo más profundo. He estado investigando este tema y me parece que la crisis económica de 2008 pasará a la historia como uno de los momentos más importantes de alineación política, más aún que 1917, 1945 o 1989 cuando todo el sistema político y de partidos quedó patas arriba y se reconstruyó.

Después, los chinos señalaron unas cuantas tendencias institucionales interesantes:

Primero, la renacionalización. En 2003 se esforzaron mucho en fortalecer las relaciones con Bruselas, pero ahora han decidido que la ruta real hacia Europa pasa por Berlín. Ya pudimos ver que trataron a Angela Merkel como si fuese la líder de Europa, en vez de la de Alemania, durante su viaje a Pekín en agosto de 2012. Han organizado reuniones conjuntas de su gabinete.

En segundo lugar, los *think-tanks* chinos se han interesado mucho por la idea de una Europa multinivel. Cuando estuve en Pekín hace unas semanas, me preguntaron si es posible que los líderes europeos salven el euro pero creen una barrera tan profunda entre los 17 y el resto que maten accidentalmente a la UE de los 27, y después me preguntaron si es probable que el Reino Unido salga de la UE. Si queréis saber qué pasará en el Reino Unido, me parece que ahora es muy probable que los partidos políticos predominantes se comprometan a hacer un referéndum sobre la permanencia en la UE en la próxima legislatura. Los

conservadores escogerán un paso a dos tiempos: primero se comprometerán a repatriar la soberanía en una serie de áreas, como la directiva de horarios laborales, las políticas sociales, el sector pesquero, etc., y luego prometerán un referéndum afirmativo. El Partido Laborista es más probable que prometa un referéndum sobre «permanencia o salida». En este caso, seguramente tendrá tres partes: unirse a todo, el *statu quo*, o la retirada.

En tercer lugar, se han dado cuenta de la crisis del orden europeo. Para nosotros la UE proporciona la base institucional del orden europeo, pero en abril los chinos convencieron a los polacos para organizar una conferencia para China y Europa del Este —con el modelo de las conferencias de la China y África. Este paso tan agresivo de los chinos dejó atónitos a los oficiales de Bruselas. Pekín no hizo diferencias entre miembros y no miembros de la Unión y puso Serbia, Bosnia y otros junto con la UE. No tenían previsto invitar a la Comisión Europea y —lo más sorprendente— querían establecer una oficina permanente de apoyo a esta nueva comunidad.

Y la gran pregunta es cómo afectarán estos cambios institucionales y políticos a la UE como agente de política exterior. Superficialmente, la eurocrisis:

- Ha restringido la capacidad europea de reaccionar a las revoluciones en Oriente Medio y el norte de África.
- Ha desencadenado una ola de recortes de presupuesto en los estados miembros que podría erosionar las fuentes de poder duro y poder blando, como la defensa y el gasto en ayuda.

Pero, a un nivel más fundamental, ha planteado la posibilidad de la desintegración, en vez de la integración, en el sur-este de Europa: ¿Cuáles serían las consecuencias geopolíticas de la salida de Grecia?

¿QUÉ PODEMOS HACER?

El primer paso tiene que ser explorar qué problema hay con la estrategia actual. El pasado verano, Angela Merkel se encontró al borde del abismo del colapso del euro y no le gustó nada lo que vio: decidió que haría todo lo que fuese necesario para salvar el euro. Pero los intentos de su gobierno para minimizar los costes del rescate de los países en crisis dejaron a países como Grecia bajo la presión deflacionista e hicieron que el coste de los préstamos subiera de forma vertiginosa. Su intento de hacer cumplir las normas sin tener en cuenta los efectos en la economía real provocó una revuelta en los países deficitarios. Y el de imponer acciones decisivas a través de un dúo franco-alemán acabó estimulando el populismo y creó más paralización. Aunque, individualmente, estas estrategias tienen una lógica propia, colectivamente hacen que el proyecto europeo parezca tacaño, rígido y opresivo.

En vez de la estrategia del pasado, los líderes de la UE necesitan una visión alternativa para una Europa de incentivos que sea generosa, flexible y fortalecedora. En nuestro informe, *A Europe of incentives* («Una Europa de incentivos»), explorábamos sus implicaciones en términos económicos y políticos.

Pero, si vamos a progresar, me parece que es importante entender con más matices la posición de Alemania. Se ha hablado mucho del miedo patológico a la inflación de la década de 1920, pero la culpabilidad sobre los años treinta y el miedo al colapso del orden europeo todavía hacen que la élite alemana sea sensible a los argumentos sobre qué es bueno para Europa.

También hay un tercer recuerdo del que se habla menos: una sensación de traición sobre la unidad política europea de los años noventa. En 1994 dos destacados políticos alemanes —Wolfgang Schäuble y Karl Lamers— ofrecieron al entonces primer ministro francés, Edouard Balladur, la posibilidad de

unirse a ellos en el núcleo duro de una unión política como intercambio por sacrificar el marco alemán por la Unión Monetaria Europea. Balladur no se dignó ni a contestar. El telón de fondo del debate actual sobre los eurobonos es que la élite política alemana —liderada por Schäuble, que ha ascendido al cargo de ministro de Finanzas— teme que los franceses volverán a tomarles el pelo.

A muchos comentaristas se les escapa el hecho de que Merkel prepara poco a poco el terreno para un gran pacto europeo. En privado, muchas personas de su gobierno ya aceptan las afirmaciones que hace desde la oposición el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), según el cual la austeridad sin crecimiento es una quimera, y una parte del precio a pagar para permitir que España e Italia vuelvan a crecer tiene que ser la socialización de su deuda (el Consejo de Asesores Económicos de Merkel ha llegado a publicar un anteproyecto para un «fondo de redención de la deuda»). Berlín es reticente a dar la tarjeta de crédito a otros países sin conseguir antes algunos sistemas de control sobre el gasto. Explican que Alemania no puede financiar a Francia si ésta insiste en mantener el gasto público al 56% del PIB y la jubilación a los sesenta años (el gasto público de Alemania es del 46%, y la edad de jubilación a los sesenta y siete años). Berlín quiere cambiar los tratados e instituciones europeas para que estas restricciones sean vinculantes (incluidos un incremento de poder del Parlamento Europeo sobre los presupuestos nacionales y elecciones directas para elegir al presidente de la Comisión).

Lo que se preguntan los alemanes es si Francia está dispuesta a la unión política a cambio de la solidaridad fiscal. Los críticos tienen razón en que no es bueno que el gobierno alemán presente la unión política como prerequisite para la unión bancaria y fiscal, pero se equivocan en descartar la idea como si fuese una maniobra de distracción.

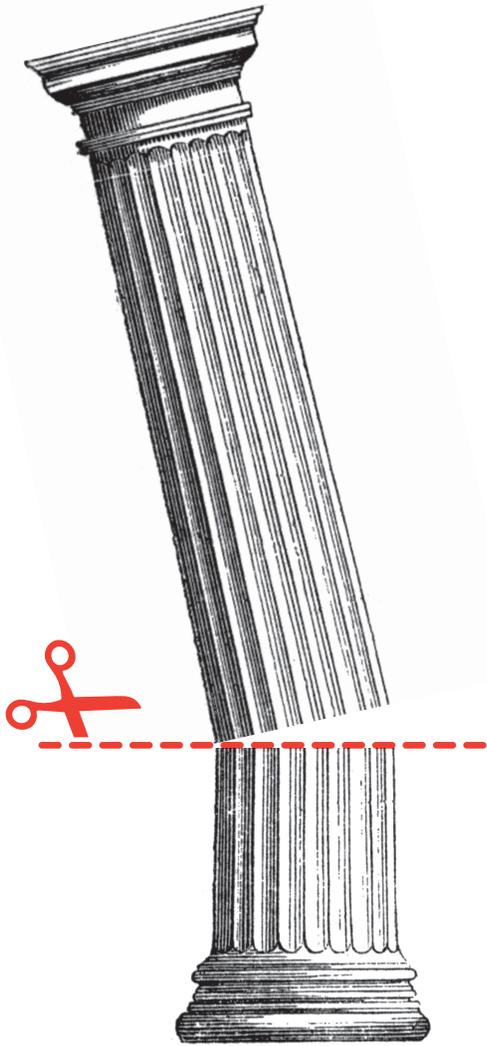
La Europa actual se está convirtiendo en una «unión apolítica» en la que las elecciones permiten que los ciudadanos cambien de gobierno pero no de políticas, y los tecnócratas son los que llevan la voz cantante. La preocupación es que la visión alemana apartará todavía más la política económica del ámbito político, pero alguna forma de legitimación democrática tendrá que acompañar la socialización del riesgo, tanto para asegurarse de que la UE tiene los fundamentos democráticos para aguantar el alboroto financiero, como para cumplir con los requisitos del Tribunal Constitucional de Alemania.

Mi opinión es que la UE será más legítima si hace que los gobiernos nacionales jueguen un papel más visible y tengan más responsabilidad, en vez de convertir la Comisión Europea en un gobierno de facto. Una idea podría ser establecer un consejo de viceprimeros ministros que se reuniese semanalmente en Bruselas y que tuviera que responder ante una segunda cámara de parlamentarios nacionales que se reuniese junto con el Parlamento Europeo.

Alemania no quiere actuar hasta el último momento, porque quiere tiempo para encontrar la forma de introducir controles y tiene miedo de que los países deudores vuelvan a caer en malos hábitos si Alemania socializa la deuda demasiado deprisa.

Pero este tipo de políticas de riesgo se están volviendo demasiado peligrosas. Se están preparando las circunstancias para llegar al peor escenario posible y nos acercamos al momento en que ni Merkel podrá pararlo. Pero, aunque las bibliotecas se llenarán de los errores de su política europea, Europa tiene suerte de que sea una dirigente alemana la que está en el punto de mira. Si fuese Francia la nación indispensable, dudo que consiguiera superar su obsesión con la soberanía y el orgullo nacional. España e Italia tienen tradiciones proeuropeístas, pero lo que no sé es si tienen los recursos y la credibilidad política para hacer que los mercados y los otros países les sigan. Imaginaros

por un momento cómo sería si David Cameron estuviera en la piel de Merkel. Quizás el mundo tiene mucho miedo de las consecuencias de las políticas alemanas pero, por razones históricas, geográficas y políticas, la república de Berlín es todavía el único país que podemos imaginarnos sacrificando los intereses a corto plazo para salvar a Europa de la crisis actual.



Wolfgang Münchau **Por qué la zona euro no es sostenible con el sistema actual** Argumentaré que el conjunto actual de directrices disponibles es incompatible con la supervivencia de la zona euro. Tengo en cuenta la decisión tomada en la Cumbre del 28 y 29 de junio, de 2012, que tuvo lugar después de la reunión del Círculo de Economía. Después de las operaciones de liquidez del Banco Central Europeo (BCE) en diciembre de 2011 y febrero de 2012, diversos diseñadores de políticas —entre ellos Wolfgang

Schäuble, ministro de Finanzas alemán— expresaron la sensación de que «lo peor de la crisis ya ha pasado». Pero resultó ser una opinión errónea: el diferencial de los bonos a diez años volvía a ampliarse en marzo de 2011 y llegaba a nuevos límites hacia junio. Esta situación se desencadenó por una combinación de hechos: el aumento del déficit español en 2011; el estancamiento de las negociaciones del Gobierno español con la Comisión Europea por el presupuesto de 2012; la crisis de Bankia; la especulación sobre la salida de Grecia en medio del ascenso de Syriza en las encuestas de opinión griegas; la incertidumbre sobre el programa y las políticas de François Hollande, que luego fue elegido presidente de Francia; el estado de incertidumbre política de Italia, y el referéndum irlandés sobre el pacto fiscal (con un amplio voto afirmativo). El consenso entre los funcionarios de la UE era que las políticas de liquidez del BCE le daban dos años a la Unión para solucionar la crisis. Esta opinión también resultó ser errónea.

GRECIA

La mayoría del debate en la zona euro se ha centrado en Grecia. Las segundas elecciones griegas del 2012, celebradas el 17 de junio, hicieron surgir una coalición de la Nueva Democracia, el Pasok y la Izquierda Democrática. Los tres partidos acordaron que por el momento seguirían el actual memorándum de la UE y el Fondo Monetario Internacional y, mientras tanto, intentarían negociar algunos cambios. Angela Merkel ha dejado claro que no habrá más dinero, y eso limita el alcance de las negociaciones. Como Grecia tiene un déficit primario de todo el año 2012, cualquier extensión del programa sin duda requeriría más dinero.

A mí me parece que el Gobierno actual cumplirá las condiciones hasta otoño, y que luego empezará la confrontación,

probablemente con el informe de la troika en diciembre. Claramente, el peligro de que Grecia se encuentre en una situación en que no tenga más remedio que salir de la zona euro existe, incluso con el Gobierno actual. Una alternativa preferible sería que se declarase en suspensión de pagos dentro de la zona euro, pero esto requeriría la voluntad de renegociar de todas las partes y aceptar un grado muy alto de participación de los sectores oficiales. Todavía puede pasar, pero no contaría con ello. Yo creo que Grecia no saldrá de la UE, pero el peligro es claro y está presente.

ESPAÑA

La crisis española tiene una esencia distinta, pero no es menos grave. No es una crisis fiscal, sino una crisis bancaria con implicaciones fiscales. Y, como el Estado español es responsable fiscalmente del sistema bancario español, los dos problemas se entrelazan —como demostró la reacción negativa del mercado al programa español del FEEF/MEDE (Fondo Europeo de Estabilidad Financiera/Mecanismo Europeo de Estabilidad) que estaba previsto. Después de que el BCE le diera dinero a los bancos a través de la operación de refinanciación a largo plazo (LTRO, por sus siglas en inglés), con el objetivo explícito de que éstos apoyaran al gobierno, el FEEF le presta dinero al Estado para que pueda recapitalizar los bancos. Algunos comentaristas de mercado han comparado esta situación a la de dos borrachos en un bar que se apoyan el uno en el otro. La presión de las críticas finalmente llevó al acuerdo de la Cumbre del 28 y 29 de junio para permitir las inyecciones de capital directas del MEDE a los bancos. Aunque está sometido a un grave riesgo de ejecución y a posibles retrasos, este acuerdo significa que el Consejo Europeo ha entendido que es necesaria una estrategia distinta.

Antes de este acuerdo, la rentabilidad de los bonos españoles había aumentado hasta más del 7% —un nivel en el que España

podía obtener préstamos de los mercados financieros de forma sostenible, especialmente dada la gravedad de la recesión. El aumento de los diferenciales españoles lo causaron las políticas torpes, empezando por el aplazamiento del presupuesto de 2012 hasta después de las elecciones en Andalucía, la mala gestión de la crisis de Bankia y la insistencia del presidente del Gobierno en decir que España no recurriría al programa MEDE.

La crisis de Bankia pone en duda de forma más general la viabilidad del sistema bancario español. Un informe hecho por dos asesores independientes estimó que la recapitalización necesitaba entre 51.000 y 62.000 millones de euros, pero no creo que este cálculo tuviera en cuenta de forma adecuada el impacto de la recesión en los beneficios de explotación del sistema bancario español en los próximos años. Mi estimación es entre 100.000 y 200.000 millones. Esta cifra excedería la cantidad del programa acordado con el FEEF/MEDE. Con una deterioración simultánea del sector público y del privado, la economía española está atrapada en una recesión de balance, un fenómeno descrito por Richard Koo en referencia al Japón de principios de la década de 1990, y que puede provocar una caída profunda, prolongada y difícil de superar.

Las proyecciones del déficit español son todavía demasiado optimistas. El objetivo original era tener un déficit del 6,5% en 2011, reducirlo al 4,4% en 2012 y al 3% en 2013. Más tarde se acordó un programa revisado según el cual España reduciría el déficit al 5,4% en 2012 y mantendría su compromiso del objetivo de un 3% en 2013. En junio se abandonó este objetivo y se aplazó hasta 2014. Las noticias que afirman que el déficit de 2012 del Gobierno central ya había llegado al límite anual en mayo sugieren que este año España tendrá un exceso de déficit muy importante, probablemente de una escala parecida al de 2011. No hay duda de que nos encontramos en un ambiente en el que, como lo describió Koo, las proyecciones económicas ordinarias

fallan porque no tienen en cuenta las dinámicas de una recesión de balance.

A pesar del fuerte desapalancamiento del sector privado, la ratio total de deuda sobre PIB no ha bajado mucho. Mientras Estados Unidos está claramente en un proceso de desapalancamiento, España no ha progresado casi nada. El motivo es que se permitió que los bancos no hicieran nada respecto a sus deudas incobrables durante mucho más tiempo, y este factor también ha contribuido a que la bajada de los precios de la vivienda sea más lenta.

El gráfico que se muestra a continuación compara el índice de los Estados Unidos con el de España. La serie española sólo se encuentra a partir de 2007, pero la caída de un 20% es mucho más baja que la de Estados Unidos, especialmente si tenemos en cuenta que España tenía una burbuja mucho más importante.

GRÁFICO 1. PRECIO DE LA VIVIENDA DE LOS EE.UU.: ÍNDICE CASE-SHILLER DE LA VIVIENDA

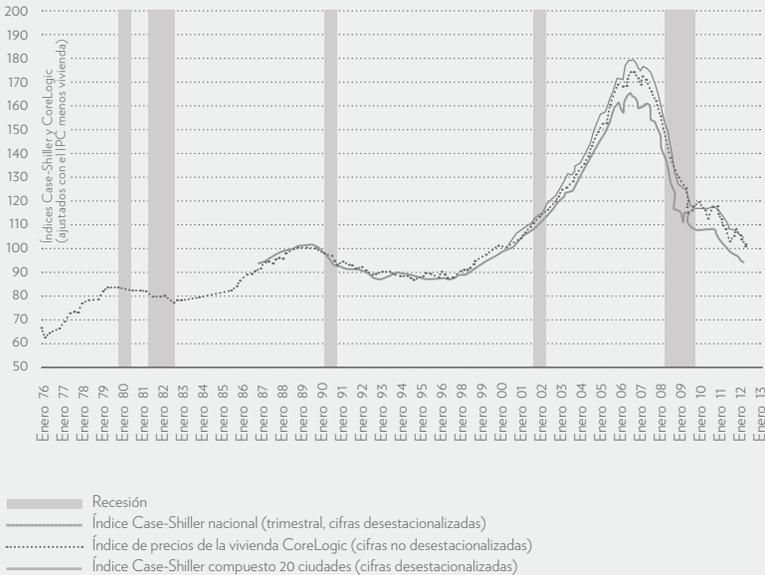
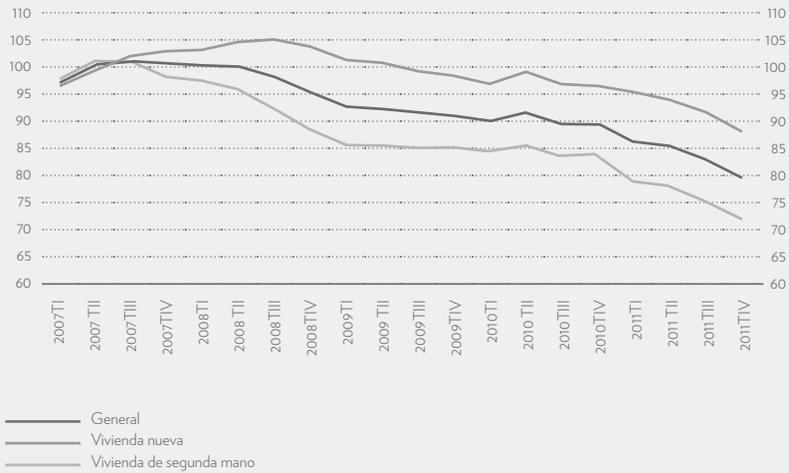


GRÁFICO 2. ÍNDICE ESPAÑOL DE PRECIOS DE LA VIVIENDA



Fuentes: INE.

ITALIA

La situación en Italia es muy diferente de la de Grecia y España. Italia sufre un gran exceso de deuda y problemas estructurales, pero la posición política actual es relativamente buena y los problemas de activos dudosos no son tan graves como los de España.

El dilema de Italia se puede resumir de la siguiente forma: ¿cómo puede ser solvente y quedarse en la zona euro con los intereses de mercado en la franja del 4-6%, teniendo en cuenta

que el país tiene un bajo nivel de crecimiento? Italia se enfrenta al problema añadido de tener que someterse a la nueva norma 1/20 que se redactó con las legislaciones conocidas como *six pack*, ahora reafirmadas en el pacto fiscal. De acuerdo con esta norma, los países tienen que reembolsar una veinteaava parte de su exceso de deuda (esto es, la porción que hace que excedan el objetivo de una ratio de deuda sobre PIB del 60%). La norma exige que Italia pague un 3% de su deuda cada año (1/20 de 60) durante veinte años. Además, para estabilizar el nivel de deuda actual al 120%, Italia necesita un superávit primario de cerca del 4% —la cifra exacta depende de las previsiones de crecimiento y del tipo de interés. Así que, con la norma 1/20, el superávit primario que necesita Italia durante casi una generación es de cerca del 7% (reduciéndose poco a poco con la caída del nivel de deuda sobre PIB). Ni siquiera queda claro si esto es técnicamente posible, teniendo en cuenta el impacto de estas brutales medidas de austeridad en el crecimiento, y con la posibilidad de que Italia quede atrapada en un agujero de deuda mucho antes de que pueda llegar a estos niveles. Pero, dejando a un lado la viabilidad económica, estos niveles no son realistas políticamente.

Además, la luna de miel del primer ministro, Mario Monti, llegó a su fin con el programa de reformas, que recibió ataques de todas partes, incluyendo los de académicos como Francesco Giavazzi o Alberto Alesina, que en un artículo en el *Corriere della Sera* criticó el programa diciendo que era desacertado y que no se centraba lo suficiente en el crecimiento. Monti también ha bajado en las encuestas de opinión, y se oyen quejas desde su propia coalición y demandas para unas nuevas elecciones. Consiguió superar una moción de confianza importante en el Parlamento italiano, relacionada con las reformas laborales y de

las pensiones. Y también consiguió lo que al principio parecía un buen resultado de la Cumbre Europea del 28 y 29 de junio, que debería haber prolongado su posición en el cargo un poco más.

Pero lo que ha cambiado en la política italiana es el ascenso de un partido populista antieuro, el Movimiento 5 Estrellas, y un giro de ciento ochenta grados de Silvio Berlusconi, que ha descubierto el euro como tema para hacer campaña. Ahora opina que no sería ningún sacrilegio si Italia saliese de la zona euro. En una entrevista dijo que sería mejor si fuera Alemania la que dejara la zona, o si el BCE proporcionase un apoyo ilimitado al mercado de bonos italiano. Pero si no se cumple ninguna de las dos condiciones, Italia debería considerar la posibilidad de salir de la zona euro. La amenaza política de una salida de la zona euro pesa sobre Italia.

RIESGOS SISTÉMICOS

El riesgo más peligroso en este momento es que un pánico bancario a cámara lenta se convierta en una fuga de capital más extensa y contagiosa. El pánico bancario a cámara lenta ya ha empezado en Grecia y en Irlanda, con retiradas importantes de depósitos en otros sitios. El pánico bancario incluso podría ser racional, si tenemos en cuenta que el fondo de garantía de los depósitos depende de la credibilidad de su entidad soberana. Todavía no existe un pánico bancario fuerte, pero podría pasar en cualquier momento, y también en España e Italia. Se necesita una respuesta masiva e inmediata.

El segundo riesgo más importante es una salida incontrolada de Grecia. Desde mi punto de vista, esto tendría consecuencias catastróficas para la economía griega; conduciría a un aumento devastador de la desocupación y de la inflación, y

probablemente a la violencia y a la insurrección y, en el peor de los casos, a un regreso a la dictadura.

También tendría graves consecuencias para la zona euro: ya no se la vería como una unión monetaria, sino como una zona imprecisa de moneda única. Esto podría implicar un cambio fundamental de expectativas por parte de los inversores y de los ciudadanos. La UE tiene los canales de contagio bajo control, pero se tiene que tener cuidado con «el desconocimiento de lo desconocido» (los *Unknown Unknowns* de Donal Rumsfeld).

LA SOLUCIÓN

La crisis de la zona euro tiene los siguientes componentes:

- una crisis bancaria (España, Irlanda, Portugal, Grecia);
- una crisis de la deuda soberana (Grecia, Italia, Portugal, Irlanda);
- una crisis de competitividad (el sur);
- una crisis de gobierno.

Así, un programa para la resolución de la crisis tendría que abordar todos estos puntos, y en el orden adecuado. Las «soluciones» anteriores, como el préstamo LTRO, no sólo no han conseguido ningún resultado sino que han fortalecido los lazos entre los bancos y su entidad soberana, y se han convertido en una forma ruinosamente expansiva e indirecta de apoyar al gobierno.

Para enfrentarse a estos defectos, un sistema para solucionar la crisis necesita lo siguiente:

- una protección fuerte y flexible que tenga una capacidad suficientemente alta (ya sea con un incremento del

límite del MEDE o con el apalancamiento del MEDE a través de una licencia bancaria);

- un sistema común de garantía de depósitos;
- un sistema común de resolución bancaria;
- una hoja de ruta hacia los bonos europeos que incluyan bonos de redención de la deuda para cubrir las existencias de deuda pendiente y un proyecto de eurobonos para ocuparse de la deuda nueva;
- una soberanía fiscal compartida en el centro;
- cambios en la misión del BCE.

El acuerdo de la Cumbre del 28 y 29 de junio tenía como objetivo permitir que el MEDE inyectara fondos en los bancos (o capital en la forma preferida), y facilitar las adquisiciones en los mercados primarios y secundarios de bonos, mientras se avanzaba simultáneamente hacia una unión bancaria, con las propuestas sobre este tema aplazadas para octubre, o más tarde. No quedaba claro si las decisiones exigían cambios en el tratado del MEDE. En cualquier caso, sospecho que se tardaría mucho en conseguir que los cambios acordados pudieran ponerse en práctica.

El acuerdo no ha supuesto ninguna diferencia fundamental para la falta de sostenibilidad de la situación fiscal en Grecia y en Italia, ni para la situación económica y fiscal en España e Irlanda. Las medidas acordadas en la Cumbre son un paso en la dirección correcta que, unos años atrás, me hubiera entusiasmado ver. Pero me temo que ahora son insuficientes y llegan demasiado tarde.

El problema fundamental de la zona euro no ha cambiado. El conjunto de políticas y tipos de interés actuales son incompatibles con la supervivencia de la zona euro. Tendrán que aceptarse cosas que algunos políticos dirigentes, como Angela Merkel, ya

habían descartado, o la zona euro fracasará porque los Estados miembros adoptarán monedas nacionales, no por que quieran, sino por desesperación.

**EL
MUNDO
EN
2012**

Tres cuestiones económicas vistas desde otra mirada Alejandro Estruch

El mundo en 2012 Joan B. Culla i Clarà

España en 2012 Raphael Minder



Alejandro Estruch **Tres cuestiones económicas vistas desde otra mirada** En este texto, intencionadamente breve, me propongo abordar tres problemas de la economía española y europea desde un punto de vista que, sin llegar a ser heterodoxo, se acerca a ellos con una perspectiva un poco diferente de lo convencional o, cuando menos, de lo habitual. En primer lugar me referiré a la percepción de los efectos de la política de competencia que se ha desarrollado en Europa en los últimos decenios,

con especial referencia al caso español. A continuación pondré una visión peculiar de lo que significará (así, en modo indicativo, porque antes o después ocurrirá) la salida de la crisis. Y acabaré con una referencia a la evolución de los tipos de cambio del euro con respecto a las tres divisas que hoy por hoy resultan decisivas en el comercio exterior europeo: el dólar estadounidense, el yen y el yuan.

A los economistas nos gusta usar gráficos para ilustrar nuestras explicaciones. Los gráficos son representaciones simplificadas de la realidad que ayudan con frecuencia a entenderla, y casi siempre a explicarla. También nos gusta intercalar en el discurso expresiones en latín y en inglés porque, como decía el querido y malogrado Ernest Lluch, dan a esto que hacemos más apariencia de ciencia, y a la menor oportunidad usamos expresiones matemáticas porque, en palabras del no menos querido y añorado Fabián Estapé, «las matemáticas son como la caballería: no sirven para ganar batallas pero resultan muy elegantes». En esta pieza usaré algunos gráficos, apenas algún latín y prácticamente ninguna matemática.

No lo haré sin antes agradecer al Círculo de Economía, en la persona de Antón Costas, su invitación para colaborar en esta publicación, así como a Joan Ramon Borrell por haberme dado las ideas principales que voy a desarrollar.

I. LOS EFECTOS DE LA POLÍTICA DE COMPETENCIA: LA OPINIÓN DE LOS EJECUTIVOS

La competencia no es un fenómeno espontáneo en los mercados. El deseo natural de cualquiera que produce o vende algo es ser el único que lo hace, y no por ninguna extraña perversidad, sino porque el fin de toda empresa es maximizar los beneficios, y cuando uno es monopolista a los beneficios normales añade los que se derivan de vender cantidades más pequeñas a precios

mayores, o como dice la economía del bienestar, de apropiarse de una parte del excedente del consumidor. España, al menos en esto, no es diferente de otros países. Todos somos muy liberales, muy partidarios de la libre competencia... hasta que tenemos una posición de dominio en el mercado en el que trabajamos.

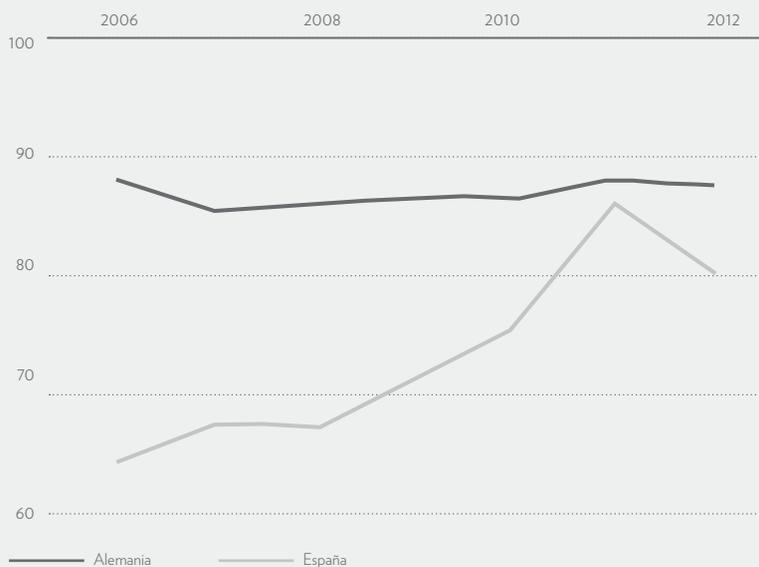
Por eso existen, desde hace más de un siglo largo en algunos países —en esto sí que llevamos un pequeño retraso: nuestro Tribunal de Defensa de la Competencia, hoy Comisión Nacional de Competencia, se creó en 1963—, leyes que tratan de proteger los intereses de los consumidores y preservar el juego limpio en el mercado mediante el control y represión de las prácticas restrictivas de la competencia. Hay muchas maneras de analizar esas leyes. Se puede estudiar la regulación en abstracto y deducir de su contenido qué efectos cabe esperar de ella. También es útil comparar los niveles de competencia que hay en los mercados antes y después de la aplicación de una determinada normativa. Pero ¿no sería interesante conocer la percepción que tienen los profesionales que gestionan empresas sobre la efectividad de las leyes de defensa y promoción de la competencia?

En un trabajo reciente de Borrell, Jiménez y García (2013) se analizan los datos del *Executive Opinion Survey* realizado por la escuela de negocios International Institute for Management Development (IMD) de Lausana. Se trata de una amplia encuesta-panel con datos recogidos en 59 países durante catorce años, dirigida a ejecutivos sénior representativos de la comunidad de negocios de cada país, en proporción al peso de los diferentes sectores en el PIB. A estos ejecutivos, siempre de empresas medianas o grandes con dimensión internacional, se les pide que evalúen las condiciones presentes y esperadas de competencia en el país en el que han vivido y trabajado durante el año anterior.

Con los datos obtenidos en la encuesta, Borrell elaboró un gráfico en el que se muestra la efectividad de la política de competencia de España y Alemania en comparación con el país que

ha obtenido la mejor evaluación (índice 100) en cada uno de los años, según los resultados recogidos en la encuesta entre 2006 y 2012. El país de referencia fue Finlandia en 2006, 2010 y 2011; Austria en 2007 y Dinamarca en 2008, 2009 y 2012.

FIGURA 1.1. EFECTIVIDAD RELATIVA DE LA POLÍTICA DE COMPETENCIA



Fuentes: Borrell (2012).

Alemania es un país con larga tradición en la lucha anti-trust, y por lo tanto no sorprende que la percepción de su política de competencia sea estable y elevada, próxima al 90% del país mejor considerado en todos los años observados. ¿Qué pasa con España? Pues que comparada con el mejor país entre 2006 y 2011 la mejora de la valoración ha sido excelente —de algo menos del índice 65 a por encima del 85, es decir, una mejora cercana al 40%— pero en 2012 la tendencia se trunca y volvemos a caer al 80. Y eso, ¿por qué?

La mejora del juicio sobre nuestra política de competencia está relacionada con la aprobación de una nueva ley, derivada de un amplio proceso de consulta pública en el que participaron expertos en política de competencia y en las estrategias y estructuras institucionales que han dado mejor resultado a la hora de aplicarla, tanto en España como en otros países avanzados. El resultado fue el diseño de una institución potente y con recursos, al margen del juego de los partidos y de las influencias de los sectores afectados por su labor, con consejeros muy preparados técnicamente y técnicos de gran profesionalidad que han trabajado sin interferencias.

La mejora del diseño institucional ha implicado un aumento considerable de los informes, expedientes y sanciones, al que no ha sido menor la contribución del programa de clemencia, que ha confirmado el potencial que se le atribuía en función de las experiencias extranjeras conocidas. Incluso a despecho de algunas acciones legales difíciles de entender emprendidas por algunos de los afectados, las autoridades nacionales de competencia han sido imperturbables en el ejercicio de sus funciones. Con ello han influido también en el ámbito de los comportamientos empresariales, y han generado un clima de confianza y cooperación con sus homólogas autonómicas que explica parte importante de la mejora de la percepción reflejada en la encuesta a que nos referimos.

¿Qué es lo que cambia a partir de 2012? Recuérdese que no estamos hablando de hechos, sino de opiniones. Curiosamente, la llegada al poder del actual gobierno no es vista como una garantía de continuidad en las políticas de fomento y defensa de la competencia. Quizás nos encontramos ante una de esas paradojas que al parecer tanto nos gustan en España: los gobiernos de extracción socialdemócrata, teóricamente menos creyentes en la capacidad del mercado, son los que mejoran la legislación antitrust, mientras que los que se dicen a sí mismos liberales no

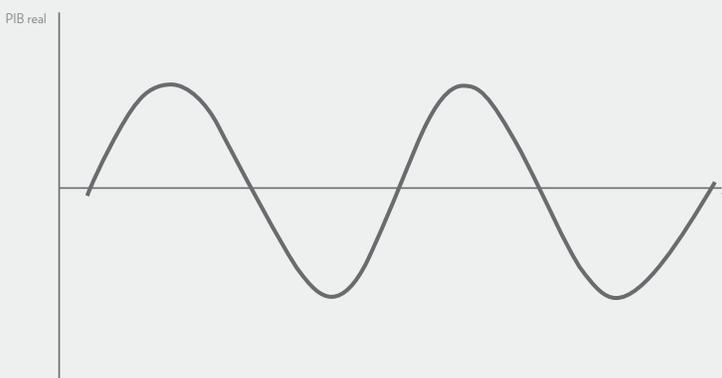
parecen inspirar la suficiente confianza en que van a aplicarla con la firmeza requerida.

Probablemente, porque los capitanes de empresa conocen perfectamente la diferencia entre quienes son partidarios de la libre competencia y quienes defienden el libre juego de las fuerzas del mercado, sea cual sea el resultado de ese juego.

II. ¿MÁS INFLACIÓN PARA SALIR MÁS DEPRISA DE LA CRISIS?

Para representar el ciclo económico solemos usar un gráfico como el de la figura 2.1, que muestra la evolución del PIB real. Colocando en las abscisas el tiempo y en las ordenadas la tasa de crecimiento económico real la línea sinusoidal muestra el ciclo económico y la interpretación es inmediata: cuando la línea es ascendente estamos mejorando, cuando llega a lo más alto antes o después las cosas empezarán a torcerse, cuando es descendente estamos empeorando y cuando estamos en el punto más bajo cabe esperar que tarde o temprano las cosas mejoren. De manera que vistas así las cosas, si estamos en una situación negativa hay dos momentos clave: aquél en el que se alcanza

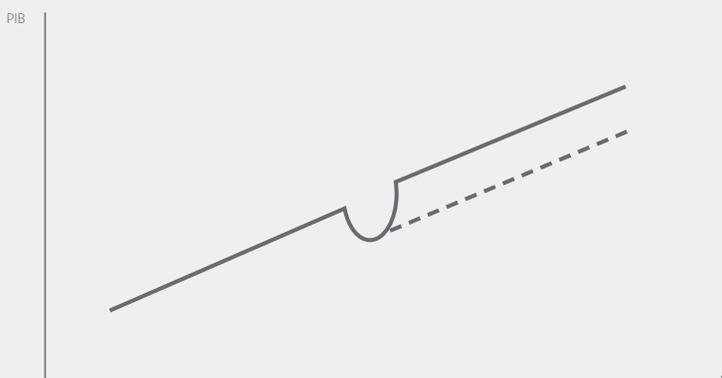
FIGURA 2.1. PERFIL DEL CRECIMIENTO EN EL CICLO ECONÓMICO



el punto más bajo del ciclo y ése otro, algo posterior, en el que la tasa de crecimiento económico pierde ese doloroso signo negativo que la precede y podemos afirmar que la economía está creciendo. Y ya está.

¿Ya está? Nada más lejos de la realidad. Visto así el ciclo, resulta que una gráfica que representase el valor del PIB podría tener un aspecto parecido al que se muestra en la línea continua de la figura 2.2. El PIB va creciendo más o menos acompasado a su tendencia, llega la crisis y en la gráfica aparece una especie de hoyo, de manera que a la salida de la crisis volvemos por donde solíamos y aquí no ha pasado nada. Sería bonito que así fuera, pero la realidad es menos agradable. En su intervención en la x edición del Seminari «Ernest Lluch» del otoño pasado, en la Facultad de Economía y Empresa de la Universitat de Barcelona, el profesor Javier Andrés (2012), uno de los más reputados macroeconomistas españoles, introdujo un enfoque del asunto diferente y mucho más realista, que posteriormente ha glosado en una de sus habituales aportaciones al blog *Nada es gratis* de la web de FEDEA. El mayor realismo del enfoque estriba en tres cuestiones.

FIGURA 2.2. LA SENDA DEL PIB EN LA IMAGINACIÓN Y EN LA REALIDAD



En primer lugar, el final de la crisis no nos devuelve sin más a la tendencia de crecimiento económico que habíamos abandonado. Lo que ocurre en la realidad es que durante cualquier crisis se destruye una parte importante del potencial de la economía, de su capacidad para generar actividad, empleo y riqueza. Y por lo tanto cuando volvemos a crecer no lo hacemos desde los niveles que teníamos inmediatamente antes de que empezase la crisis, sino desde un punto de partida que está más o menos por debajo en función de la profundidad de la depresión, que ciertamente en el presente es mucha, por lo que *ceteris paribus* es mucho más verosímil una trayectoria del PIB como la representada en la línea de puntos de la misma figura 2.2.

En segundo lugar la pregunta verdaderamente interesante no es cuándo tendremos tasas de crecimiento positivas, sino cuándo recuperaremos los niveles de vida que habríamos alcanzado si no se hubiera desencadenado —y extendido en los términos que la estamos viviendo— la crisis. Esto equivale a preguntarse qué hay que hacer para que la línea de puntos en la que estamos viviendo se reencuentre con la línea continua en la que vivíamos, y cuánto tardará en hacerlo.

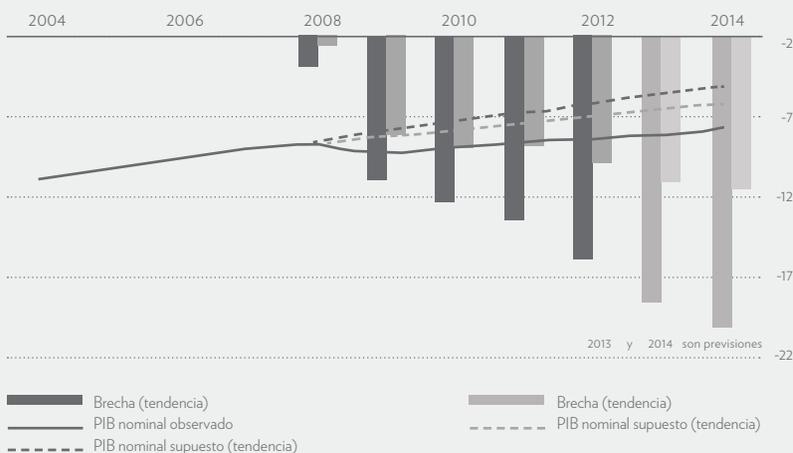
Finalmente, el PIB real es, sin duda, una magnitud significativa. Pero las personas normales no vivimos en ese mundo, sino en uno mucho más prosaico: no recibimos nuestros ingresos ni hacemos nuestros gastos (ni, en su caso, ahorramos) en dinero «real», sino en dinero «nominal», es decir, a los precios corrientes. O lo que es igual, no vivimos en el mundo del PIB real sino en el mundo del PIB nominal, cuyo crecimiento es la suma del crecimiento real más los precios.

La propuesta de Javier Andrés resulta sugestiva, porque retoma el debate sobre la posible conveniencia de aceptar temporalmente tasas de inflación más altas para permitir una recuperación más ágil de la economía. Citando opiniones favorables y desfavorables, Andrés recuerda que los efectos de una expansión

monetaria no están claros cuando los tipos de interés son muy cercanos a cero, y que en cualquier caso una estrategia de crecimiento que incluya tasas de inflación más altas debería plantearse siempre con carácter temporal, tomando como variable de referencia el crecimiento del PIB nominal y manteniendo inalterado el objetivo establecido de inflación del 2%, con el fin de preservar la credibilidad del Banco Central Europeo.

En la figura 2.3 la línea oscura representa la evolución del PIB nominal. La línea de puntos central corresponde a la trayectoria que habría tenido si se hubiera mantenido una tasa de crecimiento del 3% anual (2% de inflación más 1% de crecimiento real), y la línea de puntos superior muestra el caso de que el crecimiento hubiera sido del 4% (2% de inflación más 2% de crecimiento real). Las barras oscuras y claras representan respectivamente, para cada año, la brecha entre el PIB nominal observado y el resultante de los dos supuestos planteados, medida en el eje derecho.

FIGURA 2.3. BRECHA DEL PIB NOMINAL EN LA EUROZONA



Fuentes: Andrés (2012).

En el PIB nominal supuesto más moderado, para 2014 la brecha superará el 10%, alcanzando un 20% para el escenario más optimista. Con estos números para alcanzar el nivel de PIB potencial en un plazo de seis años el crecimiento nominal debería ser, respectivamente, del 4,5% y el 7% anual. Y si decidimos tomar las cosas con más calma, pongamos diez años, estaríamos hablando de crecimientos del 4% y el 5,75% anual, siempre del PIB nominal. El problema es que, dada la previsible debilidad de la demanda, conseguir semejantes tasas de crecimiento nominal con una inflación del 2% anual se convierte poco menos que en misión imposible. Diversos trabajos apuntan a la conveniencia de aceptar una inflación media más elevada, en torno al 4% anual durante cinco años.

Esto significaría un giro casi copernicano de la política monetaria que se ha venido aplicando hasta ahora por parte del BCE. Pero ante la evidencia de la duración de la recesión, junto con la más que razonable previsión de que la recuperación será muy débil, es bastante probable que aceptar temporalmente tasas de inflación más altas sea la única manera de evitar que las altas cifras de paro actuales se prorroguen en el tiempo como una losa inamovible.

III. GUERRA DE DIVISAS, COMPETITIVIDAD Y ¿CRECIMIENTO?

De vez en cuando se asoma a los medios de comunicación la amenaza de la guerra de divisas o, alternativamente, la seductora insinuación de que un proceso de depreciación del euro podría constituir una de las claves para sacar a la maltrecha economía europea del mal escenario en el que está inmersa. Ciertamente no son pocos los críticos que no acaban de entender las razones por las que las autoridades monetarias de la Unión son las únicas, al parecer, a las que no preocupa que la divisa que patrocina-

nan (sí, ese mismo euro del que no hace tanto se dudaba hasta de su misma capacidad para sobrevivir) esté notablemente apreciada frente al dólar estadounidense, el yen y el yuan.

Sin embargo, cabe preguntarse si tiene sentido a estas alturas, con el conocimiento económico e histórico disponible, plantear las cosas en esos términos. La teoría económica explica que si un país tiene necesidad de reequilibrar sus cuentas exteriores un método sencillo es permitir la depreciación de su propia moneda, que se traduce en un casi inmediato abaratamiento de sus exportaciones y encarecimiento de sus importaciones. Este tipo de políticas se han aplicado durante décadas con éxito razonable, pero siempre limitado a una condición indispensable: que la crisis a que se intenta hacer frente sea de tipo interno. Una depreciación de este tipo simplemente significa que por ser menos eficientes que nuestros clientes y competidores hemos ido acumulando una pérdida de competitividad que sólo puede ser compensada mediante el empobrecimiento que supone reconocer que los activos denominados en nuestra moneda propia han perdido parte de su valor.

Por el contrario, cuando las crisis son de amplio alcance las políticas de devaluación competitiva han tenido siempre efectos perniciosos. Empiezan consistiendo en lo que Joan Robinson bautizó como «empobrecer al vecino» pero acaban empobreciéndonos a todos. En la década de 1930 muchos países abandonaron el patrón oro para poder devaluar artificialmente su moneda, con las consecuencias conocidas por todos. En la actualidad se habla abiertamente de guerra de divisas porque, agotados o rechazados por principio los instrumentos monetarios y fiscales para estimular la economía, la única opción disponible es la depreciación. Pero esta estrategia, que no es otra cosa que proteccionismo encubierto, podría no ser más que el primer paso para medidas más explícitas de freno al comercio internacional,

que implicarían a medio plazo un deterioro generalizado de los niveles de vida, pero probablemente en modo alguno mejorarían el crecimiento: si todos entrásemos en una carrera de devaluaciones los efectos sobre la relación entre las importaciones y exportaciones de los diferentes bloques se anularían entre sí, pero por el camino se habrían perdido buena parte de los beneficios del intercambio.

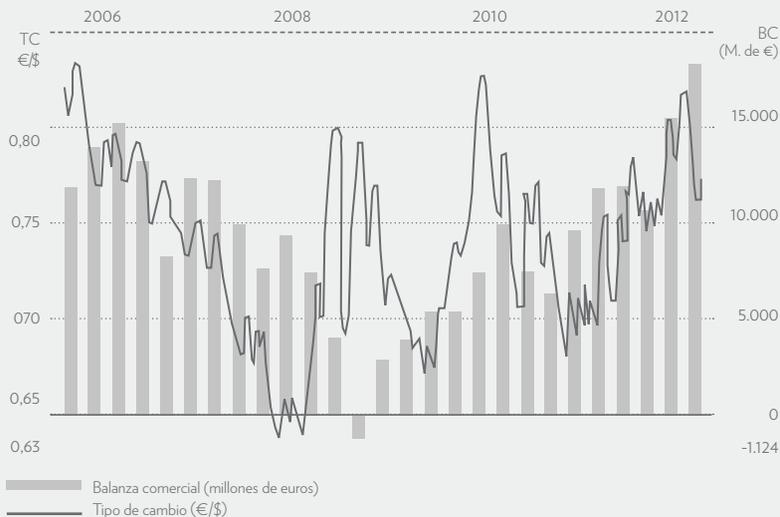
En este contexto puede tener sentido dirigir la mirada hacia las relaciones comerciales de la Unión Europea con Estados Unidos, Japón y China. Para ello hemos construido tres gráficos en los que superponemos una representación estilizada de los tipos de cambio del euro con el dólar, el yen y el yuan, y las balanzas comerciales de la Unión con los respectivos países. Los tipos de cambio —eje izquierdo— están expresados en términos de euros necesarios para comprar la otra divisa, por lo que una trayectoria ascendente de la curva indica que el euro se está depreciando, y deberíamos estar ganando competitividad, y una trayectoria descendente indica lo contrario. La balanza comercial —eje derecho— se mide en millones de euros. El período de referencia abarca desde 2006 hasta los últimos datos disponibles de la Balanza de Pagos de la Unión, tercer trimestre de 2012.

Si el comercio entre dos territorios dependiera sólo del tipo de cambio el saldo de la balanza comercial debería tener un perfil parecido al de la cotización del euro: a mayor tipo de cambio saldo más favorable, y viceversa. Veamos lo que dicen los datos. En general se aprecia una cierta correlación entre las dos tendencias. Pero en los tres casos hay notables y llamativas discordancias. En la figura 3.1, correspondiente a Estados Unidos, la paulatina apreciación del euro concuerda con la reducción del superávit comercial. Pero la caída del euro entre finales de 2008 y mediados de 2009 no se refleja en la balanza europea, que in-

cluso entra en déficit. Posteriores depreciaciones del euro, como las de los trimestres centrales de 2010, tienen un impacto sólo tendencial, que dista mucho de lo que cabría esperar. Lo mismo puede decirse de las relaciones comerciales con Japón (figura 3.2). La tendencia es la esperada, pero es fácil identificar etapas en las que el saldo comercial no es el que teóricamente determinaría el tipo de cambio euro/yen. Ni los momentos de máxima fortaleza del euro son siempre los de mayor déficit comercial ni las puntas de depreciación coinciden con las fases de evolución más favorable de dicho déficit. Pero en el caso de China, que ilustra la figura 3.3, todavía se hace más evidente la poca sensibilidad del saldo comercial a la evolución del tipo de cambio. Aquí ya no se trata de divergencias destacables, sino de que los datos reflejados en el gráfico parecen indicar que las tendencias del comercio europeo con China dependen mucho menos del tipo de cambio que de otros factores.

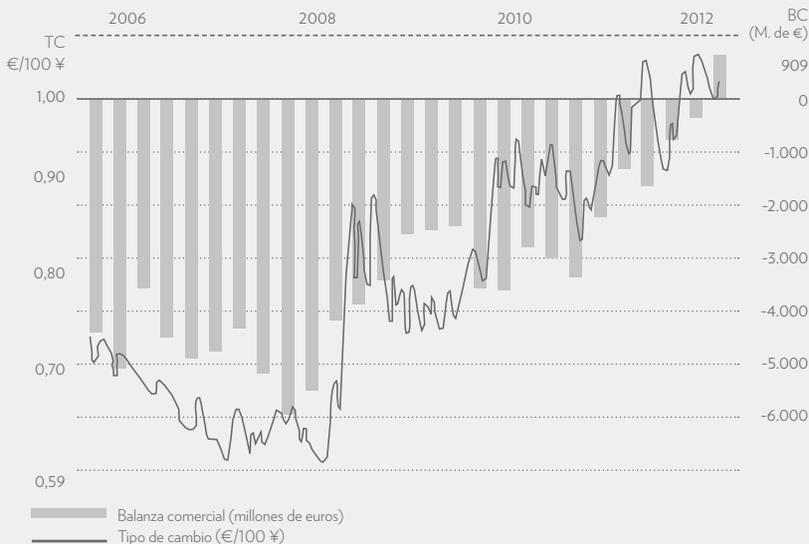
Así pues, aunque por muchas razones podría ser deseable una relajación de la política monetaria europea para coadyuvar a la recuperación de la economía, y siendo cierto que las estrategias de mantener monedas débiles adoptadas por Estados Unidos, Japón y China (y otros países) pueden estar dificultando la vía exportadora al crecimiento, la solución a los problemas de la Unión no parece encontrarse en intentar ganar competitividad exclusivamente forzando una depreciación del euro: muy probablemente los efectos serían reducidos y poco duraderos, y las consecuencias de una guerra de divisas, aunque difícilmente previsibles, serían con toda seguridad negativas. Hace falta recuperar el terreno perdido en la competitividad de la economía europea, sí. Pero para eso, muy probablemente, aumentar el tipo de cambio del euro no es una opción de la que haya mucho que esperar.

FIGURA 3.1. TIPO DE CAMBIO EURO-DÓLAR Y BALANZA COMERCIAL UE-EE.UU.



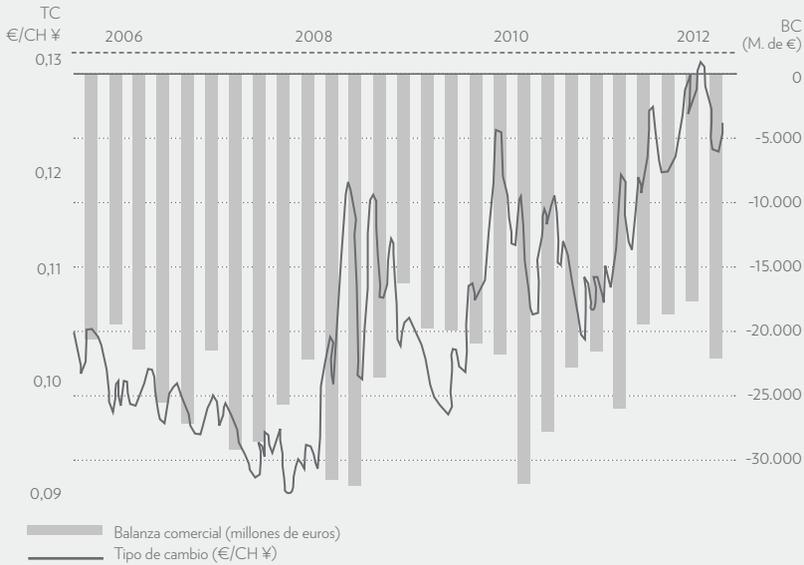
Fuentes: Eurostat para la balanza comercial y www.fxtop.com para los tipos de cambio.

FIGURA 3.2. TIPO DE CAMBIO EURO-YEN Y BALANZA COMERCIAL UE-JAPÓN



Fuentes: Eurostat para la balanza comercial y www.fxtop.com para los tipos de cambio.

FIGURA 3.3. TIPO DE CAMBIO EURO-YUAN Y BALANZA COMERCIAL UE-CHINA



Fuentes: Eurostat para la balanza comercial y www.fxtop.com para los tipos de cambio.

REFERENCIAS

ANDRÉS, J., «¿Debe Europa tolerar una inflación más elevada?», en *Nada es gratis* (blog de FEDEA), www.nadaesgratis.es, publicado el 12 de diciembre 12.

BORRELL, J. R., «Presentación del presidente de la CNC en el *Workshops* sobre política de competencia», Master en Economía y Regulación de los Servicios Públicos, Barcelona, UB, 2012.

BORRELL, J. R.; JIMÉNEZ, J. L. y GARCÍA, C., «Evaluating Antitrust Leniency Programs», *Journal of Competition Law and Economics*, en prensa, 2013.



Joan B. Culla i Clarà **El mundo en 2012** Iniciado con la entronización en Pyonyang como líder supremo de Kim Jong-un, el tercer monarca de la dinastía comunista norcoreana instaurada en 1948 por su abuelo, Kim Il-sung, el año 2012 ha ratificado una vez más lo erróneo que era el anuncio que formulado dos décadas atrás por el politólogo norteamericano Francis Fukuyama sobre «el fin de la historia», entendiendo por «historia» la lucha entre ideologías y la persecución, por parte de los seres humanos, de utopías políticas,

sociales o religiosas. La fulgurante expansión del islamismo político; la salud que exhiben —desde América Latina hasta Europa— variadas formas de populismo; el valor que han recuperado —o que quizás no habían perdido nunca— los nacionalismos, tanto los imperiales (en Rusia, en China, en Turquía...) como los subestatales (en Escocia, en Cataluña, en Flandes...), e incluso la intensa polarización ideológica que ha experimentado la carrera electoral a la presidencia de Estados Unidos, dibujan un mundo tensionado por pulsiones y antagonismos bastante clásicos, muy lejos del quieto horizonte liberal-democrático, economicista y cientifista que Fukuyama había dibujado en 1992.

EL MUNDO ÁRABE-MUSULMÁN, DE LA PRIMAVERA A LA CANÍCULA

Un año después de su estallido inicial, las llamadas «primaveras árabes» presentan, observadas desde Occidente, un balance problemático, quizás justamente a causa del optimismo ingenuo con el que este Occidente las vio despuntar. Si tomamos el caso de Egipto —que sigue siendo el epicentro y el hermano mayor de los países árabes—, esa inicialmente simpática y moderna revolución anti-Mubarak de jóvenes occidentalizados que se convocaban entre ellos a la plaza Tahrir de El Cairo a través de Twitter o Facebook se vio rápidamente sumergida por la realidad social de un país donde —según encuestas recientes— un 80% de la población considera legítima la lapidación de la mujer adúltera.

La traducción política de esta realidad social la dibujó, desde enero de 2012, la composición del Parlamento constituyente elegido durante los meses anteriores, el primero que los egipcios habían escogido democráticamente en toda su historia: el brazo político de la Hermandad Musulmana, el Partido Libertad y Justicia, tenía 225 escaños con el 47,2% de los votos; el partido al-Nur («la Luz»), de tendencia salafista, 125 diputados con el 24,3% de los sufragios, y por el contrario, La Revolución

Continúa, una coalición de izquierda impulsada por jóvenes de la plaza Tahrir, recogía sólo el 1,4% de los votos, traducidos en ocho escaños. Con el apoyo del 73,5% de los electores, las opciones islamistas más moderadas o más radicales totalizaban 359 de los 508 escaños de la asamblea.

La potentísima irrupción del islamismo desequilibró el matrimonio de conveniencia que, desde la caída de Mubarak, existía entre los Hermanos Musulmanes y la Junta Militar todavía gobernante, encabezada por el mariscal Mohamed Hussein Tantawi, y convirtió las elecciones presidenciales de mayo-junio en un pulso entre las dos fuerzas que llevan siete u ocho décadas disputándose el poder en el país del Nilo. Un pulso con un vencedor claro: el 30 de junio, Mohamed Mursi, el candidato de la Hermandad Musulmana, tomaba posesión como primer presidente civil de la República Árabe de Egipto con el apoyo del 51,7% de los votos emitidos en segunda vuelta.

Si Washington mostró rápidamente su voluntad de cooperar con el nuevo mandatario, y de influir a través de su apoyo económico —una ayuda financiera de 1.000 millones de dólares se anunció en septiembre, además de los 1.300 millones anuales para las Fuerzas Armadas—, la rápida destitución-jubilación del sempiterno mariscal Tantawi como ministro de Defensa abría un interrogante sobre las relaciones entre el nuevo poder civil y los todavía muy poderosos uniformados. El respeto de la Administración Mursi por la separación de poderes y por el pluralismo político, social y religioso del país; el alcance de su proyecto de crear «una nueva civilización» fundamentada en el islam (el llamado «proyecto Renacer»); el rumbo de su política exterior, y en particular la actitud hacia Israel, son algunas de las otras incógnitas que flanquean la transición egipcia.

La equivalencia entre procesos democratizadores y ascenso de fuerzas islamistas se produjo también en otros países partícipes de la «primavera árabe». En la cuna de ésta, en la aparentemente secularizada Túnez, las elecciones de octubre de 2011 a

una Asamblea Constituyente habían dado el triunfo (37% de los votos y 89 escaños sobre 217) al movimiento islamista Al Nahda, que formó un gobierno de coalición con dos partidos laicos. Sin embargo, éste y otros gestos tranquilizadores —especialmente sobre el respeto a los derechos de las mujeres— no han impedido una intensa pugna alrededor de la inclusión o no de la *sharia* en la nueva Constitución, mientras que a lo largo del año 2012 grupos radicales salafistas intentaban imponer violentamente la ley coránica en materia de moral y costumbres, o incendiaban parcialmente (en septiembre) la embajada de Estados Unidos en protesta por unas supuestas injurias a Mahoma.

En la vecina Libia, el posgadafismo ha seguido dominado por el caos de milicias, lealtades tribales y pulsiones centrífugas, sobre todo en la Cirenaica, si bien en junio las inéditas elecciones a una Asamblea Nacional otorgaron el triunfo al moderado y prooccidental Mahmud Jibril. Dos meses después, sin embargo, el asalto al consulado norteamericano de Bengasi y la muerte del embajador de Obama en el país árabe evidenciaron tanto la extrema fragilidad del Estado libio como la audacia de los grupos armados locales en la órbita de Al Qaeda.

Algo similar se podría decir sobre el Yemen. Allí, los riesgos de implosión territorial, la virulenta amenaza armada de Al Qaeda de la Península Arábiga y las presiones de Washington, Riad y los países del Golfo incitaron la renuncia pactada del dictador Ali Abdalá Saleh después de 33 años en el poder, y su salida del país a finales de enero. Poco después, las urnas ratificaban plebiscitariamente el hasta entonces vicepresidente, el general Abed Rabbo Mansur Hadi, como presidente de transición por un período de dos años, una fórmula que difícilmente podía satisfacer las expectativas democráticas de los estudiantes de Saná, y todavía menos resolver las debilidades estructurales de un estado casi fallido.

La única excepción significativa a los éxitos electorales islamistas ha sido Argelia, donde después de capear sin grandes pro-

blemas las protestas populares de 2011, el régimen dirigido por el presidente Buteflika ganó con rotundidad los comicios legislativos de mayo de 2012, con casi dos tercios de los escaños entre el histórico Frente de Liberación Nacional y un segundo partido oficialista. Eso sí, con una abstención del 57% y plausibles denuncias de fraude masivo por parte de la oposición confesional.

Considerando el conjunto del mundo árabe, se puede afirmar que las monarquías han resistido mejor el huracán revolucionario que los regímenes republicanos, seguramente porque poseen fuentes de legitimidad (religiosas, dinásticas...) que no tienen los Mubarak, Ben Ali, Gadafi, etcétera. Es el caso, sobre todo, de Marruecos, donde la llegada al gobierno del Partido de la Justicia y el Desarrollo, islamista moderado, después de haber ganado por mayoría simple las elecciones de noviembre de 2011, se ha visto minimizada por las maniobras del palacio real, y el primer ministro, Abdelilah Benkirán, no ha conseguido limitar el poder del rey Mohamed VI, diga lo que diga la nueva Constitución. En el Reino de Baréin, la monarquía suní, con apoyo militar de Arabia Saudita, mantiene sofocadas por la represión las protestas de la mayoría chiita, sin haber hecho mucho más que concesiones cosméticas. El emirato de Qatar, por su lado, sigue creyendo que la mejor forma de preservar la autocracia en casa es incitar a las revoluciones fuera de ella, ya sea a través de la cadena televisiva Al Jazeera o, directamente, suministrando armas y apoyo diplomático a las rebeliones libia y siria.

En cualquier caso, la flor más sangrienta y envenenada de la «primavera árabe» se localiza en Siria. Las manifestaciones prodemocráticas que empezaron en marzo de 2011, brutalmente reprimidas por la dictadura de Bashar al-Assad, se transformaron gradualmente en revuelta armada y después en guerra civil, ante la impotencia de la Liga Árabe y la parálisis de la ONU, donde Rusia y China —cada una por razones internas— defienden el principio de la no-injerencia. El conflicto —que en otoño de 2012 ya había causado, según la oposición, más de

40.000 muertes y todo tipo de atrocidades—, se ha ido sectarizando (la mayoría suní con la rebelión, las minorías alauí, drusa y cristiana con el régimen...) y los elementos islamistas, locales o foráneos, han adquirido un protagonismo creciente en las filas insurgentes, que no tienen una dirección política unificada. Esto, y las inmensas complicaciones de una hipotética intervención militar occidental, dibujan un empate estratégico que puede alargar durante muchos meses la destrucción y el sufrimiento. Y que también multiplica los riesgos de extensión territorial de la crisis más allá de las fronteras sirias.

En efecto, mientras Israel ha observado los acontecimientos con discreción, ha debatido problemas internos y ha disfrutado—al menos hasta el estallido bélico de noviembre en Gaza— de la novedad de no ser el centro de atención mediática de Oriente Medio, en el fragilísimo Líbano el antagonismo entre los chiitas de Hizbulah aliados de Al-Assad y los suníes afines a los rebeldes sirios ha dado lugar a varios brotes de violencia intercomunitaria y a decenas de muertos, el más significativo de los cuales es el general Wissam al-Hassan, jefe de la inteligencia policial y enemigo jurado del régimen de Damasco, asesinado en octubre. Con todo, el vecino que más se ha implicado en la guerra civil de Siria, hasta rozar la intervención militar, ha sido la Turquía de Recep Tayyip Erdoğan, de acuerdo con la orientación neotomana y la ambición de primogenitura regional de su política exterior.

Vale la pena mencionar que si, en el principio de las «primaveras árabes», la Turquía de Erdoğan había sido señalada como posible modelo de compatibilidad entre islam y democracia, la dinámica interna de la política turca cuestiona cada vez más esta hipótesis. Bajo el pretexto de castigar tramas golpistas reales o supuestas, el gobierno del AKP (Partido de la Justicia y el Desarrollo) ha hecho encarcelar a centenares de militares kemalistas, persigue a la oposición laica, diluye la separación de poderes, recorta las libertades y pretende reislamizar la educación, la moral pública y la vida social, al mismo tiempo que

se aleja de una Unión Europea en crisis para virar cada vez más hacia Oriente.

La otra potencia regional, Irán, ha visto un rápido debilitamiento del poder del populista presidente Ahmadinejad en beneficio de la autoridad religiosa del Guía Supremo, el clérigo Ali Jamenei; pero eso no ha impedido al régimen seguir haciendo ostentación de sus misiles con un alcance cada vez mayor, ni continuar, impertérrito, su programa nuclear. Con todo, las sanciones de Washington y de la Unión Europea (embargo total sobre las importaciones de petróleo iraní desde enero de 2012) han desatado la inflación y el malestar de las clases medias, poniendo al sistema teocrático a la defensiva. En este contexto adquieren todavía más importancia los esfuerzos por extender la influencia de Teherán por la América Latina bolivariana (Nicaragua, Cuba, Venezuela, Ecuador...) sobre la base de la común retórica antiimperialista. Y, sobre todo, se hace vital la supervivencia de la dictadura de Al-Assad en Siria, aliada estratégica crucial a la que los gobernantes iraníes brindan un apoyo ilimitado en armas, dinero y combatientes.

AFIANZAMIENTO DEL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

Los países de este subcontinente han conocido, a lo largo de 2012 dinámicas diversas que se pueden agrupar en dos grandes tendencias. Por un lado, la que inauguró el año con la toma de posesión en Nicaragua de Daniel Ortega para un tercer mandato presidencial sostenido sobre el fraude jurídico y electoral, y lo culminó con la reelección del venezolano Hugo Chávez gracias al apoyo del 55% de los votantes. Se trata, por supuesto, de los regímenes bolivarianos caracterizados por la arbitrariedad económica (nacionalizaciones, expropiaciones...), el discurso socializante y/o indigenista y la confrontación verbal contra Estados Unidos; y también por el poco respeto a la libertad de expresión, por mucho que el ecuatoriano Rafael Correa ofrezca

protección diplomática al creador de Wikileaks, Julian Assange... Pero, aunque tenga sus singularidades, también se puede colocar en este grupo al peronismo argentino de Cristina Fernández de Kirchner, que en abril procedió a la truculenta expropiación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), filial de la empresa española Repsol, y ha seguido agitando la reivindicación territorial de las islas Malvinas mientras restringe las libertades y prepara la reforma constitucional que le permitiría un tercer mandato presidencial.

En la otra tendencia, la del liberalismo económico y la democracia parlamentaria, se sitúan —con todas las diferencias históricas, sociales y culturales— desde el pequeño Panamá de Ricardo Martinelli hasta el enorme y emergente Brasil de la presidenta Dilma Rousseff, que ha corregido con un cariz más pragmático y menos ideológico las políticas de su predecesor y mentor, Lula da Silva. También se ha situado en esta línea el presidente del Perú desde medianos de 2011, Ollanta Humala, que aunque llegó al poder con un perfil parecido al de Hugo Chávez, renunció pronto a los experimentos para hacer bandera de la defensa del Estado de derecho y de un nacionalismo compatible con la apertura a las inversiones extranjeras. La alternancia electoral en México, con la victoria de Enrique Peña Nieto en nombre del Partido Revolucionario Institucional (PRI), no parece significar el regreso al poder de los *dinosaurios* de lo que fue durante siete décadas un partido-Estado, sino más bien el triunfo de un líder confesadamente católico y conservador, a punto para gobernar desde el centro y obligado a hacerlo con amplios consensos parlamentarios.

Finalmente, merece especial atención la evolución política en Colombia, donde el presidente Juan Manuel Santos, después de haber sido ministro de Defensa y heredero político de su predecesor, Álvaro Uribe, ha roto con el uribismo y con la tesis de una solución exclusivamente militar al conflicto guerrillero más antiguo de América. En otoño de 2012, Santos anunciaba el ini-

cio de un proceso negociador con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); un proceso que, inaugurado en Noruega a medianos de octubre, tenía que prolongarse previsiblemente durante muchos meses en La Habana, seguido por la castigada sociedad colombiana con una mezcla de esperanza y escepticismo.

ÁFRICA SUBSAHARIANA, O LA CARA OCULTA DE LA LUNA

No constituye una novedad en absoluto, pero durante el año 2012 buena parte del continente africano ha seguido sin merecer de Occidente casi ninguna atención ni diplomática ni mediática, como si fuese una enorme zona sin cobertura dentro de nuestro planeta globalizado e hipercomunicado. Las excepciones son esos Estados fallidos que, por serlo, se convierten en foco de amenazas para los intereses occidentales: los piratas y los islamistas de la milicia de Al-Shabab en Somalia —combatidos en el océano por barcos de guerra de la Unión Europea, y en tierra por tropas de la Unión Africana—; o bien los grupos islamistas radicales (entre ellos, Al Qaeda en el Magreb islámico) que, aliados con independentistas tuaregs, se apoderaron en marzo del inmenso y desértico norte de Malí, el Azawad. El riesgo de que, además de favorecer los ya crónicos secuestros de cooperantes o turistas occidentales, esta zona se transformara en un Afganistán o una Somalia en las puertas de Europa, ha movilizado a los gobiernos del África occidental, pero sobre todo a París o Madrid, para organizar una operación militar internacional que restablezca la autoridad del Estado maliano sobre el conjunto de su territorio.

Por lo demás, y en medio de una crisis económica europea que ha arrasado las políticas de cooperación a favor del desarrollo y contra la inmigración ilegal, el interés del Viejo Continente por el África negra se limita a esos países en fuerte crecimiento que ofrecen salidas laborales a la nueva emigración comunita-

ria, como Angola para los portugueses. Mientras China multiplica las inversiones y las compras de primeras materias sin preocuparse en absoluto por la democracia o por los derechos humanos, los gobiernos y el grueso de las opiniones públicas occidentales lo ignoran todo o hacen la vista gorda ante la sempiterna y devastadora dictadura de Robert Mugabe en Zimbabue, o con relación a la satrapía petrolera de Teodoro Obiang en Guinea Ecuatorial, o respecto al terror anticristiano que el grupo islamista Boko Haram hace reinar en el norte de Nigeria, o frente a los cíclicos choques armados en el Darfur sudanés y entre Sudán y Sudán del Sur. Ni siquiera las inextricables guerras y guerrillas en el este de la República Democrática del Congo, con implicación ruandesa y ugandesa y un coste de más de tres millones de muertos en dos décadas, han conseguido interesar de forma sostenida a los europeos.

Es cierto que, a lo largo de los últimos lustros, millones de africanos han visto mejorar de manera sensible su nivel de renta, pero la pobreza y la desigualdad siguen siendo colosales, hasta en el país más rico y desarrollado del continente. En Sudáfrica, donde el régimen del Congreso Nacional Africano ha sumergido el noble legado de Nelson Mandela en un océano de corrupción, nepotismo e incompetencia, la tasa de paro es del 40%, cerca de nueve millones de personas viven con menos de un euro al día, y la matanza de mineros en huelga que tuvo lugar en agosto evidenció que las prácticas policiales no habían cambiado mucho desde los oscuros tiempos del apartheid.

CHINA: CAPITALISMO BAJO LA BANDERA ROJA

En una ocasión le preguntaron a Zhou Enlai, primer ministro de la China Popular y brazo derecho de Mao, qué valoración hacía de la Revolución Francesa, que había ocurrido un siglo y medio antes: «es demasiado pronto para decirlo», respondió. En la segunda década del siglo XXI, y habiendo dejado atrás

toda pretensión revolucionaria, los sucesores de Zhou Enlai en el poder en Pekín parecen haber adoptado como filosofía la de otro régimen francés, la monarquía de Luís Felipe I, que su presidente del gobierno François Guizot resumió en una palabra: *Enrichissez-vous* (¡Enriqueceos!).

En efecto, el crecimiento económico incesante (del orden del 10% anual a lo largo de las tres últimas décadas) y la subsiguiente mejora del nivel de vida de la población (1.350 millones de habitantes) son las condiciones fundamentales del pacto tácito que permite al Partido Comunista mantener el monopolio del poder y que ha erigido a China en la segunda economía del mundo. Sin embargo, a lo largo de 2012 y en los prolegómenos del XVIII Congreso del PC de China, la fórmula hasta ahora tan lograda ha mostrado importantes síntomas de desgaste.

Éstos no hay que buscarlos en las inmoliciones de activistas tibetanos —por dramáticas que resulten—, ni en las protestas crecientes de víctimas de la expropiación abusiva de tierras o de desastres medioambientales, ni siquiera en las denuncias y demandas de libertad de expresión de intelectuales y universitarios disidentes. Habiendo reemplazado de facto el marxismo-leninismo-maoísmo por el nacionalismo, el régimen de Pekín sabe explotar los sentimientos patrióticos como factor de cohesión política y social —así lo evidenció el estallido de agitación antijaponesa del mes de septiembre por culpa de unos islotes deshabitados— y alimenta el orgullo de los chinos de volver a ser una gran potencia con gestos como la entrada en servicio del *Liaoning*, el primer portaaviones de la Armada Popular de Liberación. Todo esto en el marco de un programa de rearme que ha multiplicado el gasto militar por 5,5 en doce años.

No, los verdaderos problemas surgieron en el interior mismo del sistema, o como consecuencia de su lógica. Por un lado, la liquidación del legado ideológico de Mao suscita tensiones y resistencias, que han aflorado en el caso Bo Xilai: este alcalde de provincias y prometedor dirigente, partidario de un cierto retor-

no al maoísmo, fue destituido, expulsado del partido y procesado bajo acusaciones de corrupción y abuso de poder que los sectores izquierdistas —o antirreformistas— han visto como una purga política.

En cualquier caso, la falta de controles democráticos y de transparencia informativa favorecen la corrupción hasta los niveles más altos: el pasado otoño, *The New York Times* informó que el entorno familiar del primer ministro, Wen Jiabao, había acumulado una fortuna de 2.700 millones de dólares gracias a su influencia. Sin llegar tan lejos, el incremento de las desigualdades sociales o el precio prohibitivo de la vivienda en algunas zonas urbanas, nutren un malestar potencialmente peligroso.

No es extraño, pues, que en el discurso de apertura del XVIII Congreso del PCCh, en noviembre, el secretario general saliente, Hu Jintao, advirtiese sobre una corrupción que, si no se le pone remedio, «podría resultar fatal para el partido, y provocar el colapso del Estado». Por lo demás, esta asamblea quinquenal sirvió principalmente para formalizar un nuevo y bien pautado relevo generacional en el liderazgo: llegaban al vértice del poder los *príncipes rojos*, hijos de los fundadores del régimen, encabezados por un nuevo secretario general de cincuenta y nueve años, Xi Jinping, que en marzo de 2013 se convertiría en presidente de la República, con Li Keqiang como el más que probable primer ministro.

Los grandes retos de la nueva dirección colegiada serán el cambio de modelo de crecimiento económico —para centrarlo menos en las exportaciones y más en el consumo doméstico y la demanda privada— mientras dura la crisis financiera internacional; y, sobre todo, la preservación del sistema autoritario, del Estado-partido con su poder opaco y endogámico, en medio de la eclosión de unas clases medias acomodadas, dinámicas y lógicamente favorables a las reformas, en medio del acelerado cambio social en un enorme país que ya suma más de 500 millones de internautas.

RUSIA; NEOZARISMO CON HIDROCARBUROS

El regreso de Vladímir Putin, en marzo de 2012, a la presidencia de la Federación Rusa gracias a una nueva permuta de cargos con su dócil álgter ego, Dimitri Medvédev, confirmó definitivamente la deriva autoritaria de la potencia euroasiática. Hombre fuerte del Kremlin desde el año 2000, Putin ha ido construyendo un régimen a su medida, un sistema caracterizado por el uso abusivo de los resortes del poder en detrimento de las libertades democráticas, por la adulteración del pluripartidismo mediante partidos creados y favorecidos desde el aparato del Estado (Rusia Unida, Rusia Justa...), por un nacionalismo inclinado a exhibir músculo militar y maneras imperiales, por una estrecha alianza con la Iglesia ortodoxa y por una represión implacable contra los opositores activos; represión que ha tenido su ejemplo más escandaloso en las componentes del grupo de punk Pussy Riot, pero que, en casos extremos, puede llevar al adversario del régimen literalmente hasta Siberia, como es el caso del antiguo oligarca en desgracia, Mijaíl Jodorkovski.

En definitiva, Vladímir Putin ha puesto en pie un sistema que recuerda mucho —y no sólo por la recuperación de antiguos uniformes y viejas liturgias monárquicas— al zarismo de finales del siglo XIX. Con la diferencia de que, si la Rusia de Alejandro III era un gigante económicamente descalzo, la de Putin se ha beneficiado de su enorme potencial exportador de petróleo y gas, del incremento de la demanda energética en Europa y Asia y de un largo ciclo de precios altos de los hidrocarburos en el mercado mundial. El crecimiento de una próspera clase media urbana deseosa de ley y orden, y la secular familiaridad de la Rusia profunda con los liderazgos personales fuertes, resolutivos y pretendidamente protectores, explican que Putin disfrute de un amplísimo apoyo social interno.

Por otro lado, la voluntad del líder ruso de recuperar el peso internacional de la extinguida Unión Soviética y, en la medida

de lo posible, su *hinterland* imperial ha llevado a Moscú a favorecer a los regímenes afines, autoritarios pero amigos, dentro del antiguo espacio soviético. El caso más notorio es el de Bielorrusia, donde Aleksandr Lukashenko ejerce, con la bendición del Kremlin, una implacable dictadura de hecho desde 1994. Tiende a asemejarsele cada vez más la Ucrania del presidente Victor Yanukóvich, donde la líder opositora y ex primera ministra Yulia Timoshenko está en prisión condenada por «abuso de poder», y donde las medidas rusificadoras corren en paralelo con el distanciamiento de Kiev respecto a Bruselas. Azerbaiyán —donde la dinastía Aliyev gobierna desde 1969—, el Kazajistán del presidente vitalicio (en el cargo desde 1990) Nursultán Nazarbáyev, o el Uzbekistán del dictador (también desde 1990) Islam Karimov son otros ejemplos de Estados ex soviéticos protegidos o asociados a Rusia, a los cuales la comunidad internacional disculpa la falta absoluta de democracia gracias a los enormes recursos naturales explotables, a las grandes posibilidades de inversión y negocio y al valor estratégico de sus geografías.

OBAMA, REVALIDADO

Como sucede cada cuatro años, en 2012 la vida pública en Estados Unidos ha estado dominada por las elecciones presidenciales de noviembre, en las que tenían que enfrentarse el presidente en ejercicio, Barack Obama —sin rival en las filas demócratas—, y el republicano Mitt Romney, ex gobernador de Massachusetts y el primer mormón en aspirar a la Casa Blanca, investido con la candidatura después de un disputado proceso de primarias.

Obama se enfrentaba a la batalla por la reelección sin el aura de taumaturgo que envolvió su llegada a la presidencia, en enero de 2009, y con las enormes expectativas de ese momento muy rebajadas. Pero cuatro años después, como subrayó una consigna recurrente de su campaña, «Bin Laden está muerto y la General Motors está viva». A pesar de una política exterior cauta

y poco belicosa (al parecer de los republicanos, demasiado blanda con relación a las primaveras árabes, por ejemplo), el enemigo público número uno de los Estados Unidos desde el 11-S de 2001 había sido abatido en Pakistán en mayo de 2011. Y, en el frente económico interno, el catastrófico legado de George W. Bush empezaba a difuminarse gracias a una recuperación frágil (la tasa de paro en octubre era del 7,9%) pero innegable si se tenía en cuenta la situación del sistema financiero o de la industria automovilística.

A pesar de todo, la batalla electoral Obama-Romney no fue solamente un duelo entre dos fórmulas contrapuestas para reducir el déficit —aumentando los ingresos según el demócrata, reduciendo el gasto según el republicano—, sino que tuvo también una importante dimensión ideológica, confrontando posiciones antagónicas sobre el papel y los límites del Estado y del mercado, sobre el aborto, el matrimonio homosexual, la legalización del consumo de drogas, etcétera. Y es probablemente en estos terrenos donde Obama consiguió una ventaja decisiva entre las mujeres, los hispanos, los afroamericanos, los asiáticos, los gays y otras minorías. Así, el martes 6 de noviembre el primer presidente negro de Estados Unidos obtuvo la reelección con el 50,3% de los votos populares, frente al 48,7% de un Mitt Romney que no había conseguido despojarse de la imagen de rico insolentario con convicciones poco firmes.

El segundo mandato de Barack Obama, en cualquier caso, no se presenta plácido ni sencillo. Con una mayoría republicana en la Cámara de Representantes y la amenaza de caer en el *fiscal Cliff* («precipicio fiscal») en enero de 2013, con la sombra de la hegemonía china cada vez más presente en la región de Asia-Pacífico y el exasperante —para los americanos— tablero de ajedrez de Oriente Medio más complicado que nunca, el reelegido presidente no lo tendrá fácil si quiere pasar a la historia por más motivos que el color de su piel.

EL DECLIVE DE EUROPA

Mientras el todavía joven siglo XXI va dibujando cambios transcendentales en el equilibrio demográfico, político y económico del planeta (la ya mencionada irrupción de China, pero también el peso creciente de la India y Brasil, los síntomas de fatiga de Japón como tercera economía mundial, etcétera), uno de estos cambios, el que más nos afecta, resulta quizás menos visible por estar demasiado cerca: el declive de Europa.

Nos referimos, por supuesto, a la crisis financiera y económica que empezó a hacerse notar en 2007-2008, a pesar de que algunos gobernantes tardasen en admitirlo. Pero aludimos, sobre todo, a las consecuencias políticas y sociales de esta crisis, y a la realidad de fondo que la crisis ha hecho aflorar: la debilidad estructural de la Unión Europea tal y como se había construido hasta ahora. El establecimiento, una década atrás, de una unión monetaria sin unión fiscal, ni económica, ni bancaria era un experimento de alto riesgo que se ha estrellado contra la recesión, rompiendo la solidaridad entre el norte y el sur de la Unión y amenazando su cohesión básica.

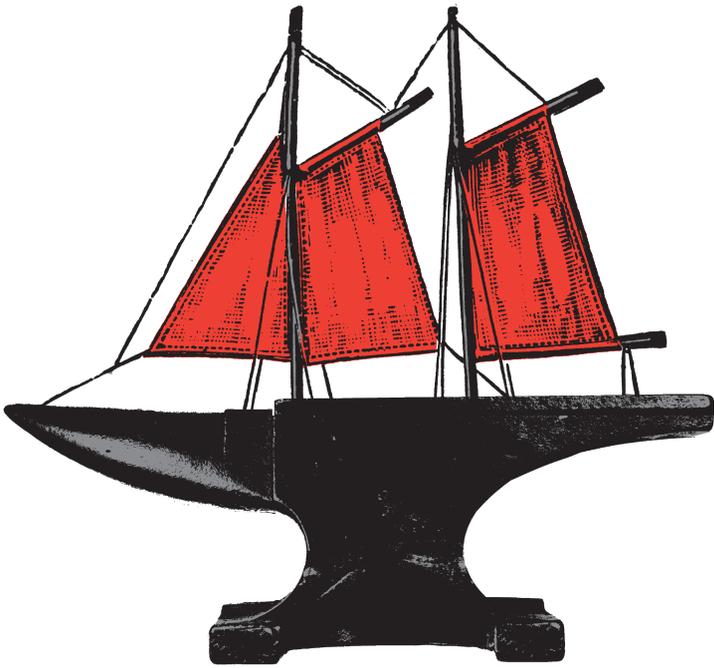
Capitaneado por una Alemania cada vez más decisiva en el seno de las instituciones europeas, el norte acentúa su visión negativa sobre un sur indolente, malbaratador y parásito, mientras que, en los países meridionales rescatados o en riesgo de serlo, Berlín y la canciller Angela Merkel se convierten en los símbolos detestados de un rigor presupuestario y fiscal que resulta devastador para las rentas bajas, para los servicios sociales, para la posición de los funcionarios públicos, etcétera. Cuando, por las calles de Atenas, de Lisboa o de Madrid, se identifica a la Alemania de 2012 con el Tercer Reich y a Merkel con Hitler, parece evidente que la UE no disfruta de una salud moral muy buena. Salud que difícilmente le van a devolver los eurócratas grises, faltos de legitimidad democrática directa y cautivos de los gobiernos estatales, como José Manuel Durao Barroso o Herman

Van Rompuy. Más integración y más participación ciudadana directa son las únicas terapias efectivas.

Por otro lado, la supuesta «dictadura económica» del centro-derecha alemán gobernante sobre las políticas europeas ha sido más fácil criticarla que contraponerle alternativas. La elección, en mayo, del socialista François Hollande como presidente de la República Francesa hizo concebir esperanzas de que París se convirtiera en el escaparate de una respuesta diferente, de una respuesta de *izquierdas* a la crisis. Pero las medidas anunciadas por Hollande en noviembre bajo el rótulo de «pacto para la competitividad» (duros recortes del gasto público, aumento del IVA, exenciones fiscales para las empresas...) han decepcionado esas expectativas.

La dramática situación de Grecia ha sido, durante 2012, a la vez metáfora y punta del iceberg de la crisis europea. En el país donde nació la democracia, a los pies de una Acrópolis que simboliza la cuna de la cultura europea, la democracia y el europeísmo han mostrado sus límites. Las elecciones parlamentarias avanzadas al 6 de mayo dieron un resultado que imposibilitaba formar una mayoría de gobierno coherente y, en consecuencia, obligaba a una nueva cita con las urnas el 17 de junio. Esta vez, la polarización entre partidarios y adversarios de cumplir las condiciones del rescate europeo dio la victoria a los primeros, y el líder conservador Andonis Samarás formó un ejecutivo de compleja coalición que permanece asediado por las protestas sociales mientras intenta renegociar los plazos del programa de austeridad dictado por la UE y el Fondo Monetario Internacional.

La problemática griega y, a pesar de ser menos agudas, la portuguesa, la española o la italiana ilustran el desgaste de las estructuras tradicionales de la Unión, y en este sentido también ayudan a explicar el crecimiento de las fuerzas centrífugas que en Escocia, en Flandes o en Cataluña, reivindican para estos territorios un cambio de estatus sin renegar, más bien al contrario, de la apuesta por la integración continental.



Raphael Minder España en 2012

En diciembre de 2011, un mes después de que el Partido Popular llegara al poder, Mariano Rajoy utilizó su primer discurso en el Parlamento como presidente del Gobierno para hacer una serie de promesas que incluían bajar los impuestos, mejorar la eficiencia del sector público y sanear el sector bancario. «Se equivocan totalmente los que piensan que España no será capaz de hacer las reformas que necesita para tener éxito en la Europa del euro», dijo Rajoy a los legisladores. Pero, un año

más tarde, este éxito sigue esquivando a España. En cambio, Rajoy sigue estancado en el frente de la crisis del euro, incapaz de convencer a los inversores de que España cumpliría con los objetivos presupuestarios que se acordaron con sus homólogos europeos, mientras también debe enfrentarse a un 25% de paro sin precedentes y a protestas masivas en la calle.

Para poner sal en la herida, Rajoy tuvo que retractarse e incumplir algunas de sus promesas electorales —como la reciente subida del impuesto sobre el valor añadido, que ha dejado en una situación precaria a sectores como la cultura o el pequeño comercio en tiempos de consumo nacional bajo.

En junio, su Gobierno también negoció un rescate europeo de los bancos de 100.000 millones de euros, que Rajoy había jurado que los bancos españoles jamás necesitarían. Ahora se espera que lleguen a España más fondos europeos, como adquisiciones de bonos del Banco Central Europeo, por muy reticente que se haya mostrado Rajoy en aceptar esta medida.

También hay otros temas difíciles que se han sumado a los problemas del presidente, en especial el desafío separatista de Cataluña que amenaza con estallar.

Algunas de las últimas noticias desde Bruselas tampoco han sido muy tranquilizadoras. España vio cómo la economía del país se transformaba con los miles de millones de euros de subsidios que se recibieron en los veinticinco años que lleva en la UE, desde 1986. Pero ahora Rajoy se apresura en evitar un recorte importante en el flujo de ayuda como parte del próximo presupuesto de la UE.

Irónicamente, las negociaciones del presupuesto de la UE —que seguramente llevarán meses— obligan a Rajoy a argumentar que España y sus comunidades se encuentran en peor forma de lo que puede parecer y que no deberían incluirse en el club de los ricos de Europa.

No se puede cargar toda la culpa de los males de España a Rajoy. Heredó una economía que caía en picado después de

que su predecesor, José Luis Rodríguez Zapatero, no consiguiera darse cuenta rápidamente de que España no podría quedar al margen de la crisis económica mundial.

Rajoy también se encontró con unas finanzas públicas que eran mucho peores de lo que la Administración socialista había reconocido. En vez del objetivo de déficit del 6% del producto interior bruto que había prometido Zapatero, España terminó el 2011 con un déficit que en la última revisión ascendía al 9,4% —una diferencia impactante casi del mismo nivel que los errores de cálculo de cuentas de Grecia.

Pronto también aparecieron problemas inesperados en un sector bancario que ya hacía tiempo que se presentaba como un modelo de supervisión cautelar, en parte porque el Banco de España había forzado a algunas instituciones a tomar medidas anticíclicas. De hecho, el Banco de España dejó que el sector llegara al borde del colapso después de una década de préstamos inmobiliarios imprudentes y de una supervisión reguladora poco estricta.

En muchos sentidos, parece que el Gobierno de Rajoy se pasó todo el 2011 de un problema bancario inoportuno a otro.

En febrero, el ministro de Economía Luis de Guindos fue lo bastante confiado para predecir que España pondría punto y final a sus problemas bancarios si los bancos llevaban a cabo un saneamiento de 50.000 millones de euros adicionales de activos inmobiliarios problemáticos. En una conferencia de prensa, De Guindos dijo que esta cobertura adicional era «substancial», sobre todo considerando lo que se había hecho hasta entonces —entre 2008 y junio de 2010, los bancos sólo hicieron provisiones de 66.000 millones para activos inmobiliarios dudosos, incluso con la caída del sector de la construcción.

Quizás era «substancial», pero lo que es seguro es que no era suficiente. En tres meses, Bankia pasó de ser un socio potencial en una fusión —las especulaciones se centraban en si caería en los brazos de CaixaBank— a ser un escaparate de mala gestión.

Bajo la presidencia de Rodrigo Rato, Bankia consiguió registrar las pérdidas más elevadas de la historia bancaria de España. Rato, por si alguien no se acuerda, se suponía que era la *crème de la crème* de las finanzas españolas, el prestigioso ex ministro que había guiado la economía del país en los primeros años del boom, y que también fue el rival principal de Rajoy para liderar el partido, hasta que finalmente dejó Madrid para coger el timón del Fondo Monetario Internacional.

El colapso de Bankia no sólo fue de una escala sin precedentes, sino que también fue muy traumático. El 2 de mayo, Rato dijo a los periodistas que estaban «en una situación de mucha robustez desde el punto de vista de solvencia y también desde el punto de vista de liquidez». Cinco días después, el Gobierno empujaba a Rato para que anunciara su dimisión, preparando el camino para la nacionalización de Bankia.

¿Incompetencia grave, ignorancia o negligencia criminal? Lo decidirá un tribunal español, porque Rato y otros ejecutivos de Bankia se enfrentan a una demanda de los accionistas insatisfechos que compraron acciones de Bankia menos de un año antes en una oferta pública inicial, que se presentó como un ejemplo a seguir para las otras cajas de ahorros.

Después de las negociaciones sobre el rescate bancario de junio, Rajoy se fue inmediatamente a Polonia para ver jugar a la selección española en la Eurocopa. El último comentario que hizo sobre la crisis bancaria, antes de irse al aeropuerto para coger el avión, fue que «la situación está resuelta».

No tan de prisa, señor Rajoy. En noviembre, mientras escribía este análisis del año, el Gobierno todavía corría para poner punto y final a la crisis bancaria estableciendo el llamado banco malo donde se transferirán los activos más tóxicos. La valoración de estos activos tóxicos, sin embargo, ha creado un nuevo problema por culpa del efecto dominó que podría tener en los otros activos inmobiliarios de los bancos.

Al mismo tiempo, Bruselas estaba a punto de anunciar las condiciones para ceder parte de los 100.000 millones del rescate negociado en junio. Además de los recortes de empleos, seguramente los bancos también se encontrarán de nuevo en una trayectoria de choque con sus clientes de acciones preferentes, muchos de los cuales se han sentido engañados por sus bancos y han llevado sus quejas de desinformación a los tribunales.

El sistema judicial de España, mientras tanto, también se ha pasado gran parte de 2012 en el banquillo de los acusados, en medio de la creciente preocupación sobre eficiencia e imparcialidad. El Tribunal Supremo, especialmente, generó controversia, dentro del país y a nivel internacional, cuando en febrero declaró culpable e inhabilitó a Baltasar Garzón, el juez español más combativo y prominente, por excederse en sus competencias en un caso de intervención de conversaciones telefónicas.

Sin embargo, en julio le tocó al propio Tribunal Supremo encajar un golpe importante, tanto en su imagen como en la de España, cuando su presidente tuvo que dimitir después de ser acusado por otro juez de cargar vacaciones en la cuenta de gastos laborales. En un principio, Carlos Dívar, hijo y nieto de jueces, no cedió, incluso cuando los medios de comunicación publicaron detalles de hasta 32 viajes de vacaciones, por los que Dívar contabilizó unos 28.000 euros como gastos por supuestas reuniones de trabajo.

Incluso cuando salía por la puerta, el señor Dívar seguía defendiendo que siempre había separado los gastos privados de los de negocios, negando que hubiera cometido «ninguna irregularidad ni jurídica, ni moral, ni política».

Añadiendo un tono irónico a la situación, la última aparición oficial de Dívar fue presidiendo con mucha pompa la ceremonia que marcaba el segundo centenario del Tribunal.

¿Pueden el Supremo y el resto del poder judicial empezar su próximo siglo de vida mejorando su reputación y eficiencia? El

veredicto está decidido, pero los problemas son profundos y se extienden mucho más allá del sistema judicial.

Es un buen ejemplo una de las últimas decisiones que tomó el presidente Rodríguez Zapatero antes de traspasar el cargo a Rajoy: el indulto de Alfredo Sáenz, un alto ejecutivo del Banco Santander, que implicaba conmutar por una multa una pena de tres meses de prisión y la inhabilitación temporal como banquero.

El líder socialista dejaba el Gobierno y no ofreció ninguna explicación por este indulto inesperado que se había decidido después de que el Tribunal Supremo ratificase una sentencia previa contra Sáenz, que en 1994 fue condenado por acusación falsa contra unos presuntos deudores del Banesto (un sorprendente ejemplo previo de mala gestión).

Con o sin interferencia política, el poder judicial español también necesita urgentemente una revisión porque la cantidad de casos legales seguramente seguirá aumentando como consecuencia de la crisis económica. Los tribunales deberían esperar más casos de bancarrota en los próximos meses, así como más disputas legales entre dirección, accionistas y trabajadores despedidos. Mientras tanto, siguen aflorando más irregularidades de las que sostuvieron los años de auge económico y la burbuja inmobiliaria española. Desde Valencia hasta Galicia, tanto políticos regionales como locales, a menudo confabulados con sus cajas de ahorros, aprobaron gastos en infraestructuras ficticias o excesivas, o concedieron permisos de construcción ilegales a promotores. Al mismo tiempo, los banqueros aumentaban sus Carteras de préstamos mientras los consultores y otros intermediarios se embolsaban honorarios sospechosos por este tipo de trabajo.

Estos pagos de honorarios sospechosos han llegado incluso hasta Iñaki Urdangarin, el yerno del rey Juan Carlos, que es el primer miembro de la familia real que ha tenido que comparecer ante un juez. El caso todavía no está cerrado, pero podría tener implicaciones importantes ya que los investigadores están inten-

tando localizar cuentas en varios países extranjeros e investigan el papel de algunos políticos importantes, en sitios como Valencia o las Baleares, en la concesión de contratos sustanciosos para eventos turísticos y deportivos.

La investigación no incluye al rey, que de hecho intentó disuadir a su yerno de que continuara estos negocios años antes de que se investigaran.

Pero el rey Juan Carlos también ha tenido sus problemas —y no sólo de salud—; unos problemas que incluso le obligaron a ofrecer una disculpa pública sin precedentes por un viaje privado de caza de elefantes que impactó a un país hundido en la crisis económica.

Mientras tanto, Rajoy se ha visto obligado a ayudar a los políticos autonómicos, muchos de ellos ahora del propio Partido Popular. Mientras Madrid pedía políticas más útiles al BCE, las comunidades autónomas españolas llamaban a la puerta porque necesitaban fondos de rescate para ayudarlas a cumplir con sus obligaciones de refinanciación y a pagar a sus proveedores de servicios básicos como la sanidad.

En un mes, los 18.000 millones del fondo de emergencia que el Gobierno había establecido de ayuda a las autonomías estaban solicitados prácticamente del todo, con una petición de alta prioridad de 5.000 millones de Cataluña.

Las autonomías se han quedado fuera de los mercados de la deuda y es improbable que resuelvan pronto sus problemas económicos. De hecho, el Gobierno dijo en noviembre que el fondo debería aumentar hasta los 23.000 millones de euros para cubrir las necesidades.

Desde que accedió al puesto, Rajoy y su Administración no se han cansado de pedir más tiempo, argumentando que sus políticas no deberían juzgarse por un solo año en el Gobierno. Por ejemplo, a pesar del aumento de la desocupación, el Gobierno defiende que su reforma laboral al final permitirá que España

tome otro giro y salga de la crisis como una de las economías europeas más productivas y competitivas.

El 20 de noviembre, exactamente un año después de que el Partido Popular ganara las elecciones con la mayoría más amplia que había conseguido jamás, María Dolores de Cospedal, secretaria general del Partido Popular, defendió que la Administración de Rajoy había conseguido «cosas extraordinariamente importantes» en un año, sobre todo teniendo en cuenta la situación surrealista que había heredado. «Esa realidad que se nos había planteado como país no existía», dijo: «era ficticia».

Sin embargo, los críticos señalan que pocos políticos han tenido tanto tiempo para prepararse para el cargo como Rajoy. Había perdido las elecciones dos veces y en la tercera tenía el éxito prácticamente asegurado desde principios de 2010, después de que Grecia se viera obligada a pedir el rescate y los inversores apuntaran hacia España y su sector bancario que se desplomaba.

Rajoy, en cambio, no empezó presentando una estrategia clara. En realidad, después de las elecciones incluso retrasó el anuncio de quiénes serían los miembros de su Administración, desencadenando de la nada otra ola de especulaciones en los medios. Cuando finalmente se anunciaron los nombres de los nuevos ministros, los inversores tuvieron que hacer especulaciones para saber exactamente quién estaría al mando de la economía, porque las competencias principales estaban repartidas entre dos ministros —De Guindos y Cristóbal Montoro— o incluso tres, si contamos a la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría, que se encarga de explicar la mayoría de las decisiones económicas más cruciales.

En vez de quedar más clara, esta estructura confusa de poder se ha hecho más profunda con los meses e incluso ha provocado disputas abiertas entre los ministros sobre temas clave, como la revisión del prohibitivo sistema de subsidios energéticos

de España. De alguna forma, parece que Rajoy ha mantenido una estrategia cercana a la de «dividir y gobernar» de los británicos en el punto álgido de su imperio. Ha dejado a los otros en la primera línea y evita hacer declaraciones públicas sobre temas delicados.

En octubre, cuando el ministro de Cultura José Ignacio Wert respondió al desafío catalán con un polémico anuncio pidiendo en cambio la españolización de los catalanes, fue el rey Juan Carlos, en vez de Rajoy, el que le dijo a Wert que había ido demasiado lejos.

Rajoy no estaba destinado a ser el líder más carismático ni el más extrovertido de España. En una autobiografía, *En confianza*, que se publicó durante la campaña el pasado septiembre, recordaba cuando era un joven tranquilo y estudioso, siguiendo a un padre que subía los escalones del sistema judicial de Franco hasta que consiguió ser registrador de la propiedad.

«Yo creo que me parezco mucho a mi padre», escribió Rajoy. «Él es perfeccionista y algo introvertido y muy prudente.» Pero, basándonos en algunas entrevistas y reuniones privadas, parece claro que la prudencia natural de Rajoy no ha desconcertado sólo a los medios y a los observadores externos, sino también a los que trabajan con él desde hace tiempo o a los que han intentado negociar con él.

«Está claro que ha estado dirigiendo desde la retaguarda, pero lo más importante es que ahora dirige», me dijo Andreu Mas-Colell, conseller de Economía de Cataluña, el pasado junio en ocasión del encuentro del Círculo de Economía en Sitges.

Esta prudencia se ha extendido hasta el punto de posponer un presupuesto nacional potencialmente polémico para intentar ganar primero las elecciones autonómicas de Andalucía.

La estratagema del aplazamiento falló en Andalucía —el Partido Popular no consiguió destronar a los socialistas de su fortaleza en la comunidad autónoma más poblada de España—,

pero también ilustró hasta qué punto Rajoy se ha centrado en la agenda política nacional en vez de en las prioridades económicas y en el futuro de Europa.

Después del 6 de septiembre, cuando Mario Draghi, presidente del BCE, anunció un programa de adquisición de bonos diseñado pensando especialmente en España e Italia, Rajoy continuó aferrándose a un simple «Cuando tenga alguna novedad se la contaré. Aún no he tenido tiempo de leer la comparecencia del presidente del BCE, Mario Draghi».

A pesar de la presión reciente de España para una unión fiscal y bancaria europea más cerrada, Rajoy no ha conseguido que le perciban como un político que se preocupa por los intereses de Europa —y no sólo por los de España. Esta visión limitada es sin duda un rasgo que comparten muchos de sus homólogos.

Pero la actitud rozaba el aislacionismo en los primeros meses del mandato de Rajoy, sobre todo cuando, de forma unilateral, relajó los objetivos de déficit acordados, «en nombre de la soberanía española». Se anunció el 3 de marzo en ocasión de una cumbre de dirigentes de la UE. En vez de utilizar la reunión para conseguir su apoyo en un objetivo revisado, Rajoy decidió no avisarles ni consultarlo antes de anunciar el cambio en el déficit.

Desde entonces, el empeoramiento de la crisis y la debilitación del poder de negociar de España han forzado a Rajoy a adoptar un tono más conciliador en el escenario europeo. Sin embargo, algunos miembros de la Administración han seguido culpando directamente a Europa en vez de centrarse en los defectos de España. En julio, José Manuel García-Margallo, ministro de Asuntos Exteriores, se saltó la diplomacia y atacó al BCE por no ayudar a España a reducir el coste del préstamo. El ministro argumentó que el BCE actuaba como un «banco clandestino que no está haciendo nada para parar el incendio de la deuda pública».

Cuando el 2012 llegaba a su fin, Rajoy se enfrentaba a protestas generalizadas en la calle en contra de las medidas de

austeridad. Cuando el gobierno presentó otro presupuesto duro para 2013, los sindicatos decidieron organizar la segunda huelga general del año, que tuvo lugar el 14 de noviembre. La huelga no tuvo mucho impacto —lo que demostró el debilitamiento de los sindicatos españoles—, pero el día terminó con manifestaciones masivas en Madrid, Barcelona y otras ciudades de todo el país.

Los políticos autonómicos también están bajo presión, sobre todo en Madrid y en Valencia, donde los farmacéuticos, el personal hospitalario y los trabajadores de las cadenas de televisión autonómicas encabezan las protestas y huelgas en contra de los recientes recortes.

La crisis no termina nunca, y también parece que el Gobierno se preocupa más de las políticas de poder blando y de la imagen del país. De hecho, hace poco se lanzó una campaña de la «Marca España» diseñada para destacar la solidez de sus empresas, de sus exportaciones y de sectores como el turismo y la industria automovilística.

Buena parte de estos esfuerzos se centran en convencer a los mercados financieros y a posibles inversores de que España sigue abierta y que, además, es tentadora.

En noviembre, por ejemplo, Rajoy utilizó una cumbre en Cádiz para intentar encontrar nuevas vías de explotación de los lazos históricos y culturales que unen España con América Latina y para convencer a los dirigentes de la región de que inviertan más en España. Al mismo tiempo, también sugirió que el país podría ser «la plataforma más cercana» de las empresas para entrar en el resto de Europa e incluso en el norte de África.

«España recibe las inversiones de América Latina con los brazos abiertos», dijo Rajoy en su discurso principal frente a los presidentes latinoamericanos.

Pero antes de dar la bienvenida a los inversores extranjeros, Rajoy debe procurar que las empresas españolas no hagan la maleta e inviertan fuera para contrarrestar la bajada de los ingresos en España.

De hecho, unos días después de que Rajoy pidiera inversiones a las empresas latinoamericanas, Víctor Grífols, presidente de una de las empresas con más éxito de España, agradeció un premio que le habían dado un grupo de analistas financieros por su iniciativa empresarial diciendo que no invertiría ni un céntimo más en España y amenazando con trasladar su negocio a Estados Unidos.

El empresario catalán insistió en que esto también lo aplicaba a las inversiones que hacía en Cataluña y definió España como un sistema fallido, tanto en el ámbito económico como en el institucional, señalando especialmente a la monarquía, a los gobiernos autonómicos, a los sindicatos no representativos y a un Senado «que nadie sabe ni para qué sirve».

El desinhibido Grífols quizás no representa a la mayoría de las empresas españolas y las opiniones que expresó podrían estar influenciadas por las tensiones políticas recientes entre Cataluña y el Gobierno central de Madrid.

Sin embargo, comentarios como éstos demuestran hasta qué punto ha fracasado Rajoy de momento en la batalla de las relaciones públicas en casa, por no hablar de en el extranjero. De hecho, las encuestas de opinión muestran que la popularidad de Rajoy y de los otros políticos españoles está a punto de ser más baja que nunca y la desconfianza en instituciones como el sistema judicial y los medios se ha disparado.

Un estudio del Pew Research Center, publicado en mayo, también mostraba que los españoles eran los únicos ciudadanos de los países europeos encuestados que tenían una imagen de ellos mismos mucho peor que la que tenía el resto de Europa de ellos.

Rajoy todavía puede salir ileso de la crisis, sobre todo porque es de los pocos dirigentes occidentales con una mayoría parlamentaria cómoda y sin ningunas elecciones a la vista hasta 2015.

En algunos casos se puede argumentar que las tácticas para ganar tiempo que ha utilizado han sido útiles para España, sobre

todo en el contexto de una Europa que se replantea la estrategia de la austeridad ahora que Grecia y otros países se acercan a la asfixia económica. Si España finalmente pidiera más financiación al BCE, seguramente sería a cambio de condiciones de austeridad menos estrictas de las que se le hubieran concedido hace sólo unos meses.

Mientras tanto, Rajoy también ha podido coger un poco de aire gracias a Artur Mas, el presidente de la Generalitat, a quien la decisión de celebrar elecciones autonómicas anticipadas no le salió bien. En vez de contemplar la soberanía, Mas y su partido en el Gobierno ahora se ven obligados a llevar a cabo negociaciones complicadas con otros partidos para continuar gobernando.

Sin embargo, problemas como el de Cataluña o la financiación de las autonomías se han archivado, pero no se han resuelto. Y, si el 2012 puede servir de guía para el año que viene, Rajoy y España deberían esperar más imprevistos, especialmente sabiendo que el país no saldrá de la recesión durante 2013.

¿Es sólo coincidencia que este año España tuviera que enfrentarse a tantos retos institucionales, políticos, sociales y financieros distintos a la vez?

En septiembre, Rocío Martínez-Sampere, diputada socialista en el Parlamento de Cataluña, me ofreció una respuesta plausible cuando le pregunté por qué la campaña de Cataluña por el separatismo había empezado a coger impulso precisamente cuando Rajoy estaba asediado con tantos problemas urgentes. «Desafortunadamente, una crisis económica importante tiende a hacer aflorar todo tipo de problemas a la vez», me dijo.

AUTORES

Antón Costas

Joan B. Culla i Clarà

Alejandro Estruch

Luc Ferry

Jordi Gracia

Emilio Lamo de Espinosa

Mark Leonard

Juan-José López Burniol

Raphael Minder

Wolfgang Münchau

Josep Piqué

Josep Ramoneda

Carmen M. Reinhart

Tzvetan Todorov

Antón Costas Comesaña

Matamá, 1949

Catedrático de Política Económica de la UB

Antón Costas Comesaña nació en Matamá, Vigo, en 1949.

Es ingeniero técnico industrial (Vigo, 1972) y licenciado en Economía (Barcelona, 1977).

Su tesis doctoral fue dirigida por los profesores Fabián Estapé y Ernest Lluch. Estudió el pensamiento y la política económica liberal del siglo XIX.

Doctor en Economía (Barcelona, 1982). Actualmente es catedrático de Política Económica de la UB y director del Máster en Economía y Regulación de los Servicios Públicos Económicos, UB.

Su interés académico y sus publicaciones se centran especialmente en el estudio de los procesos de formación de políticas públicas, analizando el papel que juegan las ideas, los intereses y las instituciones en estos procesos. En particular ha analizado procesos de reforma económica.

Ha publicado una docena de libros y numerosos artículos y ensayos sobre estas cuestiones.

Sus publicaciones más recientes se relacionan con el análisis de las causas, efectos y respuestas a la crisis de 2008. *La crisis de 2008. De la economía a la política y más allá* y *La torre de la arrogancia*.

Políticas y mercados después de la tormenta (2011).

Ha ocupado varios cargos académicos. Ha presidido o formado parte de numerosas comisiones de expertos para asesorar a gobiernos y corporaciones sobre problemas económicos y políticas públicas. Es vicepresidente de la junta directiva del Circulo de Economía.

Desarrolla una intensa actividad de divulgación y debate sobre los problemas económicos actuales a través de conferencias, seminarios, artículos y colaboraciones en medios de comunicación escrita y audiovisual. Es columnista económico y de opinión del periódico

El País y de *El Periódico de Catalunya*.

En el ámbito empresarial, es consejero de varias empresas.



Joan B. Culla i Clarà

Barcelona, 1952

Historiador

Nacido en Barcelona en 1952, se licenció en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Barcelona en 1975, y se doctoró en la misma en 1985. Desde 1977 es profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona en las Facultades de Ciencias de la Comunicación y de Filosofía y Letras, en la segunda de las cuales imparte un curso de doctorado sobre el conflicto del Próximo Oriente. Ha publicado, desde 1977, una quincena de libros, entre los cuales *Les eleccions generals a Catalunya de 1901 a 1923* (1982, en colaboración con Albert Balcells y Conxita Mir), *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)* (1986), *El franquisme i la transició democràtica (1939-1988)* (1989, con Borja de Riquer; reedición en 2000), *La premsa republicana* (1990, con Àngel Duarte), *Diccionari dels Partits Polítics de Catalunya, segle xx* (2000, codirector con Isidre Molas), *El mundo contemporáneo. Grandes textos y documentos políticos* (2000), *El pal de pallar. Convergència Democràtica de Catalunya (1974-2000)* (2001, coordinador), *Israel, el somni i la tragèdia* (2004), *La tierra más disputada. El sionismo, Israel y el conflicto de Palestina* (2005), *Breve historia del sionismo* (2009) y *Esquerra Republicana de Catalunya (1931-2012) Una història política* (2013).

Ha participado en numerosas obras colectivas, entre las cuales el informe *Catalunya 77-88* de la Fundació Jaume Bofill (1989) o los volúmenes *Los catalanes y el poder* (1994), *Catalunya-España. Un diàleg con futuro* (1998) y *Christian Democracy in Europe* (1992). Ha publicado artículos sobre historia social y política catalana y española del siglo xx en las revistas *L'Avenç*, *Serra d'Or*, *Revista de Catalunya*, *Política Exterior*, *Hérodote*, *Idees*, *Ayer*, etcétera, además de colaborar con cientos de piezas de opinión en la prensa diaria (*Avui*, *El País*), así como en distintas emisoras de radio y televisión. Fue, entre 1981 y 1983, asesor del programa de Televisión Española en Cataluña *Memòria Popular*, y desde 1991 ejerce como director del programa *Segle xx*, de Televisió de Catalunya. Es también Vocal de la junta directiva del Círculo de Economía.



Alejandro Estruch

Barcelona, 1965

Profesor de Política Económica de la UB

Alejandro Estruch Manjón nació en Barcelona en 1965. Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales y Doctor en Economía por la Universitat de Barcelona, es profesor titular de Política Económica en la UB desde 1997. Perteneció al grupo de investigación «Governs i Mercats» en el marco del Institut de Recerca en Economia Aplicada. Es colaborador de Catalunya Ràdio y la Xarxa de Comunicació Local. Autor de diversas aportaciones en obras colectivas y revistas como *Telecommunications Policy*, *Papeles de Economía Española*, *Hacienda Pública Española* y *Revista Econòmica de Catalunya*, sus intereses académicos incluyen la política económica de España, la reforma del sector público y los procesos de liberalización y regulación de las comunicaciones electrónicas. Es autor de los libros *Desigualdad y política redistributiva* y *Ciudadanía, libertad y pluralismo*.



Luc Ferry

Colombes (Francia), 1951

Catedrático de Filosofía

Luc Ferry nació el 3 de enero de 1951 en Colombes (Hauts-de-Seine). Es un escritor francés, ex profesor de filosofía y ex ministro de Juventud, Educación Nacional e Investigación del primero y el segundo gobierno de Jean-Pierre Raffarin.

Cursó estudios superiores en la Universidad de París-IV y en la Universidad de Heidelberg. En 1994, François Bayrou, entonces ministro de Educación nacional, le nombró presidente del Consejo nacional de programas en el Ministerio de Educación nacional.

Ocupó el cargo hasta 2002.

En enero de 1997 fue nombrado miembro de la Comisión de Reforma de la Justicia.

Del 7 de mayo de 2002 al 30 de marzo de 2004 fue ministro de Juventud, Educación nacional e Investigación en el gobierno de Jean-Pierre Raffarin.

Actualmente es presidente delegado del Consejo de Análisis de la Sociedad; es también cronista para BFM/TV y *Le Figaro*.

Sus obras se han traducido en más de veinticinco países e incluyen títulos como *El nuevo orden ecológico*, *El hombre-dios: el sentido de la vida*, *La sabiduría de los modernos*, con André Comte-Sponville, *¿Qué es una vida realizada?*, *¿Qué es el hombre?*, *Aprender a vivir. Filosofía para mentes jóvenes*, *Familia y amor*, *La sabiduría de los mitos* y *Aprender a vivir II*.

Entre otros reconocimientos ha sido distinguido con: Oficial de la Legión de Honor, Caballero de las Artes y las Letras; Comandante del Orden Nacional del Mérito; premio Médicis de ensayo y premio Jean-Jacques Rousseau (por *El nuevo orden ecológico*); premio de los Derechos Humanos (por *Philosophie politique III*); premio Ernest Thorel de la Academia Francesa (por *La sabiduría de los modernos*); premio *Aujourd'hui* (por *Aprender a vivir I*); y Doctor honoris causa de la Universidad de Sherbrooke (Canadá).



Jordi Gracia
Barcelona, 1965

Catedrático de Literatura Española

Jordi Gracia (Barcelona, 1965) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona y colaborador de *El País*. Ha escrito varios libros en torno a la historia intelectual de la España contemporánea, entre ellos, *La España de Franco. Cultura y vida cotidiana* (en colaboración con M. Á. Ruiz Carnicer, 2001), *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo* (1996, reeditado en 2006), *La resistencia silenciosa.*

Fascismo y cultura en España, premio Anagrama de Ensayo 2004 y, en coedición con Joaquín Marco, *La llegada de los bárbaros. Narrativa hispanoamericana en España*. En torno a un mismo microcosmos político-intelectual giran *El valor de la disidencia.* *Epistolario de Dionisio Ridruejo, 1933-1975* (2007) y el ensayo biográfico *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo* (2008).

En 2010 publicó una visión renovadora del exilio titulada *A la intemperie.*

Exilio y cultura en España y en 2011 publicó con Domingo Ródenas el libro *Derrota y restitución de la modernidad, 1939-2010*, volumen 7 de la *Historia de la Literatura Española* dirigida por J. C. Mainer en la editorial Crítica.

Su último libro es el ensayo *Burguesos imperfectes. L'ètica de l'heterodòxia a les lletres catalanes del segle xx* (2012) y en la actualidad prepara una biografía de Ortega y Gasset, tras haber publicado en 2011 un panfleto contra el catastrofismo cultural sistemático titulado *El intelectual melancólico.*



Emilio Lamo de Espinosa

Madrid, 1946

Catedrático de Derecho y Sociología

Nació en Madrid en 1946. Es Doctor en Derecho por la Universidad Complutense y Doctor en Sociología por la Universidad de California-Santa Barbara (1979), donde amplió estudios de 1972 a 1975.

En 1982 fue nombrado Director General de Universidades y luego primer Secretario General del Consejo de Universidades, asumiendo la responsabilidad de la elaboración de la Ley de Reforma Universitaria (1983).

Fue director del Instituto Universitario Ortega y Gasset (1992-2001) y fundador y primer director del Real Instituto Elcano (2001-2005).

Actualmente es Presidente del Real Instituto Elcano. Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Miembro de la European Academy of Sciences and Arts. Vicepresidente de la Fundación Consejo España-Estados Unidos. Patrono y consejero de numerosas fundaciones.

Tiene publicados veintidós libros, más de un centenar de monografías científicas, y casi cuatrocientos artículos de prensa o divulgación. Editor (junto con S. Giner y C. Torres) del *Diccionario de Sociología* más utilizado en lengua castellana (Madrid).

Su último libro, como coordinador, es *Europa después de Europa* (Madrid, 2010).



Mark Leonard

Londres (Reino Unido), 1974

Economista

Mark Leonard es cofundador y director del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores. Escribe una columna quincenal sobre temas globales y europeos para Reuters.com. Antes trabajó como director de políticas exteriores en el Centro para la Reforma Europea, y como director del Centro de Políticas Exteriores, un *think-tank* que fundó bajo el patrocinio del ex primer ministro británico Tony Blair cuando tenía veinticuatro años. En la década de los noventa, Mark Leonard trabajó para el *think-tank* Demos donde a su informe BritainTM se le atribuyó el lanzamiento de Cool Britannia. Mark Leonard ha pasado tiempo en Washington como miembro del Fondo German Marshall de Estados Unidos, y en Pequín como académico invitado en la Academia China de Ciencias Sociales.

Nombrado Young Global Leader del Foro Económico Mundial, pasa mucho tiempo ayudando a gobiernos, empresas y organizaciones internacionales a entender las grandes tendencias geopolíticas del siglo XXI y es un conferenciante regular y escritor y comentarista prolífico sobre temas globales, el futuro de Europa, políticas internas de China, y la práctica de la diplomacia y los negocios en un mundo en red. Sus ensayos aparecen regularmente en publicaciones que incluyen *The Financial Times*, *The New York Times*, *Le Monde*, *Süddeutsche Zeitung*, *El País*, *Gazeta Wyborcza*, *Foreign Policy*, *The New Statesman*, *The Daily Telegraph*, *The Economist*, *Time* y *Newsweek*.

Además de comentar y escribir frecuentemente sobre temas globales en los medios, Mark Leonard es autor de dos libros éxitos de ventas. Su primer libro, *Por qué Europa liderará el siglo XXI*, se publicó en 2005 y se ha traducido a diecinueve lenguas. El segundo libro, *¿Qué piensa China?* se publicó en febrero de 2008 y se ha traducido a quince lenguas.



Juan-José López Burniol

Alcanar, 1945

Notario

Juan-José López Burniol, nació en Alcanar (Tarragona), en 1945. Licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra, es notario desde 1971, ejerciendo en Barcelona desde 1977. Ha sido decano del Colegio de Notarios de Cataluña. Profesor de Derecho Civil en la Universidad Autónoma de Barcelona, primero, y en la Universidad Pompeu Fabra, después. Ha sido magistrado y primer presidente del Tribunal Constitucional de Andorra, miembro de la Comisión Jurídica Asesora de la Generalitat de Catalunya y presidente del Consejo Social de la Universidad de Barcelona. En la actualidad es consejero de La Caixa y de CaixaBank, así como Vocal de la junta directiva del Círculo de Economía. Colabora en diversos medios de comunicación. Ha publicado numerosos estudios jurídicos y el libro *España desde una esquina*.



Raphael Minder
Ginebra (Suiza), 1971

Periodista

Desde abril de 2010, Raphael Minder vive en Madrid como corresponsal en España y Portugal para el *International Herald Tribune*, la edición global del *New York Times*. Durante los últimos tres años ha escrito extensamente para las diferentes ediciones del *New York Times* sobre el impacto en España y Portugal de la crisis económica mundial, así como sobre los cambios políticos que resultan de ésta.

Nacido en 1971 en Ginebra, Raphael Minder se ha dedicado a tiempo completo al periodismo desde 1993, cuando comenzó a trabajar para Bloomberg News en su Suiza natal. También trabajó durante diez años como corresponsal en plantilla para *The Financial Times* en París, Bruselas, Sídney y, finalmente, en Hong Kong como corresponsal regional de Asia del periódico.

Entre otros grandes eventos internacionales, Raphael Minder informó sobre las negociaciones comerciales que llevaron a la creación de la Organización Mundial del Comercio, el lanzamiento del euro y la ampliación de la Unión Europea para incluir países de Europa del Este.

Raphael Minder se licenció en la Universidad de Oxford, donde estudió Ciencias Políticas, Filosofía y Economía. También tiene un Máster de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia en Nueva York.



Wolfgang Münchau

Oberhausen (Alemania), 1961

Editor Asociado del *Financial Times*

Nació en Oberhausen (Alemania), en 1961. Cursó los estudios de *Dipl-Betriebswirt* (Reutlingen) y *MA in International Journalism* (City University, London). Actualmente es Editor Asociado y Columnista de Economía Europea del *Financial Times*, desde 2003 y Director de Eurointelligence. Ha desarrollado su trayectoria profesional como Coeditor del *Financial Times Deutschland* de 2001 a 2003; como Corresponsal de economía del *Financial Times*; y como Corresponsal de *The Times* en Washington y Bruselas (1988-1995). Entre sus publicaciones más destacadas se encuentra *The Meltdown Years. The Unfolding of the Global Economic Crisis* (2009) y *Vorbeben* (premio *Get Abstract Business Book*, 2008). Obtuvo en 1989 el Wincott Young Financial Journalist of the Year.



Josep Ramoneda

Cervera, 1949

Periodista, filósofo y escritor

Nació en Cervera en 1949. Periodista, filósofo y escritor, fue director del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB) y es colaborador habitual del diario *El País*, del diario *ARA* y de la Cadena Ser en los programas

Hoy por Hoy y Hora 25.

Preside el Institut de la Recherche et de l'Innovation (IRI) de París y dirige varias colecciones de ensayo. Fue director del Instituto de Humanidades (1986-1989), colaborador de *La Vanguardia* (1980-1996) y profesor de filosofía contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona (1975-1990). Es también vocal

de la junta directiva del Círculo de Economía.

Ha publicado numerosos libros, entre los cuales destacan *Apología del presente* (1986), *Después de la pasión política* (1999), *Del tiempo condensado* (2005) y *Contra la indiferencia* (2010).



Carmen M. Reinhart
Castellanos (Cuba), 1955

Catedrática de Economía

Nació en Castellanos, Cuba, en 1955. Ocupa el cargo de Minos A. Zombanakis Profesor de Sistema Económico Internacional en la Harvard Kennedy School. Antes fue Dennis Weatherstone Senior Fellow en el Peterson Institute for International Economics así como catedrática de Economía y directora del Centro para la Economía Internacional en la Universidad de Maryland. Obtuvo el doctorado en la Universidad de Columbia. La profesora Reinhart ocupó los cargos de economista jefe y vicepresidenta en el banco de inversiones Bear Stearns en los años ochenta, donde empezó a interesarse por las crisis económicas, el contagio internacional y los ciclos de los precios de bienes de consumo. Posteriormente, pasó unos años en el Fondo Monetario Internacional. Es investigadora asociada en la Agencia Nacional de Investigación Económica, investigadora titular en el Centro para la Investigación de Políticas Económicas y miembro del Consejo de Relaciones Exteriores. Reinhart ha formado parte de numerosas juntas editoriales, comités, y ha testificado ante el Congreso. Ha escrito y publicado obras sobre temas diversos de macroeconomía y economía y comercio internacional, que incluyen: flujos de capital internacionales, tipos de cambio, inflación y precios de bienes de consumo, crisis bancarias y de la deuda soberana, crisis de divisas y contagio.

Sus ensayos se han publicado en revistas académicas destacadas.

Su libro más vendido (con Kenneth S. Rogoff) se titula *This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly* (Esta vez es diferente: ocho siglos de locura económica) y documenta las notables similitudes de los booms y caídas recurrentes que han caracterizado la historia económica; se ha traducido a veinte lenguas y ganó el premio TIA-CREF Paul Samuelson de 2010 y la Medalla de Oro en los premios Arthur Ross Book 2011

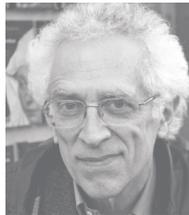
del Consejo de Relaciones Exteriores.



Tzvetan Todorov
Sofía (Bulgaria), 1939

Historiador

Tzvetan Todorov nació en Sofía, Bulgaria, en 1939, y desde 1963 reside en París. Considerado uno de los mayores intelectuales de nuestro tiempo, ha impartido clases en la École Pratique des Hautes Études y en la Universidad de Yale, y sus lecciones magistrales se han escuchado también en las Universidades de Nueva York, Columbia, Harvard y California. Desde 1987 dirige el Centro de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Entre otros reconocimientos, ha sido distinguido con la medalla de la Orden de las Artes y de las Letras en Francia y el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2008. A partir de los años noventa se centró en su faceta de historiador durante la que abordó temas como la conquista de América, la Segunda Guerra Mundial, los universos totalitarios o el exilio, que le sirvieron para elaborar sus teorías sobre la diversidad y la alteridad, o el eterno problema del descubrimiento del «otro». Éstos son algunos de los libros de Tzvetan Todorov publicados en España: *Elogio del individuo* (2006), *Los aventureros del absoluto* (2007), *El espíritu de la Ilustración* (2008), *El miedo a los bárbaros* (2008), (2009), *La experiencia totalitaria* (2010), *Vivir solos juntos* (2011), *Goya a la sombra de las Luces* (2011), *Los enemigos íntimos de la democracia* (2012) y *Elogio de lo cotidiano* (2013).



ÍNDICE

PRÓLOGO 3

LAS CRISIS DE EUROPA

- Introducción.** Josep Ramoneda 9
Crisis económica. Antón Costas 23
Crisis política. Emilio Lamo de Espinosa 47
Crisis cultural. Jordi Gracia 75
Crisis educativa. Luc Ferry 93
Crisis mediática. Juan-José López Burniol 107
Crisis moral. Tzvetan Todorov 131

LAS CONFERENCIAS DEL CURSO

- Carmen M. Reinhart 139
Mark Leonard 189
Wolfgang Münchau 199

EL MUNDO EN 2012

- Tres cuestiones económicas vistas desde otra mirada.** Alejandro Estruch 213
El mundo en 2012. Joan B. Culla i Clarà 229
España en 2012. Raphael Minder 247

AUTORES

- Antón Costas 262
Joan B. Culla i Clarà 263
Alejandro Estruch 264
Luc Ferry 265
Jordi Gracia 266
Emilio Lamo de Espinosa 267
Mark Leonard 268
Juan-José López Burniol 269
Raphael Minder 270
Wolfgang Münchau 271
Josep Ramoneda 272
Carmen M. Reinhart 273
Tzvetan Todorov 274

Coordinación editorial: Galaxia Gutenberg, S.L.

© Círculo de Economía, 2013

© de los textos: Antón Costas, Joan B. Culla, Alejandro Estruch, Luc Ferry, Jordi Gracia, Emilio Lamo de Espinosa, Mark Leonard, Juan-José López Burniol, Raphael Minder, Wolfgang Münchau, Josep Piqué, Josep Ramoneda, Carmen M. Reinhart, Tzvetan Todorov.

© de las ilustraciones de interior y cubierta: Estudio Pep Carrió, 2013

© de las traducciones al castellano: Anna Brichs

Diseño: Zimmermann Asociados

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica, Carretera de Caldes, km 3

08130 Santa Perpetua de Mogoda. Impreso en España

Depósito legal: B. 5599-2013

ISBN: 978-84-15863-12-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

